

The background of the cover features a close-up of an American flag with its stars and stripes. In the foreground, several chess pieces are arranged on a checkered board. A white king is prominent on the left, with a white rook and a white pawn in front of it. A black rook is visible on the right. The lighting is dramatic, highlighting the textures of the flag and the smooth surfaces of the chess pieces.

Hegemonía y democracia en disputa

Trump y la geopolítica
del neoconservadurismo

MARCO A. GANDÁSEGUI (HIJO)
JAIME ANTONIO PRECIADO CORONADO

Coordinadores

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

HEGEMONÍA Y DEMOCRACIA EN
DISPUTA. TRUMP Y LA GEOPOLÍTICA
DEL NEOCONSERVADURISMO

HEGEMONÍA Y DEMOCRACIA EN DISPUTA. TRUMP Y LA GEOPOLÍTICA DEL NEOCONSERVADURISMO

MARCO A. GANDÁSEGUI (HIJO)
JAIME ANTONIO PRECIADO CORONADO
(Coordinadores)



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Esta publicación fue apoyada por el programa de Fortalecimiento a la Calidad Educativa del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades: P/PFCE-2016-14MSU0010Z-12-03

Primera edición 2017

D.R. © 2017, Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Coordinación Editorial
Juan Manuel # 130, Zona Centro
44100 Guadalajara, Jalisco, México
Visite nuestro catálogo en <http://www.publicaciones.cucsh.udg.mx/>

ISBN: 978-84-17290-14-6

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

CONTENIDO

Acerca de los autores	7
Presentación.....	11
<i>Nora Garita Bonilla</i>	
Introducción. La sociología latinoamericana y las ciencias sociales: hegemonía, debate democrático y neoconservadurismo	15
<i>Marco Antonio Gandásegui, hijo y Jaime A. Preciado Coronado</i>	
Trump en el laberinto geopolítico global.....	51
<i>Marco Antonio Gandásegui, hijo</i>	
Entre el desacuerdo y el fascismo societal invertido. Elecciones e imaginario democrático en Estados Unidos.....	67
<i>Jaime Antonio Preciado Coronado</i>	
Estados Unidos en su contexto político-ideológico: crisis y transición a la luz electoral de 2016	99
<i>Jorge Hernández Martínez</i>	
De Clinton a Trump: orden internacional y liderazgo estadounidense	127
<i>Luis Fernando Ayerbe</i>	
Efecto anti-Trump: el triunfo de la ideología hegemónica	161
<i>Silvina María Romano</i>	
Fundamentalismos y prosperidad: Trump y su “Make America Great Again”	189
<i>Ofelia Pérez Cruz</i>	
Fracturas de la sociedad moderna en crisis global: ¿hacia un desarrollo humano y ecológico sustentable?	219
<i>Jorge Rojas Hernández</i>	

Las políticas hacia América Latina y el Caribe del gobierno temporal de Donald Trump: una aproximación a sus primeros 155 días	253
<i>Luis Suárez Salazar</i>	
Macri, de Obama a Trump. Argentina-Estados Unidos y su impacto en las relaciones interamericanas	293
<i>Leandro Morgenfeld</i>	
Epílogo. Elecciones en Estados Unidos: El malestar de las mayorías silenciosas	323
<i>Martha Nélida Ruiz</i>	

ACERCA DE LOS AUTORES

Marco Antonio Gandásegui, hijo

Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá e investigador asociado al Centro de Estudios Latinoamericanos (CELA) “Justo Arosemena”. Actualmente dirige *ad-interim* el Programa FLACSO Panamá. Hizo sus estudios superiores en Chile (maestría) y Estados Unidos (doctorado). Co-coordina el grupo de trabajo de CLACSO de Estudios sobre Estados Unidos que acaba de publicar el libro *Estados Unidos y la nueva correlación de fuerzas internacional* (México: Siglo XXI Editores/CLACSO/CELA). Es director de la revista *Tareas*. Fue presidente de ALAS (1979-1981). Correo electrónico: gandasegui@hotmail.com

Jaime Antonio Preciado Coronado

Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad de París III. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, Universidad de Guadalajara. Presidente de ALAS de 2007 a 2009; miembro de la Academia Mexicana de Ciencias y del Sistema Nacional de Investigadores nivel III. Investigador Grupo de Trabajo: “Unidad e Integración Latinoamericana” y del GT “Pensamiento crítico y prácticas emancipatorias”, CLACSO. Correo electrónico: japreco@hotmail.com

Nora Garita Bonilla

Presidenta de ALAS 2015-2017, profesora-investigadora y ex directora del Centro de Investigación y Estudios de la Mujer, CIEM, Universidad de Costa Rica. Doctora en Sociología, Universidad de París X, Nanterre, Francia. Correo electrónico: nogabo@gmail.com

Jorge Hernández Martínez

Sociólogo y politólogo. Profesor-investigador titular de la Universidad de La Habana. Estudia los procesos ideológicos y culturales en Estados Unidos y las relaciones interamericanas. En la actualidad dirige la revista *Universidad de La Habana* y preside la cátedra “Nuestra América y Estados Unidos”. Correo electrónico: jhernand@cehseu.uh.cu

Luis Fernando Ayerbe

Doctor en Historia por la Universidade de São Paulo (USP). Profesor de Historia y Relaciones Internacionales de la Universidade Estadual Paulista (Unesp), actúa en el Departamento de Economía y el Programa de Posgrado en Relaciones Internacionales de la Unesp, Unicamp y PUC/SP. Investiga temas relacionados con la política exterior de Estados Unidos, con destaque para América Latina. Correo electrónico: luisfernandoayerbe@gmail.com

Silvina María Romano

Doctora en Ciencia Política, Licenciada en Historia y Licenciada en Comunicación. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) en el Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe (IEALC), Universidad de Buenos Aires. Miembro del Grupo de Trabajo de Estudios sobre Estados Unidos de CLACSO. Miembro del Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica (CELAG). Campo de estudio: relaciones de Estados Unidos con América Latina, política interna estadounidense, procesos posneoliberales en América Latina. Correo electrónico: silvinamcelest@gmail.com

Ofelia Pérez Cruz

Doctora en Ciencias Sociales. Profesora-investigadora en la temática sociorreligiosa, Instituto Superior Ecuménico en Ciencias de las Religiones (ISECRE) y colaboradora del Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas (CIPS). Miembro del Grupo de Trabajo de Religión del CLACSO. Correo electrónico: ofeliacips@gmail.com

Jorge Rojas Hernández

Doctor en Sociología, Universidad de Hannover, Alemania. Profesor del Departamento de Sociología, Universidad de Concepción. Especialista en teoría social, medio ambiente, participación, trabajo y cambio climático global. Investigador del Centro de Recursos Hídricos para la Agricultura y Minería, de la Red “Cambio Transnacional, Desigualdad Social, Intercambio Intercultural y Manifestaciones Estéticas: la Patagonia”, Universidad de Jena, Alemania. Investigador Grupo de Trabajo “Pensamiento crítico y prácticas emancipatorias”, CLACSO. Correo electrónico: jrojas@udec.cl

Luis Suárez Salazar

Licenciado en Ciencias Políticas, doctor en Ciencias Sociológicas y doctor en Ciencias. Actualmente es escritor y profesor titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, así como de varias cátedras de la Universidad de La Habana. Actualmente es integrante de los Grupos de Estudios sobre el Caribe y sobre Estados Unidos de CLACSO, e integrante del Consejo Consultivo de Ex-presidentes de ALAS. Correo electrónico: luisuarez@cubarte.cult.cu

Leandro Morgenfeld

Doctor en Historia. Profesor en la Universidad de Buenos Aires e investigador del Instituto de Estudios Históricos, Económicos, Sociales e Internacionales (IDEHESI-Conicet). Es co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”. Autor de *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas* (Peña Lillo/Continente, 2011); de *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos* (Capital Intelectual, 2012) y del sitio www.vecinosenconflicto.com. Correo electrónico: leandromorgenfeld@hotmail.com

Martha Nélica Ruiz

Doctora en Ciencias de la Comunicación Social. Rectora de la Universidad de Tijuana (UDT) y del Instituto Internacional de Toluca. Miembro del Comité Científico de la Cátedra UNESCO Bernard Maris. Ex miembro del Comité Directivo de ALAS; editora de

la revista y boletín de ALAS. Coordinadora de Grupo de Trabajo de ALAS y de CLACSO. Fundadora del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Sofía (Bulgaria). Autora de cinco libros y de múltiples capítulos y artículos sobre cultura, educación y movimientos sociales en libros y revistas internacionales. Correo electrónico: nelly_ruizuribe@yahoo.com

PRESENTACIÓN

Nora Garita Bonilla¹

En los tiempos de incertidumbre que vivimos, editar un libro sobre la trascendencia de las elecciones de Estados Unidos en la geopolítica mundial y de manera particular en América Latina, es tarea urgente y necesaria.

Preparado con esmero por sus coordinadores, Jaime Antonio Preciado Coronado y Marco Antonio Gandásegui (hijo), ambos ex presidentes de ALAS, recopila 11 trabajos sobre la nueva geopolítica en la era de Trump. La trayectoria de ambos editores es de larga data en ALAS: ellos han sido coordinadores del grupo de trabajo sobre geopolítica, han colaborado con la página de ALAS, han incentivado la investigación y la docencia en este campo.

El libro inicia con un artículo de Marco Antonio Gandásegui Paz (hijo) en el que se analiza el “estilo” Trump en el proceso electoral, la manera en que logra su triunfo al interior del Partido Demócrata y a nivel nacional. Además, reflexiona sobre sus propuestas políticas de retorno a la superioridad industrial de Estados Unidos, el alza del presupuesto militar y su nuevo estilo de proteccionismo económico. Contrasta las propuestas de Kissinger y Brzezinski con las de Wallerstein, e indaga sobre los cambios que la política exterior de Trump pueda generar en las relaciones con Panamá.

Continúa el libro un rico trabajo de Jaime Preciado, en el que repiensa el imaginario democrático e interroga sobre el “totalitarismo invertido” y el fascismo societal. En él analiza los poderes fácticos y revisa muchas categorías políticas tales como el racismo, la discrimi-

1. Presidenta de la Asociación Latinoamericana de Sociología, 2015-2017.

nación machista y patriarcal, el populismo, la soberanía popular, el nacionalismo y plantea interrogantes cruciales para entender la geopolítica actual: ¿estamos ante el fin de la globalización comandada por la democracia liberal? ¿Cuál es el futuro del proteccionismo nacionalista de cuño conservador? ¿Está construyéndose una internacional neoconservadora “trumpista”? Su análisis desde una mirada descolonizadora plantea la preocupación sobre “el impacto del populismo autoritario [...] abatimiento de regulaciones ambientales [...] racismo, xenofobia [...] manipulación de la pos-verdad [...] [y] el envilecimiento de la política al someter los medios a los fines”.

Jorge Hernández Martínez señala que el análisis de la coyuntura electoral no basta para comprender la situación de Estados Unidos, país que “aún ostenta el liderazgo del capitalismo mundial, en medio de crisis y reajustes, de disputas al interior de la élites de poder, que traslada su conflictividad a la arena mundial y cuyas repercusiones son de la mayor significación para la seguridad internacional”. Ubica el fenómeno Trump en el contexto de la crisis estadounidense que va más allá de los partidos políticos, define el mosaico ideológico actual como una recreación de los años 1980, de pensamiento conservador totalizador. El trumpismo sería, según Hernández Martínez, “una mezcla ecléctica de conservadurismo, extremismo de derecha radical y de, usando la expresión de Jaime Preciado, populismo nativista”.

Luis Fernando Ayerbe centra su reflexión en preguntarse si los procesos apuntan al abandono de parte de Estados Unidos de su “destino manifiesto”, a lo cual responde con un análisis de las contradicciones en las posiciones, recorre las administraciones Bush, Clinton, Obama, y considera que se trata más bien de la existencia de una crisis, sobre la cual hay diversos diagnósticos y cuyo desenlace “aún está abierto”.

En el artículo de Silvina Romano se analiza la reproducción de la ideología en los medios masivos. Plantea la autora lo que podríamos calificar de efecto perverso, en tanto la figura de Trump refuerza los consensos en torno al libre mercado. Su controversial figura refuerza al sistema.

Luis Suárez Salazar sigue paso a paso las medidas tomadas por Trump en sus primeros 155 días de gobierno. Analiza su posición respecto a México, Colombia, Venezuela, su política de debilitamiento de Unasur y la CELAC y el acercamiento a gobiernos de derecha como

Argentina, Panamá, Paraguay. Como corolario, Suárez augura escenarios adversos a las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Los fundamentos del integrista sobre la base de varios autores anglosajones, que ven cómo la religión permanece siendo una fuerza insospechada, es el tema que trata Ofelia Pérez Cruz. Es a partir de esta idea de los fundamentalismos que se pretende dar sentido a la elección de Trump y los postulados nacionalistas y conservadores arraigados en el fundamentalismo religioso.

Jorge Rojas Hernández, aborda los tiempos de crisis globales y de transformaciones profundas —como la económica, política, ambiental, social y climática—, que son necesarias de examinar y repensar para reconfigurar el futuro. Se trata de una transición compleja, tensa y conflictiva, sin una dirección única, pero con amplios espacios para avanzar humanamente, como lo muestra el proceso electoral estadounidense donde se confrontan esas diversas visiones de la crisis ambiental y su manejo político.

En este libro se analiza el impulso de una nueva política exterior Argentina, subordinada a la agenda del gobierno Obama y rápidamente sometida tanto al gobierno de Trump, como a los gobiernos de Europa. Leandro Morgenfeld, señala que con Trump en la Casa Blanca se profundizó el contexto externo negativo y se muestra el fracaso de la estrategia aperturista ensayada por el Gobierno argentino, situación que reconocen hasta los impulsores de la inserción internacional neoliberal.

A modo de epílogo, en el trabajo de Martha Nérida Ruiz se muestra de qué manera las elecciones en Estados Unidos recordaron al mundo la existencia de los olvidados y mostraron la realidad de una sociedad “violenta en lo individual y belicosa en lo social”, en la cual el uso del lenguaje políticamente correcto se convierte hiperbólicamente en elemento represor. Las elecciones evidenciaron no sólo los problemas del sistema político electoral, sino un país escindido, lejos del “sueño americano”. “La verdadera dimensión del hartazgo con respecto a la política y a los políticos [...] puede medirse en la gran cantidad de ciudadanos que acudieron a las urnas a votar por un candidato [...] antítesis de la clase política [...] [y] de los valores tradicionales”, afirma la autora. Cierra el libro como si fuese la crónica de un desencanto: “al día siguiente de la elección despertaron sabiendo que su país [...] como lo concibieron los padres fundadores, había desaparecido”.

INTRODUCCIÓN

LA SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA Y LAS CIENCIAS SOCIALES: HEGEMONÍA, DEBATE DEMOCRÁTICO Y NEOCONSERVADURISMO

Marco Antonio Gandásegui, hijo¹
Jaime A. Preciado Coronado²

El sociólogo argentino Juan Carlos Portantiero (1988) se planteaba la posibilidad de construir el socialismo en América Latina. Su pregunta encontraba sólidas bases en los escritos de Mariátegui, Ponce y otros socialistas del siglo xx. Sin embargo, Portantiero le agregaba un reto a los teóricos al igual que los “prácticos” militantes. Se trataba de construir un socialismo “democrático”. La sociología estaba acostumbrada al término socialismo desde los primeros positivistas de la primera mitad del siglo xix. Incluso los jacobinos radicales de finales del siglo xviii también hablaban de socialismo.

La democracia era un término menos conocido para los sociólogos. No estaba en la tradición liberal (donde la palabra clave era la “libertad”), menos entre los positivistas (“orden y progreso”) y se escapaba del vocabulario de los desarrollistas, quienes veían como algo lejano la democracia después de cumplir con ciertas etapas ineludibles. Para los marxistas, la democracia fue reducida por algunos pragmáticos quienes pretendían subordinarla a la “dictadura del proletariado”.

-
1. Ex presidente de ALAS (1979-1981), profesor de Sociología de la Universidad de Panamá.
 2. Ex presidente de ALAS (2007-2009), profesor-investigador de la Universidad de Guadalajara, México.

Portantiero volvía a poner sobre el tapete la cuestión de la democracia, en medio de las dictaduras militares que se sucedían en la región durante la segunda mitad del siglo xx. En su obra descarta el positivismo eurocéntrico (ajeno a las nociones de democracia) y se aleja de los “socialismos” realmente existentes. Las nociones marxistas de la dependencia obligan al sociólogo argentino a repensar sus ideas en torno al “socialismo democrático”.

DEL FUNCIONALISMO A LA CRÍTICA DEL DESARROLLISMO

A mediados del siglo xx hace su aparición en América Latina la sociología funcionalista, desarrollada con inusitada fuerza en las universidades estadounidenses de Harvard y Columbia. Mientras que el positivismo pretendía alcanzar el nuevo “orden y progreso” en el marco del desarrollo capitalista, el funcionalismo suponía que este último había triunfado y era necesario ofrecerle un marco teórico que lo legitimara. Gino Germani (1969) desde la UBA elaboró una propuesta que intentó con poco éxito someter la realidad de la región a los conceptos funcionalistas. Durante más de 25 años los libros y los cursos se convirtieron en lecturas obligatorias. La propuesta desarrollista de Cardoso y Faletto (1969) contribuyó de manera significativa en el reexamen de las ideas de Parsons (1968), Merton (2003) y sus discípulos en la región. Mucho antes de que el funcionalismo fuera descartado en los círculos sociológicos de Estados Unidos, ya en América Latina no era carta blanca para los sociólogos.

La tesis de Cardoso tomaba un poco del “modernismo” y otro tanto de las nociones weberianas de la acción social. Si el reto era alcanzar al mundo industrializado, entonces la región necesitaba emprendedores capaces de transformar las antiguas relaciones semicoloniales. La solución era, por un lado, la toma del poder político por parte de la burguesía industrial. Por otro, establecer alianzas con las burguesías más avanzadas de Estados Unidos y Europa, para que “de la mano” se caminara hacia el desarrollo.

La propuesta fue acogida con entusiasmo tanto en los círculos industriales como en otros sectores, incluso en ciertos segmentos de la clase obrera. Mientras que la sociología positivista había tenido un efecto colateral en algunos gobernantes del siglo xix, los funciona-

listas creían haber establecido el vínculo con los poderosos motores de Estados Unidos que impulsaran a la región. Sin embargo, fue el desarrollismo (apoyado desde la CEPAL) el que más influyó sobre las políticas gubernamentales de la segunda mitad del siglo XX. Incluso el mismo Cardoso llegó a la Presidencia de Brasil, donde intentó poner en práctica sus nociones desarrollistas.

EL DEBATE ENTRE MARXISTAS Y LA TEORÍA DE-COLONIAL

La incursión de marxistas en la sociología latinoamericana no escaseaba. Desde Juan Justo (1988), pasando por Mariátegui (1928) y llegando donde Ponce (2005), eran significativos los aportes marxistas. Los marxistas no consideraban muy serias las diversas teorías sociológicas de la “burguesía”. El positivismo fue “desbaratado” por Marx a mediados del siglo XIX y los planteamientos funcionalistas fueron identificados con ideologías que emanaban del gobierno estadounidense. Al aparecer las obras de los “desarrollistas” agrupados en la CEPAL, que presentaban argumentos eclécticos con elementos marxistas, y los gramscianos “democráticos”, los estudiosos de Marx entendieron que la lucha de ideas tenía que efectuarse sobre un terreno mucho más amplio (Medina, 1964, en sus *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*).

Los marxistas se habían movido sobre terrenos que pertenecían a las luchas obreras y habían dejado en un segundo plano los flancos estratégicos de la sociedad y sus diversas manifestaciones: las capas medias, los pueblos indígenas, los campesinos, los estudiantes, pequeños productores, etc. Sin embargo, los marxistas se volvieron “desarrollistas” y comenzaron a releer a Marx, Lenin y Gramsci (1985). Durante la década de 1950 se sintieron los primeros rumores y en la década siguiente se produjo la explosión que condujo a los grandes debates que dieron lugar a la publicación de las obras de Cardoso y Faletto (1969), Portantiero (1988), Cueva (1977) y Marini (1973), entre otros.

A finales de la década de 1970 había nacido la sociología latinoamericana, una concepción del desarrollo del capitalismo global del cual formaban parte integral las regiones colonizadas en el siglo XVI por los reinos de la Europa atlántica. La dialéctica de la dependencia explicaba en términos marxistas el desarrollo contradictorio del capitalismo

latinoamericano. Las nociones en torno a los modos de producción quedaban subsumidas en la noción de la dependencia. Igualmente, la “democracia” se entendía como una lucha permanente entre diferentes sectores de la sociedad por su participación. Asimismo, el desarrollo tan anhelado no se lograría mediante la emulación sino mediante la construcción social independiente y original.

En las décadas de 1980 y 1990 apareció la tesis de la de-colonialidad. Encabezada por Aníbal Quijano, la cual sostiene la necesidad de romper con el eurocentrismo de las corrientes sociológicas (especialmente la marxista) y levantar un conocimiento nuevo basado en las experiencias de todos los pueblos del mundo colonizados desde el siglo XVI en adelante. La heterogeneidad y diversidad daría la tónica de un nuevo proceso que permitiría dar los pasos hacia una nueva sociedad. Quijano se aleja de las propuestas marxistas eurocéntricas, pero se acerca a Immanuel Wallerstein y Ruy Mauro Marini.

“Estamos, pues, inmersos en un proceso de completa reconfiguración de la colonialidad global del poder, del patrón de poder hegemónico en el planeta.”³

LOS CONGRESOS DE SOCIOLOGÍA

En el Congreso de 1972 (Santiago de Chile) convergieron fuerzas sociales que se venían acumulando por una década y más. Por un lado, una juventud imbuida en los valores de la Revolución Cubana de 1959. A su vez, era evidente un sentimiento de que ya lo nuevo se respiraba y que lo viejo estaba a punto de desaparecer. Por otro, un mundo que estaba en medio de un proceso de cambios irreversibles. Los fundadores se preparaban para dar sus últimas batallas ante los funcionalistas cargados de recursos materiales. Ni uno ni el otro, sin embargo, estaban preparados para enfrentar el tsunami que representaban las corrientes “desarrollistas” y mucho menos marxistas. El problema que se planteó en el 8° Congreso no se detuvo en las preocupaciones en torno al “orden” capitalista o la “modernización” del sistema dominante. Los

3. Quijano (2014) elabora reflexiones recientes sobre el “Bien vivir”, en el marco del “desarrollo” y la des/colonialidad del poder.

desarrollistas hilvanaron sus tesis en torno a la construcción de un nuevo “orden” que desplazara males como la pobreza, la desigualdad y el subdesarrollo del sistema capitalista. Los marxistas, por otro lado, plantearon la tesis del nuevo orden, el desmantelamiento del sistema de dominación vigente y la construcción de una nueva sociedad.

Después de 1972 el positivismo quedó en los libros de historia y en las menciones sacras de Augusto Comte en las clases inaugurales del curso de sociología.⁴ El funcionalismo que emergía como la nueva corriente sociológica hegemónica, se encontró enfrentado y arrinconado por otras corrientes de pensamiento sociológico. Los desarrollistas, quienes por dos décadas habían crecido dentro de las paredes de la CEPAL y del Instituto Latinoamericano de Planeación Económica y Social (ILPES, con sede en Santiago de Chile) se encontraron recibiendo apoyo de los más variados sectores sociales. El Congreso de 1972 también fue la fe de bautismo de una nueva sociología marxista, original, atrevida y crítica.

En el Congreso de San José de Costa Rica en 1974, regresaron al redil los jóvenes sociólogos con sus armas recargadas y dispuestos a dar batalla en el campo de las ideas y de las ciencias sociales. En los debates, los funcionalistas fueron abrumados por las argumentaciones de los desarrollistas y los marxistas. Pero las diferencias entre estos últimos —que habían pasado inadvertidos en la “revolución” de Santiago— salieron a la palestra.

El “nuevo orden” que pregonaban ambas corrientes sociológicas no podía construirse sin transformaciones radicales en las bases sobre las cuales se sustentaban las sociedades. Los funcionalistas presentaron las mejores herramientas para medir la pobreza y la mala distribución. Los desarrollistas, a su vez, daban un salto cualitativo para romper el círculo vicioso asociado con la desigualdad social. Los marxistas, un paso más adelante, explicaban cómo la estructura de clases en el sistema capitalista era el obstáculo decisivo. Bajo la dirección de Daniel Camacho, los organizadores del Congreso de San José editaron una memoria que recogió el debate y las corrientes que chocaban.

4. Fruto de estas lecciones es su obra más famosa, *Cours de philosophie positive* (1830-1842), que contiene seis volúmenes.

El siguiente Congreso celebrado en 1977 en Quito, Ecuador, fue quizás el más significativo de aquella época. Los positivistas desaparecieron, los funcionalistas quedaron buscando nuevas herramientas para medir los fenómenos sociales y, finalmente, las corrientes marxistas se enfrentaron en una batalla con ribetes teóricos y epistemológicos. La corriente “soviética”, con 60 años de historia y con el prestigio de tener aparentemente entre sus fundadores al propio Lenin, sentó sus argumentos sobre la tesis de “los modos de producción”. Es decir, el capitalismo ha evolucionado tanto en el tiempo como en el espacio de manera distinta. Hay países avanzados y hay otros atrasados. Le corresponde a cada uno pasar del “feudalismo” atrasado al capitalismo “avanzado” en su momento.

La otra corriente hizo una relectura de Marx y presentó la tesis de la “dialéctica de la dependencia”. En otras palabras, el capitalismo es un sistema —único— que avanza sobre la base de las múltiples contradicciones que lo caracteriza. América Latina, en su conjunto, así como cada país, en particular, forman parte del sistema. No pueden romper la lógica del sistema pero sí es posible que rompan con él. Para Marini conceptos como superexplotación, subimperialismo y dependencia formaban parte de una nueva línea de investigación.

LA SOCIOLOGÍA CRÍTICA *VERSUS* LA SOCIOLOGÍA A-CRÍTICA

La sociología latinoamericana ha evolucionado mucho desde principios del siglo pasado. Podía considerarse una esperanza cuando los positivistas le imprimieron un elemento de racionalidad (modernidad) a la comprensión de los fenómenos sociales. A mediados de siglo, la sociología irrumpió en las universidades con cursos y nuevas carreras. Pronto se daría el enfrentamiento académico entre las corrientes marxistas y funcionalistas. Con el colapso del campo socialista europeo en 1990, tanto el funcionalismo como el marxismo sufrieron fuertes revisiones desde adentro y desde abajo. El funcionalismo no resistió el cuestionamiento de sus limitaciones. En cambio, el marxismo continuó avanzando sin la impronta soviética.

En un principio, después de la crisis de paradigmas, se reforzaron las corrientes sociológicas críticas. Apareció la sociología de la de-colonialidad (Quijano, 2000). También recibieron impulsos muy

significativos las cuestiones ambiental y de la mujer. Incluso, surgió una sociología que quiso darle una nueva interpretación de las teorías sobre el imperialismo (Hardt y Negri, 2005). A finales del siglo xx y principios de actual se desataron debates que se tornaron el escenario central de la sociología.

Llegamos al tercer quinquenio del siglo xxi con un panorama aún difícil de identificar. Las políticas neoliberales han acallado los debates en las universidades, han neutralizado los enfrentamientos en los gremios sindicales y han prácticamente silenciado a los partidos políticos que encabezaron los movimientos sociales del siglo xx.

Con pocas excepciones ha emergido una sociología a-crítica. Entre esas excepciones se destacan los congresos de ALAS y, también, la red de centros de investigación de CLACSO. Los sociólogos en el siglo xxi han vuelto a analizar cuestiones importantes, pero ajenos a un criterio que las ubiquen en un contexto global capaz de dar cuenta del fenómeno en el marco de acontecimientos generales. El *boom* de las exportaciones minero-agrícolas tuvo un efecto político a lo largo del continente. Surgieron movimientos sociales que tomaron las riendas políticas de sus respectivos países. Al desinflarse el “globo”, la reacción fue inmediata y las viejas oligarquías con sus aliados internos y externos retomaron el liderazgo. Nuevamente se repite la historia.

SOCIOLOGÍA LATINOAMERICANA Y CIENCIAS SOCIALES

¿Puede la sociología latinoamericana dar cuenta de este proceso que se repite una y otra vez en la historia de la región? Para entender este fenómeno es necesario situar a la región en el contexto global del desarrollo del capitalismo. En primera instancia, el análisis tiene que revisar la evolución y la transformación de las relaciones entre América Latina y Estados Unidos, dominantes en el último siglo, en términos de hegemonía. ¿Se está debilitando la relación debido a la pérdida de hegemonía de Estados Unidos? ¿Las elecciones de 2016 en el país del norte que llevó a la Casa Blanca al presidente Donald Trump representan un cambio y en qué dirección?

Otra instancia de análisis requiere tener en cuenta el ascenso del neoconservadurismo y sus implicaciones dentro de Estados Unidos y en el mundo, pues los debates sobre el cambio social enfrentan un

obstáculo mayor en este plano, en la medida en que la reagrupación y proyección geopolítica de las fuerzas conservadoras ocupan posiciones de poder que pugnan por la hegemonía nacional y global.

Además, se necesita otra instancia de reflexión que aborde cuestionamientos, resistencias y alternativas que surgen en torno de un ideario democrático liberal coyunturalmente derrotado por el conservadurismo, frente a lo cual el pensamiento crítico no puede dejarse opacar, pues capitalismo, colonialismo-racismo y patriarcado, como lo señala Boaventura de Sousa (2017), son las tres manifestaciones articuladas del poder que necesitamos enfrentar críticamente.

El propósito de este libro es reflexionar desde la sociología latinoamericana en torno de las tensiones creativas y destructivas entre hegemonía, democracia y la geopolítica del conservadurismo. Las discusiones que nos proponemos, quienes aquí participamos, giran: 1. Alrededor de la evolución reciente de la sociología latinoamericana en su diálogo con las ciencias sociales, sus propuestas teóricas y metodológicas desde el pensamiento crítico. 2. También nos preguntamos sobre el papel particular de la sociología política en relación con las agendas del cambio social que siguen marcando las investigaciones sociales latinoamericanas. 3. Todo este conjunto de inquietudes se anudan en la interpretación del cambio y retroceso social que significan las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos, respecto de la lucha por la hegemonía —como ideología, en el sentido de la dirección moral e intelectual del mundo, pero también como matriz de poder—, respecto del debate sobre el imaginario democrático y sus potencialidades o reservas frente a la transformación social, y del rol agresivo, aparentemente exitoso, de la ola conservadora dentro de la Unión Americana y su impacto en alianzas con otras fuerzas similares en otros países.

Luego de que terminara su gestión como presidente de la Asociación Internacional de Sociología, Immanuel Wallerstein produjo un libro que recogió sus preguntas sobre el diálogo entre sociología y ciencias sociales. Su propuesta teórica dio seguimiento a las diferencias, planteadas en la primera parte de esta Introducción, entre los enfoques sociológicos neopositivistas, estructural-funcionalistas, dependentistas y marxistas, de cara al desarrollo, la democracia y las teorías subyacentes sobre el cambio social. En esta obra se reafirma

el paradigma que Wallerstein ofrece con su teoría del sistema mundo moderno, la cual le da densidad intelectual a los temas clásicos de la sociología, presentes en Durkheim, Marx, Weber, o incluso Pareto, que actualmente son reelaborados gracias a su diálogo con las ciencias sociales: la inclusión de la totalidad social y la escala mundial del capitalismo; el enfoque centrado en los actores, su intersubjetividad, su interculturalidad y su diversidad espacio temporal: étnica, demográfica, por género; la referencia a un horizonte de civilización en el que se debate la modernidad/colonialidad del poder e, igualmente en consonancia con Aníbal Quijano, Edgardo Lander y otros intelectuales latinoamericanos, la crítica al anglo-euro-centrismo del pensamiento, del saber y del ser.

Si bien la crítica al marxismo ortodoxo respecto de la aridez intelectual de los meta relatos fue acertada, el pensamiento social latinoamericano ha rescatado los aspectos esenciales del marxismo en cuanto a su enfoque holista sobre la interpretación del conflicto, la lucha de clases y la asimetría del poder en el estado capitalista. Aquí se plantea un enfoque histórico de la totalidad social, que se ha enriquecido con los aportes críticos de la colonialidad del poder, de la economía política internacional, o de nuevos enfoques sobre geografía política, geopolítica y alrededor de la ecología política. La articulación de ámbitos espaciales y temporales ha sido crucial para una visión crítica comprensiva del discurso de la globalización, como lo muestran los trabajos de Octavio Ianni (2006), quien muestra la heterogeneidad de abordajes entre defensores, escépticos y críticos de la globalización, o de Milton Santos (2004), geógrafo que problematiza la escala desde lo social, y lo político desde la jerarquía entre centro y periferia; o de Theotonio dos Santos (2010) y toda una pléyade de intelectuales críticos de la teoría de la dependencia, cuyos enfoques se construyen desde la crítica de la economía política internacional.

En la búsqueda de un análisis comprensivo de la totalidad social desde la teoría de sistemas, en parte cuestionando la teoría del sistema mundo moderno, las ciencias sociales latinoamericanas han dado un doble giro: el epistemológico, en el que la desigualdad social y la injusticia han cobrado una centralidad ética dentro del pensamiento social y el giro eco-territorial (Svampa, 2012), en el que se plantea como imprescindible el análisis de la base material espacial-territorial de la relación sociedad naturaleza, bajo una matriz de poder. Aproximacio-

nes teóricas como las de David Harvey, con sus geografías desiguales (2006) o con su recuperación del sentido de la acumulación por desposesión (2004), que está vinculada con la fase extractivista que sufren los países del sur del mundo, han dado pie a numerosas investigaciones sociales que combinan el análisis por escalas, entre lo global y lo local, y el enfoque etnometodológico, que sitúa a los pueblos en su debate con la categoría misma de pueblo, como totalidad social, en horizontes civilizatorios (Darcy Ribeiro, 1977).

Actualmente se registra un amplio debate entre las teorías que toman como su centro de análisis la colonialidad del poder.⁵ Por una parte, hay una herencia de los “estudios de área”, o *area studies*, particularmente de los estudios orientales de Edward Said (1990), quien ha influenciado los estudios coloniales y postcoloniales. Varios estudiosos, principalmente de origen anglo sajón, han continuado con esa tradición, como Catherine Walsh y Walter Mignolo. Aníbal Quijano es quien más ha insistido en la centralidad del concepto de raza como factor colonial del poder, desde la sociología latinoamericana. Sus trabajos han encontrado eco en una amplia gama de intelectuales, que va de Manuel Castells a Immanuel Wallerstein, así como su crítica a la colonialidad del poder ha encontrado fuertes polémicas, como es el caso de Silvia Rivera Cusicanqui, quien enfatiza lo que podríamos llamar las geopolíticas feministas desde lo indígena colonizado. La transversalidad geográfica de estos estudios, acentúa su pertinencia en un momento de crisis del horizonte civilizatorio que recorre el mundo, con los intentos dominantes del racismo y la xenofobia.

Finalmente, las ciencias sociales aportan un pensamiento crítico y pertinente, también en lo que hace a la filosofía y la política de liberación, tal como la propone Enrique Dussel, o en la teología de la liberación, acorde con los desarrollos teóricos de Gustavo Gutiérrez, Frei Betto o Leonardo Boff. Autores que se plantean el tema de la emancipación social desde una lectura y una práctica social que rompe con la tradición dominante occidental y que cuestiona el papel aprisionador de las religiones, tanto como su potencial liberador, especialmente el cristianismo y su versión católica. Ideas como la trans-modernidad,

5. Ante la amplitud de autores que tratan el tema, recomendamos ver: la antología esencial de Aníbal Quijano (2014) y Quijano (1999), una muy breve síntesis del debate a finales del siglo pasado.

de Enrique Dussel, ofrecen interpretaciones alternativas frente a todo tipo de fundamentalismo, provenga este del pensamiento único neoliberal o de visiones religiosas exclusivistas y excluyentes del otro y la otra. Temas que ligan religión y política, como es el caso de las elecciones recientes en Estados Unidos, son muy pertinentes para el pensamiento social crítico.

La sociología política latinoamericana también ofrece un campo digno de ser problematizado. El potencial transformador de la democracia sobre los regímenes políticos, los sistemas de partidos y las instituciones del Estado, ha sido un objeto central en las discusiones sobre la teoría del cambio social. Aquí, nuevamente encontramos una encrucijada entre las teorías de la modernización, en su versión estructural funcionalista con distintos rangos de influencia positivista, y las teorías críticas. En el primer caso dominan conceptos desarrollistas o culturalistas, de los que depende el impacto y carácter del cambio sociopolítico, mientras que en el segundo caso, las teorías críticas, dicho en plural, se preguntan sobre el sentido y la dirección de la historia en las luchas antisistémicas y abarcantes de la totalidad social, evitando el determinismo del desarrollo económico sobre el proceso de cambio político, e introduciendo la emergencia de un ámbito público social, de carácter instituyente: el de la sociedad civil y los movimientos sociales, que provoca tensiones con el ámbito público estatal: el campo instituido desde el Estado y su regulación de la esfera de lo privado y, particularmente, el papel de los procesos electorales en el ámbito de la representación-delegación del poder.

Salvador Martí-Puig (1999), politólogo catalán, ubica tres generaciones en la sociología política respecto de la caracterización del cambio social en América Latina: la primera es la teoría desarrollista; la segunda la teoría de la dependencia, de corte cepalino, inspirada en el estructuralismo de Raúl Prebisch, aunado al trabajo emblemático de Cardoso y Faletto; y la tercera, aún vigente aunque polémica, es la teoría de la transición y consolidación democrática, ampliamente influenciada por una visión anglo-euro-céntrica. Aunque se pueden ubicar algunos autores latinoamericanos en las tres generaciones interpretativas antes planteadas, serán las teorías críticas las que pensarán otramamente el dilema, o la encrucijada planteada por la democracia y el cambio social, en su relación con los procesos electorales, como

medios para formar gobiernos, definir políticas públicas de Estado, regular los espacios de lo público y privado, de lo estatal y de lo social, así como para manejar las constricciones sociales producidas por el capitalismo y sus reformas de mercado.

Si por modernización se entiende el paso de los valores tradicionales a los valores de la modernidad, la sociología política latinoamericana se circunscribió a las referencias elaboradas desde un pujante pensamiento de la posguerra, surgido en Estados Unidos, destinado al manejo de los conflictos dentro de un marco constitucional. En su versión cultural, la modernización desde entonces buscada fue influenciada por una suerte de republicanismo cívico, pautado por la psicología conductista y la sociología adaptativa normalizadora y homogenizadora, que vinculaba opiniones individuales y actitudes políticas en un pensamiento único con pretensiones universalistas. El estudio sobre cultura cívica de Almond y Verba (1989) tiene una gran influencia desde la posguerra hasta la actualidad; sus tres “tipos ideales” de cultura política: la cívica o participativa, la de súbdito y la localista o parroquial, siguen orientando una amplia gama de investigaciones sociopolíticas en Latinoamérica. Esos enfoques mantienen también cierta hegemonía en los estudios electorales estadounidenses, como se puede apreciar en este libro.

La modernización cultural partía de dos premisas que hacían ver a esa teoría como redentora de los países subdesarrollados; para (Martí-Puig, 1999) se trataba de:

1. Una cierta prudencia respecto a la posibilidad de abrir canales participativos e incluyentes en los países que afrontaban la tarea de construir su Estado-nación [las repúblicas de ciudadanos].
2. La dificultad de consolidar un sistema democrático allí donde los valores y las conductas mayoritarias no se asemejasen a la mentada cultura cívica [el apego a un modelo pretendidamente universal].

Sin embargo, las culturas políticas que se veían como negativas y propias de países del tercer mundo, actualmente se constatan como obstáculos para la democratización de los países centrales, pues lo que se criticaba para Latinoamérica como un subcontinente subyugado por “una cultura política y un orden sociopolítico esencialmente autoritarios, tradicionales, elitistas, patrimoniales, católicos, estratificados, jerárquicos y corporativistas”, también se puede observar en las elec-

ciones presidenciales recientes en Estados Unidos, donde se constatan las falacias de la teoría de la modernización cultural destinada a los países “atrasados”.

En una segunda versión de las teorías de la modernización, el enfoque desarrollista focalizó sus estudios ya no tanto en la cultura política, sino en factores de tipo material y en las oportunidades de crecimiento económico, de movilidad social suficiente para crear una clase media creciente capaz de asegurar estabilidad política y, si acaso, en un cambio de actitudes frente al mercado y la idea del progreso material. Sus propuestas desembocaron en una democracia minimalista que agudizó sus críticas hacia la intervención estatal en la economía y en la regulación social, aunque enfatizó el factor educativo, en su versión de capital humano, como promotor del ascenso y de la movilidad social.

La teoría de la dependencia (Cardoso y Faletto, 1969) y el estructuralismo cepalino (Prebisch, 1949) aportaron un enfoque original para enmarcar las tensiones y contradicciones entre democracia y cambio sociopolítico. En esas investigaciones se adoptan métodos y procedimientos que dan cuenta del papel de la historia en la configuración de asimetrías que son producto del vínculo entre orden interno y externo. Se ubican los factores que unen el carácter histórico estructural del desarrollo-subdesarrollo, y se documentan las bases materiales de la dominación del centro, que posee industrias, tecnologías y conocimientos para explotar a la periferia, desde la cual se aportan materias primas sin procesar, recibiendo a cambio mercancías industriales cuyo valor agregado significa ganancias crecientes para los países industriales.

Si bien esta interpretación sobre los problemas del desarrollo superó las teorías de la modernización, en su vertiente culturalista o desarrollista, serán los críticos a la teoría de la dependencia (Daniel Camacho, 1979, edita las memorias del congreso de ALAS de 1972, en el que se reflejan las discusiones dependentistas de época) quienes aportarán otros marcos de análisis sociales y sociopolíticos. En esta línea de pensamiento, mucho contó la discusión sobre desarrollo, democracia y revolución, así como la crítica a la economía política internacional —sobre todo respecto de la injusta deuda externa—, desde la que se enfatizó el protagonismo económico y financiero como base fundamental de la desigualdad social. Por una parte, el triunfo de

la Revolución Cubana abrió esperanzas para organizaciones político-militares que se planteaban la toma del poder en diversos países latinoamericanos, incluidos movimientos de liberación nacional y, por otra, la vía electoral pacífica desde proyectos de izquierda, particularmente con Salvador Allende en Chile, también abrió expectativas sobre un cambio social democrático.

El golpe de Estado de 1973 en Chile inaugura el ascenso de dictaduras militares en la región y luego, en la década de los ochenta, se abren expectativas sobre el fin de los gobiernos militares, una de cuyas lecturas la ofrece el paradigma de la transición democrática, que sirvió para explicar el cambio político en aquellos países sujetos al autoritarismo. O'Donnell, Scmittter y Whhitehead (1986) hacen una interpretación original de ese tránsito hacia regímenes democráticos, con base en investigaciones de los procesos electorales seguidos en Suramérica.

No obstante que la sociología política anglosajona dominó esos debates, donde la postura ideológica prescribía un tipo ideal de Estado funcional para la economía de mercado, y una forma de igualdad entre ciudadanos limitada al derecho de votar, hubo una producción latinoamericana que enriqueció la discusión. Manuel Antonio Garretón (1989) y varios politólogos de la región, sobre todo de académicos formados en la FLACSO, dialogaron con sus pares en Estados Unidos y Europa. Incluso, desde un pensamiento crítico se hicieron trabajos importantes, como Darío Salinas (2003) y otros, que criticaron los presupuestos teóricos de partida del paradigma de la transición democrática, proponiendo otros debates más abiertos hacia la consolidación o hacia la democratización, como caminos diferenciados que no siguen la pauta establecida por los “transitólogos”.

Actualmente la sociología política latinoamericana trabaja sobre los elementos analíticos que provienen de la tradición crítica, los cuales sitúan el contexto global del capitalismo en términos de una aproximación del régimen político y de partidos desde una perspectiva interdisciplinaria, que problematiza tanto las intersubjetividades como las prácticas sociales que están en juego, dando un papel central al poder y sus manifestaciones en la geografía política. Además, la importancia de los límites impuestos a la vida social por problemas que se agudizan como la corrupción, la impunidad, la violencia estructural y simbólica, obligan a la crítica del modelo analítico alternativo de la

calidad de la democracia: la vigencia del Estado de derecho, con énfasis en los derechos humanos de tercera generación; la transparencia y rendición de cuentas, junto con las consecuencias legales en la lucha contra la corrupción; y la calidad y mejora del sistema político en la esfera de la representación y de la participación ciudadana, el papel de los movimientos sociales como el “novísimo Estado del siglo XXI”, o la esfera de la democracia comunitaria y el Estado de los comunes.

HEGEMONÍA Y DEMOCRACIA EN DISPUTA; GEOPOLÍTICA DEL NEOCONSERVADURISMO

En este libro nos proponemos rebasar las interpretaciones —aunque en la sociología política y las ciencias sociales anglosajonas predominan las narrativas descriptivas— de la relación entre proceso electoral y cambio social, en razón de la amplitud y profundidad de cuestionamientos que trae consigo la elección presidencial en la potencia mundial hegemónica. Nos acercamos a José Martí, en querer demostrar *“las dos verdades útiles a nuestra América: el carácter crudo, desigual y decadente de los Estados Unidos, y la existencia, en ellos, continua, de todas las violencias, discordias, inmoralidades, y desórdenes de que se culpa a los pueblos hispanoamericanos”*. El ideario democrático en que Estados Unidos funda su hegemonía aparece como un gigante con pies de barro, por lo que necesitamos repensar desde una teoría crítica el contexto del debate democrático en sus perspectivas liberales, conservadoras y de transformaciones potencialmente socialistas.

Repensar la democracia y la cultura política

De acuerdo con Boaventura de Sousa (2017), no puede haber “democratización de la democracia” si no se relacionan capitalismo, colonialismo y patriarcado como categorías interrelacionadas de análisis. El triunfo de Donald Trump introdujo nuevas tensiones en esos tres ámbitos, produciendo la dominación de un bloque hegemónico nacionalista, populista, conservador y racista, cuyo triunfo aún no sabemos qué tan coyuntural es. Internamente, con Hillary Clinton perdió un bloque hegemónico liberal corporativo globalizado. Pero, quienes

defienden esta tendencia se están reagrupando. Las elecciones francesas mostraron una derivación de ese modelo, con el triunfo de una coalición política que se propone una vía social liberal, por encima del neoconservadurismo empujado por candidatos y partidos que, sin embargo, lograron una base social de apoyo que les posiciona como fuerza política beligerante.

También se delinea otro clivaje político a partir de un nuevo campo político en disputa, con la resignificación del populismo. Desdiseñado por el *main-frame* académico anglosajón, y de alguna manera también menospreciado por algunas corrientes del pensamiento crítico, se están revalorizando propuestas originales surgidas desde la sociología latinoamericana; el trabajo de Ernesto Laclau (2013) sobre la razón populista, ha ahuyentado muchos fantasmas que se ciernen sobre esta categoría conceptual.⁶ El uso político del imaginario populista deja entrever dos tendencias que fueron claramente delineadas en las elecciones presidenciales estadounidenses de 2016: el populismo autoritario, que instrumentaliza la categoría pueblo en beneficio del neoconservadurismo, con sus rasgos demagógicos excluyentes; y el populismo progresista, que se propone dignificar las demandas populares en un nosotros incluyente y radicalmente crítico del poder instituido. En esta línea de pensamiento se podrían identificar los postulados de Bernie Sanders, en Estados Unidos, Jeremy Corbyn, en el Reino Unido, los partidos Podemos, en España; Syriza en Grecia, además de los populismos progresistas —sin connotaciones peyorativas— que encontramos en América Latina.

Algunos de los rasgos del debate democrático, que se redefinieron con el ascenso a la presidencia de Estados Unidos de Donald Trump, son:

6. Retamozo (2006) ofrece una síntesis del debate sobre populismo en su versión positiva: “La pluralidad de antagonismos articulados configura un espacio compuesto por aquellos que se encuentran en posición de subordinación y han elaborado demandas no satisfechas. Allí opera un recurso retórico que introduce una distinción en el espacio social que lo divide en dos campos. Se identifica un ‘nosotros-pueblo’ frente a un ‘ellos-poder’. Ésta es, para Laclau, la base del populismo, el cual se constituye como tal con la elaboración de un sistema estable de sentidos colectivos capaces de movilizar a los grupos demandantes. El populismo, así, supone la construcción de una identidad popular generada por las exclusiones sociales que el sistema produce en su propia configuración”.

- El fascismo societal, el autoritarismo, el totalitarismo invertido del mercado y la democracia “dirigida”, realmente existentes y previos a noviembre de 2016, dentro de la estructura del régimen político estadounidense, toman rasgos dramáticos en nuestra época actual. El neoconservadurismo trumpiano y sus manifestaciones de extrema derecha en diversas partes del mundo, coexiste con el ascendente social liberalismo y con la decadente socialdemocracia. Se trata de una competencia de matices en la reproducción de la acumulación capitalista. El imaginario progresista de izquierda no acaba de desprenderse de sus herencias desarrollistas y el debate político prefigura populismos antagónicos: autoritario-progresista que, para bien, debaten dónde reside la soberanía popular y la autonomía del sujeto y sus referencias colectivas comunitarias.

Repensar el papel de las redes sociales y la llamada “posverdad”

Uno de los grandes cuestionamientos al proceso electoral presidencial en Estados Unidos se refiere al impacto de las filtraciones de información estratégica sobre el papel de Rusia, sobre la veracidad y confiabilidad de la señora Clinton respecto de la información de Estado que guardaba en sus archivos personales, y sobre los ataques internos contra la elección de Bernie Sanders en las primarias del Partido Demócrata. Además de los efectos que esa información tuvo el día de la jornada electoral, el debate público sobre la legitimidad o la falta de ella en el gobierno Trump, sigue aumentando conforme se socializa la información correspondiente. Las instituciones nodales del sistema político estadounidense como el FBI, la CIA o la Fiscalía General, así como los cambios de los personajes más neoconservadores en el Gabinete presidencial, están cimbrando la viabilidad del proyecto político trumpista.

- A esa crisis del Poder Ejecutivo se une una batalla despiadada contra el *establishment* informativo, que los neoconservadores han situado en el poder de las redes sociales. La campaña de comunicación pública de Trump está coordinada por un sector de la ultraderecha experimentado en el manejo de la Internet y en la manipulación del Big Data para personalizar su influencia a la medida sobre el electorado. Alt-Right, organización que hizo palidecer las tendencias republicanas conservadoras del Tea Party,

y Breitbart News (<http://www.breitbart.com/>), la potente herramienta informática “alternativa” del neoconservadurismo, han creado una poderosa coalición ganadora que fue capaz de gastar menos de la décima parte que lo erogado por el Partido Demócrata en las elecciones de 2016. La eficacia de su estrategia comunicativa se combinó con una revalorización del Twitter, como nunca antes se había logrado. Ello fue posible por la difusión de mensajes que movieron las fibras del fanatismo racista, religioso y de creencias en el liderazgo unipersonal de Donald Trump, mediante una construcción sistemática de verdades relativas o *fake news* (hechos alternativos).

- De acuerdo con información procesada por el diario *El País* del 17 de julio de 2017: “4.6 mentiras al día. Ése es el promedio del presidente de Estados Unidos. En estos seis primeros meses en la Casa Blanca, Donald Trump ha hecho 836 afirmaciones falsas. Las cifras corresponden a un nivel similar a sus primeros 100 días, cuando la media era de 4.9 al día y el total 492, según un estudio de *The Washington Post*. Su hábito, enraizado en décadas en el mundo empresarial, no discrimina entre temáticas y ha agitado la política en Estados Unidos”. Cifras que no incluyen sus mentiras durante la campaña presidencial. Además, ciertas mentiras se repiten sin cesar, como es el caso de la reforma sanitaria de Barack Obama, el Obamacare, tema sobre el cual Trump más miente, pues ha repetido al menos 44 veces supuestos “hechos alternativos”, falsos, que buscan descalificar el programa social insignia de su antecesor. O el caso del financiamiento a la OTAN, que cuenta con 17 veces en que ha mentido sobre el financiamiento que le otorga su gobierno, cuando las cifras corresponden a gobiernos anteriores.

Repensar el giro social ecoterritorial en las elecciones

El peso de las ideologías, de las religiones cristianas —principalmente la evangelista—, o de las culturas nativistas que refuerzan la supremacía blanca, el racismo y la xenofobia discriminadores, fue decisivo en el triunfo de Donald Trump en la carrera por la Presidencia de Estados Unidos. La base común del pragmatismo sociológico dominante en Estados Unidos tiene relación con los enfoques desarrollistas que engañan al confundir crecimiento económico y desarrollo y que des-

precian el tema de la sustentabilidad en aras de doctrinas ultraliberales en términos económicos y neoconservadoras en la esfera política. Todas y cada una de esas variables son de carácter sociológico y todas tienen una dimensión territorial, cuya problematización en las ciencias sociales es decisiva para la mejor comprensión e interpretación, sobre las implicaciones de la geografía electoral y su raigambre en los procesos históricos que conforman al Estado nacional y su proyección geopolítica hegemónica.

- El triunfo electoral de Trump en la mayoría de los condados ubicados en la zona rural, en las ciudades menores de 20 mil habitantes y en la mayoría de los condados ubicados en las áreas suburbanas de las grandes ciudades, en cierto sentido actualizan *La democracia en América*, de Alexis de Tocqueville, pues muestran la vigencia del poder local con arraigo en el medio rural, el desgarramiento continuo entre liberalismo y conservadurismo, el papel de la religión en la transformación de prácticas sociales en las instituciones del régimen político y el permanente debate entre la defensa del ámbito doméstico y la proyección hegemónica internacional de Estados Unidos.
- Las elecciones presidenciales de 2016 en Estados Unidos patentizan que las diferencias entre el norte y el sur de la Unión Americana expresan la continuidad de un problema histórico no resuelto en la Guerra de Secesión del siglo XIX. El electorado trumpista recogió los rencores dejados desde entonces, como lo muestran diversos acontecimientos dominados por el deseo de revivir las diferencias entre los “confederados” supremacistas blancos y el resto del país.⁷ Noam Chomsky se refirió a que las elecciones pre-

7. Adam Shatz (2017) refiere: “La protesta de ‘Unite the Right’ [en Charlottesville, el 14 de agosto de 2017] fue un recordatorio de que el sueño de la Confederación nunca ha muerto: la visión de la democracia de *Herrenvolk* [democracia restringida a un grupo étnico dominante] ha continuado ardiendo desde que las tropas de la Unión abandonaron el sur derrotado pero desafiante, apenas una década después del final de la guerra. Eric Foner [Eric Foner, *A Short History of Reconstruction, 1863-1877*. Harper & Row] ha descrito la época de la Reconstrucción, cuando los ex esclavos se convirtieron en ciudadanos y los primeros gobiernos birraciales del sur fueron elegidos para el poder, como la ‘revolución inacabada’ de Estados Unidos. La batalla por la reconstrucción nunca terminó; simplemente ha cambiado las formas” (libre traducción del original).

sidenciales de 2016 parecen una calca de la división dejada por la Guerra de Secesión, ya que la guerra civil no ha terminado.⁸

Al igual que en la interpelación a la base social que llevó a los resultados del Brexit, Trump apeló al sentimiento de exclusión de los trabajadores blancos, con menor nivel de educación, que habían sido afectados por la desindustrialización producto de la globalización liberal. A ellos les vendió la idea de que las zonas abandonadas por el capital financiero y golpeadas por la integración comercial, mediante tratados o acuerdos de libre comercio, podrían ser rescatadas por una política neoproteccionista y nacionalista. Dos eran los enemigos a vencer: las élites burocráticas de Washington, beneficiadas por el capital corporativo, y los migrantes, principalmente latinos, que les quitaban el trabajo a los nativos blancos, por venderse por abajo del salario medio nacional, o por trabajar en peores condiciones en los países signatarios de acuerdos de libre comercio. En razón de ello, los condados del país del noreste de la Unión tuvieron las más altas tasas de volatilidad del voto Demócrata al Republicano. El llamado “cinturón del óxido” (*Rust Belt*), ubicado en donde surgió la industrialización acerera estadounidense, fue una de las bolsas más importantes del voto trumpiano.

Repensar la globalización, el “orden mundial” y los nacionalismos

El programa electoral de Trump y sus primeros meses de gobierno dejan ver que su lucha por la hegemonía neoconservadora nacionalista y neoproteccionista, está lejos de ganar adeptos entre quienes se estructure una coalición política internacional. Por una parte, los

8. En entrevista, Chomsky (2016) destaca: “Estados Unidos nunca desarrolló un sistema político basado en clases. Es un sistema político geográfico y se remite a los tiempos de la Guerra Civil. Que nunca terminó. Nixon explotó estos viejos rencores y miedos. Los grupos racistas y extremistas se alienaron en el sur. En los últimos años, tanto el Partido Demócrata como el Republicano han girado hacia la derecha. Y el Partido Republicano salió del espectro. Sus políticas están orientadas a los más ricos y al poder corporativo [...] La gran base del Partido Republicano son evangelistas y fundamentalistas cristianos. Ése es un aspecto muy llamativo y curioso de Estados Unidos: es una sociedad extremadamente religiosa. No hay nada parecido entre otros países desarrollados”.

cuestionamientos a los arreglos institucionales, o “nuevo orden mundial”, representados por la hegemonía liberal corporativa globalizada, que se formularon desde la posguerra, mantienen su dominio. Por otra, el neoconservadurismo no ha ganado gobiernos nacionales luego del triunfo de Donald Trump en Estados Unidos, no ganó ni en Francia, ni en Austria, ni en Holanda, tampoco ganó en Ecuador, ni los políticos afines a esta tendencia política están ganando en Venezuela.

Internamente, tampoco están ganando la conducción de la política exterior estadounidense, pero sus propuestas hacen estragos internos y externos. Anderson (2010) analiza una obra reciente de Francis Fukuyama: *After the Neocons, America at the Crossroads*, sobre el neoconservadurismo como una de las cuatro aproximaciones principales a la política exterior estadounidense, que no ha logrado imponerse como hegemónica. Las otras tres son:

[...] primera, el realismo del tipo de Kissinger, que pone el énfasis en la fuerza y la estabilidad, y que tiende a restar importancia a la naturaleza interna de otros regímenes; segunda, el internacionalismo liberal, que confía en trascender la política de la fuerza y avanzar hacia “un orden internacional basado en la ley y las instituciones”, y, finalmente, un término acuñado por Walter Russell Meade, el nacionalismo “jacksoniano”, que tiende a una visión de los intereses estadounidenses relacionados con la seguridad y a una falta de confianza en el multilateralismo.

- En ese marco, tanto el comercio como la cooperación Internacional están sujetos a estructuras interestatales que sostienen el “orden mundial liberal corporativo globalizado”, por lo que Trump se propone una suerte de acompañamiento funcional pragmático de los esquemas de integración regional y un abandono de las instancias multilaterales, especialmente las que impliquen asuntos de cooperación internacional. Ciertamente, con Trump y su beligerancia se va imponiendo una lógica de relaciones bilaterales asimétricas que favorezcan la hegemonía estadounidense, por encima de un supuesto multilateralismo, que organiza las relaciones económicas comerciales y la hegemonía del sistema financiero internacional. Sin embargo, en el caso de la democracia estadounidense también estamos frente a un proyecto consistente “en una democracia de los pocos, con los pocos y para los pocos” (González Casanova, 2006); no importa si el gobierno está en manos de demócratas o

de republicanos. Por ello, que no se hayan firmado el TPP o el TTIP, o que no avance el TISA, no significa que decaigan las pretensiones de una globalización liberal corporativa, como lo muestran las transformaciones negativas del Mercosur, de la Unasur, de la Comunidad Andina, o los problemas de consolidación del bloque BRICS. También vale la pena insistir en que los neoconservadores limitan y socavan el potencial de acción multilateral, como la Agenda 2030, de la ONU, los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), o el Acuerdo Mundial contra el Cambio Climático, que se han visto mermados por la política interior y exterior trumpista.

En contraparte, el Brexit y el neoproteccionismo estadounidense no encuentran un camino propicio.

- La persistencia de la integración comunitaria —interestatal— de la Unión Europea, compartida por el G-20, la defensa del libre comercio por parte de China y Rusia, parecen oxigenar una perspectiva neoliberal del comercio y las finanzas mundiales, cuya expresión más dinámica en nuestra región la representan el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), ampliamente atacado durante la campaña de Trump (como el peor tratado en la historia estadounidense), y la Alianza del Pacífico, que parece seducir a la mayoría de los países latinoamericanos, sobre todo a los nuevos y cuestionados gobiernos de Brasil, Argentina, Paraguay y varios países centroamericanos con gobierno de carácter neoliberal. Neoconservadurismo económico y racismo discriminatorio van de la mano. De ahí el proyecto de construir en su totalidad el “muro de la ignominia” en la frontera entre México y Estados Unidos, así como la política antiinmigrante contra América Latina y los países con mayoría islámica.

A pesar del cúmulo de adversidades que encarna el gobierno de Donald Trump, del protagonismo neoconservador y de la persistente tozudez del bloque liberal corporativo por restaurar el “orden mundial” que le es favorable, la acumulación capitalista sigue haciendo estragos al norte y al sur del mundo, no sin resistencias:

- No obstante las tendencias neoliberales hegemónicas, el sur global reclama otras agendas mundiales y regionales-locales. En nuestra región se tejen nuevas configuraciones sociales y están a la espera

nuevos impulsos críticos a iniciativas interestatales progresistas que representan una herencia, como es el caso de la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América, o los Tratados Comerciales entre los Pueblos. Nuevos y antiguos movimientos sociales crean redes de resistencia y prefiguran alternativas: desde la Red Mundial de Economía Social y Solidaria, o la Vía Campesina, hasta innumerables experiencias autónomas locales, muchas de ellas con base en pueblos originarios y afro-descendientes, le dan voz y rostro a experiencias éticas liberadoras alternativas. Desde un optimismo crítico hay que reconocer, sin triunfalismos, que sigue un diálogo prometedor entre Nuestra América, de inspiración martiana, y el Abya Yala de la diversidad étnica cultural y biológica de la naturaleza, en parte dentro de la agenda de gobiernos “progresistas”, en parte en la defensa de autonomías locales contra la depredación extractivista.

Repensar los poderes fácticos y la geopolítica de la guerra y la paz

Si bien las elecciones las gana el dinero, los hechos vinculados con el triunfo de Donald Trump en noviembre de 2016 nos obligan a matizar esa pista interpretativa. La mercantilización del proceso electoral en un país donde el cabildeo es legal, aunque no necesariamente legítimo, plantea un gran desafío al conocimiento crítico, pues entre coaliciones y fracturas entre los grupos del poder corporativo global se dan nuevas agrupaciones y alianzas entre esos poderes fácticos, que no podemos entender como monolíticos. La influencia del poder del complejo militar-industrial se fortalece en el gobierno de Donald Trump e, incluso, remodela la política militar aunque ésta se oponga al programa electoral.

- John Saxe-Fernández (2017) apunta varios rasgos sobre peligros y amenazas implicadas en la geopolítica de la guerra, que son constantes en las políticas de Estado, hacia el interior y hacia el exterior, y profundizadas por el gobierno de Trump. La falta de sustento fáctico y legal en el caso del bombardeo contra Siria, como respuesta a un presunto ataque químico del gobierno de Assad contra su población, exacerbó la guerra en un “contexto estratégico con alto riesgo de exterminio mutuo por despliegues balísticos y de tropa de EU y OTAN cerca de Rusia (y China)”.

- Martínez (2017) señala que “El aumento en 54,000 millones del gasto militar supone un crecimiento del 9.2% respecto al presupuesto del año fiscal 2017. Es el mayor incremento desde 2008 (11.3%), en el último año de presidencia de Bush. Pero queda lejos del crecimiento del 25.9% en 2003, cuando Estados Unidos lanzó la invasión de Irak y estaba en el segundo año de guerra en Afganistán”.⁹
- La amenaza de conflicto nuclear con Corea del Norte aumenta, se mantienen y amplían las tropas estadounidenses en Afganistán, donde se lanza una “súper bomba”, el mayor objeto letal no nuclear con el que cuenta el ejército estadounidense. El Gobierno estadounidense destruye masivamente y luego se propone conducir la reconstrucción del país destruido. Para Trump, ambos momentos son propicios para los negocios. Martínez (2017) plantea:

Para Trump, esta escalada militar no es sólo una forma de patriotismo. El multimillonario republicano siempre la ha vinculado a la prosperidad económica. “Reforzar el sector militar es barato. Estamos comprando paz y afianzando nuestra seguridad nacional. Además es un buen negocio. ¿Quién construirá los aviones y barcos? Trabajadores americanos” [Trump en su libro *América Lisiada*].

Lo que promete cumplir con su plataforma electoral.

- Ajeno a cualquier tratado que limite la proliferación de armamento nuclear, negociador a la baja con la OTAN, repetidor de la narrativa intervencionista —como lo muestra su discurso en contra del gobierno de Maduro en Venezuela—, Trump está consolidando su principal pilar para mantener su gobierno en la alianza con el complejo militar industrial, cuyos cargos oficiales ocupan la mayor estabilidad.

9. Donald Trump gastaría 638,000 millones de dólares en defensa en 2018, sería el mayor aumento en una década. Para encontrar una cifra reciente superior hay que retroceder a 2012: 681,000 millones de dólares. El presupuesto más alto fue el de 2010 con 721,000 millones, según datos oficiales. Véase el reportaje de Jan Martínez Arens en el diario *El País*, 28 de febrero de 2017, consultado en: https://elpais.com/internacional/2017/02/27/estados_unidos/1488210234_980587.html

Repensar la integración latinoamericana y caribeña

Asistimos a una coyuntura en la que la integración autónoma latinoamericana y caribeña se debilita:

- Aunque el optimismo despertado por la aparición de la Comunidad de Naciones Latinoamericanas y Caribeñas (CELAC, creada en 2010), como un espacio interestatal de corte autonómico, enfrenta nuevos datos que la ponen en entredicho. En parte por la llegada de Trump a la Casa Blanca, en parte por el derrotero que han tomado las crisis de gobierno en Brasil y Venezuela, en parte a causa de las políticas exteriores de sometimiento de la mayoría de gobiernos latinoamericanos, se está apagando el potencial autonómico con el que nació la CELAC. Renace un panamericanismo autoritario, que a pesar del desconocimiento que hace el gobierno de Trump de instancias multilaterales, está unificando las tendencias autoritarias dentro y fuera de Estados Unidos. La OEA, o el retroceso de las relaciones entre Cuba y la Unión Americana, muestran un éxito relativo, esperemos que coyuntural, del neoconservadurismo en nuestro continente.

ESTRUCTURA Y CONTENIDO DEL LIBRO

La coyuntura y experiencia internacional de los últimos años ha dejado muchas interrogantes y pocas respuestas, se dificulta la comprensión de sucesos como el Brexit, la nueva modalidad de golpes de Estado, como el caso de Brasil, aunado al avance de gobiernos de derecha en la región latinoamericana, para finalmente cerrar con las tensiones políticas que han logrado permear a nivel internacional las elecciones presidenciales de Estados Unidos. Se puede avanzar en la comprensión de lo anterior si se generan reflexiones multidisciplinares, pero donde los aportes sociológicos sean parte directriz para lograr una mejor comprensión de estos fenómenos, que están permeando en el debate sobre la democracia, las relaciones entre Estado y sociedad, la hegemonía unipolar de Estados Unidos y el ascenso del neoconservadurismo en el mundo.

Entender la autonomía de la región latinoamericana, y sobre todo fortalecerla, es una de las ocupaciones del trabajo académico que surge desde la sociología. Para lograr la autonomía regional es preciso comprender los sucesos que ocurren en otras latitudes, como en el país que por muchos años, y actualmente, pretende seguir con un dominio hegemónico sobre el sur global. Sin embargo, las experiencias vividas por el país del norte desde el año 2008 permitieron descubrir dos aspectos:

- La debilidad que se esconde detrás de la cara financiera de un país con tendencia imperial, que sufre los efectos del proyecto económico neoliberal, el cual no aporta beneficios a la mayoría y aumenta la desigualdad y los problemas sociales.
- Una perspectiva de lo que “debe ser la democracia” que ha predicado ese país y con la que ha justificado sus intervenciones, hoy muestra señales de debilidad que obligan a hacer un replanteamiento del ideal democrático que se requiere para vivir mejor juntos.

El proceso electoral de 2016 desde las campañas hasta el día de la elección, y luego el triunfo del ahora presidente de Estados Unidos Donald Trump, dejan en vilo al mundo, como muestra la guerra que este personaje ejerce en la arena de las redes sociales, donde algunos caracteres en Twitter pueden detonar tensiones internacionales. Con esta obra se pretende comprender y dimensionar al gobierno trumpista dentro de sus primeros meses al mando de Estados Unidos, lo que sin lugar a dudas permitirá tener una perspectiva futura de lo que será el resto de su administración, incluidos los cuestionamientos a su gestión presidencial.

En la medida que las distintas contribuciones aportadas para este libro tienen temáticas entrecruzadas con los diferentes temas planteados antes, a continuación se presenta un resumen sucinto de cada capítulo, siguiendo el orden en que está organizado el índice del libro:

Para Marco A. Gandásegui hijo, su capítulo “Trump en el laberinto geopolítico global” hace ver que la nueva figura presidencial ha dominado los titulares mediáticos y, al mismo tiempo, las agendas políticas en todo el mundo, como ninguno de sus predecesores. Esta atención es resultado de un estilo inesperado por parte del jefe de Estado de un país tan importante como Estados Unidos. Igualmente se analiza su

propuesta gubernamental que rompe, aunque sólo sea en parte, con un proyecto político de “orden mundial” ya establecido hace 50 años. En su primera sección se examina el estilo de gobierno logrado, en referencia a su ascenso dentro del Partido Republicano y su triunfo electoral sobre el Partido Demócrata a finales de 2016. En relación con su propuesta política, se trata de demostrar que tiene alcances que van mucho más allá de lo que los medios informativos nos dan a entender. Para este fin, se examinan las propuestas de Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski en torno a los retos que enfrenta Estados Unidos en el siglo XXI. También se destaca la contrapropuesta del sociólogo Immanuel Wallerstein, como crítica a la modernidad/colonialidad del sistema mundo moderno. En la última sección se aborda el futuro de las relaciones entre Panamá y Estados Unidos en la “era Trump”.

Jaime Antonio Preciado Coronado analiza la relación entre democracia y elecciones en su capítulo: “Entre el desacuerdo y el fascismo societal invertido. Elecciones e imaginario democrático en Estados Unidos”. El interés que despierta el proceso electoral estadounidense allende sus fronteras, reside en valorar dificultades, alcances y potencialidades que enfrenta el imaginario democrático como aspiración legítima en el mundo. Una aspiración cuyas fuentes de legitimidad han sido variables y contrapuestas; unas se han tomado del ideario liberal, otras han bebido de tesis conservadoras, mientras que otras más tratan de complementar las limitaciones del imaginario democrático dominante, como es el caso de la socialdemocracia, u otras que cuestionan la vigencia de los paradigmas liberales y conservadores, a los cuales oponen el ideario socialista democrático. El enfoque de Trump, su énfasis nacionalista, proteccionista, nativista y conservador no cuestiona la pretendida superioridad del régimen democrático, sino que se vale de ella para impulsar un gobierno que reclama su legitimidad desde las urnas. Sin embargo, el debate sobre la calidad y orientación de la democracia hacia nuevos ámbitos de participación y de definición sobre ciudadanía no tiene cabida en un gobierno que apela a su conservadurismo para fincar su poder sobre prácticas autoritarias.

En el capítulo: “Estados Unidos en su contexto político-ideológico, crisis y transición a la luz electoral de 2016”, de Jorge Hernández Martínez, se estudia cómo, en la medida que avanza el año 2017, la personalidad de Donald Trump y las proyecciones de su gobierno siguen estimulando interpretaciones, interrogantes e hipótesis. No pocos

trabajos han intentado ya dar cuenta de las causas que propiciaron su victoria en las elecciones de 2016, por lo que en este trabajo se considera que las secuelas de las sucesivas crisis económicas que se han ido acumulando en las últimas décadas, en la sociedad estadounidense, han ido acompañadas de cambios en el tejido social y de indicios de crisis políticas, que se manifiestan sobre todo en el sistema bipartidista y en el terreno ideológico. El “fenómeno Trump” es, justamente, una expresión de esa crisis, como lo fue en su momento, en otras circunstancias, la emergencia de Obama como el candidato presidencial triunfante en los comicios de 2008.

Luis Fernando Ayerbe aporta el capítulo “De Clinton a Trump: orden internacional y liderazgo estadounidense”. Señala cómo la polarización que pautó la transición presidencial estadounidense hizo destacar el debate político e intelectual desde la perspectiva de un cambio estructural en curso, cuyos alcances van más allá de las fronteras nacionales. El fenómeno Donald Trump, inicialmente subestimado como expresión del voluntarismo del empresario narcisista y con discurso anti-*establishment*, estuvo movido menos por convicción que por oportunismo. Ese discurso termina imponiéndose como catalizador de malestar entre amplios sectores del electorado, que fueron golpeados en sus condiciones de vida en las últimas décadas. Como respuesta, el candidato victorioso propone la revisión de concepciones y políticas atribuidas a élites globalizadas, cuyos intereses cosmopolitas se sobreponen al bienestar de la población trabajadora nacional. Se hace un retrospectivo histórico de las administraciones de Bill Clinton, George W. Bush y Barack Obama, y cómo esto inspira el eslogan trumpiano “*America First*”. En este trabajo se identifican continuidades y cambios relevantes que repercuten en la posición de Estados Unidos en el mundo.

En su capítulo “Efecto anti-Trump: el triunfo de la ideología hegemónica”, Silvana M. Romero observa que cuando se supo que Trump sería el nuevo presidente estadounidense, la prensa hegemónica desató toda su artillería en contra del magnate: se pasó de la ridiculización de Trump —que predominó durante la campaña— a considerarlo como una de las peores amenazas a la democracia estadounidense. Michael Shifter (director del *Inter-American Dialogue*, think tank neoliberal), advirtió sobre el desastre que implicaría el gobierno de Trump para las relaciones entre Estados Unidos y Latinoamérica (*Forbes*, 23 sep-

tiembre 2016). Pasado poco más de un mes de gobierno, en medio de las persistentes críticas de la prensa, de la sociedad civil y de parte de la esfera política formal al nuevo gobierno, Shifter se alinea con Trump y su equipo. En esta ocasión, pidiendo una política que de una vez por todas garantice el “orden institucional” en Venezuela. A esto se suma la carta enviada por una comisión bipartidista de 34 legisladores a Trump para pedir más presión sobre el gobierno de Venezuela. El “efecto Trump” deja ver que algunos gobiernos de América Latina, que estaban alineados con Estados Unidos durante el gobierno de Obama, ahora defienden a ultranza los tratados de libre comercio (TLC), dando por sentado que son “el camino correcto”, desestimando así los resultados que han tenido en las economías atadas a ellos como México y Colombia. El análisis se centra en la información, omisión o desinformación brindada por la prensa, poniendo como telón de fondo la perspectiva histórica, la cual permite una mayor comprensión de la política interna estadounidense y su percepción desde el exterior.

Ofelia Pérez Cruz ofrece su capítulo: “Fundamentalismos y prosperidad: Trump y su *‘Make America Great Again’*”, donde constata que la disminución o “capa caída” de la religión ante la batuta asumida por la ciencia, ha quedado refutada desde la práctica concreta. Su análisis se fundamenta sobre varios autores anglosajones que ven cómo la religión permanece siendo lo que ha sido a lo largo de la historia, pero ahora con una fuerza insospechada. Ello se expresa de muchas formas, particularmente con el resurgimiento del fundamentalismo y de nuevos cultos. Cita el caso de una obra paradigmática: *The Fundamentals: A Testimony to the Truth*, (Dixon y Torrey, 1910-1915), obra colectiva constitutiva de 90 ensayos en 12 volúmenes, que establecía los principios protestantes ortodoxos en una variedad importante temática, producida en Estados Unidos por prominentes pastores y académicos de iglesias episcopales, presbiterianas, metodistas, entre otras denominaciones, la cual constituye el pilar básico de lo que desde entonces se acuñó como fundamentalismo, o como integrista. Es a partir de esta idea de los fundamentalismos que se pretende dar sentido a la elección de Trump y los postulados nacionalistas y conservadores arraigados en el fundamentalismo religioso.

“Fracturas de la sociedad moderna en crisis global: ¿Hacia un desarrollo humano y ecológico sustentable?”, es un capítulo contextual de primera importancia que ofrece Jorge Rojas Hernández. Frente a

tiempos difíciles y de alta complejidad, tanto de comprensión como de superación, se impone una visión sobre los tiempos de crisis globales y de transformaciones profundas —como la económica, política, ambiental, social y climática—, que son necesarias de examinar y repensar para reconfigurar el futuro. Los modernos racionalistas prometieron utopías no cumplidas. El ser humano común sigue esperando su progreso y realización personal. El planeta experimenta la explotación de sus ecosistemas en el límite de la saturación y del colapso. Pero las crisis no sólo muestran el incremento de los problemas socioambientales —la nueva pobreza y el deterioro acelerado de la naturaleza—, sino que al mismo tiempo muestra nuevas señales de cambio, movimientos plurales de la sociedad que despierta en conciencia y subjetividades, que anuncian nuevos sueños y esperanzas de cambiar el rumbo hacia lo humano con sentido de género, étnico y con un sello sustentable, que es imborrable. Se trata de una transición compleja, tensa y conflictiva, sin una dirección única, pero con amplios espacios para avanzar humanamente, como lo muestra el proceso electoral estadounidense donde se confrontan esas diversas visiones de la crisis y su manejo político.

Luis Suárez Salazar analiza: “Las políticas hacía América Latina y el Caribe del gobierno temporal de Donald Trump, una aproximación a sus primeros 155 días”. En este capítulo se actualizan y en algunos aspectos se amplían trabajos previos que Suárez publicó en diversos medios electrónicos y en algunas revistas académicas latinoamericanas; en esos escritos Suárez anticipaba que al menos hasta las elecciones intermedias de noviembre de 2018, esa administración le iba a dar continuidad a la mayor parte de los objetivos estratégicos, generales y, en algunos casos, específicos que guiaron las diversas “estrategias inteligentes” que, durante las dos presidencias de Barack Obama (2009-2017), había desplegado la poderosa maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad de Estados Unidos, así como sus aparatos económicos e ideológico-culturales contra las naciones, los pueblos y algunos gobiernos de América Latina y el Caribe. Sin embargo, el gobierno de Donald Trump profundizará en peor sentido esos objetivos estratégicos, en razón del carácter acentuadamente plutocrático, xenofóbico, racista, misógino, chovinista y militarista de su Gabinete y altos mandos (puesto de manifiesto en la gran cantidad de multimillonarios blancos y de ex militares incluidos en su Gabinete, y

en los principales mandos del Consejo Nacional de Seguridad). Suárez prevé que en sus interrelaciones con los gobiernos de los 33 Estados nacionales o plurinacionales del sur político del continente americano, la actual administración republicana le dará un mayor despliegue a las herramientas del llamado *hard power* (incluidas las negociaciones desde posiciones de fuerza) que las que tuvieron durante los ocho años del gobierno de Barack Obama.

Siguiendo con las preocupaciones sobre las relaciones entre Estados Unidos y América Latina, Leandro Morgenfeld aporta su análisis sobre el caso argentino, en: “Macri, de Obama a Trump, Argentina-Estados Unidos y su impacto en las relaciones interamericanas”. Desde que asumió el 10 de diciembre de 2015, el presidente argentino Mauricio Macri impulsó una nueva política exterior, subordinando su agenda a la del gobierno Obama y rápidamente al de Trump, además de los gobiernos de Europa. Macri argumentó que así atraería inversiones, facilitaría el crédito externo a tasas más bajas y ampliaría las exportaciones. A lo largo de su primer año el nuevo gobierno argentino sobreactuó el alineamiento con Washington —retomando la senda que supo transitar Carlos Ménem en los noventa— y se ilusionó con la continuidad que suponía la previsible llegada a la Casa Blanca de Hillary Clinton. Sin embargo, la lluvia de inversiones no llegó, las tasas para tomar créditos no disminuyen y la balanza comercial empeoró. Con Trump en la Casa Blanca se profundizó el contexto externo negativo y se muestra el fracaso de la estrategia aperturista ensayada por el Gobierno argentino, situación que reconocen hasta los impulsores de la inserción internacional neoliberal. La subordinación de Macri al imperio del norte le acarrearé costos políticos internos más altos —para muestra, véase lo que está ocurriendo con Peña Nieto en México— y beneficios aún más inciertos.

El libro cierra con el capítulo de Martha Nélide Ruiz: “Elecciones en Estados Unidos: el malestar de las mayorías silenciosas”, que resalta la vinculación entre proceso electoral y diferenciación sociopolítica. Los ciudadanos demócratas liberales, educados en las universidades, muchas de ellas de élite, vieron lo que pudieron y quisieron ver desde esa óptica empequeñecida por su entorno social; dejaron fuera de su visión los círculos de relaciones cada vez más cerrados en las diferentes subculturas, llamadas en el pasado tribus urbanas. Una *hiperlógica* que los partidos políticos tampoco pudieron ver —inmersos

en su estadounidense—. No se dieron cuenta de que el mundo había cambiado, o modelado a su propio país, como producto de la llamada globalización o neocolonialismo absoluto, procesos auspiciados paradójicamente por Estados Unidos y Reino Unido. Coloquialmente hablando, después del Brexit “no pusieron sus barbas a remojar”. Martha Nélida concluye su capítulo señalando:

Y ahí estaba, la mitad del país, cansada de su invisibilidad, de ser el personaje de la broma que representa al país bárbaro, cristiano evangélico, racista, armado hasta los dientes, incestuoso e ignorante viviendo en el pasado. Los olvidados, los sin voz. Atrapados en la intolerancia liberal de lo políticamente correcto.

El “orden” como premisa constitutiva de la modernidad ha servido para conformar una sociedad hasta hace poco enfocada en el trabajo, el esfuerzo y el progreso, orientada por metas y objetivos concretos, una sociedad crédula que actúa de buena fe, en cuyos cimientos se encuentran el puritanismo más arraigado con su ética protestante, y esa arrogancia ingenua de “pueblo elegido”.

27 de agosto de 2017.

BIBLIOGRAFÍA

- Almond, Gabriel, y Verba, Sidney. (1989). *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Estados Unidos: SAGE.
- Anderson, Kenneth. (2010). Adiós a todo eso. Un réquiem por el neoconservadurismo, sobre *After the Neocons. America at the Crossroads*, de Francis Fukuyama. *Revista de Libros*. Londres. Consultado en: <http://www.revistadelibros.com/articulos/francis-fukuyama-y-el-neoconservadurismo>
- Camacho, Daniel. (1979). Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana. *Ponencias del XI Congreso Latinoamericano de Sociología*. Costa Rica: Educa.
- Cardoso, Fernando H., y Faletto, Enzo. (1969). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.
- Cueva, Agustín. (1977). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. México: Siglo XXI Editores.

- Dixon, A. C., y Torrey, Reuben Archer. (2003). *The Fundamentals: A Testimony To The Truth (1910 to 1915)*. Los Ángeles: Baker Books/The Bible Institute.
- Garretón, Manuel Antonio. (1997). Revisando las transiciones democráticas en América Latina. *Nueva Sociedad*, núm. 148, marzo-abril, pp. 20-29.
- Germani, Gino. (1969). *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- González Casanova, Pablo. (2006). Sobre las elecciones presidenciales en México. *La Jornada*, 7 de julio. México. Consultado en: <http://rcci.net/globalizacion/2006/fg622.htm>
- Gramsci, Antonio. (1985). *Cartas desde la cárcel*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Hardt, Michael, y Negri, Antonio. (2005). *Imperio*. Barcelona: Paidós Ibérico.
- Harvey, David. (2004). El “nuevo” imperialismo: Acumulación por desposesión. *Socialist Register*. Estados Unidos.
- . (2006). *Spaces of global capitalismo*. Reino Unido/Estados Unidos: Verso.
- Ianni, Octavio. (2006). *Teorías de la globalización*, 7ª edición. México: Siglo XXI Editores.
- Justo, Juan B. (1998). *Juan B. Justo*. (Introducción y selección de textos de Javier Franzé). Madrid: Ediciones de Cultura Hispánica.
- Kukso, Federico. (2016). Entrevista a Noam Chomsky: “En Estados Unidos la Guerra Civil aún no terminó”. *Le Monde Diplomatique* (edición en español de noviembre). Consultado en: <http://www.resumenlatinoamericano.org/2016/11/15/noam-chomsky-en-estados-unidos-la-guerra-civil-aun-no-termino/>
- Laclau, E. (2013). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Mariátegui, José Carlos. (1928). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- Marini, Rui Mauro. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: ERA.
- Martí i Puig, Salvador. (1999). ¿Promesas incumplidas? Un balance crítico de las teorías del cambio político y su aplicabilidad en América Latina. *CIDOB d'Afers Internacionals*, núm. 54-55, pp. 113-137.
- Medina E., José. (1964). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*. Buenos Aires: Solar/Hachette.
- Merton, Robert K. (2003). *Teoría y estructura social*. México: Fondo de Cultura Económica.
- O'Donnell, Guillermo, Schmitter, Philippe C., y Whitehead, Laurence. (1986). *Transitions from Authoritarian Rule: Comparative Perspecti-*

- ves. Washington, DC: The Woodrow Wilson International Center for Scholars.
- Parsons, Talcott. (1968). *La estructura de la acción social*. Madrid: Guadarrama.
- Ponce, Aníbal. (2005). *Educación y lucha de clases*. Madrid: AKAL.
- Portantiero, Juan Carlos. (1988). *La producción de un orden. Ensayos sobre democracia entre el Estado y la sociedad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Prébisch, R. (1949). *El desarrollo de la América Latina y algunos de sus principales problemas*. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina (CEPAL).
- Quijano, Aníbal. (1998). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina (análisis). *Ecuador debate. Descentralización: Entre lo global y lo local*, núm. 44, agosto, pp. 227-238. Quito: CAAP.
- . (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: Edgardo Lander (comp.), *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO.
- . (2014). *Cuestiones y horizontes. Antología esencial: De la dependencia histórico-estructural a la colonialidad/descolonialidad del poder*. (Selección a cargo de Danilo Assis Clímaco; con prólogo de Danilo Assis Clímaco). Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.
- Retamozo, Martín. (2006). Reseña de *La razón populista* de Ernesto Laclau. *Sociedad Hoy*, núm. 10, primer semestre, pp. 225-229. Concepción, Chile: Universidad de Concepción.
- Ribeiro, Darcy. (1977). *Las Américas y la civilización. Proceso de formación y causas del desarrollo desigual de los pueblos americanos*. México: Extemporáneos.
- Said, Edward W. (1990). *Orientalismo*. Madrid: editorial al Quibla.
- Salinas Figueredo, Darío. (2003). La democracia en Chile. Los límites de la política en la transición. *Estudios Sociológicos*, 21(62), mayo-agosto, pp. 309-330. México.
- Santos, Milton. (2004). *Por otra globalización. Del pensamiento único a la conciencia universal*. Colombia: Convenio Andrés Bello.
- Santos, Theotonio dos. (2010). *Globalización, innovación y crecimiento: Geopolítica e integración*. Consultado en el blog del autor: <http://theotoniodossantos.blogspot.mx/2010/10/globalizacion-innovacion-y-crecimiento.html>
- Saxe-Fernández, John. (2017). Riesgo de guerra nuclear. *La Jornada*, 13 de abril. Consultado en: <http://www.jornada.unam.mx/2017/04/13/opinion/019a1eco>

- Shatz, Adam. (2017). "Trump set them free". *London Review of Books*, 15 de agosto. Consultado en: <https://www.lrb.co.uk/blog/2017/08/15/adam-shatz/trump-set-them-free/>
- Sousa Santos, Boaventura de. (2017). *Contra la dominación. Público*. España. Consultado en el blog: <http://blogs.publico.es/espejos-extraños/>
- Svampa, Maristella. (2012). Consenso de los *commodities*, giro ecoterritorial y pensamiento crítico en América Latina. *Cuadernos de la OSAL, CLACSO*, núm. 32. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/osal/20120927103642/osal32.pdf>
- Tocqueville, Alexis de. (2002). *La democracia en América* (2 tomos). (Ciencia política. Trad. de Dolores Sánchez de Aleu). Madrid: Alianza Editorial. (Fue publicado en dos partes: la primera en 1835, y la segunda en 1840).
- Wallerstein, Immanuel. (2000). *El legado de la sociología, la promesa de la ciencia social*. Caracas: Nueva Sociedad.

TRUMP EN EL LABERINTO GEOPOLÍTICO GLOBAL

Marco Antonio Gandásegui, hijo¹

Criticar no es censurar, sino ejercitar el criterio.
José Martí

RESUMEN

La figura del presidente Trump ha dominado los titulares mediáticos y, al mismo tiempo, las agendas políticas en todo el mundo, como ninguno de sus predecesores. Esta atención es resultado de un estilo inesperado por parte del jefe de Estado de un país tan importante como Estados Unidos. Igualmente, de su propuesta gubernamental que rompe, aunque sólo sea en parte, con un proyecto político establecido ya hace 50 años.

En relación con su estilo, lo examinaremos en la primera sección que hace referencia a su ascenso dentro del Partido Republicano y su triunfo electoral sobre el Partido Demócrata a finales de 2016. En cuanto a su propuesta política, trataremos de demostrar que tiene alcances que van mucho más allá de los que los medios informativos nos dan a entender. Para este fin examinaremos las propuestas de Henry Kissinger y Zbigniew Brzezinski en torno a los retos que enfrenta Estados Unidos en el siglo XXI. También destacaremos una contrapropuesta del sociólogo Immanuel Wallerstein. En la última

1. Profesor de Sociología de la Universidad de Panamá e investigador asociado del CELA.

sección se abordará el futuro de las relaciones entre Panamá y Estados Unidos en la “era Trump”.

TRUMP EN EL LABERINTO GEOPOLÍTICO GLOBAL

Para iniciar, contestemos tres preguntas para clarificar el ambiente. ¿Es Trump único, un fenómeno político en Estados Unidos sin antecedentes históricos? No. Personalidades como Trump aparecen periódicamente en situaciones políticas que requieren un remezón. A principios del siglo xx apareció Teddy Roosevelt. A principios del siglo xix emergió Andrew Jackson. Los tres tienen en común un discurso demagógico, que atrae la atención de amplios sectores sociales descontentos. ¿Es Trump nuevo? Relativamente. En más de un siglo no había llegado a la Casa Blanca un aspirante que no saliera de las filas de hombres preparados dentro de las academias de élite o de los cuarteles. ¿Es Trump un cambio? Definitivamente, su misión es modificar la visión de la élite estadounidense y, además, del pueblo de ese país sobre el mundo actual y el lugar que en él ocupa Estados Unidos. No hay garantías de que lo logrará. Jackson y Teddy Roosevelt fracasaron en sus respectivas misiones.

Su triunfo electoral aparentemente le ha dado en sus primeros meses en Washington el poder para cambiar el enfoque del país: su xenofobia lo expresa insistiendo en negar la diversidad cultural de Estados Unidos. Propone un retorno a la superioridad industrial del país (*America First*) capaz de generar empleo para todos los trabajadores de la nación. Igualmente se ha embarcado en un presupuesto militar que no tiene antecedentes. Este último punto abre el escenario para nuevas guerras en todos los puntos cardinales. El segundo le permite hablar de un fin a los acuerdos de libre comercio, alianzas y de un nuevo estilo de proteccionismo de la economía nacional. La xenofobia lo lleva a postular la superioridad subjetiva del pueblo estadounidense (WASP) sobre los demás. Esto último está simbolizado en la muralla que separa a Estados Unidos de México y del resto de América Latina.

TRUMP LLEGA A LA PRESIDENCIA DE ESTADOS UNIDOS

Antes de abordar el problema central del presente trabajo, explicaremos cómo Trump logró imponerse a su contrincante en las elecciones presidenciales en 2016.

Después de una larga campaña, inaugurada a mediados de 2015, y superando los obstáculos que parecían invencibles, el magnate de las finanzas especulativas de Manhattan, Donad J. Trump, se convirtió en el 45° presidente de Estados Unidos.

Immanuel Wallerstein señala que la presidencia de Trump es “totalmente impredecible. Sólo podemos tener la esperanza de que su círculo cero lo modere”. Aún más, el teórico del “sistema mundo capitalista” pronostica que “el 95% de las políticas que impulse Trump en su primer año serán terribles”. Prueba de ello, los nombramientos que ha hecho en su consejo de Gabinete (Wallerstein, 2017).

En total son 19 personas, casi todas millonarios o militares, de extracción europea (“blancos”) y hombres. Una excepción es la multimillonaria Betty DeVos, secretaria de Educación cuyo “objetivo es socavar la educación pública y dar vales escolares para financiar escuelas privadas y religiosas”. Tom Price como secretario de Salud quiere acabar con los servicios de salud para todos (“Obamacare”). Jeff Sessions, ministro de Justicia, es defensor racista del encarcelamiento masivo. Andrew Puzder, ministro de Trabajo, se opone al aumento del salario mínimo federal.

Cathy McMorris Rodgers, secretaria del Interior, apoya la perforación en comarcas indígenas y la apertura de tierras federales. Scott Pruitt, nuevo administrador de la Agencia de Protección Ambiental, promueve el fin de las regulaciones.

Por el lado de la seguridad (militar), encabeza la lista el general James *Perro Loco* Mattis como secretario de Defensa. Le sigue el general John Kelly, secretario de Seguridad (Homeland Security) y el general Michael Flynn como su consejero de Seguridad Nacional. Mike Pompeo (director de la CIA) propone crear un registro de llamadas domésticas. Rex Tillerson, secretario de Estado, era presidente de la “hermana mayor” Exxon-Mobil, que tiene inversiones multimillonarias en Rusia.

Con este equipo al más alto nivel, no es casual que Michael Klare diga que Trump sólo tiene en mente la reconquista del mundo. En

su agenda aparecen cuatro puntos: China, Rusia, Europa y el Medio Oriente. El resto del mundo no existe o tiene una importancia menor. Prometió destruir el llamado Estado Islámico mediante la acción militar.

En relación con Europa, Trump considera que ese continente está en decadencia y la OTAN es obsoleta. En cambio, en el caso de Rusia, Trump y Putin han declarado que quieren normalizar las relaciones entre los dos países. Según Klare, muchos creen que Tillerson fue nombrado secretario de Estado para estimular las relaciones en el campo energético. Exxon tiene enormes inversiones en el Ártico ruso. Además, comparten su aversión por las corrientes islámicas radicales.

El problema número uno en la política exterior del nuevo presidente es China. Pekín se ha convertido en el motor económico del capitalismo del siglo XXI. Sin embargo, aún no ha desplazado a Estados Unidos como potencia hegemónica (poder cultural, militar y financiero). La estrategia de Trump es acorralar a China creando un círculo de bases en su entorno. En el plan tiene un papel central la Federación rusa. Si Estados Unidos logra convertir a Rusia en un aliado subordinado (tipo Alemania y Japón), obtiene tres resultados inmediatos: cierra militarmente la larga frontera china en el norte, dificulta el desarrollo de las “Rutas de la seda” chinas que tienen a Europa como destino y minimiza la importancia de los recursos energéticos rusos con destino a la industria china.

En términos militares, Trump hereda las fuerzas armadas mejor equipadas de la historia. Según Miguel Barrios (2017) el presidente saliente, Barack Obama, expandió las guerras aéreas y el uso de las fuerzas especiales en todo el mundo. El número de países que cuentan con bases de fuerzas especiales estadounidenses pasaron de 60 en 2009 hasta 138 en 2016 (el 70% de los países del mundo). En 2016, el gobierno de Obama arrojó al menos 26,171 bombas. Además, Obama logró vender 265 mil millones de dólares en armas, cifra récord.

Trump no tiene una política hacia América latina. La muralla en la frontera de México es una concesión a los sectores xenofóbicos que lo apoyaron en las elecciones. Es un enemigo declarado de la Revolución Cubana y de los gobiernos progresistas por razones ideológicas. Sin embargo, sus intereses comerciales pueden superar sus prejuicios. Percibe la región al sur del río Bravo como un área para la explotación de sus recursos naturales y humanos. Además, los países de América

Latina y el Caribe pueden ser útiles en sus planes geopolíticos a escala global.

EL NUEVO ORDEN *VERSUS* EL EQUILIBRIO

El presidente Trump ha resucitado un viejo enfrentamiento entre los especialistas que se dedican a diseñar estrategias en materia de la política exterior de Estados Unidos. Por un lado, quienes buscan establecer un equilibrio entre la potencias que luchan por la dominación global. Por otro, aquellos que plantean la necesidad de imponer un “nuevo orden” global. Desde la década de 1970 hasta el gobierno de Obama, el *establishment*, una alianza entre la burocracia en Washington (el *deep state*) y la banca de Nueva York, líder de los centros financieros del mundo capitalista, se levanta sin oposición la propuesta de un “nuevo orden” global. Trump, en cambio, representa un sector de la clase oligarca estadounidense que prefiere proyectar la llamada política de equilibrio —al viejo estilo del Tratado de Westfalia—, donde Estados Unidos sería el garante de la paz y del orden.

Los partidarios del “nuevo orden” ven un mundo donde las fronteras desaparecen y el concepto de Estado-nación se debilita y tendencialmente se extingue. Esta visión es avalada por los partidarios de la globalización. La meta es tener un gobierno mundial dirigido por tecnócratas al servicio de las corporaciones que establecen las reglas económicas. El futuro está determinado, según esta visión, por el desarrollo del capitalismo y la decreciente tasa de ganancia. La palabra clave es la tendencia, movimiento hacia un mundo globalizado.

Según el ideólogo de la globalización, Brzezinski, la única vía para alcanzar el “nuevo orden” es mediante un acuerdo entre Estados Unidos y China. Las dos potencias se pondrían de acuerdo en la división del mundo según esferas de influencia que se definirían sobre la base de una negociación permanente. En forma paulatina desaparecerían las naciones-estados por ser innecesarias y, a la vez, creaciones artificiales que respondían a las demandas de un mundo superado.

Los partidarios de un mundo en “equilibrio”, en cambio, sostienen que precisamente son las figuras representadas en las naciones-estados las que garantizan la estabilidad. El equilibrio es la esencia de un

mundo que puede vivir en paz y garantizar el orden. Según el ideólogo del equilibrio, Henry Kissinger, el mundo o

[...] la comunidad de naciones que Estados Unidos aspiraba a defender reflejó el consenso: un orden de Estados cooperativos en expansión inexorable que observa reglas y normas comunes, adopta sistemas económicos liberales, renuncia a la conquista territorial, respeta la soberanía nacional y abraza sistemas de gobierno participativos y democráticos.

TRUMP Y SU ESTRATEGIA DEL EQUILIBRIO

Veamos este planteamiento de Kissinger con más detenimiento, ya que expresa la visión del presidente Trump y pone su sello sobre la política exterior actual de Estados Unidos.

En el último libro de Kissinger, *Orden mundial*, el autor señala que el sistema mundial basado “en reglas está en crisis” (Kissinger, 2016: 13).

El sistema se enfrenta a cuestionamientos y desafíos. Las frecuentes exhortaciones dirigidas a distintos países para que “hagan su justa parte”, para que “jueguen según las reglas del siglo XXI”, o sean “actores responsables” dentro de un sistema común reflejan el hecho de que no existe una definición compartida del sistema ni una idea clara de qué sería una contribución “justa” (Kissinger, 2016: 13).

Kissinger alude al desorden en el sistema de Estados-naciones y admite que Estados Unidos no puede solucionar la crisis sin la participación de todos los responsables a escala global.

El ex secretario de Estado del presidente Nixon agrega que “la ‘comunidad internacional’ no presenta un conjunto claro o consensuado de metas, métodos o límites”. ¿Será a estos problemas que apunta el discurso anti-globalizante de Trump cuando se refiere a la definición de las responsabilidades de los Estados-nacionales? Mientras que los políticos y especialistas del *establishment* se refieren a la disolución de las fronteras, Trump apunta en la dirección opuesta. Kissinger afirma que “nuestra época persigue con insistencia, a veces con desesperación, una idea de orden mundial [...] ¿Acaso nos encontramos en un periodo en que fuerzas que están más allá de las restric-

ciones de cualquier orden determinarán nuestro futuro?” (Kissinger, 2016: 14).

Kissinger se refiere a tres tipos de órdenes mundiales que han sido experimentados en la historia del último medio milenio. Comienza por señalar la paz europea de Westfalia basada en el equilibrio entre diferentes Estados-naciones. Menciona también, en segundo lugar, el sistema chino que mantenía la paz en el oriente asiático. Estaba basado en el reconocimiento de la superioridad del emperador en todos los campos. No existía la igualdad o soberanía entre los Estados ya que el imperio “ejercía su dominio sobre *todo lo que había bajo el cielo*”. Un tercer ejemplo de orden mundial lo presenta el mundo islámico y el proyecto del sultán otomano, quien hace 500 años amonestó a las ciudades-estado italianas advirtiéndole que “son 20 Estados, están en desacuerdo entre ustedes [...] Debe haber un solo imperio, una sola fe y una única soberanía en el mundo” (Kissinger, 2016: 17).

En el caso de Estados Unidos, Kissinger señala que ha oscilado entre el sistema westfaliano del equilibrio y un sistema de intervención para imponer lo que considera sus valores (al estilo del imperio chino o a las creencias de un sultanato). El diplomático, de origen judío alemán, sostiene que para triunfar, “el orden debe ser cultivado, no puede imponerse”. En una maniobra gramsciana señala que “cualquier sistema de orden mundial, para poder sostenerse, debe ser aceptado como tal, no sólo por los dirigentes, sino por los ciudadanos de a pie”. Acercándose al método de Hegel, plantea que el orden “debe reflejar dos verdades: el orden sin libertad [...] y la libertad en un marco de orden que mantenga la paz”. Se pregunta: “¿los líderes de hoy pueden superar las urgencias cotidianas para lograr ese equilibrio?” (Kissinger, 2016: 20).

EL ORDEN MUNDIAL, INTERNACIONAL Y REGIONAL

Hay tres niveles de orden, según Kissinger. Pareciera que Trump ha adoptado este principio ordenador. Los tres niveles de orden son el mundial, el internacional y el regional. El orden mundial responde a una concepción de una civilización que logra llegar a acuerdos “justos” con sus vecinos (en la periferia) en torno a los asuntos relacionados con el poder. Concepción probablemente tomada de Immanuel

Wallerstein y sus “sistemas mundo”. El orden internacional se refiere a la relación entre Estados. Por último, el orden regional que implica “los mismos principios aplicados a una área geográfica definida” (Kissinger, 2016: 20).

Cualquier sistema está basado en dos componentes, según Kissinger. Por un lado, un conjunto de reglas aceptadas que definen los límites de acción permisibles y un equilibrio de poder que lleva a cabo un control cuando las reglas se rompen, evitando que una unidad política se imponga sobre las otras. El precioso equilibrio de fuerzas, según Kissinger, no garantiza la paz, pero sí la busca y la invoca. “El equilibrio entre legitimidad y poder es complejo. El mundo moderno necesita un orden mundial global” (Kissinger, 2016: 21).

BRZEZINSKI

Zbigniew Brzezinski se declara un gran admirador de Kissinger. A pesar de ello, tiene una posición frente a los procesos globales muy diferente a su mentor. Según Arthur Lopic, Brzezinski “preconiza cómo se debe debilitar y acorralar militarmente a Rusia, y está convencido de que la mejor manera es la desestabilización de sus regiones fronterizas”. Quien fuera consejero del presidente Carter, se inclina hacia una estrecha relación estratégica con China. Sostiene que la influencia global de Estados Unidos depende de su cooperación con China (Whitney, 2016).

“Es peligroso provocar antagonismos en estas circunstancias donde no se presentan ventajas estratégicas claras” (Brzezinski, 2012). Brzezinski sostiene que es mucho mejor que los chinos trabajen muy de cerca con Estados Unidos, obligando a los rusos a seguir los mismos pasos para evitar quedar excluidos y aislados. Este escenario le ofrece a Estados Unidos la capacidad para extender su influencia sobre todo el mundo. “Un mundo donde Estados Unidos y China cooperan, es un mundo donde la influencia de Estados Unidos se maximiza” (Brzezinski, 2012).

La tesis de Brzezinski se basa en lo que considera el rol central en la historia de la región euroasiática.

Desde que los continentes comenzaron a relacionarse políticamente —hace 500 años—, Euroasia ha sido el centro del poder mundial. Es importante que en las actuales circunstancias no aparezca un competidor con capacidad para dominar Euroasia y retar a Estados Unidos. Me propongo formular una geoestrategia euroasiática comprensiva e integrada. En este contexto, es crítico definir cómo Estados Unidos “administrará” Euroasia. Quien domine Euroasia tendrá control sobre tres de los continentes más ricos del planeta. Tanto el Hemisferio Occidental como Australia quedarían en la periferia” (Brzezinski, 2012).

Brzezinski se remonta a la “era imperial más brutal” para explicar su visión.

Las tres grandes necesidades de una geoestrategia imperial son prevenir alianzas y mantener la dependencia de los subyugados, mantener a los tributarios contentos y protegidos, y evitar que los bárbaros se unifiquen. Es importante, entonces, que Estados Unidos se enfrente a cualquier alianza regional que intente expulsarla de Euroasia, amenazando su estatus de potencia global (Brzezinski, 2012: 55).

Brzezinski, al igual que Kissinger, entienden que la política exterior de Estados Unidos debe concentrarse en mantener divididas las potencias que pretenden usar el continente euroasiático como “pivote” para su dominación global. El asesor de Carter, hasta hace poco ponía el énfasis en una alianza con China para bloquear a Rusia. Kissinger en cambio apostaba a un entendimiento con Moscú para neutralizar a Pekín. En términos geopolíticos ambos coinciden. Difieren en las movidas que deben realizarse sobre “el tablero” para que Estados Unidos alcance su objetivo estratégico.

“La tarea inmediata —según Brzezinski—, es la de prevenir que Estado alguno o una combinación de Estados logren acumular suficiente fuerza para expulsar a Estados Unidos de Euroasia o disminuir su papel de árbitro en la región” (Brzezinski, 2012).

En una desviación del meollo de su planteamiento geopolítico, Brzezinski (2012) sugiere que existe otro peligro para la hegemonía global de Estados Unidos.

Aún más —dice—, en la medida en que Estados Unidos se vuelve una sociedad multicultural, puede resultarle más difícil generar un consenso en torno a una política exterior homogénea. Sólo una circunstancia verdaderamente

masiva y ampliamente percibida como una amenaza externa podría crear ese consenso (Brzezinski, 2012).

Desde hace 200 años Washington se ha encargado de crear estas circunstancias. En 2001 desató los actos terroristas en torno a las Torres Gemelas.

En la actualidad el presidente Trump ha escalado el discurso demagógico exigiendo la homogeneidad cultural del país excluyendo, entre otros, a musulmanes y mexicanos de la gran sociedad “americana”.

Según González Briceños (2016: 47 y 48): “Estados Unidos, con el brazo armado que representa la OTAN, aplicaría la idea del ‘pivote geográfico de la historia’ de Harfold Mackinder, desarrollada por Brzezinski”.

González Briceños (2016) sitúa las batallas que desarrolla Estados Unidos en el contexto de Euroasia en

[...] tres frentes de guerra con sus respectivos niveles de desarrollo: uno *activo*, el *amenazante* y otro *latente*. El primero, que se está llevando a cabo en Siria; el segundo que despliega en bases europeas fuerzas militares y escudo antimisiles, con la OTAN como brazo armado; el último, *atizado* continuamente entre los países que ocupan la franja del Pacífico, para debilitar al dragón chino y distraerlo con su propia guerra y no se una a Rusia.

El discurso de Trump anticipa un cambio de táctica en este terreno. Un acercamiento de Estados Unidos a Rusia significaría el fin del “frente activo”: Siria. Si Rusia acepta una alianza con Estados Unidos en este frente se acabaría la guerra en el Medio Oriente. Por otro lado, un arreglo entre Rusia y Estados Unidos en el “frente amenazante” en la frontera europea con Rusia —y la amenaza de la OTAN— significaría una transformación del papel de Europa en el escenario mundial y un resurgimiento de Moscú como aliado subalterno de Washington. Liberada de sus distracciones en Ucrania y Siria, Rusia se podría convertir en el guardián de Occidente en la frontera de China. Como bien lo señalan tanto Brzezinski como Kissinger, Moscú tiene una historia de seis siglos de estar lidiando con Europa occidental, y Estados Unidos, también. Ha sido siempre el peón estratégico en los juegos geopolíticos occidentales en la región. La partida en el siglo XXI se mueve en un escenario global. ¿Le interesará a Rusia ser parte de una estrategia diseñada para contener a China? Hay mucha tela que cortar aún y las

relaciones entre los vecinos sino-rusos indican que se fortalecen cada vez más.

González B. (2016) señala que “si Occidente calcula mal, y —por la vía de la confrontación directa— intenta derrocar a una potencia nuclear, se estaría echando la soga al cuello. Por lo que calcular un éxito contra Rusia tendrá que pasar por medir el peligro de la *extinción* humana.

WALLERSTEIN

Según Immanuel Wallerstein:

[...] el problema es muy simple. Ni Trump ni otro presidente —sea Hillary Clinton o Barack Obama o, para el caso, Ronald Reagan— puede hacer mucho sobre la avanzada decadencia del otrora poder hegemónico. Estados Unidos dominó el gallinero más o menos entre 1945 y hasta cerca de 1970. Pero desde entonces ha ido decayendo sostenidamente en su capacidad para hacer que otros países lo sigan y hagan lo que quiere (Derluguian y Wallerstein, 2014).

Mientras que Brzezinski y Kissinger parten del supuesto de que Estados Unidos tiene un poder hegemónico incontestable a escala global, Wallerstein sugiere que Washington es una potencia en decadencia. Reproduce el discurso de Trump cuando dice que Estados Unidos está en una situación terrible. Esa declaración le permite responder de una vez diciendo que “Estados Unidos será grande de nuevo”.

Para Wallerstein

[...] la decadencia es estructural, y no es algo que pueda hacerse surgir del poder de algún presidente estadounidense. Estados Unidos sigue siendo una poderosa fuerza militar. Si utiliza mal este poderío militar, puede hacer mucho daño al mundo. Pero, aunque le es posible ocasionar daño, hacer lo que el gobierno estadounidense pueda definir como bueno parece virtualmente algo que rebasa el poder de Estados Unidos. Nadie seguirá la conducción de Estados Unidos si piensa que sus propios intereses son ignorados. Esto es cierto no sólo para China, Rusia, Irán y, por supuesto, Corea del Norte. Es cierto también para los aliados (Wallerstein, 2016).

Estoy bastante seguro de que Trump todavía no se percata de esto. Hará alarde de las victorias fáciles, como finalizar pactos comerciales.

Utilizará esto para probar la sabiduría de su actitud agresiva. Pero dejemos que intente hacer algo respecto de Siria —lo que sea—, y muy pronto se desilusionará de su poder. Es muy poco probable que se retracte de la nueva relación con Cuba. Y puede llegar a darse cuenta de que no debe deshacer el arreglo con Irán. En cuanto a China, los chinos parecen pensar que pueden hacer mejores arreglos con Trump que los que habrían sido capaces de concretar con Clinton.

Entonces, estamos ante un Estados Unidos más de derecha en un sistema-mundo más caótico, donde el proteccionismo es el principal tema para casi todos los países y con un apretón económico a la mayoría de la población mundial. ¿Ya terminó? De ninguna manera, ni en Estados Unidos ni en el sistema-mundo. Es una lucha continua en torno a la dirección que habrá de asumir y deberá asumir el futuro sistema-mundo (o sistemas).

Los análisis de Immanuel Wallerstein se escapan totalmente de la lógica geopolítica de Kissinger y Brzezinski. En el marco del sistema-mundo capitalista del sociólogo estadounidense, tanto Estados Unidos como Rusia tienen intereses similares: acumular capital. Mientras que Estados Unidos está en una etapa de deterioro de acumulación capitalista, Rusia aspira a alcanzar tasas de crecimiento que le garanticen algo de estabilidad. Estados Unidos quiere garantizar su control financiero sobre los mercados mundiales. En cambio, quiere romper el bloqueo de Estados Unidos a sus exportaciones.

Según Wallerstein, en casi todo el espectro político de Rusia se considera que Occidente, y Estados Unidos en particular, ha conspirado con algunos otros —principalmente Arabia Saudita e Israel— para “castigar” a Rusia por sus acciones y supuestas fechorías al emprender lo que los rusos consideran como legítima defensa de sus intereses nacionales. El debate se centra primordialmente en Ucrania, pero incluye también, en menor grado, a Siria e Irán. La teoría de la conspiración es probablemente un tanto exagerada, ya que Estados Unidos comenzó a desarrollar su petróleo de esquistas (un importante factor del sobreabasto mundial de hoy) alrededor de 1973, en respuesta al aumento en el precio que promovió la OPEP.

No obstante, según Wallerstein en Rusia nadie oye gran discusión de estos asuntos de política exterior. Esto se debe, probablemente, a que no hay demasiado disenso al interior del país respecto de las posiciones oficiales rusas de política exterior, ni siquiera de personas

o grupos muy críticos al presidente Putin en otros asuntos. En cambio, lo que uno oye discutir es cuál es la mejor manera de manejar el agudo déficit presupuestario que enfrenta el Estado ruso.

TRUMP Y PANAMÁ

La agenda de Estados Unidos para Panamá ha sido consistente durante los últimos 25 años. Desde la invasión militar estadounidense en 1989, los gobiernos se han sucedido sin mayores alteraciones bajo la cuidadosa supervisión de Estados Unidos. En este periodo Washington ha privilegiado tres aspectos: el Canal de Panamá, el tratado de libre comercio y la “guerra” contra las drogas (Banco Mundial, FMI, BID). También ha dedicado cierto esfuerzo en controlar la creciente presencia en el horizonte regional de las firmas forenses en el negocio del movimiento financiero nor-atlántico (NYT).

En el último cuarto de siglo Estados Unidos le entregó la administración del Canal de Panamá al Gobierno panameño. También observó cómo Panamá amplió la vía interoceánica con un nuevo juego de esclusas (Gandásegui, 2008). Los ingresos anuales de Panamá en materia de transporte interoceánico se dispararon a más de US \$2,500 millones. Las entradas directas al fisco superan desde 2015 los mil millones de dólares anuales. Los puertos en ambos lados del Canal se convirtieron en los más importantes en América Latina en materia de movimiento de carga.

El tratado de libre comercio entre Panamá y Estados Unidos significó la ruina del sector agrario, así como también de la manufacturera nacional. La economía del país concentra el 90% de su actividad en el sector servicios. A su vez, Estados Unidos ha militarizado el país con su política dual de la “guerra” contra las drogas y la protección de la frontera contra “bandas irregulares” armadas que ponen en peligro la estabilidad.

El gobierno del presidente Trump, si es coherente con su política exterior, puede alterar la relación entre ambos países, mantenida desde la invasión militar de 1989. Por un lado, la política en torno al Canal puede cambiar. Trump le está pidiendo a sus aliados alrededor del mundo contribuciones más significativas a los acuerdos mutuos (sobre todo militares). Panamá tiene ingresos que provienen de la

administración de la vía acuática (construida por Estados Unidos hace 100 años, mantenida por ese país durante el siglo xx y traspasada al Gobierno panameño sin costo alguno).

Trump también ha manifestado su rechazo a los pactos de libre comercio. Puede denunciar el acuerdo con Panamá y regresar a un arreglo que ponga fin a los privilegios del sector financiero que desplazó a los productores nacionales. En otras palabras, a los capitalistas agrarios e industriales. En relación con la militarización del país, Panamá invierte alrededor de mil millones de dólares anuales en el renglón correspondiente al armamentismo. Trump puede considerar insuficiente esta suma y exigir un incremento del mismo para beneficiar la industria militar de Estados Unidos.

En una fecha próxima el presidente Varela será recibido por Trump en la Casa Blanca. Es probable que estos puntos ocupen un lugar destacado en la agenda. En las conversaciones asimétricas entre Varela y Trump es necesario que el primero tenga presentes las proyecciones geopolíticas de Kissinger —el teórico del equilibrio— que estarán rondando en la Oficina Ovalada de la Casa Blanca. Tampoco debe olvidar la máxima de Brzezinski: Estados Unidos no tiene amigos, sólo intereses. Por último, como lo señala Wallerstein, Estados Unidos es la potencia hegemónica del siglo xx que se encuentra en decadencia. Cualquier negociación tiene que centrarse en esos parámetros sentados por los propios especialistas estadounidenses.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Barrios, Miguel Ángel. (2017). Inteligencia norteamericana reconoce en su informe el fin de la unipolaridad. *ALAI*, 12 de enero. Quito.
- Brzezinski, Zbigniew. (1998a). *The Grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*. Nueva York: Basic Books.
- . (1998b). *El gran tablero mundial. La supremacía de Estados Unidos y sus imperativos geoestratégicos*. Madrid: Paidós Ibérico.
- . (2007). *Out of Control: Global Turmoil on the Eve of 21st Century*. Nueva York: Basic Books.
- . (2012). *Strategic Vision: America and the Crisis of Global Power*. Nueva York: Basic Books.

- Derluigian, Georgi, y Wallerstein, Immanuel. (2014). De Iván el Terrible a Vladimir Putin: Rusia en la perspectiva del sistema-mundo. *Nueva Sociedad*, núm. 253, septiembre-octubre.
- Gandásegui, Marco A. hijo. (s/f). *El debate sobre la ampliación del Canal de Panamá*. Panamá: CELA/Portobelo.
- Golub, Philip S. (2017). Asian collision course. *Le Monde Diplomatique*, 14 de marzo.
- González Briceño, Salvador. (2016). La geopolítica de la guerra y Brzezinski. *ALAI*, 19 de septiembre. Quito.
- Gorraiz López, Germán. (2016). Brzezinski y el escenario geopolítico post-Obama. *La Jornada*, 10 de noviembre. México.
- . (2017). La doctrina de la manipulación cibernética o “Big Brother”. *El Comunista.net*, 20 de febrero.
- Habermas, Jürgen. (2016). Por una polarización democrática: Cómo segar la hierba bajo el populismo de derechas. *Sin Permiso*.
- Hurrell, Andrew. (2015). Kissinger and World Order. *Millennium: Journal of International Studies*. Sage.
- Kishore, Mahbubani, y Summers, Lawrence H. (2016). Fusion of Civilizations. The Case for Global Optimism. *Foreign Affairs*, mayo-junio.
- Kissinger, Henry. (2016). *Orden mundial*. México: Debate.
- Vargas, Paulina, y Baeza Torres, Aldo. (2016). Trump y el papel del Estado-nación en el siglo XXI. *El Mostrador*. Santiago de Chile.
- Wallerstein, Immanuel. (2016). Las elecciones estadounidenses, ¿ya pasó o sigue? *La Jornada*, 22 de abril. México.
- . (2017). La política exterior de Trump: ¿Incoherente o impredecible? *La Jornada*, 22 de abril. México.
- Whitney, Mike. (2016). El gran tablero mundial roto: Brzezinski renuncia al imperio. *La Jornada*, 31 de agosto. México.

ENTRE EL DESACUERDO Y EL FASCISMO SOCIETAL INVERTIDO. ELECCIONES E IMAGINARIO DEMOCRÁTICO EN ESTADOS UNIDOS

Jaime Antonio Preciado Coronado¹

El desacuerdo no es el desconocimiento. El concepto de desconocimiento supone que uno u otro de los interlocutores —ambos por el efecto de una simple ignorancia—, de un disimulo concertado o de una ilusión constitutiva no saben lo que dicen o lo que dice el otro. Tampoco es el malentendido que descansa en la imprecisión de las palabras.

Jacques Rancière, *El desacuerdo*.

INTRODUCCIÓN

El interés que despierta el proceso electoral estadounidense allende sus fronteras, reside en valorar dificultades, alcances y potencialidades que enfrenta el imaginario democrático como aspiración legítima en el mundo. Una aspiración cuyas fuentes de legitimidad han sido variables y contrapuestas; unas, se han tomado del ideario liberal, otras han bebido de tesis conservadoras, mientras

1. Profesor-investigador del Departamento de Estudios Ibéricos y Latinoamericanos, Universidad de Guadalajara. Presidente de ALAS de 2007 a 2009. Agradece la colaboración de Tomás Alberto García González en la elaboración de este trabajo.

que otras más tratan de complementar las limitaciones del imaginario democrático dominante, como es el caso de la socialdemocracia, u otras que cuestionan la vigencia de los paradigmas liberales y conservadores, a los cuales oponen el ideario socialista o comunista. Como resultado de las tensiones registradas entre esos idearios, entran en crisis los valores universales que han sido propulsados por el imaginario liberal democrático, particularmente en la dimensión discursiva de la globalización contemporánea. El enfoque de Trump, su énfasis nacionalista, proteccionista, nativista y conservador, no cuestiona la pretendida superioridad del régimen democrático, sino que se vale de ella para impulsar un gobierno que reclama su legitimidad desde las urnas. Sin embargo, el debate sobre la calidad y orientación de la democracia hacia nuevos ámbitos de participación y de definición sobre ciudadanía, no tiene cabida en un gobierno que apela a su conservadurismo para fincar su poder sobre prácticas autoritarias.

Además, la coyuntura electoral estadounidense también sirve para dimensionar la profundidad de la implantación de un ideario democrático, difundido como valor universal único, pero que está limitado sustantivamente por la preeminencia de un imaginario democrático minimalista, elitista y procedimental que reduce la democracia al juego electoral. Así, se dejan de lado los cuestionamientos al papel dirigente del mercado, la ausencia de mecanismos participativos auténticos en la definición de las políticas públicas, el creciente distanciamiento entre representados y representantes, o el deterioro de la confianza en el sistema político. Un conjunto de preocupaciones ya presentes en las discusiones registradas en las ciencias políticas y sociales, sobre la calidad de la democracia, pero donde la elección presidencial estadounidense plantea el desafío en torno de la reproducción autoritaria del régimen político y la pervivencia de regímenes totalitarios, aunque en el caso de Estados Unidos, e hipotéticamente del ideario democrático universal que se difunde, se trata de un “totalitarismo invertido”.

La mercantilización, privatización, del modelo democrático, el papel protagónico de los llamados poderes fácticos, mediáticos, empresariales, eclesiales, y particularmente del poder del crimen organizado, sobre la “democracia dirigida” hacia sus intereses corporativos y como corporación poseedora del destino público estatal, la comunidad política imaginada y su marco en la globalización liberal, todos ellos son datos que damos por válidos en los análisis sobre procesos electorales

y democratización. No obstante que esas consideraciones generales se mantienen en las elecciones estadounidenses de noviembre de 2015, los detalles que encierran las variables consideradas nos obligan a matizarlas y precisarlas. En este trabajo se analiza el rol ejercido por las elecciones, particularmente las presidenciales, en las tensiones vividas entre el régimen social —como estructura de valores de aceptación o rechazo de diversos formatos de convivencia que cuentan con una base material— y el régimen político —como forma de procesar el desacuerdo y encontrar espacios de consenso a través del ejercicio de un poder gubernamental, capaz de sustentar las instituciones del Estado y de simultáneamente reconocer las acciones colectivas que cuestionan el orden establecido—. El paradigma democrático, cuya versión más acabada se publicita y refiere al caso estadounidense, fue duramente sacudido por el estiramiento de esas tensiones antes, durante, y lo que ha pasado después del reciente proceso electoral en la Unión Americana. Categorías como fascismo societal, “totalitarismo invertido”, autoritarismo, se enmarcan en nuevas viejas expresiones de la cultura política en la que se funda el imaginario democrático, como populismo, nacionalismo-internacionalismo, izquierda-derecha, en el contexto de lucha entre distintos paradigmas de corte transversal: liberalismo, conservadurismo, socialdemocracia, socialismo.

Este trabajo se desarrolla en cuatro partes:

- Una, la necesidad de repensar el imaginario democrático, al preguntarnos sobre la vigencia del totalitarismo invertido, si esto lleva a un neofascismo o fascismo societal; la vigencia de la democracia dirigida como actualización del autoritarismo; la vigencia del “superpoder” como expresión de una globalización que es movida por la categoría hegemonía/imperio.
- En la segunda parte repensamos los alcances de los poderes fácticos, otra referencia que necesita actualizarse luego del proceso electoral estadounidense, pues hay una lucha y disputa entre los poderes fácticos que anteriormente no habíamos registrado: creció la importancia de los comicios en la potencia del Norte, donde se llevaron a cabo una suerte de elecciones “mundiales” que revisitaron y están remodelando el imaginario democrático “global y universal”, donde hubo indeterminación del poder mediático, pues la fuerza de las campañas negativas y de las redes sociales nos hacen ver que el poder mediático no es tan monolítico como lo creíamos.

Incluso, el relativismo a ultranza que se impuso sobre la esfera de la ética pública, introdujo el tema de la objetividad científica en la aceptación de una verdad fáctica, de validez histórica; debates que actualmente se dan en torno de la llamada “posverdad” y los hechos falsos y alternativos (*fake news*).

- La tercera parte se dedica al análisis de las categorías políticas en juego: el nativismo “histórico” de Trump, se critica desde la modernidad/colonialidad del poder, el racismo y la discriminación de carácter machista y patriarcal; hablamos además de populismo(s), soberanía popular, nacionalismo. El poder de la democracia local estadounidense en la redefinición del orden global se enmarca en lo que puede ser el regreso de la geopolítica clásica y la necesidad de repensar y dimensionar los aportes de la geopolítica crítica.
- En la cuarta y última parte se plantean otros temas cruciales que están relacionados con el orden mundial y su nexos con la democracia de los estados nacionales, nos preguntamos por el protagonismo del Estado nacional y el papel del presidencialismo y la separación de poderes republicanos, del federalismo y de los cuestionamientos a la integración interestatal supranacional. ¿Estamos ante el fin de la globalización comandada por la democracia liberal? ¿Cuál es el futuro del proteccionismo nacionalista de cuño conservador? ¿Predominará en el futuro inmediato el bilateralismo rígido asimétrico que propone Trump para dismantelar el “libre comercio injusto”? ¿Está en vías de constituirse una internacional (neo)conservadora “trumpista”?

1. IMAGINARIO DEMOCRÁTICO Y VIGENCIA DEL “TOTALITARISMO INVERTIDO”

Sheldon S. Wolin, en su obra *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, plantea la tesis de que la democracia de Estados Unidos no ha llegado a consolidarse, pues a comienzos del siglo XXI parece estar controlada por un totalitarismo invertido que es ejercido por un superpoder. El concepto de totalitarismo invertido se refiere al poder político interno o doméstico, en el que se combina el poder estatal con diversas aunque concentradas

formas de poder privado, que se configuran en regímenes sociales corporativos empresariales. Es un concepto cercano al de *fascismo societal*, que propone Boaventura de Sousa Santos (2006), en cuanto que no se trata de una calca actualizada del fascismo como régimen político, pues la ficción democrática actual simula las distancias con el nazismo u otras formas de fascismo en la historia mundial reciente, sino que se instaura un régimen social que impone su agenda pública desde el autoritarismo “moral”, la idea de superioridad racial, el totalitarismo del mercado, en y desde relaciones sociales que capturan e intentan legitimarlo en el espacio sociopolítico. Boaventura (2006) refiere que

[...] a diferencia del fascismo político, el fascismo social es pluralista, coexiste fácilmente con los regímenes democráticos y sus coordenadas espacio-temporales preferidas, en lugar de ser nacionales [aunque la exacerbación del nacionalismo en Europa y en Estados Unidos ofrece nuevas interrogantes], se expanden local y globalmente.

Totalitarismo invertido, o fascismo societal, giran en torno de un superpoder, o poder fáctico del dinero, que representa la antítesis del poder constitucional en lo interno, pero que también enfrenta la paradoja histórica de que Estados Unidos es, al mismo tiempo, una democracia y un imperio. De ahí su desprecio del derecho internacional y su representación como centro del mundo, pues el superpoder que detenta la única y actual potencia mundial estratégica se proyecta como totalitarismo invertido a reproducirse como hegemónico.

En esta campaña electoral de 2016 se acentuó, más que en las elecciones presidenciales precedentes, la liga entre la agenda doméstica y la agenda internacional. Pero ninguno de los candidatos se preguntó sobre la legitimidad del superpoder. En los temas debatidos se dio por sentado que la acción de la superpotencia frente al mundo no es cuestionable, pues se trata de subordinar los imperativos de la política exterior al mantenimiento del totalitarismo invertido al servicio de los objetivos de la agenda doméstica; nulos planteamientos sobre el papel de las Naciones Unidas, ignorancia sobre la importancia de la paz en el mundo y sobre el reconocimiento del derecho internacional.

En todo caso, hubo matices en las posiciones de los dos principales candidatos presidenciales: los puntos que destacaron en lo internacional fueron el terrorismo (57%) y los migrantes (64%) para los electores

de Trump, mientras que los electores de la señora Clinton mostraron su preocupación por la economía (52%) y la política exterior (62%). En el caso de Trump, una conjugación de miedo y reclamo al otro impulsó una campaña de condena al inmigrante por amenazar la supremacía blanca en las áreas para enfrentar la crisis: empleo, destino del gasto público, esferas de representación electa. La prometida expulsión de más de 12 millones de inmigrantes de Estados Unidos atrajo el voto de una población sujeta por el fascismo societal, temerosa del diferente, a quien se criminaliza por su origen étnico, nacional, racial. Su trágica expresión, la construcción del muro en su frontera con México, buscando imponerlo a expensas de la hacienda pública de este país. Además, la lucha contra el terrorismo igualmente se tradujo en la simplificación del enemigo en el Islam y su expresión amenazante: el Estado Islámico (ISIS). Aquí se combinó el pragmatismo de la política internacional, al acercarse a Rusia para ese combate, dejando de lado las diferencias en el ideario democrático, y la expulsión-confinamiento de toda la población musulmana que por su religión es sospechosa de apoyar al terrorismo de ISIS.

El voto demócrata por Clinton se fundó sobre una política exterior que ofreció un análisis convencional desde la racionalidad del *main-frame* diplomático. Aunque sus argumentos distinguieron la diversidad del mundo musulmán, con la finalidad de legitimar sus alianzas con las corrientes islámicas más afines, sobre todo en el caso de Siria, la proyección del superpoder reforzado dominó el discurso electoral de confrontación con Rusia, en una suerte de reedición de la Guerra Fría. Otro matiz importante frente a Trump fue la apertura doméstica liberal frente a los inmigrantes de todo el mundo, particularmente respecto de los latinos y de la eventual oferta para los refugiados por la guerra en Siria. Temas que si bien satisficieron a su electorado, fueron usados como *boomerang* por Trump para descalificar a su contrincante. Aunque este último capitalizó el miedo frente al otro, ambos candidatos fueron víctimas del uso político totalitario invertido de la doctrina antiterrorista; de acuerdo con Wolin, el antiterrorismo es “la base de una teología política, una comunión en torno del cuerpo místico de una república belicosa, una advertencia contra la apostasía política, una santificación del líder de la nación”.

El totalitarismo invertido que concibe Wolin, aleja a la sociedad del imaginario constitucional, desvaloriza e impide formatos de auto-

gobierno y limita el debate público ponderado —entre ciudadanos iguales ante la ley—, lo cual conduce a una democracia dirigida donde hay restricciones para una participación ciudadana real y eficaz. El gobierno basado sobre el bipartidismo, que bien expresaría un régimen de partido único, tiene como interlocutores privilegiados a los poderes fácticos corporativizados. Pero, si bien el dinero fue el gran elector el 8 de noviembre de 2016, este proceso electoral decantó dos posiciones extremas en los actores del superpoder: el bloque globalizador liberal corporativo, encabezado por Clinton, y la apuesta por una opción proteccionista, nacionalista y conservadora, que comanda Donald Trump. Su contraparte en la política doméstica, correspondió a una posición liberal apoyada por la coalición política gobernante y el *establishment* político, frente a una dramática actualización del conservadurismo, sobre la base de rasgos definitivamente propios del fascismo societal: supremacismo blanco, racismo, discriminación, régimen patriarcal machista, factores aglutinados en una teología política puritana, mesiánica, aunque no exenta de cierta hipocresía solapada por la moral protestante y católica.

El triunfo de esa coalición puritana conservadora se expresó en los resultados electorales, comparados con el total de cada indicador: el voto trumpista mayoritario fue entre los hombres (53%), casados (58%), blancos (58%), evangélicos (81%), así como entre protestantes (58%) y católicos (52%). La población de entre 45 y 64 años o mayor de 65 otorgó el 53% a Trump, quien ganó también entre la población con menores estudios y entre blancos no universitarios, estos últimos en un 67%. Hillary obtuvo el 88% del electorado negro. Paradójicamente, el magnate empresarial no ganó entre la población de menores ingresos, pero sí obtuvo mayoría entre los sectores que ganaron 50 mil dólares y más. Asimismo, ganó al electorado que percibe peor su situación económica en comparación con 2015, ien un 78%! Porcentaje aun mayor cuando se refiere a la expectativa de que Trump podría traer el cambio en la situación individual: ¡81%! Este candidato atrajo el 62% del voto rural y el 50% en los suburbios.

De acuerdo con la BBC (6 de noviembre de 2016 <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37757556>) hubo cinco grupos que decidieron la votación:

1. Hombres blancos sin título universitario, por Trump.
2. Mujeres blancas con título universitario, por Clinton.

3. Republicanos anti-Trump (sobre todo jóvenes y mujeres, aunque la visión antisistémica de Trump atrajo incluso antipartido).
4. Portorriqueños y latinos; en el reportaje de la BBC, Mike Binder, profesor de Ciencia Política en la Universidad del Norte de Florida, dice que más de la mitad de los nuevos votantes registrados en el estado desde 2012 son latinos, muchos de ellos portorriqueños.
5. Mormones. Mientras algunos grupos cristianos han tolerado o incluso acogido la impulsiva persona que representa Trump, los mormones, tradicionalmente diligentes votantes republicanos, han rechazado completamente al magnate.

El nuevo mapa electoral de 2016 es producto de un cambio fundamental producido por el ascenso del puritanismo conservador. Cambió el sentido y contenido de las campañas electorales; la videopolítica o la tecnopolítica se enfocaron en las emociones, subyugando así la mercadotecnia electoral tradicionalmente orientada por el *rational* y el *public choice*. Trump marcó esta tendencia, gracias a que su campaña apeló a lo que Juan Eduardo Romero llama la “opinión pública discursiva” —consistente en campañas de contraste que atrajeron y polarizaron la agenda de su adversaria hacia el discurso de Trump, aunque él contó con relativamente menores recursos financieros publicitarios—, más que a la “opinión pública agregada”, que depende del financiamiento directo en *mass-media*.² Los resultados electorales produjeron un complejo mapa cuyo trasfondo no dependió de las tradicionales variables socioeconómicas referentes a tendencias generales del salario, del empleo, de la educación, de la salud. Alberto Aziz, politólogo mexicano, reconoce que la sociología electoral es incapaz de registrar el impacto incierto y volátil de la crisis global y sistémica en torno del debate sobre la desigualdad social: ¿cómo medir el fanatismo, el enojo de las personas que perdieron su casa y su empleo, el empobrecimiento y deterioro de la clase media transformados en desconfianza o desapego del sistema político? Junto con la desafección política expre-

2. Con más de 2,500 millones de dólares, las campañas electorales presidenciales estadounidenses son las más costosas del mundo, aunque en términos relativos México ocupa el primer lugar respecto del costo por cada votante potencial (25 USD) más del doble que Estados Unidos, país que ocupa el segundo lugar con cerca de 12 USD por votante potencial registrado.

sada en el tradicional abstencionismo y el desencanto frente a ambos candidatos presidenciales, de electores que no creyeron en el voto útil por “el menos peor”, habrá que buscar la explicación en la incapacidad del sistema político para procesar el desacuerdo, en la creación de una cultura política sobre el populismo de origen puritano, “nativista”, que hizo creer en Trump como portador de soluciones para un electorado focalizado estratégicamente desde una matriz interna de la colonialidad del poder. Racismo, machismo patriarcal, caudillismo de corte mesiánico. La salvación de unos frente a la discriminación y exclusión de otros.

A diferencia de otras elecciones presidenciales, ahora se registran conflictos postelectorales de distinto tipo. Cientos de miles se manifiestan en diversas ciudades de la Unión Americana contra la elección de Trump. Su discurso debate la legitimidad gubernamental, al mismo tiempo que denuncian los riesgos del totalitarismo invertido o fascismo societal, que se instaura en la presidencia de la superpotencia del norte. Se criminaliza la protesta pública, se teme por la naturalización de la tortura, la violación de derechos humanos y la prolongación de la guerra como motor de la economía estadounidense.³ Una falsa esperanza cimbrada por el autoritarismo racista y machista hace desconfiar de las aparentes soluciones ofrecidas por un Trump más parecido a un *reality show*, al estilo Silvio Berlusconi en Italia, que a un jefe de Estado.

El horizonte sociopolítico, estadounidense y mundial, se modela bajo nuevos parámetros que están ahora definidos por la acción social colectiva: 1. La superación ética de lo público estatal por lo público social, pues de acuerdo con Wolin (2006): “no se puede practicar consistentemente la vocación pública de decir la verdad si no se respeta la integridad intelectual de manera pública y privada”. 2. La identificación desde lo común de las fuentes y estrategias para combatir la

3. A 100 días de la toma de posesión del gobierno de Trump, la maquinaria belicista despliega su poderío: más de 60 misiles Tomahawk, en contra de Siria, como represalia por el supuesto uso de armas químicas por ese gobierno; la “madre de todas las bombas” se lanza contra campamentos y posiciones subterráneas de los talibán en Afganistán; se toman posiciones militares que cercan a Corea del Norte, donde crece una posible confrontación nuclear. Una geopolítica compleja que además está redefiniendo el marco de las alianzas que se había desdeñado en la campaña electoral presidencial.

desigualdad mediante redes de confianza, solidaridad y apoyo mutuo, más allá del sistema bipartidista, desde el imaginario constitucional e instituyente. 3. Democratizar la democracia desde una ciudadanía intercultural, con enfoque de género y simultáneamente robustecer la democracia local. Una lectura geopolítica interna y externa que enfrente la oposición y desigualdad rural y suburbana contra la metrópoli, abierta al potencial transformador de las y los jóvenes, quienes serán los mejores opositores al totalitarismo invertido que amenaza su libertad creativa y espontánea. 4. Es importante recordar los antecedentes de la campaña. Hillary Clinton, Donald Trump y Bernie Sanders; en estos tres personajes se pueden apreciar las tendencias de un comportamiento político de diferente tipo, desde el liberalismo global con Clinton, el proteccionismo nacionalista de Trump y a contrapelo, Bernie Sanders quien sigue impulsando el llamado progresismo neoliberal, con lo que abre la perspectiva de un nuevo bloque “progresista-populista” que combina la emancipación con la protección social.⁴

2. REPENSAR LOS PODERES FÁCTICOS

Las elecciones presidenciales estadounidenses también abren serios cuestionamientos sobre el carácter de los llamados poderes fácticos, aquellos que deciden los grandes asuntos públicos a su favor, sin haber sido electos o designados para hacerlo. Aunque Arseanault y Castells (2008) muestran que el poder corporativo está por encima del régimen político en el caso de Rupert Murdoch, presidente del grupo Fox, quien en su carácter de *switcher* puede prender o apagar los dispositivos con los que se relacionan los poderes corporativos y el Gobierno, lo nuevo que muestra la elección de Trump es que ese poder corporativo no es homogéneo, sino que apuesta por distintos proyectos sobre la proyección geoeconómica y geopolítica de su poder. A tal grado llegan esas diferencias, que fue sorpresiva la virulencia con la que Trump atacó

4. Cuando Pilkington (2017) le pregunta en una entrevista cuál podría ser la estrategia final de Trump, Sanders se adentra en el terreno de la distopía. “Lo que él quiere es terminar siendo líder de una nación que ha dado pasos agigantados hacia el autoritarismo; una nación en la que el presidente de Estados Unidos tiene poderes extraordinarios, muchos más de los que otorga la Constitución”.

la versión corporativa global liberal del orden mundial, que aparecía como un referente sólido casi inamovible. La coyuntura abierta por el Brexit respecto a los nacionalismos proteccionistas y conservadores, tuvo un eco que no se esperaba en Estados Unidos. Emergieron así grandes diferencias entre el mundo de los negocios, el poder de los media y la política, las cuales encarnaron en los grupos que tradicionalmente se alineaban preferentemente por alguno de los dos partidos políticos: demócratas y republicanos.

Trump trascendió esos clivajes entre medios, poder y política, a través de un uso muy novedoso y sofisticado de las redes sociales, del Twitter, del Big Data, pero bajo el relativismo, el negacionismo y la *realpolitik* descarnada. Ahora tenemos que lidiar con la llamada posverdad, que fue el caballo de Troya con el que Trump asaltó y en cierto sentido dominó a los medios que tradicionalmente se alineaban al *establishment* político. No fue casual que en los primeros días de su gabinete Trump sorprendiera al nombrar a Stephen Bannon —un supremacista blanco y fundador del sitio *online* Breitbart News—, como su principal asesor en el Consejo de Seguridad Nacional. No obstante ese poder, Bannon fue removido como asesor de ese Consejo el 5 de abril de 2017, y en su lugar fueron nombrados dos militares considerados del ala tradicionalista del gobierno de la alta burocracia de defensa, política exterior e inteligencia en Washington. Sin embargo, algunos expresaron dudas sobre el impacto real de la decisión, ya que ahora existe otra entidad dentro del Poder Ejecutivo llamado Grupo de Iniciativas Estratégicas, el cual también se enfoca en asuntos internacionales y de seguridad, y que está al mando de Bannon (véase diario *La Jornada*, 05-04-2017).

El Gabinete del gobierno de Donald Trump durante sus primeros 60 días es una expresión representativa de la reconfiguración de los poderes fácticos en el poder político estadounidense, sus continuidades y discontinuidades:

Cuadro 1

GABINETE DE DONALD TRUMP (Marzo, 2017)		
Nombre	Cargo	Antecedentes
Secretario de Estado*	Rex Tillerson	Jefe de Exxon-Mobil Corp, vínculos con Rusia tras la negociación de un acuerdo energético.
Secretario del Tesoro*	Steven Mnuchin	Jefe financiero de la campaña de Trump, banquero.
Secretario de Defensa*	James Mattis	Fungió como Jefe del Mando Central en operaciones de Oriente Medio, en la Administración Obama. Apoya a la OTAN.
Fiscal General*	Jeff Sessions	Opositor a la reforma migratoria, como congresista se opuso a políticas reguladoras de migrantes
Secretario del Interior*	Ryan Zinke	Excomandante de élite retirado de la marina.
Secretario de comercio*	Wilbur Ross	Millonario por adquirir empresas con problemas financieros.
Secretario de Salud y Servicios humanos*	Tom Price	Opositor a al programa de salud Obama Care.
Secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano*	Ben Carson	Rival de Trump en elecciones primarias.
Secretario de Transporte*	Elaine Chao	Secretaria de Trabajo en el gobierno de George W. Bush
Secretario de Energía*	Rick Perry	Exgobernador de Texas, en 2011 propuso eliminar la secretaria de energía.
Secretario de Educación*	Betsy DeVos	Participa del proyecto de Escuelas Autónomas. El voto histórico del vicepresidente en su carácter de presidente del Senado definió su nombramiento.
Secretario de Asuntos Veteranos*	David Shulkin	Subsecretario de Salud en el Departamento de Asuntos Veteranos en la Administración de Obama.
Director de Inteligencia Nacional*	Dan Coats	Integrante del Comité de Inteligencia del Senado, ex embajador en Alemania.
Agencia de Protección Ambiental*	Scott Pruitt	Principal crítico de esta agencia y opositor a la regulación ambiental relacionada con el fracking.
Secretario de seguridad Nacional*	John Kelly	Comandante de fuerzas estadounidenses en Irak, Jefe militar del Mando Sur (operaciones militares en Centro y Sur América).
Consejero y estratega de la Casa Blanca**	Stephen Bannon***	Ultraderechista, fundador del sitio web Breitbart News de contenido racista y xenófobo, cercano a Trump en campaña.
Jefe de Gabinete**	Reinhold Reince Priebus	Presidente del Comité Nacional del Partido Republicano, conservador moderado.
Director del Consejo Económico Nacional**	Gary Cohn	Presidente Operativo en Goldman Sachs, investigado por deuda fraudulenta (Grecia)

* Requiere ser aprobado por el Senado.

** No requiere aprobación del Senado.

*** Removido el 5 de abril de 2017.

Fuente: elaboración propia con datos en fuentes periodísticas y documentales.

La cohesión de este gobierno ha implicado un constante trabajo de Donald Trump y su equipo, desde la campaña, para imponer sus bases de legitimidad sobre los pies de barro del gigante mediático estadounidense. El primer día como presidente a Trump se le aprobaron las nominaciones a los departamentos de Defensa y Seguridad Nacional (Schaul y Uhrmacher, 2017). En comparación con sus antecesores, a Barack Obama se le aprobaron seis nominaciones el día de su toma de posesión y a W. Bush hijo siete (Schaul y Uhrmacher, 2017); lo anterior muestra el difícil devenir de un Gabinete que atienda a las demandas autoritarias de un perfil como Donald Trump.

Y es un perfil como Trump, con toda la influencia autoritaria y carácter impulsivo, el que pone a temblar a la política internacional y económica. La muestra de su supremacía para con sus potenciales votantes contrasta con su incapacidad gubernamental en la toma de decisiones e incluso de declaraciones públicas a través de las redes sociales.

Politifact (2016), premio Pulitzer por su trabajo, le otorgó a las declaraciones de Trump el dudoso premio de la Mentira del Año en 2015. La posverdad o los hechos falsos y “alternativos” se van imponiendo en la escena pública estadounidense. Algunas de esas mentiras, que resultaron claves en la agenda electoral de Trump, fueron:

1. ¿Miles de árabes estadounidenses celebrando el 11 de septiembre? Nunca se demostró que hubiese tal celebración.
2. ¿México manda a violadores y otros criminales a Estados Unidos? Según el diario estadounidense *The Washington Post*, la gran mayoría de los indocumentados mexicanos presos en Estados Unidos “no encajan en la descripción” que Trump hace de ellos de haber cometido crímenes graves como narcotráfico u homicidio.
3. ¿No usó expresiones insultantes contra las mujeres? En realidad sí usó esas expresiones. Según la organización Factcheck.org, le dijo en 2006 a la actriz Rosie O’Donell *fat pig* (chancha gorda) y en 2015 le dijo a la columnista Ariana Huffington *dog* (perro), expresión usada en inglés para describir a una mujer poco atractiva.
4. ¿El desempleo es de 42%? El 28 de septiembre de 2015 Trump dijo que el desempleo en Estados Unidos podría estar hasta en el “42%”. Según Politifact, incluso las mediciones más extremas y alternativas de cualquier definición de desempleo en Estados Unidos no lo ponen por encima de 14%. El Gobierno federal estadounidense,

- a través de su buró de estadística, asegura que en septiembre de 2015 el desempleo en el país era oficialmente del 5.1%.
5. Llegarán a Estados Unidos 200,000 refugiados sirios? En una conferencia de septiembre de 2015, el secretario de Estado John Kerry anunció que el número total de refugiados que Estados Unidos planeaba aceptar de todas partes del mundo en el año fiscal 2016, sería de 85,000, de quienes 10,000 serían sirios.
 6. ¿Obama nació en Kenia? Las investigaciones de Trump en Hawaii, lugar de nacimiento de Obama, no mostraron lo afirmado.

En este contexto, las noticias falsas son otro de los grandes protagonistas. Parte de la información que circula en la web es falsa,⁵ se estima que durante la campaña de Trump se difundió una gran cantidad de noticias falsas o imprecisas. La candidata Clinton no tenía tanto impacto en noticias falsas; sin embargo la imagen de Trump y cualquier nota relacionada contaba con un sinnúmero de visitas a estos sitios y réplicas de las mismas (Higgins, McIntire, y J. X. Dance, 2016).

Otra de las grandes arenas en las que Trump comenzó a moverse son las redes sociales. El uso de la plataforma Twitter,⁶ que funciona como agente virtual global, ha sido el escenario perfecto para el presidente 45 de Estados Unidos; no se limita en sus comentarios, a pesar de las consecuencias negativas dentro y fuera del país.

Los comentarios en Twitter también reflejan y confirman la actitud de Trump. Comentarios que usan palabras agresivas y peyorativas, referencias a la migración ilegal (*El País*, 2017). Se vive un escenario de guerra en Twitter, en el que otros países deben tratar con cautela este tipo de comentarios que llegan a causar inestabilidad.

Otro de los grandes instrumentos digitales es el Big Data, donde se obtiene información amplia sobre las personas, que proporcionan a través de las diversas plataformas información de preferencias, for-

5. “Hasta 40% de la información que circula en la web es falsa o imprecisa [...] La Asociación de Internautas en España arrojó que 70% de los usuarios no distingue entre información veraz y falsa” (Proal, 2016).

6. Red social que permite difundir mensajes cortos, que llegan a otros usuarios y pone énfasis en los llamados *followers* o seguidores directos. Usada por muchos políticos, el caso de Barack Obama es uno de los más relevantes (González Mendoza y Petersen, 2010).

mación profesional, afinidad partidista etc. (Villamil, 2016) son algunos datos que se obtienen del Big Data.

La campaña de Trump utilizó el Big Data para poder direccionar las noticias y dirigir la información. Temas relevantes como migración, corrupción y la afinidad ideológica nacionalista lograron direccionar sus mensajes (Marr, 2017). Una vez más queda expuesta la vulnerabilidad en el uso de la información que circula en las redes.

La situación anterior permite abrir la discusión sobre la democracia dirigida en Estados Unidos. Una muestra de ello es que el mismo día de la entrada de Trump a la Presidencia se presentaron una serie de actos de protesta en la capital del país en contra de su política racista, antiinmigrante y misógina.

En un escenario de manifestaciones encabezadas por la sociedad civil, al día siguiente de la toma de protesta de Trump se convoca a una manifestación encabezada por mujeres (Women's March) con diversas proclamas en defensa de sus derechos. A esta manifestación se le unieron otros motivos, como opositores al presidente Trump y a las declaraciones racistas y antiinmigrantes. En la voz de expertos, esta marcha tuvo una capacidad de convocatoria mayor que el acto inaugural del nuevo presidente; se estima que la participación fue tres veces mayor en comparación con el evento de Trump (Wallance y Parlapiano, 2017).

Se vislumbra un escenario rígido en la relación entre el régimen social y el régimen político. Las manifestaciones y la contraposición de un presidente populista y anti-*establishment*. Se esperan resultados poco positivos y más impositivos de su gestión, que ya deja ver sus debilidades. La elección del Gabinete de Trump es un tema preocupante por los perfiles que propone, gente ligada a tenencias de ultraderecha y conservadora, antiinmigrantes y sin experiencia.

3. CUESTIONAMIENTO DE LA GLOBALIZACIÓN Y DEL ORDEN MUNDIAL LIBERAL DEMOCRÁTICO

La parte actuante del nuevo presidente de Estados Unidos puede ubicarse en lo que Mora Ramírez (2017) denomina la nostalgia imperialista. Las declaraciones discriminatorias, antiinmigrantes y de rela-

ciones internacionales son muestra de este imperialismo que esta resurgiendo de la mano de un presidente agresivo; de esta manera señala Ramírez (2017) el uso de “[...] la nostalgia imperialista como recurso ideológico es uno de los principales rasgos del declive del poder de Estados Unidos [...]” y con las acciones del nuevo presidente este declive puede acelerarse.

Aumentar el poderío militar es otra de las artes de gobierno trumpista, una manifiesta nostalgia imperial. Pareciese que el ocaso de la Guerra Fría resurgiera para que de nueva cuenta la cantidad de armas y su potencia determinen el poder de Estados Unidos.

El presidente Trump busca aumentar en 54 millones de dólares el presupuesto militar; esto significaría que su país tendría uno de los mayores presupuestos en el mundo. Se estima que Rusia y Estados Unidos son los países que cuentan con más cabezas nucleares; sólo Estados Unidos en el despliegue de las mismas cuenta con cerca de 1,700 misiles, distribuidos en 1,590 bases dentro de Estados Unidos (Martínez Ahrens, 2017).

Considerando lo arriba expuesto, un gigante histórico de la industria armamentista, y el aumento al presupuesto militar se confirma una vez más el carácter bélico que quiere devolver a esta nación. Lo novedoso del poderío militar es que se mantiene la aspiración a la supremacía militar y la hegemonía política mundial, desde una geopolítica que privilegia la centralidad del Estado nacional, frente al orden mundial liberal que luego de la Segunda Guerra Mundial se había instaurado bajo diversas instituciones y regímenes internacionales impulsados por la política exterior estadounidense. Y es aquí donde el populismo autoritario desempeña la clave maestra. Vale recordar con Wolin (2008) que el antiterrorismo, base de la ofensiva militar mundial de Estados Unidos, es “la base de una teología política, una comunión en torno del cuerpo místico de una república belicosa, una advertencia contra la apostasía política, una santificación del líder de la nación”. “Hacer América Grande Otra Vez” (Make America Great Again), o Primero América (America First), embonan con el populismo autoritario que representa Trump y que está creciendo particularmente en Europa occidental.

Para la politóloga estadounidense Pippa Norris (en Illing, 2017), el populismo tiene tres dimensiones. Una de las cuales es un llamamiento a la soberanía popular, más allá de la democracia liberal. Así

que el argumento es que la virtud y el poder moral deben estar con el pueblo ordinario y no con las élites. La segunda dimensión es el anti-establecimiento, y esto se opone no sólo a las élites políticas y económicas, sino también a otros poderosos percibidos, como intelectuales o periodistas u otros grupos en la cima de la sociedad. Y luego en tercer lugar se pregunta sobre la soberanía popular en la práctica, donde no hay muchos mecanismos, como las encuestas de opinión pública u otras formas de referéndum democrático que suelen ser formatos débiles desde el punto de vista de la democracia participativa. Así que en la práctica lo que ocurre es que el poder se ve como residente en el líder individual, el líder carismático que representa la voz de la gente común.

La manera en que esos tres elementos se unen no dice mucho sobre lo que los populistas representan. Y aquí lo que se obtiene es una variedad, desde populistas autoritarios hasta populistas progresistas, quienes difieren en sus valores actuales. Ambos formatos del populismo representan una forma de criticar la democracia liberal, lo que abre la puerta a una variedad de líderes que tienen diferentes ideologías; Norris se refiere a Hugo Chávez en Venezuela o Donald Trump en Estados Unidos.

Para Pippa Norris (2017):

Los valores autoritarios son aquellos que sostienen la creencia en un líder fuerte, en un Estado fuerte, y en la ley y el orden robustos. Éstos son valores tradicionales como la familia, el hogar, la religión, y luego una variedad de otros valores como el nativismo, la importancia de la unidad nacional, la comunidad nacional frente a los forasteros, ya sea por nacionalidad, etnia o raza.

Para luego concluir que populismos autoritarios —como el de Trump— abren la puerta a su pueblo escogido, porque reducen los controles y equilibrios en la democracia liberal, pero luego intentan gobernar a través de una gama de valores autoritarios tradicionales, que ni siquiera incluyen al supuesto pueblo interlocutor. Por su parte, los progresistas populistas, como Sanders, emplean una retórica similar pero trabajan en una agenda progresista no autoritaria, tanto en el campo de lo social como en otros temas económicos, desde una perspectiva incluyente que se concibe en una categoría de pueblo más universal.

Es de resaltar que el debate en torno del populismo está tomando un cariz unificador respecto de la cultura política, el liderazgo carismático, la representación y delegación de la soberanía popular, las mediaciones entre nación y autoridad, o el rol de los partidos políticos, en lo que concierne a los paradigmas críticos de la democracia liberal. En cierto sentido las recientes elecciones presidenciales estadounidenses acercan esos debates con la relación entre lo global y lo doméstico, así como con otras experiencias en Latinoamérica, en primer lugar y, además, con las confrontaciones entre populismos autoritarios y progresistas que se viven en otras partes del mundo, donde las democracias se ven confrontadas con el desencanto, el deterioro de la confianza y la búsqueda de formas democráticas participativas.

Cierto que al populismo se le ha demonizado injustamente, lo cual significa una falta de apreciación crítica sobre lo que significa. Svampa (2017) plantea que el populismo en América Latina ha ido desplazando otras narrativas de corte descolonizador que emergen en esta región, fueran indianistas, ecologistas o de izquierda. Sin embargo, más allá de las narrativas descolonizadoras, las críticas han sido parciales, pues para la ciencia política del *main-frame* académico el populismo cumple un papel mítico instituyente, en el que no queda claro si se trata de un formato de gobierno irresponsable por la política económica clientelar y, frecuentemente, corporativa que lo anima; si se trata de una simbiosis con el fenómeno de la corrupción gubernamental; si se trata del dominio carismático del líder, generalmente de inspiración mesiánica; o si en su esencia es una forma de manipular el imaginario de la soberanía popular en aras de rebasar la crisis de legitimidad que azota a las democracias liberales.

Svampa (2017) registra también intentos teóricos más sólidos por interpretar las diversas formas de populismo. Reconoce que “[Ernesto] Laclau proponía pensar el populismo como ruptura, a partir de la dicotomización del espacio político (dos bloques opuestos), y de una articulación de las demandas populares (por la vía de la lógica de la equivalencia)”; mientras que para Benjamin Arditti hay un carácter bicéfalo del populismo. Si éste significa un “rasgo recurrente de la política moderna, posible de ser encontrado en contextos democráticos y no democráticos para pensar el populismo como un ‘espectro’, antes que como la sombra de la democracia”.

Si bien este debate es muy actual en Latinoamérica, dado el componente populista de los llamados gobiernos progresistas, hay que pensar en esta categoría en sus implicaciones nacionales y locales. El hecho de que las bases sociales del voto trumpista tengan una localización particular, en las poblaciones menores de 20 mil habitantes, en los suburbios de las grandes metrópolis y en el llamado “Rust Belt” (cinturón del óxido, área de la industria siderúrgica representativa del proceso de desindustrialización en la Unión Americana), hace necesario pensar en una perspectiva de la geografía política, en la medida que ésta nos ayuda al análisis de la relación entre lo local, lo nacional y lo global. John Agnew explora el carácter del populismo usando una perspectiva geográfica: “Primero, la geografía de los resultados de la votación y la creciente abstención son considerados emblemáticos de insatisfacción con los partidos existentes, y la cauda en expansión de quienes no votan, disponible para movilización por movimientos y candidatos populistas”. En segundo lugar, “el papel del líder como punto focal alternativo para el partido se muestra como central para tales movimientos populistas”. En tercer lugar, Agnew evalúa el ascenso del Movimiento de las 5 Estrellas en Italia, el cual se basó en Internet y la “promesa de ir al pueblo sin que exista mediación institucional o geográfica”. Para Agnew, el populismo italiano es contradictorio, pues al mismo tiempo que tiene fuertes raíces en algunos lugares como una organización cívica, presenta una geografía notablemente desigual como movimiento de protesta. Ello muestra hasta qué punto el populismo no puede comprometerse con un pueblo singular y su “promesa de política sin mediación hecha por los movimientos populistas resulta poco menos que irrealizable”.

Queda la pregunta de si esta promesa irrealizable lo es igual para el populismo autoritario que para el populismo progresista, pues la crítica a la democracia liberal se hace desde distintos escenarios en lo que hace a la idea de soberanía popular y sus vínculos con la geografía política de la representación, pues para el primero, el autoritario, la nación equivale a un pueblo singular en el que se diluyen sus características geográficas, mientras que para el segundo, el progresista, sigue existiendo la pluralidad de actores políticos y su necesaria vinculación con las esferas de representación local. Trump hizo del pueblo una categoría excluyente, sobre bases de nativismo y nacionalismo, mientras que Sanders sigue trabajando por una categoría popular que

procesa derechos de ciudadanía desde la pluralidad de las y los actores políticos.

Se avizoran algunas convergencias entre los movimientos sociales, que resisten contra el populismo autoritario. Stiglitz (2017) reconoce que en Estados Unidos:

La Unión Estadounidense por las Libertades Civiles (ACLU), que había previsto que Trump rápidamente pisotearía los derechos de las personas individuales, ha demostrado que está tan preparada como siempre para defender los principios constitucionales fundamentales, tales como el debido proceso, la igualdad de protección y la neutralidad oficial respecto a la religión. Y, durante [enero], los estadounidenses han apoyado a la ACLU con millones de dólares en donaciones. Los movimientos latinos, negros, feministas y pacifistas ofrecen otras formas de resistencia en las que se vincula la agenda doméstica y la global. Es de esperar que estos abigarrados movimientos superen muchas de las limitaciones que ofrece también el populismo en su versión progresista. El desafío es que la lucha contra la desigualdad social cobre la centralidad que podría aglutinar esas demandas.

4. CRÍTICA DE LA MODERNIDAD/COLONIALIDAD DEL PODER DESDE UN ENFOQUE GEOPOLÍTICO CRÍTICO

En una reciente entrevista (16-03-2017) Bernie Sanders afirma:

Una de las razones que explican el Brexit, la victoria de Trump y el resurgimiento de los candidatos ultranacionalistas de derecha en toda Europa es el hecho de que la economía mundial ha sido muy buena para las grandes multinacionales. En más de un aspecto, eso fue algo positivo para la gente con estudios. Pero hay millones de personas en este país y en todo el mundo que han sido olvidadas.

Al constatar la desigualdad nacional e internacional, Sanders pone el dedo en la llaga de un aspecto de la globalización liberal corporativa que representa una crítica paradójica, pues los actores golpeados por esa crisis están siendo recuperados fundamentalmente por la derecha ultranacionalista, cuando estas personas deberían de ser el objetivo estratégico de los partidos de izquierda.

De manera autocrítica, Sanders señala:

A lo largo de los últimos 30 ó 40 años, el Partido Demócrata ha pasado de ser un partido de la clase trabajadora (trabajadores blancos, negros e inmigrantes) a ser un partido marcadamente controlado por una élite progresista que se ha distanciado enormemente de las necesidades de las familias de clase trabajadora de este país.

Por esas preocupaciones se le adjudica el mote de populista progresista, o de izquierda. Sanders explica que la tendencia de la izquierda progresista a concentrarse en intereses transversales, los de género, los de raza o los de estatus (por los inmigrantes), ha hecho que deje de ver las necesidades de una clase media cada vez más pequeña y con grandes niveles de desigualdad en los ingresos. No tenía que haber sido así, dice. “La verdad es que podemos y debemos hacer ambas cosas.”

Esa economía mundial que ha sido buena para las transnacionales ofrece además nuevos datos que complican el entendimiento de la geoeconomía. La primera tentación es pensar que las promesas populistas de Trump de corte nacionalista y proteccionista serán las que encaminen el nuevo orden mundial. Pero, a los primeros 100 días de su gobierno, se incrementa la esquizofrenia entre lo que ofreció en su campaña y lo que las corporaciones transnacionales demandan del Gobierno estadounidense. Está lejos de su crítica a las élites de Wall Street, pues en su Gabinete destacan algunos integrantes de esa élite. Además, como lo observa Joseph Stiglitz (2017), como grupo, los líderes e inversionistas corporativos estadounidenses se han convertido en los facilitadores de Trump. Y, en la ritual ceremonia anual del Foro de Davos, Suiza,

[...] muchos ya empezaron a salivar al sólo pensar en las promesas de recortes de impuestos y desregulación, mientras afanadamente ignoraban el fanatismo de Trump [sin mencionarlo ni siquiera en una sola de las reuniones a las que asistió Stiglitz] así como ignorando también su proteccionismo.

Tal parece que las medidas para recuperar puestos de trabajo en el Rust Belt y el castigo a inversionistas que privilegien lo extranjero no han redituado suficientemente. Si bien en sus primeros días de gobierno derogó los acuerdos que sostenían los mega-acuerdos comerciales, como el TPP o el TPIP, la finalización del TLCAN (NAFTA), no ha encontrado el eco esperado por su gobierno para dismantelar “el peor acuerdo comercial en la historia de Estados Unidos”. Hay presiones internas,

sobre todo del bloque conservador en los tres poderes de la Unión, para reconducir al gobierno dentro de los cánones establecidos por el acuerdo bipartidista, tanto en política doméstica como en política exterior. El nuevo gobierno ha tenido que frenar sus aspiraciones de dismantelar el Obamacare, ha matizado sus distancias con la OTAN y ha tenido que bajar el perfil privilegiado que se daba a la relación con Rusia, luego de que crecen las denuncias sobre la intervención de ese país en asuntos internos de Estados Unidos. A raíz de ello, este nuevo gobierno ha bajado el tono de confrontación con China, país al que se ve como aliado “táctico” en algunos asuntos de interés mundial.

De cualquier manera, el negacionismo y la ignorancia hacen estragos. La apuesta por el regreso a los hidrocarburos y al carbón como fuentes energéticas principales ha implicado retroceder en la legislación ambiental y en el programa de sustitución de las energías fósiles por energías limpias, alternativas que presentan algunos bienes naturales renovables. Asimismo, la agenda contra el cambio climático se ha enfrentado al desdén gubernamental y no se avizoran medidas que permitan avanzar en los acuerdos y protocolos globales para controlar la emisión de gases con efecto invernadero. Sanders habla de una hipocresía inaudita, pues Trump “¡Habla de proteger el agua y la atmósfera el mismo día en que firma una orden que aumentará la contaminación del agua y de la atmósfera!”

Lo peor de la desregulación y de la privatización a ultranza se dan cita en un gobierno que se opone a cualquier esfera de reconocimiento de relaciones multilaterales que, en cambio, está protagonizando un bilateralismo rígido fundado en la asimetría y la selectividad unilateral de las agendas internacionales. Algunos internacionalistas, coinciden en que la influencia teórica y política que sufre Trump, viene del primer presidente nacionalista-populista de Estados Unidos Andrew Jackson. No son los fundadores del orden liberal de la posguerra, sino el pensamiento y la cultura de Jackson, que había sido relegada desde la posguerra con el triunfo de los jeffersonianos en la política exterior de la potencia mundial.

De acuerdo con Russel Mead (2017):

Para los jacksonianos —que formaron el núcleo de la base de apoyo de Trump— Estados Unidos no es una entidad política creada y definida por un conjunto de proposiciones intelectuales enraizadas en la Ilustración y

orientadas hacia el cumplimiento de una misión universal. Más bien, es el Estado-nación del pueblo estadounidense, y su negocio principal está en casa.

Este núcleo jacksoniano ve “el excepcionalismo estadounidense no como una función del atractivo universal de las ideas estadounidenses, ni siquiera como una función de una vocación estadounidense única para transformar el mundo, sino como arraigada en el singular compromiso del país con la igualdad y dignidad de los ciudadanos estadounidenses individuales”. Los jacksonianos creen que el papel del Gobierno estadounidense es cumplir el destino del país, cuidando la seguridad física y el bienestar económico del pueblo estadounidense en su hogar nacional, y hacer eso mientras interfiere lo menos posible con la libertad individual.

Se trata sin embargo de un excepcionalismo (Weatherbee, 2016), que combinado con las condiciones objetivas que no la sustentan, ha creado un fuerte resentimiento e ira en el seno del pueblo estadounidense, particularmente entre los anglosajones. Esta ira que tiene fundamentos reales en las condiciones materiales de la gente, es fácil de manipular y convertir en odio en contra de migrantes y otras minorías que parecen en el último periodo haberse beneficiado —aunque tampoco lo fueron—. La herencia del populismo nacionalista de Jackson parece ser retomada por partidos de ultraderecha nacionalistas conservadores cuyo programa antiinmigrante está levantando apoyos sociales significativos en aquellos países donde la inmigración se ve como seria amenaza para la supervivencia del Estado nacional.

Desde una narrativa descolonizadora, la relación global-local que detonan las elecciones estadounidenses recientes plantea varios desafíos: frente a la crisis económica la elevación del racismo, la exclusión y la segregación que produce la economía mundial, enfrenta el desafío demográfico, pues la juventud que hoy vive en Estados Unidos es la primera generación en más de 50 años para la cual su prospecto económico es peor que el de sus padres; el otro es un desafío étnico nacional y está relacionado con la inmigración, como el enemigo a vencer desde las trincheras del nacionalismo populista. La pérdida de confianza en las instituciones de las élites (Weatherbee, 2016), heredada luego de la guerra en Irak, la proliferación de tratados de libre comercio, la crisis económica de 2008 y la subsecuente decisión del presidente Obama de rescatar a los bancos de la quiebra, han creado una desconfianza desde

el pueblo hacia las instituciones que lo gobiernan. El voto por Trump, más que por las políticas que él promovía, se basó en un rechazo iracundo por aquellas instituciones y el “orden mundial” que ellas representan. Así lo expresó el voto de trabajadores golpeados por esa globalización en crisis, pero que no pudo captar el Partido Demócrata por su elitismo y su separación de esos votantes.

De cara a las alternativas de resistencia que siguen emergiendo en Estados Unidos, la izquierda está haciendo una seria autocrítica respecto al papel central que ejerce la desigualdad y está volviendo a plantear la matriz clasista en su eje de análisis. Un regreso que tendrá que lidiar sin embargo con otras geografías como la de las etnias, las nacionalidades, las regiones y las localidades que tendrán que hacer lo que Etzioni (2017) propone como los contrapesos comunitaristas frente al populismo de Trump. Una estrategia que también será necesaria en todos aquellos países donde el populismo autoritario está creciendo entre el electorado. Además del reto representado en mantener la conquista de derechos de género, para las minorías sexuales, las nacionalidades y los grupos etarios: jóvenes y adultos de la tercera edad. Lo que genéricamente se puede agrupar como derechos de ciudadanía. Un aspecto fundamental también para las narrativas descolonizadoras, la indianista, la ecologista, es lo relativo a la ecología política crítica, pues los conflictos ambientales toman una dimensión global que requiere amplios esfuerzos teóricos y prácticos. Asimismo, la crítica de la “posverdad” demandará nuevos tratamientos del asunto ético en los espacios de las redes sociales y así dinamizar el potencial transformador que ellas representan.

LA PRESIDENCIA DE TRUMP ANTE LAS RELACIONES CON AMÉRICA LATINA (NUESTRA AMÉRICA ABYA YALA)

Lissardy (2016) se pregunta sobre el futuro de las relaciones interamericanas del nuevo gobierno de la potencia del norte. El panorama es conflictivo: el aumento del proteccionismo comercial, la decisión de construir un muro en la frontera con México, la deportación masiva de inmigrantes sin papeles, pues en su campaña habló de deportar a 11 millones de inmigrantes indocumentados que viven en Estados Uni-

dos, en su mayoría provenientes del sur del río Bravo, y sostuvo que desde México llegan criminales y violadores. Aspectos que son fuente de inquietud y tensión. “Si (Trump) lleva a cabo lo que está diciendo, esto va a reventar relaciones no solamente con América Latina sino con todo el mundo”, dijo a BBC Mundo antes de la votación presidencial de noviembre, Michael Shifter, presidente de Diálogo Interamericano, un centro de análisis en Washington DC.

Algunos consideran que fue conciliador el discurso de Donald Trump en su toma de posesión. Pero esta aparente conciliación fue con la finalidad de apaciguar las inquietudes de las élites internas y externas. Es evidente que las relaciones económicas son importantes: América Latina recibe cada año más de US \$65,000 millones en remesas enviadas por inmigrantes desde Estados Unidos, según diversos estudios. Aunque Trump define el Tratado de Libre Comercio de Estados Unidos con Canadá y México, conocido como NAFTA, como “el peor” jamás firmado, y ha hablado de imponer un arancel de 35% para importaciones desde el vecino del sur, esto no se puede aplicar de una manera voluntarista. “No sé cuánto podría hacer como presidente, dado que tiene que funcionar en un contexto de instituciones y contrapesos”, dijo Shifter; “Tiene cierto margen de decisión como presidente, pero también hay temas donde está muy limitado lo que puede hacer, como el tema de aranceles o compromisos de recursos, que tiene que ser decisión del Congreso”, afirmó. Pero esa medida tendría un impacto enorme en la economía de México, que en 2015 exportó bienes y servicios por US \$316,400 millones y logró un superávit comercial bilateral de US \$49,200 millones. La mayoría de demócratas y republicanos ven a México y su extensión hacia América Latina como un “mercado económico natural”.

El triunfo electoral de Trump ocurrió en medio de cambios políticos en el hemisferio, tras la llegada de gobiernos más abiertos a Washington en Brasil y Argentina, o la normalización de las relaciones de Estados Unidos con Cuba, impulsada por el gobierno de Barack Obama, cuyo derrotero es incierto. Trump sostuvo durante su campaña que “por toda Latinoamérica la gente está viviendo en opresión” y acusó a Obama y a su rival electoral Hillary Clinton de abandonar a los “amigos” de Estados Unidos en la región. También indicó que podría acabar con las medidas para normalizar relaciones con Cuba y habló de solidarizarse con el pueblo de Venezuela, “que ama la libertad”. Las

diferencias con el gobierno anterior son evidentes. Arturo Valenzuela, que fue jefe de la diplomacia de Estados Unidos para América Latina cuando Clinton era secretaria de Estado, sostuvo antes de la elección que con Trump en la Casa Blanca “va a ser muy difícil establecer una relación de confianza” con la región. Desde los anteriores hacedores de la política interamericana, habrá muchísimas más dificultades para cooperar en cualquier tema.

Lo que se debate en el *establishment* político estadounidense son los matices respecto de la idea “jacksoniana” de Trump, frente a la cual lo que ven es un amplio abanico de oportunidades de negocios. La visión de Fernández (2017) esclarece esta situación, pues hay “más oportunidades que el sol en la frontera sur de Estados Unidos”: Bajo el presidente Barack Obama, el comercio de Estados Unidos con América Latina creció en casi un 50% de 2008 a 2015. Contrario a la retórica de la campaña de Trump, Estados Unidos tuvo un superávit de casi 15,000 millones de dólares en bienes y servicios con la región en 2014, último año para el cual están disponibles estos datos. El superávit de Estados Unidos con Brasil en 2015 fue el segundo, sólo superado con Australia (excluyendo mercados como Dubai, Hong Kong y Singapur porque sirven como puntos de tránsito para mercancías enviadas a otros países). Estados Unidos vende dos veces más a México que a China, dos veces más a Chile que a Rusia, y tanto a Colombia como a todo el África subsahariana. Sin embargo, a Fernández (2017) le preocupa que en la última década Estados Unidos comenzó a perder su ventaja regional del mercado frente a China, pues el comercio chino con América Latina se disparó de \$12 mil millones a principios de siglo, a \$289 mil millones en 2013.

Fernández (2017) termina con un llamado al negocio de amplio y fácil rendimiento:

Aunque Washington destaca las luchas de América Latina contra las drogas, los matones y la seguridad, los líderes de la región hablan de la reducción de la pobreza, el comercio y la inversión. Seguramente acogerán una conversación con Estados Unidos centrada en el crecimiento económico y la creación de empleo. Si Trump decide negociar, encontrará socios dispuestos. Pero si, en cambio, opta por construir muros y desgarrar los acuerdos comerciales, el autoproclamado maestro de negociaciones (Trump, más que un *terminator*, es un *negotiator*, dijera Carlos Slim, prominente empresario mexicano) habrá dejado dinero fácil en la mesa.

Si se piensan en otros términos más integrales las relaciones interamericanas, hay otra agenda que podría estar al servicio de una mayor autonomía de la región. El proteccionismo nacionalista y el muy relativo abandono de los tratados de libre comercio, sobre todo en su versión multi-bilateral, como el TLCAN, ha revivido expectativas sobre el posible contrapeso de políticas nacionalistas y proteccionistas en la región. Sin embargo, son más las esperanzas intergubernamentales en hacer funcionar los acuerdos o tratados de libre comercio en curso, lo que ha desplazado la negociaciones respectivas hacia la esfera de las corporaciones transnacionales, sin esperar que la administración Trump les dé un lugar en su política comercial. De esa manera, los esquemas de integración regional más institucionalizados como el Mercosur o la Alianza del Pacífico, retoman nuevos bríos, que pueden redundar en una mayor diversificación de intercambios comerciales.

En el plano de la integración política latinoamericana aún no contamos con información suficiente para visualizar algunas tendencias previsibles, pues el gobierno de Trump no ha dado señales claras al respecto. Aún no está completo el *staff* del Departamento de Estado vinculado con nuestra región. Sin embargo, se avizoran algunos temas relevantes:

- La OEA es el único espacio multilateral reconocido por ahora en las relaciones hemisféricas de Washington; se le está utilizando como medio de presión contra el Gobierno venezolano, apelando a la Carta Democrática, aprobada por la OEA en 2011.
- La Comisión Interamericana de Derechos Humanos, organismo de apoyo al constitucionalismo liberal y los derechos humanos, no encontrará apoyo en el gobierno de Trump, un presidente amante del poder ejecutivo sin contrapesos, partidario de la tortura como medio para hacer confesar a los reos, su mantenimiento de la base militar de Guantánamo, Cuba, como parte de su estrategia contra el Estado Islámico, no hacen esperar una política hemisférica de derechos humanos.
- La CELAC no ha sido reconocida como interlocutor del gobierno Trump, y una buena parte de presidentes que forman esa organización han bajado considerablemente su participación en este organismo; la más reciente cumbre de la CELAC, enero de 2017, en República Dominicana, fue la más desangelada desde la fundación de este organismo.

- La lucha contra el terrorismo y el crimen organizado no han recibido cuestionamiento alguno. Todo parece indicar que el Plan Colombia —incluido el desprecio por los acuerdos de paz en ese país—, la Iniciativa Andina y la Iniciativa Mérida (México) seguirán con sus objetivos geoestratégicos, con la perversa militarización de la lucha contra el narcotráfico y la sumisión de las Fuerzas Armadas de nuestros países en esos combates.
- La inclinación de Trump por relaciones bilaterales hace previsible el desprecio de los organismos continentales de carácter multilateral que sus predecesores impulsaron, como la Cumbre de las Américas, o la Reunión de Líderes de América del Norte, que incluía a los presidentes de Canadá y México. Se acentuará el bilateralismo rígido asimétrico favorable a Estados Unidos.
- Es previsible que los obstáculos físicos, como el muro con México, arancelarios y no arancelarios, dominen las negociaciones, país por país, en los distintos acuerdos y tratados comerciales, así como la limitación de las negociaciones respecto de los posibles acuerdos migratorios, particularmente con Centroamérica y México.
- A Trump le preocupan las implicaciones de un papel económico chino aún mayor en la región.⁷ Particularmente, la probable incorporación de América Latina a la Alianza Regional Económica Comprehensiva (Regional Comprehensive Economic Partnership, RCEP), impulsada por China, quien no ha decidido aún sobre esa incorporación. Queda la pregunta de si eso complementarí­a o debilitaría al bloque BRICS, y cuáles serían las implicaciones para México y Brasil como líderes regionales, y su fortalecimiento frente a la potencia del norte.
- La agenda anticorrupción ha sido ambigua en los primeros 100 días del gobierno Trump. Si bien el tema le ha servido para tomar distancia de gobiernos que solapan a los “*bad hombres*”, su concepción sobre limitar al máximo la capacidad reguladora del Estado, aunada a su involucramiento en asuntos de corrupción, le impiden que ésta sea una insignia de su política exterior.

7. Así lo comprueba el hecho de que Ivanka su hija y su yerno Jared Kushner —que no tiene experiencia regional o experiencia diplomática— tengan el encargo de la Casa Blanca para modelar la relación entre Estados Unidos y China.

En conjunto, la preocupación para una agenda descolonizadora en América Latina versa sobre el impacto del populismo autoritario que está difundiendo el gobierno Trump: abatimiento de las regulaciones ambientales, en apoyo a la acumulación por despojos e imposiciones del poder del dinero; racismo, xenofobia, discriminación desde valores contra-fácticos de superioridad étnica o nacional; manipulación de las “verdades alternativas”, *fake news*, o posverdades, tanto en las redes sociales como en el uso del Big Data, que relativiza la ética pública al servicio de los poderes fácticos. Perversión del imaginario sobre la soberanía popular y mistificación del líder carismático y sus posiciones mesiánicas, que pueden repercutir sobre el fortalecimiento de las derechas conservadoras en la región. Y algo de lo más preocupante: el envilecimiento de la política al someter los medios a los fines, lo cual entraña el debilitamiento del Estado de derecho, la naturalización de la tortura, la corrupción y la impunidad, siempre y cuando ello signifique oportunidades de negocios para el enriquecimiento personal, así como la criminalización de la protesta pública, acompañada de un amplio repertorio que impida toda forma de resistencia u oposición a los designios autoritarios del régimen social y político dominantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agnew, John, y Shin, Michael. (2017). Spatializing Populism: Taking Politics to the People in Italy. *Annals of the American Association of Geographers*, marzo.
- Arseanault, Amelia, y Castells, Manuel. (2008). Switching Power: Rupert Murdoch and the Global Business of Media Politics. A Sociological Analysis. *International Sociology* 23(4): 488-513, julio.
- Aziz Nassif, Alberto. (2016). Un día importante. *El Universal*, 8 de noviembre. México.
- Bassets, M. (2017, 21 de enero). El presidente Donald Trump llega a la Casa Blanca agitando el populismo y el nacionalismo. *El País*. Recuperado el 25 de enero de 2017, de: http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/20/actualidad/1484928539_924950.html?rel=mas
- Cox, W. J., Jamison, P., y Davis, A. C. (2017, 20 de enero). Inauguration day 2017: Pomp and chaos collide as Trump becomes president. *The Washington Post*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: <https://www.washingtonpost.com/news/local/wp/2017/01/20/inauguration-day->

- 2017-washington-prepares-for-celebration-protests-and-donald-trump/?utm_term=.5b10313344a2
- Duran, P., y Warren, K. (2017, 22 de enero). Las mujeres que marcharon contra Trump: “Todo en lo que creo está siendo atacado”. *The New York Times*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: <http://www.nytimes.com/es/2017/01/22/las-mujeres-que-marcharon-contra-trump-todo-en-lo-que-creo-esta-siendo-atacado/?rref=collection%2Fsectioncollection%2Findex>
- El País*. (2017, 13 de enero). Los insultos favoritos de Trump en Twitter. *El País*. Obtenido de: http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/13/actualidad/1484323484_501920.html
- Etzioni, Amitai. (2017). Communitarian Antidotes to Populism. *Springer Science+Business Media*. Nueva York. Consultado en: <http://link.springer.com/article/10.1007%2Fs12115-017-0125-x>
- Fernández, José W. (2017). Trumpian Opportunities in Latin America. There’s more to Seize than Sun South of the Border. *Foreign Affairs*, febrero 27. Consultado en: <https://www.foreignaffairs.com/print/1119549>
- Fonseca, D. (2017, 20 de enero). La era oscura de Donald J. Trump. *The New York Times*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: <http://www.nytimes.com/es/2017/01/20/la-era-oscura-de-donald-j-trump/>
- González Mendoza, V., y Petersen, M. D. (2010). Alcance del Twitter como herramienta política. *Revista Científica de Ciencias Humanas*, 6(16): 98-116.
- Higgins, A., McIntire, M., y J. X. Dance, G. (2016, 30 de noviembre). ¿Quién mueve las noticias falsas que circularon durante la elección en Estados Unidos? *The New York Times*. Obtenido de: <https://www.nytimes.com/es/2016/11/30/quien-mueve-las-noticias-falsas-que-circularon-durante-la-eleccion-en-estados-unidos/>
- Illing, Sean. (2017). Interview with Pippa Norris “Why Trump’s populist appeal is about culture, not the economy. A Harvard political scientist on the West’s cultural crisis”. *Vox*. Consultado en: <http://www.vox.com/conversations/2017/3/27/15037232/trump-populist-appeal-culture-economy>
- Krugman, P. (2017, 20 de enero). Donald, el incapaz. *The New York Times*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: <http://www.nytimes.com/es/2017/01/20/donald-el-incapaz/?rref=collection%2Fsectioncollection%2Findex>
- Lissardy, Gerardo. (2016). El terremoto que significa para América Latina el triunfo de Donald Trump frente a Hillary Clinton en las elecciones en

- Estados Unidos. *BBC Mundo*, 9 de noviembre, Nueva York. Recuperado en: <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37918844>
- Marr, B. (2017, 9 de febrero). *Why Big Data Wasn't Trump's Achilles Heel After All*. Obtenido de Forbes: <https://www.forbes.com/sites/bernardmarr/2017/02/09/why-big-data-wasnt-trumps-achilles-heel-after-all/#cae1bd56f255>
- Martínez Ahrens, J. (2017, 21 de enero). Trump ya tiene adversario: la resistencia civil. *El País*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: http://internacional.elpais.com/internacional/2017/01/21/estados_unidos/1485034787_623650.htm
- . (2017, 28 de febrero). Trump anuncia una subida de 54 millones de dólares en el presupuesto militar. *El País*. Obtenido de http://internacional.elpais.com/internacional/2017/02/27/estados_unidos/1488210234_980587.html?rel=mas
- Pilkington (Ed.) (2017). Entrevista a Bernie Sanders: “Perder la esperanza no es una opción”, 16 de marzo, versión en español de la entrevista en *The Guardian*. Consultado en: http://www.eldiario.es/theguardian/Bernie-Sanders-entrevista_o_621188095.html
- Politifact. (2016). Recuperado en *BBC* 20 de julio de 2016. <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-36851760>
- Proal, J. P. (2016). La masificación del rumor. *Proceso*, “Las redes sociales: Vértigo y pasión”, núm. 53, pp. 20-26.
- Rancière, Jacques. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, Colección Diagonal.
- Romero, Juan Eduardo. (2016). Triunfo de Trump: ¿Cómo entender lo que pasó? *ALAI-AMLatina*, 9 de noviembre.
- Russell Mead, Walter. (2017). The Jacksonian Revolt. American Populism and the Liberal Order. *Foreign Affairs*, enero 20.
- Schaul, K., y Uhrmacher, K. (2017, 20 de enero). Trump had fewer Inauguration Day confirmations than his predecessors. *The Washington Post*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: https://www.washingtonpost.com/graphics/politics/how-long-confirmations-will-take/?hpid=hp_no-name_graphic-story_a%3Ahomepage%2Fstory
- Stiglitz, Joseph. (2017). Cómo sobrevivir en la era Trump. *Nueva Sociedad*, febrero. Consultado en: <http://nuso.org/articulo/como-sobrevivir-la-epoca-trump/>
- The New York Times*. (2017, 20 de enero). El discurso inaugural completo de Donald Trump, con análisis y comentarios. *The New York Times*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: <http://www.nytimes.com/es/2017/01/20/el-discurso-inaugural-completo-de-donald-trump-con-analisis-y-comentarios/>

- Ulloa, César. (2017). Entrevista: “El populismo y sus paradojas. Entre la redención de los excluidos y el control del Estado”. *Nueva Sociedad*, abril. Consultado en: <http://nuso.org/articulo/el-populismo-y-sus-paradojas/>
- Villamil, J. (2016). “Big Data” y las violaciones a la privacidad. *Proceso*, “Las redes sociales: Vértigo y pasión”, núm. 53, pp. 34-37.
- Wallance, T., y Parlapiano, A. (2017, 22 de enero). Crowd Scientists Say Women’s March in Washington had 3 Times More People than Trump’s Inauguration. *The New York Times*. Recuperado el 24 de enero de 2017, de: https://www.nytimes.com/interactive/2017/01/22/us/politics/womens-march-trump-crowd-estimates.html?_r=0
- Wolin, Sheldon S. (2008). *Democracia S. A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*. (Traducción de Silvia Villegas). Buenos Aires: Katz Editores.

ESTADOS UNIDOS EN SU CONTEXTO POLÍTICO-IDEOLÓGICO: CRISIS Y TRANSICIÓN A LA LUZ ELECTORAL DE 2016

Jorge Hernández Martínez¹

En la medida que avanza el año 2017, la personalidad de Donald Trump y las proyecciones de su gobierno siguen estimulando interpretaciones, interrogantes e hipótesis. No pocos trabajos han intentado ya dar cuenta de las causas que propiciaron su victoria en las elecciones de 2016, coincidiendo en la consideración de que las secuelas de las sucesivas crisis económicas que se han ido acumulando en las últimas décadas en la sociedad estadounidense han ido acompañadas de cambios en el tejido social y de indicios de crisis políticas, que se manifiestan sobre todo en el sistema bipartidista y en el terreno ideológico. El “fenómeno Trump” es, justamente, una expresión de esa crisis, como lo fue en su momento, en otras circunstancias, la emergencia de Obama como el candidato presidencial triunfante en los comicios de 2008.

Lo que se ha señalado precisa la importancia de analizar los procesos electorales, en la medida en que en ellos se ponen de manifiesto tensiones, contradicciones, potencialidades, se crean alianzas y consensos que en otras circunstancias no se hacen presentes. Sin embargo, debe quedar claro el valor relativo de esas coyunturas cuando se trata de arrojar luz sobre tendencias y perspectivas de la sociedad estadounidense. Como es conocido, dada la manipulación de que suelen ser

1. Sociólogo y politólogo. Profesor-investigador titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU). Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, de la Universidad de La Habana.

objeto diversos temas, como los económicos, sociales e internacionales, y el papel de los medios de comunicación al promover la figura del candidato presidencial y la agenda de los partidos, la imagen que se forma la ciudadanía de todo eso viene a ser más relevante que la propia realidad.

De ahí que Estados Unidos deba examinarse más allá de los procesos electorales y de sus resultados. El análisis de esas coyunturas no basta para comprender el contradictorio y complejo curso de esa sociedad y del sistema que la caracteriza. Se trata del país imperialista que aún ostenta el liderazgo del capitalismo mundial, en medio de crisis y reajustes, de disputas al interior de las élites de poder, que traslada su conflictividad a la arena mundial y cuyas repercusiones son de la mayor significación para la seguridad internacional.

Teniendo en cuenta que la crisis no ha abandonado la escena estadounidense, conviene también recordar que, en sentido general, los marcos sociopolíticos marcados por los efectos de crisis se definen con estados de ánimo signados por la insatisfacción o el temor en casi todos los sectores de la población, expresándose ello de diversos modos, si bien tiende a predominar la actitud de que se hace necesario defender los intereses amenazados o en peligro, según los puntos de vista de cada sector o de cada grupo social. Por ello se generaliza el reclamo del “cambio”, demanda que cada uno de ellos lo expresa a su manera. En la configuración de ese entramado confluyen tres factores principales: la percepción de que el entorno es hostil y amenazante; el sentido de que esa amenaza afecta los intereses sociales e individuales sean materiales o espirituales; la convicción de que es necesario “cambiar” la situación. Un cuadro de esa naturaleza sirvió de marco a la contienda presidencial de 2016, y al triunfo de Trump como candidato republicano. Salvando distancias, una situación similar fue la que condicionó el contexto político-ideológico en las elecciones de 2008 y la victoria de Obama como aspirante demócrata. En aquella ocasión la antesala era la de un doble gobierno republicano. En ésta, la de una repetida administración demócrata. Ambos prometieron cambiar el estado de cosas y reparar los daños causados por sus predecesores.

El triunfo electoral de Donald Trump ha colocado en el debate el tema del auge del movimiento conservador, del populismo y de las corrientes de extrema derecha, como reacciones de desencanto, rechazo y ajuste de cuentas con el legado de Obama. Los antecedentes

de esa ofensiva ideológica se hallan en los años de 1980, cuando bajo la llamada revolución conservadora, con Reagan, se cuestionaba al liberalismo tradicional y a las prácticas de los gobiernos demócratas. Treinta años después, al terminar el decenio de 2010, a ello se agrega el disgusto de sectores de la clase media blanca, protestante, de origen anglosajón —afectada desde el punto de vista socioeconómico con las políticas impulsadas por Obama—, cuyos resentimientos se enfocaban no sólo contra el gobierno demócrata que terminaba su mandato, sino de modo específico contra la figura presidencial en el plano personal —un hombre de piel negra, de origen africano—, con beligerantes expresiones de racismo y xenofobia que había anticipado el *Tea Party* y que Trump retoma con fuerza, añadiendo una estridente nota de intolerancia étnica, misoginia, machismo, homofobia y sentimientos antiinmigrantes, con un discurso patriotero que afirma defender a los “olvidados”. A la vez, promete restaurar el espíritu de la nación, fortaleciendo el rol mundial de Estados Unidos a través de las consignas *America First* y *Make Great America Again*.

Estados Unidos ha sido escenario de una prolongada crisis y de hondas transformaciones en la estructura de su sociedad y economía, llevando consigo importantes mutaciones tecnológicas, clasistas, demográficas, con expresiones también sensibles para las infraestructuras industriales y urbanas, los programas y servicios sociales gubernamentales, la cultura, la composición étnica y el papel de la nación en el mundo. Se trata de cambios graduales y acumulados, que durante más de 30 años han modificado la fisonomía integral de la sociedad estadounidense. Sin embargo, a pesar de que en buena medida ha dejado de ser monocromática —simbolizada por la exclusividad, como país, del prototipo del *white-anglosaxon-protestant (WASP)*—, y se puede calificar de multicultural, multirracial y multiétnica, ello no significa que se haya diluido o mucho menos perdido esa naturaleza, de una clase media cuyas representaciones son esencialmente conservadoras. Sin ignorar la heterogénea estructura clasista estadounidense, conformada por la gran burguesía monopolista, la oligarquía financiera, la clase obrera, los trabajadores de servicios, un amplio sector asociado al desempleo, subempleo y la marginalidad, junto al granjero —cual singular expresión del hombre de campo—, acompañada de las correspondientes representaciones ideológicas y psicológicas, es

aquella la simbología cultural que presentan los textos de historia, la literatura, el cine y la prensa.

Es importante esta precisión en la medida en que con frecuencia se le atribuye a la sociedad estadounidense un perfil tan cambiante y cambiado que se absolutizan sus transformaciones, perdiéndose de vista factores de continuidad. Ello ha llevado a interpretaciones como las que a partir del lugar creciente de las llamadas minorías —como los latinos y los negros—, estimaron que en las elecciones de 2016 las bases sociales y electorales del Partido Demócrata estaban garantizadas y auguraban una victoria segura a Hillary Clinton. Desde esa perspectiva, se concluía con cierto simplismo que en esa sociedad ya existían las condiciones que hacían posible que luego de que un hombre de piel negra ocupara la Casa Blanca durante ocho años, ahora era el turno de una mujer.

Con otras palabras, si bien la mayoría de los pronósticos y sondeos de opinión apuntaban con elevados porcentajes de certeza hacia el triunfo demócrata, existía un entramado objetivo de condiciones y factores —insuficientemente ponderado, cuando no ignorado—, que permitía vaticinar la derrota demócrata y el retorno republicano a la Casa Blanca. Ese trasfondo tenía que ver con la crisis que define a la sociedad estadounidense, como ya se indicaba, durante ya más de tres décadas, la cual no sólo se ha mantenido, en medio de parciales recuperaciones —sobre todo en el ámbito económico, propagandístico y tecnológico-militar—, sino que se ha profundizado entre intermitencias y altibajos en el terreno cultural, político e ideológico. En un lúcido y conocido análisis, Michael Moore se anticipaba a visualizar el resultado de la elección presidencial de 2016 (Moore, 2016). Asimismo, Noam Chomsky aportaba claves analíticas, cuando muchos meses atrás, al referirse a las primarias, señalaba que:

[...] haciendo a un lado elementos racistas, ultranacionalistas y fundamentalistas religiosos (que no son menores), los partidarios de Trump son en su mayoría blancos de clase media baja, de las clases trabajadoras, y con menor educación, gente que ha sido olvidada durante los años liberales (Chomsky, 2016).

De ese modo llamaba la atención hacia las bases sociales que podía capitalizar el candidato republicano, cuyo lenguaje radical combinaba un discurso conservador que atraía a una parte de los republicanos

tradicionales, con matices de extrema derecha y un populismo renovado que cautivaban con esa mezcla a los seguidores de las tendencias identificadas como “nueva derecha” y “derecha evangélica”. El proceso estimula a examinar el contexto sociopolítico y las bases ideológicas del “trumpismo”, en un esfuerzo por comprender lo sucedido a la luz de la crisis y de la transición política que parece abrirse paso. En este sentido, el presente trabajo retoma hipótesis e interpretaciones del autor expuestas en artículos anteriores (Hernández Martínez, 2016 y 2017).

EL “FENÓMENO TRUMP” Y LA CRISIS ESTADOUNIDENSE

En el contexto de la doble administración Obama se profundizó el resentimiento y el enojo de ese sector, integrado por personas blancas, adultas, que fueron golpeadas por la crisis de 2008 y sus secuelas, a quienes se identifica como trabajadores de “cuello azul”: individuos con bajos niveles educativos, que perdieron sus casas, sus empleos, cuyos problemas no fueron resueltos ni atendidos por el gobierno demócrata. Trump se apoyó en esa base social, creó chivos expiatorios y con habilidad logró manipular y captar el apoyo y el voto de ese sector, prometiéndoles que nunca más serían olvidados.

Así, lo que a través de la prensa se ha identificado como “el fenómeno Trump”, se explica en buena medida a partir del rechazo a los partidos y políticos tradicionales, pero sobre todo al resentimiento acumulado —impregnado de una cultura racista, machista y patriarcal— contra un gobierno encabezado por un presidente negro y ante la posibilidad de que le sucediera en el cargo una mujer. A ello se añadían otros elementos subjetivos, como los derivados de una crisis de credibilidad y confianza más amplia.

Resulta inevitable concentrar las miradas en la figura de Trump a partir de todo lo que significa el vertiginoso auge que durante la campaña tuvo su figura, hoy convertida en la del presidente de la nación más poderosa del mundo. Ese triunfo se produjo aun cuando su lenguaje y conducta contradecían varios de los mitos fundacionales de ese país, que le caracterizan a escala mundial con la tierra prometida, la de las oportunidades, emblema de la libertad y la democracia.

Trump fue electo por el voto mayoritario del Colegio Electoral, que no fue coincidente, como se sabe, con la votación popular.

Trump ha representado un estilo inédito en los procesos electorales en Estados Unidos. Su discurso demagógico ha prometido empoderar, con aliento nacionalista, proteccionista, al empresario capitalista y al trabajador con precariedad de empleo, quienes le exigirán que cumpla con sus promesas nacionalistas. Ha declarado personas *non gratas* a quienes no reúnen las características estereotipadas del WASP, que ha creado el cine de Hollywood, la historieta gráfica y el serial televisivo en torno a la familia estadounidense: blanca, de clase media, disciplinada, individualista, protestante (Gandásegui, 2016). En la sociedad estadounidense ya existe una cultura política marcada por una concepción hegemónica en torno a los “diferentes”, es decir, las llamadas minorías que en el lenguaje posmoderno son calificadas y consideradas como los “otros”. Trump apela a la visión racista, excluyente, discriminatoria, que el politólogo conservador Samuel P. Huntington estableció en sus escritos tristemente célebres, que argumentaban la amenaza que a la identidad nacional y a la cultura tradicional estadounidense, de origen anglosajón, entrañaba la otredad, encarnada en la presencia intrusa hispano-parlante de los migrantes latinoamericanos (Huntington, 2004).

La plataforma que acompañó a Trump tuvo un antecedente no sólo en las propuestas de la nueva derecha que impulsaron, junto a otras corrientes, a la revolución conservadora en los años de 1980, sino en el movimiento en ascenso —de inspiración populista, nativista, racista, xenófoba—, encarnadas luego en el Tea Party. Como contrapartida, descolló la tendencia encarnada por Bernie Sanders, identificada como radical y socialista, que tenía como antecedente al movimiento Occupy Wall Street, exponente de una orientación de inconformidad y rechazo ante la oligarquía financiera, que no logró constituirse como fuerza política que rompiera el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo. Este fenómeno, efímero pero significativo, respondía al mismo contexto en que nacieron el Tea Party y el “fenómeno Trump”.

El movimiento conservador cuyo desarrollo se ha hecho notablemente visible al comenzar la campaña electoral a inicios de 2016, alimentado por el resentimiento de una rencorosa clase media empobrecida y por la beligerancia de sectores políticos que se apartan de

las posturas tradicionales del partido republicano, rompe los moldes establecidos, evoca un nacionalismo chauvinista, un sentimiento patrioter, acompañado de reacciones casi fanáticas de intolerancia xenófoba, racista, misógina. Se trata de reacciones que cobran fuerza a partir de hechos como la emancipación de la mujer, la lucha por los derechos civiles, las leyes para la igualdad social, el dinamismo del movimiento de la población negra y latina, de homosexuales y defensores del medio ambiente y de la paz, por considerar que le han ido restando poder y derechos, así como robando sus espacios de expresión. Esa clase media que se considera afectada y hasta herida, reacciona contra lo que simboliza sus males e identifica como amenazas o enemigos: los inmigrantes, las minorías étnicas y raciales, los políticos tradicionales. Intenta reducir la competencia, que considera injusta, propone medidas proteccionistas, se opone a los tratados de libre comercio y pretende que Estados Unidos sea la nación del sueño americano. Pero sólo para los verdaderos estadounidenses. A esos votantes movilizó Trump.

El desarrollo de la contienda presidencial dejó ver, desde sus primeros meses, la tendencia referida en un entorno de acusadas contradicciones ideológicas y rivalidades partidistas, que se inscriben en el expediente de la crisis cultural que como telón de fondo acoge, como ha sucedido en otras oportunidades, a una diversidad de figuras que van quedando en el camino, entre esfuerzos dirigidos a su propia promoción y a la descalificación de los demás contrincantes. En la sociedad estadounidense de hoy se han hecho más intensas y profundas las fisuras en el sistema bipartidista. Luego de la inimaginable elección de un presidente negro en 2008, ahora se asistió a la no menos inusitada nominación de una mujer presidenciable, con imagen de político tradicional, y de un hombre anti-*establishment*, cuya proyección totalmente escandalosa, irreverente, iconoclasta, herética, desvergonzada, le hacían ver como no presidenciable.

A pesar de la tardía conciencia de los republicanos tradicionalistas por salvar la imagen y la coherencia de su partido y de la búsqueda de alternativas, se impuso la figura de Trump, con su retórica demagógica y expresiones fanáticas de xenofobia, espíritu antiinmigrante, intolerancia, excentricismo e incitación a la violencia. Los esfuerzos de los republicanos tradicionales y de los neoconservadores por presentar opciones a Trump dejaron claro tanto la polarización al interior del

partido, como el hecho de que no se sentían reconocidos con su figura ni con el ideario que pregonaba (Fukuyama, 2006). No debe perderse de vista que en el Partido Republicano coexisten grupos muy diversos, con posiciones hasta encontradas, como los conservadores ortodoxos, los variados e inconexos grupos del Tea Party, los cristianos evangélicos, los libertarios y los neoconservadores, siendo estos últimos los principales críticos de Trump, que inclinaron sus preferencias hacia el Partido Demócrata.

La cristalización de Trump como precandidato republicano y su desenvolvimiento ulterior hasta la nominación como candidato y elección como presidente constituye un fenómeno político que emerge a partir de una crisis que trasciende la de los partidos políticos en Estados Unidos. Trump proviene de un fenómeno que tiene antecedentes desde las épocas de los años de 1960 y 1970, cuando surgió lo que se conocería como la nueva derecha y que después se iría concretizando cada vez más en lo que se plasmó en la coalición conservadora que floreció en la década de 1980 y en el siglo XXI en el Tea Party.

LOS PROCESOS ELECTORALES Y EL MARCO POLÍTICO-PARTIDISTA

Como procesos que tienen lugar cada cuatro años, las elecciones presidenciales en Estados Unidos tienen la virtud —y el defecto— de sacar a la superficie muchas de las contradicciones que, sumergidas, se expresan con menos notoriedad en la vida política cotidiana del país, cuando se aleja la contienda electoral y el espectáculo mediático a ella asociada. Su virtud radica en la capacidad de evidenciar sin maquillajes los problemas sociales que inquietan a la población, los intereses de los grupos de poder, las vulnerabilidades y fortalezas de la economía y la política exterior, las amenazas reales o artificiales a la seguridad nacional. Su defecto consiste en la marcada manipulación que recibe la posición de los partidos, sus precandidatos, candidatos y agendas, en medio de coberturas de prensa cada vez más sofisticadas y de financiamientos multimillonarios, que restan autenticidad, legitimidad y credibilidad al discurso de las candidatas que compiten y a las plataformas que promueven, procurando captar simpatía y apoyo popular, movilizar recursos materiales, obtener respaldo de los medios políticos profesionales e influir en las decisiones que lleven a los elec-

tores a las urnas. Es conocido que, como sucede en buena parte de la sociedad contemporánea, existe un trasfondo de rechazo y cuestionamiento a los partidos, modos de hacer política y a las figuras políticas tradicionales, unido a un notable abstencionismo y desconfianza en las campañas, que desde sus inicios hasta el día de los comicios, se refleja en las encuestas y es objeto de análisis especializados.

Según lo expresa el criterio autorizado de Ramón Sánchez-Parodi:

El propio funcionamiento bipartidista impone que prevalezcan en la nación y en todos los estratos de la sociedad los intereses, la voluntad y el funcionamiento de los grupos de élite del país, mientras que los ciudadanos se convierten en meros objetos de uso de las maquinarias políticas de reclutamiento que buscan condicionar y controlar sus votos [...]; la organización de la propaganda electoral es abrumadora, tanto desde el punto de vista de la cantidad de los medios empleados como del diseño del mensaje con una concepción de mercadeo y en lo cual prima más el dinero disponible que el contenido político y social. Su principal meta es condicionar la atención y la reacción de los votantes en la dirección y hacia los asuntos que interesan a los círculos de poder, además de que su contenido es esencialmente sensacionalista [...] En vez de centrar el debate alrededor de los temas vitales para la nación y propender a la unidad de todos los sectores en la tarea de avanzar por el camino correcto, el sistema electoral promueve la confrontación, la desunión y la dispersión de las voluntades (Sánchez-Parodi, 2016: 221 y 222).

El desarrollo de la contienda presidencial de 2016 en Estados Unidos puso de manifiesto con perfiles más acentuados la crisis que vive el país desde los años 1980 y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas intermitencias, más allá de las coyunturas electorales (McQueen, 2016). La pugna política entre demócratas y republicanos, así como las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, ha definido la actual campaña presidencial —cercana ya a su fin—, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada revolución conservadora —o lo que Sean Wilentz ha calificado como la “era de Reagan”—, caracterizaban el imaginario, la cultura y el *mainstream* político-ideológico de la sociedad estadounidense (Wilentz, 2008). Esa transición se troquela en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política (Fernández Tabío, 2012). De ahí que la crisis no se restrinja a

una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

En Estados Unidos concurren hoy tendencias, contradicciones y superposiciones político-ideológicas que desdibujan las interpretaciones simplificadoras en términos que contraponen como incompatibles corrientes de pensamiento (liberales y conservadores) y estructuras partidistas (demócratas y republicanas). A nivel interno, la nación ha permanecido marcada por dificultades económicas, promesas incumplidas, insatisfacciones populares, polarizaciones políticas, rivalidades ideológicas, en tanto que en el ámbito externo el país ha seguido inmerso en confrontaciones bélicas, dentro de un escenario mundial de crisis, conmociones sociales e inestabilidad política.

A pesar de que el legado conservador del doble gobierno de W. Bush parecía agotado y que el renacimiento, con Obama, de una alternativa al menos cercana al liberalismo, apuntaba hacia un escenario de mayor racionalidad y coherencia, en realidad la nueva administración no se distanciaría mucho en determinados planos, más allá de la retórica, de ciertas posturas del presidente anterior. Si se quisiese clasificar el perfil de Obama en términos ideológicos, el ejercicio resultaría difícil; su ubicación como liberal o de centro-derecha sería difusa, confusa, entre las discordancias o ambigüedades que mostró, entre rasgos de firmeza, debilidad e inconsecuencia.

Ello ha tenido lugar en un escenario interno muy contradictorio, marcado por la ofensiva de la derecha en ascenso, como parte de la cual se distinguía una inspiración con tintes libertarios, populistas, nativistas, racistas, xenófobos, encarnada en el Tea Party. Y si bien como contraste el movimiento Occupy Wall Street expresó la capacidad contestataria, la inconformidad y rechazo de no pocos sectores sociales ante la oligarquía financiera, que se extendió en espacio y tiempo, se trató de un fenómeno que no cristalizó como una fuerza política que quebrara el equilibrio establecido por el sistema bipartidista ni el predominio ideológico del conservadurismo (Nye, 2002; Micklethwait y Wooldridge, 2007; Frank, 2008).

Si se prosigue con similar línea de análisis, volviendo la mirada a circunstancias precedentes, se confirma que el dinamismo de las corrientes ideológicas se interrelaciona con implicaciones partidistas en la trayectoria de las contiendas presidenciales. Un repaso panorá-

mico, deteniendo la vista en algunas coyunturas electorales anteriores a las aludidas, lo deja claro.

Así, cuando a finales de la década de 1960 terminaba la etapa de la lucha por los derechos civiles y contra la guerra en Vietnam, la victoria electoral republicana de Nixon en 1968 inició (o prefiguró) el ascenso de las fuerzas conservadoras. Quedó atrás el periodo de prolongado predominio demócrata, comenzado por Roosevelt y que concluyó con los sucesivos mandatos presidenciales de Kennedy y de Johnson, hacia mediados del citado decenio de 1960, cuando los grandes conflictos sociales y políticos de la época dividieron a los grupos de la coalición demócrata y provocaron en las bases liberales y progresistas de los demócratas un extendido rechazo a la gestión de gobierno, en el segundo caso. Así, se abrió un periodo conservador impulsado por el Partido Republicano que se extendió por cuatro decenios, hasta las elecciones de 2008, cuando con Obama retornan los demócratas a la Casa Blanca.

Las elecciones presidenciales de 1968 fueron un reflejo de los grandes conflictos que aquejaban a la nación y de falta de consenso entre los grupos dominantes, lo cual se manifestó en los dos partidos, reflejándose en el resultado de la votación el fraccionamiento político en Estados Unidos. Según Ramón Sánchez Parodi, dicha elección

[...] inauguró una nueva era en la política presidencial estadounidense, que con el breve interregno de James Carter (1977-1981) pero incluyendo los mandatos presidenciales del demócrata Bill Clinton (1992-2000), imprimió un sello conservador a la presidencia de la nación hasta las elecciones de noviembre de 2008 (Sánchez-Parodi, 2015: 120).

Es decir, si bien el periodo demócrata carteriano se puede identificar con una orientación ideológica liberal, no ocurre lo mismo con la etapa clintoniana, de similar afiliación partidista.

Las elecciones de 1976 se realizaron teniendo como marco político-ideológico la falta de cohesión entre los grupos de intereses que se agrupaban dentro de las filas republicanas o demócratas, a causa de los factores que afectaron sensiblemente a la sociedad estadounidense en la década de los años setenta, entre ellas las crisis asociadas al escándalo Watergate, la derrota en Vietnam, la recesión económica y los reveses en política internacional, que propiciaron profundos cuestionamientos en la confianza, la legitimidad y la moralidad del sis-

tema. Una fuerte pugna hacia el interior de ambos partidos, y entre los grupos dominantes estadounidenses, caracterizó la situación electoral en 1976, en un contexto de ausencia de líderes reconocidos y aceptados nacionalmente. La victoria de Carter, el primero de los dos únicos presidentes demócratas electos en los 40 años que transcurren entre 1968 y 2008, fue resultado de una transacción entre distintas corrientes de su partido. A pesar de su discurso y accionar liberal, Carter no logró modificar, en esencia, el rumbo conservador de la nación iniciado al finalizar la década previa. En buena medida su administración recogería la cosecha de viejas pugnas internas entre facciones conservadoras y liberales dentro de las filas demócratas.

En las elecciones de 1980, la conocida coalición de fuerzas conservadoras que se estructuró como medio de expresión del descontento ante lo que se consideraban excesos del liberalismo y debilidades del gobierno demócrata de Carter, se plasmó en un articulado movimiento político en torno a la candidatura republicana de Reagan, que sumaba a organizaciones sociales y religiosas, personalidades académicas, publicaciones periodísticas e instituciones de ciencias sociales, con auspicios bipartidistas, en la medida que no sólo halló resonancia dentro de las filas republicanas, sino también en sectores desencantados del Partido Demócrata. La revolución conservadora no dejaría en pie bastión liberal alguno, y se extendería mediante la reelección de Reagan en 1984 y la victoria de George H. Bush en 1988. Así, los republicanos gozarían de un triple mandato, en tanto el Partido Demócrata se mantenía dividido entre conservadores sureños, liberales del nordeste, sindicalistas del medio-oeste e intelectuales considerados de izquierda.

Sirvan los ejemplos tratados —obviando otros, que harían muy extenso el análisis— para ilustrar que las matrices ideológicas fluyen dentro de los partidos, sin afiliaciones rígidas, aunque en ocasiones existan correspondencias entre liberales y demócratas, o entre conservadores y republicanos. De otra parte, la incursión realizada permite percibir que el conservadurismo en Estados Unidos no ha constituido un fenómeno fragmentado o aislado, sino una especie de constante cultural que marca el sendero político contemporáneo en ese país. La tónica que define al proceso político en Estados Unidos al comienzo del presente siglo revela la viabilidad de las propuestas políticas de los principales exponentes del conservadurismo, y su interrelación con las ya importantes transformaciones ocurridas a escala nacional. Una

parte importante de esos cambios ha ocurrido en el plano subjetivo. Los términos del debate político se han ido alterando hasta relegar, pareciera que de modo progresivo, creciente, algunos de los principales soportes del ideario liberal, como los concernientes al papel del Estado en la economía. En este sentido, en la medida en que la historia ha demostrado que la cosecha conservadora de los años de 1980 tiene continuidad hoy, la ya vieja afirmación de William Schneider acerca de que la verdadera magnitud de la revolución conservadora de Reagan sólo sería visible a largo plazo, se ha visto en buena medida confirmada (Schneider, 1984a, 1984b).

LA DINÁMICA IDEOLÓGICA

La pretensión de ofrecer definiciones exactas para la distinción entre liberales y conservadores en las condiciones histórico-concretas de Estados Unidos no arroja demasiada luz —y puede ser hasta engañosa— a la hora de comprender los procesos políticos, las inserciones partidistas o el lugar en la cultura nacional. La postura de liberales y conservadores varía, además, en relación con distintos temas (pena de muerte, aborto, impuestos, control de armas, matrimonio, guerra contra el terrorismo).

En el caso de los liberales, en un inicio el término se refería básicamente a los individuos que defendían la libertad y la determinación de límites al poder y al control del Estado, y en la actualidad se identifica con el apoyo a reformas sociales y políticas. Los liberales favorecen la intervención del Gobierno en la regulación de la economía; propugnan una vigorosa política a favor de los pobres, las mujeres y las minorías, articulada por la expansión de una red federal de servicios sociales, además de la defensa del medio ambiente y de los consumidores. Asimismo, promueven la acción gubernamental en función de la igualdad de oportunidades y la protección de las libertades civiles, los derechos humanos individuales. Los liberales reivindican la libertad como la base de la prosperidad de las naciones y de los individuos.

En cuanto a los conservadores, la tradición política inicial los caracterizaba por privilegiar el uso del poder gubernamental y la intervención e influencia en la vida de la nación de sectores privilegiados, como la aristocracia terrateniente, los empresarios y los líderes reli-

giosos. Hoy día se les describe como defensores del orden establecido, proclives a promover arreglos que favorezcan un gobierno limitado, cuyas atribuciones no consideren la imposición de regulaciones a las empresas, con el argumento de que éstas inciden negativamente en el nivel de vida de los ciudadanos, pues desincentivan la inversión. Tienen una firme creencia en el individuo, en su sentido de responsabilidad y en el principio de que las políticas públicas deben sustentarse en el empoderamiento personal para incentivar la capacidad de las personas que las ayude a resolver sus propios problemas.

Una mención adicional merece la referencia a la corriente libertaria, dado su lugar histórico, pero sobre todo acentuado en las últimas décadas, que añaden complicación al escenario de hoy, ya que se habla con frecuencia, casi indistintamente, de demócratas y republicanos libertarios, atribuyéndole connotaciones conservadoras o liberales. Aunque requeriría precisiones más amplias, para expresarlo del modo más sintético posible basta con señalar que el término “*libertarian*”, que en ocasiones se traduce y confunde con el de liberal, en rigor es más restrictivo que este último. A los efectos que interesan sería conveniente distinguir entre “libertarios” (en el sentido estadounidense) y “liberales” o “liberales clásicos”, que vendrían a ser la versión de una prédica que hace de la libertad la clave de su pensamiento. Así, un “liberal clásico”, por ejemplo, acepta alguna clase de impuesto sobre la renta, si los bienes que este impuesto proporciona fuesen imposibles de suministrar por otros medios. Un “libertario”, en cambio, lo descartaría por principio. Otro ejemplo: al esgrimir una defensa extrema de la libertad individual, los “libertarios” justifican la tenencia de armas. Por estas razones, aunque la tradición libertaria se emparenta con la ideología liberal, tiene grandes vasos comunicantes con las posiciones conservadoras, especialmente con las de derecha radical.

Bajo un prisma que interrelacione de modo dialéctico el universo ideológico en Estados Unidos es que puede interpretarse la historia y la contemporaneidad de las matrices antes examinadas, y el papel de las principales corrientes en la dinámica política. La reactivación de una tendencia de extrema derecha en la cultura cívica estadounidense como el Tea Party —en tanto que surge inicialmente más como movimiento social que como entidad política—, cuya influencia se extiende con rapidez entre las filas republicanas, llegando a impregnar la plataforma del partido, a materializarse en la promoción de candidatos y a

provocar severas contradicciones internas, tiene lugar en el contexto de la presidencia de un presidente negro, en la medida que ello hace que entre en erupción volcánica el trasfondo de la cultura WASP aludida y la tradición libertaria (Skocpol y Williamson, 2012). Y es ese mismo marco el que propicia que en la sociedad estadounidense emerja un movimiento semejante al conocido como de “indignados”, nacido en Europa, con las expresiones que adquiere Occupy Wall Street, sobre el cual ya se ha comentado. A pesar de las limitaciones apuntadas, no obstante, llamó la atención que no fuera tan efímero como se esperaba y que se extendiera más allá de su área de nacimiento, en Nueva York, hacia otros estados y regiones, sin alcanzar una capacidad de convocatoria nacional como movimiento de izquierda, por las razones históricas ya explicadas.

Cuando se examina de conjunto la problemática ideológica y sociopolítica que caracteriza a Estados Unidos al comenzar el siglo XXI y se constata que no existen dudas acerca del espacio reducido que encuentra el liberalismo como proyección elaborada en el pensamiento académico, los llamados “tanques pensantes” ni en el Partido Demócrata. En cambio, es visible el predominio del conservadurismo en todas aquellas esferas, niveles o estructuras en las que se define el curso de la vida nacional, dentro y fuera del país —a través del discurso de funcionarios y líderes gubernamentales, de los debates congresionales, de los trabajos escritos por especialistas e instituciones de las ciencias sociales y de los medios de difusión masiva—. Si se compara con la situación que existía en el periodo anterior, por ejemplo en el de 1980 y de 2000, bajo gobiernos republicanos bien conservadores, se advierte una pauta de continuidad, si bien expresada dentro de nuevas coordenadas históricas.

Vale la pena recalcar que cuando se habla de pensamiento conservador, como lo precisa Paz Consuelo Márquez Padilla:

[...] no es una categoría fija o transparente, sino siempre contextualizada y dependiente del debate político del momento; se trata de una matriz que constituye un conjunto de ideas o creencias que propone el mantenimiento del sistema político existente; es un concepto con una gran carga emotiva y en muchos países tiene connotación negativa; puede decirse que conservadurismo se contraponen a pensamiento progresista y de alguna forma se definen mutuamente (Márquez Padilla, 2000: 20).

Siguiendo a autores como John Micklethwait y Adrian Wooldridge, por conservador se entiende a una persona que se adhiere a los siguientes principios: desconfianza frente al poder del Estado; preferencia por la libertad sobre la igualdad; patriotismo; confianza en las instituciones, las costumbres y las jerarquías; escepticismo ante la idea del progreso; elitismo (Micklethwait y Wooldridge, 2007).

Lo que define al contexto actual en Estados Unidos en términos del mosaico ideológico interno, es una suerte de recreación de la situación de los años 1980, toda vez que el pensamiento conservador, su auge y articulación a un entramado amplio, casi podría calificarse de totalizador, sin desconocer fisuras y contraposiciones, con expresiones en lo político, ideológico y religioso, se debe a la decadencia del liberalismo, es como la otra cara de una misma moneda. Se trata, regresando a cuestiones ya expuestas, de una matriz que penetra en todas las esferas de la vida cotidiana, la cultura, la religión y las actitudes de la población hacia temas como la igualdad racial, sexual, la familia, que el liberalismo consideraba como “conquistas” de la forma de vida en Estados Unidos. Con el ascenso del conservadurismo hay un regreso a valores tradicionales, se exagera el racismo, hay una retracción de los movimientos feministas, entran en crisis valores nuevos de los jóvenes que se desarrollaron en los años sesenta y setenta. Incluso, en el nivel de la relación de la sociedad con el *establishment*, si se recuerdan la década de 1980, perdieron entonces vigencia los movimientos opositores y contraculturales que tuvieron un gran auge en periodos anteriores, como las protestas civiles contra la participación de Estados Unidos en Vietnam, a través del *hippismo*, la canción de protesta.

La situación en las décadas de 2000 y 2010, desde luego, no es la misma, y determinadas formas que afirman derechos y reclamos de grupos que han sido minoritarios y vulnerables pareciera que llegaron para quedarse en campos como el del feminismo, el homosexualismo, la aceptación, en general, de la diversidad, la defensa de la multiculturalidad, multirracialidad y multiétnicidad, lo cual choca con la persistencia de la cultura *WASP*. Junto a las visiones diferentes frente a esos temas, se hallan las tocantes a los impuestos, las prestaciones sociales, el aborto, la inmigración y desde luego a la política exterior. De nuevo, entre las grandes polarizaciones ideológicas y debates políticos se advierten zonas de confluencia en la cultura cívica ante cuestiones relativas a las percepciones de amenazas a la identidad e intereses

nacionales, entre otros aspectos. Si bien esto no tiene repercusión política en términos de plataformas partidistas ni se refleja en debates legislativos, en posiciones de campañas electorales, donde lo que prevalece es la oferta de alternativas distintivas de cada bando, el “credo” estadounidense no ha abandonado el imaginario cultural.

En la actualidad, aunque las corrientes conservadoras siguen acaparando la centralidad del espectro ideológico, su composición ha cambiado. Por ejemplo, ya quedó atrás la pujanza, prolongando lo antes expuesto, de las resonantes *New Right* o *Moral Majority*, la constante mención a activos *think-tanks*, como *Heritage Foundation*, *Hoover Institution*, *Center for Strategic and International Studies*, *American Enterprise Institute*, así como de aquel grupo que alcanzaba su identidad a partir de la definición de propuestas ampliamente argumentadas de políticas económicas, caracterizándose por su afán en presentar enfoques alternativos viables, como la *supply-side economics* o economía orientada hacia la oferta, o el monetarismo. En resumen, de aquellos grupos fundamentales, los que han dejado mayor huella hasta nuestros días han sido dos: por un lado está la vertiente de la “nueva” derecha, que se transforma, incrementando, por un lado su definición y compromiso religioso, amalgamándose con la derecha religiosa, tributando racionalidad a los extremistas del Tea Party y prolongándose hasta los puntos de contacto con el nativismo y el populismo de Trump; por otro, está el movimiento neoconservador, que a la luz del siglo *xxi* podría considerársele como un neoconservadurismo renovado, cuya presencia durante la primera década, con W. Bush, fue notoria, relativizada en la segunda, con Obama, pero aún pujante. La contienda presidencial de 2016 fue escenario de ambas proyecciones y de sus contradicciones.

LOS NUTRIENTES CULTURALES

El arraigo del conservadurismo actual se beneficia de factores culturales que le aportan soporte o basamento, como la xenofobia, el nativismo y el populismo, en tanto son percibidos como amenazas a la identidad nacional.

La xenofobia expresa temor y aversión hacia los extranjeros, a la “otredad”, a lo “extraño” y diferente. Surge y permanece cuando un

grupo de personas de origen extranjero, crecientemente visible, que habita en un lugar determinado, es rechazado porque los nacionales desean distanciarse y diferenciarse de ellos.

A través de los años han surgido movimientos xenofóbicos como una respuesta de rechazo al continuo flujo de migrantes en un determinado lugar. Por lo general los inmigrantes arriban a los sitios en que son demandados por diferentes razones, lugares que constituyen los enclaves en los cuales, de forma simultánea o como consecuencia, surgen y florecen los movimientos xenofóbicos. Aún más, la situación se agrava cuando flujos migratorios no esperados arriban en cantidades mayores a las que normalmente se aceptan y los sentimientos tienden a exaltarse, llegando incluso a adoptar actitudes violentas, como ha ocurrido en diversas etapas de la historia de Estados Unidos.

Desde las últimas décadas del siglo xx existen situaciones contradictorias que invitan a reflexionar sobre el surgimiento de actitudes xenofóbicas. Por un lado, los procesos de integración regional en América del Norte, por ejemplo, han generado un sistema avanzado de comunicaciones y tecnologías de transporte que han facilitado una mayor comunicación entre las sociedades, registrándose aumentos sustantivos en el intercambio de bienes y servicios entre las naciones integrantes de esa región. En teoría, los procesos de integración han permitido una creciente homogenización y/o aceptación de las culturas, conformándose un ambiente multicultural y, por ende, el temor de la “otredad” se debería diluir, lo que nos llevaría a concluir que deberían disminuir las actitudes xenofóbicas. No obstante, en la realidad las crisis económicas recurrentes, el desempleo y la vulnerabilidad económica, así como las características y valores inherentes de ciertas etnias —lenguaje, comportamiento, apariencia física, entre otras—, enclavadas en un lugar específico de un país como Estados Unidos, importador de inmigrantes, esporádicamente se convierten en los factores que provocan actitudes y movimientos antiinmigrantes o xenofóbicos (Verea, 2003).

El nativismo es otro de los factores que pretenden conservar la nación predominantemente blanca, de origen europeo y de preferencia protestante. Bajo esta perspectiva, se percibe a los inmigrantes como un grupo potencialmente problemático, social y culturalmente diferente. Representa la oposición más radical a las minorías internas, sobre la base de sus lazos o relaciones extranjeras. La oposición a los

extranjeros se funda en un ferviente nacionalismo, es decir, se trata de una visión que les ve como una amenaza para la nación.

El nativismo denota un fuerte vínculo a un cierto grupo en el cual uno ha nacido. Esta amplia denominación les permite englobar casi cualquier tipo de organizaciones de extrema derecha —desde los *Know Nothing* de mediados del siglo XIX, el *Ku Klux Klan*, o la *John Birch Society*— aunque no necesariamente sean antiinmigrantes. El nativismo considera que ciertas influencias originadas en el exterior amenazan la vida interna de la nación. Se trata de una intensa oposición a una minoría interna con base en sus conexiones antiestadounidenses externas. De modo específico, los antagonismos nativistas pueden variar debido al carácter cambiante de la minoría sujeto de su irritación, y a las condiciones de cada día. En todos los casos el patriotismo es un elemento básico y presente.

Sobre esa base, el nativismo denota clara idealización y preferencia por ciertos rasgos supuestamente distintivos de las raíces de la nación estadounidense —anglosajona, protestante, republicana (no en el sentido del actual partido político)—. De acuerdo con los nativistas, cualquier influencia externa tendría el potencial de contaminar la esencia nacional del país y restarle esplendor y autenticidad. El objeto de los ataques nativistas es, en general, una minoría. No obstante, en lo particular la etiqueta de dicho grupo minoritario varía según la época. Así, en la etapa colonial fue el anticatolicismo; a mediados del siglo XIX era el rechazo a los inmigrantes irlandeses y alemanes; en la década de 1880 los trabajadores chinos (*coolies*) experimentaron el repudio de ciertos sectores en Estados Unidos; poco después, el antijudaísmo llegó como un reflejo del “caso Dreyfus” francés en las postrimerías decimonónicas. En el siglo XXI, en especial a partir de finales del decenio de 1980, mexicanos, centroamericanos y, en menor magnitud, asiáticos están en la constante mira de los nativistas.

El nativismo es un fenómeno cuya intensidad depende del grupo que lo practica. Por ejemplo, en su segunda expresión histórica, el *Ku Klux Klan* resurgido en los años de 1920 —el primero apareció como una organización racista de veteranos de guerra de los estados confederados de América tras la Guerra Civil—, favorecía la supremacía de la raza blanca y ya no sólo centraba su animadversión en los afroamericanos, sino también en los inmigrantes en general, en los judíos

y en los católicos. Sin embargo, su rechazo continuó manifestándose de forma más virulenta contra las minorías no blancas.

En toda expresión nativista hay una exaltación del patriotismo estadounidense. El interés de la patria está por encima de cualquier otra consideración discriminatoria, incluso la de clase. Entonces, es un “acto heroico por el bien de la patria” repudiar, o al menos despreciar, todo gesto no estadounidense (Velasco, 2007).

Estas expresiones de repulsa nativista tienen un componente económico, político, social, racial, cultural o ambiental. No es raro encontrar postulados nativistas culpando a los extranjeros de los males económicos y/o sociales y/o políticos de Estados Unidos. Si el extranjero no tuviera relación alguna con dichos males, un buen nativista no claudicará hasta hallar o, en su defecto, construir ese anhelado y desafortunado vínculo.

En los debates contemporáneos sobre identidad, el término se ha relacionado con el hecho de “pertenecer” o, por el contrario, ser excluido de una colectividad en particular. La identidad contiene, pues, conceptos de inclusión y exclusión: para ser “nosotros” se necesita de unos “otros”. Las identidades colectivas están formadas por un determinado grupo que se reconoce a sí mismo con un pasado común, es decir, una memoria colectiva. Esta memoria colectiva va acompañada de nociones, ideas y recuerdos sobre las identidades de otras naciones, por lo que los debates sobre las diferencias culturales caen fácilmente en el nacionalismo y la tramposa afirmación de la superioridad de un grupo sobre otro.

Entre los argumentos más sobresalientes que los nativistas han esgrimido en contra de los inmigrantes en diferentes épocas de su historia, encontramos los siguientes: se ha expresado que ciertas razas son intelectual y culturalmente inferiores a la de la mayoría blanca; que presentan dificultades para asimilarse; que quitan oportunidades de empleos a los nativos y, más recientemente, que abusan de los servicios públicos que los gobiernos proveen. La corriente nativista de la segunda mitad del siglo xx puso énfasis en las fronteras. Percibidas desde entonces como altas y rígidas murallas, las fronteras tenían la función de dividir y detener la entrada no sólo de la fuerza de trabajo, sino de un inmenso flujo de vagos y semicriminales, personas “no deseables” que, según ellos, decoloraban, afeaban, contaminaban, agredían su primacía blanca. Esta corriente de pensamiento ha apo-

yado políticas tendentes a reforzar fronteras como la de México para detener flujos de inmigrantes no deseados.

En el siglo XXI la mejor expresión de los llamados de alerta respecto a la necesidad de enfrentar fenómenos y comportamientos antiestadounidenses se halla en la racionalidad que aporta Samuel P. Huntington en su libro *Who are We*, donde argumenta las amenazas que la migración desde América Latina —y sobre todo la mexicana— representa para la identidad cultural y la seguridad nacional de Estados Unidos.

Junto a lo señalado, se advierte el papel de otro nutriente: el populismo, que es también un fenómeno esencialmente ideológico, está instalado en la cultura política y hasta en la cultura nacional de ese país, si bien se ha expresado desde un punto de vista institucional en determinados agrupamientos formales, de la sociedad civil, del movimiento social, así como en partidos políticos y entidades que funcionan al interior de éstos. Posee, desde luego, una connotación política, en la medida en que se proyecta contra la autoridad del gobierno, del *statu quo*, en que apela a la violencia verbal y física también, y en que se expresa, interrelaciona y hasta funde con la derecha radical o extrema derecha, con sus organizaciones políticas, insertándose en el movimiento conservador. El populismo, sin embargo, viene a formar parte del imaginario de la sociedad estadounidense, está en su ADN cultural.

Los aspectos esenciales que le definen: la sensación de amenaza asociada a la presencia o ingreso en la nación de otros grupos, que amenazan o ponen en peligro a quienes representan al populismo, cuya identidad es la del hombre común, el “pueblo”, definido generalmente de modo difuso y confuso, pero como regla, alejado de la aristocracia, de la burguesía y de la élites financieras e intelectuales. Ante todo esa sensación o percepción se apoya en dos o tres valores básicos de la cultura estadounidense: el individualismo y la autodeterminación, unido al sentido del puritanismo religioso protestante y la idea de superioridad racial.

La legitimidad del empleo de la fuerza, de la violencia, es otro de los elementos que definen sus proyecciones o modos de actuar, que se orientan a defender intereses de la comunidad en que se mueve el hombre común. A la sensación de amenaza se le agrega otro elemento: el afán por restablecer un orden anterior, por restaurar o recuperar

algo perdido. La focalización del gobierno como fuente de sus problemas es una especie de constante en el ejercicio antielitista, nativista, xenófobo, racista, anticatólico y antisemita. La proclividad a creer en una teoría conspirativa es otro rasgo bastante común en la ideología populista. La búsqueda de fantasmas, de fuerzas ocultas que ponen en peligro lo que ellos representan, que simbolizan la esencia de la nación, de su identidad. Como todo fenómeno ideológico, cultural y político, no permanece estático, muta, se modifica a través del tiempo, en consonancia con los diferentes contextos históricos en que se presenta.

LA COYUNTURA DE 2016 EN SU CONTEXTO POLÍTICO-IDEOLÓGICO

El desarrollo de las elecciones de 2016 en Estados Unidos, desde las primarias y las convenciones partidistas hasta los resultados de los comicios del 8 de noviembre, puso de manifiesto con perfiles más acentuados, como ha ocurrido en situaciones similares en anteriores etapas de la historia estadounidense reciente, la crisis que vive el país desde la década de 1980 y que se ha hecho visible de modo sostenido, con ciertas pausas, más allá de las coyunturas electorales. La pugna política entre demócratas y republicanos, así como las divisiones ideológicas internas dentro de ambos partidos, junto a la búsqueda de un nuevo rumbo o proyecto de nación, definió la campaña presidencial, profundizando la transición inconclusa en los patrones tradicionales que hasta la denominada revolución conservadora caracterizaban el imaginario, la cultura y el *main-stream* político-ideológico de la sociedad estadounidense. Esa transición se troquela en torno a la relación Estado/sociedad/mercado/individuo, teniendo como eje la redefinición del nexo entre lo privado y lo público, entre economía y política. De ahí que la crisis no se restrinja a una u otra dimensión, sino que se trate de una conmoción integral, que es transversal, de naturaleza moral, cultural, y que en sus expresiones actuales, no sea ni un fenómeno totalmente novedoso ni sorprendente.

Los procesos electorales que tienen lugar en ese país al finalizar el siglo xx y los que acontecen durante la década y media transcurrida en el XXI (las de 2004, 2008, 2012 y 2016) han reflejado una penetrante crisis que trasciende el ámbito económico, se expresa en el sistema político y además en la cultura.

Como contextualización del entorno político-ideológico global que sirve de trasfondo a este análisis, resulta útil retener el significado de la citada revolución conservadora, al resquebrajarse la imagen mundial que ofrecía Estados Unidos como sociedad en la que el liberalismo se expresaba de manera ejemplar, emblemática, al ganar creciente presencia el movimiento conservador que se articuló como reacción ante las diversas crisis que se manifestaron desde mediados de la década precedente, y que respaldó la campaña presidencial de Ronald Reagan, como candidato republicano victorioso. Con ello se evidenció el agotamiento del proyecto nacional que en la sociedad estadounidense se había establecido desde los tiempos del “New Deal”, y concluía el predominio del liberalismo, conformando un arco de crisis que trascendía los efectos del escándalo Watergate, la recesión económica de 1974-76, el síndrome de Vietnam y los reveses internacionales que impactaron entonces la política exterior de Estados Unidos.

Así, el conservadurismo aparecería como una opción que, para no pocos autores, constituía una especie de sorpresa al considerarle como una ruptura del *main-stream* cultural, signado por el pensamiento y la tradición política liberal. En la medida en que el país era concebido en términos de los mitos fundacionales que acompañaron la formación de la nación, y percibido como la cuna y como modelo del liberalismo, el hecho de que se registrara su quiebra era un hecho sin precedentes en la historia estadounidense. Así, la acumulación de frustraciones que desde los años de 1960 estremecieron al país, con la conjugación del auge del movimiento por los derechos civiles, el nacionalismo negro, la contracultura, el fenómeno *hippie*, las drogas, la canción de protesta y el sentimiento antibelicista, junto al cuestionamiento de la eficiencia de los gobiernos demócratas y de las políticas liberales para proteger la fortaleza económica, política y moral del imperio, condujeron a finales de la década de 1970 a la búsqueda de alternativas que pudiesen superar las sensaciones de desencanto o decepción asociadas a las debilidades atribuidas a la administración Carter, y devolverle tanto a la opinión pública como a la sociedad civil y a los círculos gubernamentales la habitual autoestima nacional.

Las expectativas que se crearon desde los comicios de 2008 y de 2012, cuando Obama se proyectaba como candidato demócrata, esgrimiendo primero la consigna del cambio (*change*) y luego la de seguir adelante (*go forward*), formulando las promesas que en su mayoría

no cumplió, son expresión de lo anterior a partir de la frustración que provocara la falta de correspondencia entre su retórica y su real desempeño en su doble periodo de gobierno, junto a otros acontecimientos traumáticos que conllevaron afectaciones en la credibilidad y confianza popular, como las impactantes filtraciones de más de 250 mil documentos del Departamento de Estado a través de *Wikileaks*. Ese contrapunto reflejaba tanto las esperanzas como las desilusiones de una sociedad que, desde el punto de vista objetivo se ha venido alejando cada vez más del legado de la Revolución de Independencia y de ideario de los “padres fundadores”, en la medida en que valores como la democracia, la libertad, el anhelo de paz y la igualdad de oportunidades se desdibujan de manera casi constante y creciente; pero que en el orden subjetivo es moldeable, influenciado por las coyunturas políticas, como las electorales, y sus manipulaciones.

De hecho, si bien las proyecciones político-ideológicas de Obama desde sus campañas presidenciales en 2008 y 2012 sugerían un retorno liberal, en la práctica su desempeño nunca cristalizó en un renacimiento del proyecto liberal tradicional, el cual también parece estar agotado o haber perdido funcionalidad cultural. Con Obama se abrieron espacio concepciones de un conservadurismo pragmático, donde se ponían de manifiesto enfoques neoconservadores junto a otros de la derecha moderada tradicional.

Estados Unidos ha dejado de ser hace tiempo el país que los estadounidenses creen que es, o dicen que es. Las contradicciones en que ha vivido y vive hoy, en términos ideológicos y partidistas no pueden ya ser sostenidas ni expresadas por la simple retórica. Escapan a la manipulación discursiva tradicional —mediática, gubernamental, política— y colocan al sistema ante dilemas que los partidos, con sus rivalidades, no están en capacidad de enfrentar, y que no llegan a cristalizar en un nuevo consenso nacional. Aquí radican los retos que en el plano ideológico y sociopolítico debe enfrentar el “trumpismo” con su lenguaje basado en el resentimiento.

Ha transcurrido muy poco tiempo desde que se estableció la administración Trump y sus proyecciones iniciales reflejan contradicciones, en medio de un contexto signado por la incertidumbre. Durante los primeros cuatro meses de gobierno las contradicciones, insuficiencias, dificultades e incoherencias de Trump se han hecho bien visibles, evidenciando esa carencia de un plan o proyecto estratégico

general. Podría afirmarse, a la luz de ese periodo, que desde luego es breve, que la administración Trump está en medio de una crisis político-ideológica. Ninguna de sus principales propuestas legislativas ha sido aprobada. No logra encontrar consenso ni siquiera dentro de su propio partido. No ha podido organizar su equipo de gobierno, sumido en escándalos y contradicciones internas. Se ha enfrentado a la gran prensa, recibiendo sus ataques como nunca antes ocurriera con un presidente en su primera etapa de mandato, y a la comunidad de inteligencia, siendo objeto de tales cuestionamientos que se habla de someterle a un juicio político que puede conducir al *impeachment*, o sea, a su salida de la Casa Blanca. Su popularidad es la más baja de la historia estadounidense en una etapa similar. Sus promesas grandilocuentes no bastan para articular un programa de gobierno realizable de cara al futuro. Es lógico que así ocurra, habida cuenta de que, como se ha indicado, su propio ascenso a la presidencia ha sido el resultado de los conflictos que vive la sociedad estadounidense, la enorme polarización existente y el descrédito de las instituciones gubernamentales.

El agotamiento de caminos, búsquedas y hallazgos tradicionales parecieran expresar la continuidad de una etapa de transición político-ideológica que se viene desplegando en el presente siglo. El trumpismo es difícil de encasillar en una corriente ideológica específica, si bien se nutre, según se ha argumentado, de una mezcla ecléctica de conservadurismo, extremismo de derecha radical y de populismo nativista (Preciado Coronado, 2017). Y que, a la vez, apela a la filosofía del “Destino Manifiesto” a través de los nuevos eslogans chauvinistas, patrioterros, *America First* y *Make Great America Again*, dirigidos a devolverle a Estados Unidos su rol mesiánico en la arena mundial y a reparar las grietas en la autoestima de la nación.

Quizás la principal tarea que requiere el análisis actual del imperialismo estadounidense deba proyectarse hacia las tendencias que prevalezcan en el corto, mediano y largo plazos, más allá de la coyuntura electoral de 2016, en su camino hacia la de 2020, ponderando las contradicciones y consensos de las élites de poder, las posibilidades y los límites de las ideologías reaccionarias que se manifiestan (conservadoras, populistas, de extrema derecha), de sus implicaciones políticas internacionales y de los condicionamientos económicos que determinarán su alcance.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alexander, Jeffrey C. (2010). *The Performance of Politics: Obama's Victory and the Democratic Struggle for Power*. Oxford University Press.
- Ayerbe, Luis Fernando. (2017). Estados Unidos y América Latina: Balance de la administración Obama y perspectivas con la elección de Donald Trump. *Dossier especial sobre elecciones USA*. En el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org
- Chafe, William H. (2012). The American Narrative: Is There One and What's Is It? *Daedalus. Journal of the American Academy of Arts and Science*, invierno.
- Chomsky, Noam. (2016). Trump es el triunfo de una sociedad quebrada. *La Jornada*, 24 de febrero. www.jornada.unam.mx
- De los Ríos, Patricia. (2013). Pasado y futuro del Partido Republicano. De Lincoln al Tea Party. En: Luis Maira y Gustavo Vega (Eds.), *El segundo mandato de Obama. Una mirada a la dinámica interna de la sociedad estadounidense*. México: CIDE.
- Frank, Thomas. (2008). *The Wrecking Crew: How Conservatives Rule?* Nueva York: Metropolitan Books.
- Fukuyama, Francis. (2006). *America at the Crossroads. Democracy, Power and the Neoconservative Legacy*. New Haven: Yale University Press.
- Gandásegui, Marco A. hijo. (2017). EEUU, elecciones 2016. *Dossier especial sobre elecciones USA*. En el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociología-alas.org
- Halper, Stefan A., y Clarke, Jonathan. (2004). *America Alone: The Neo-Conservatives and the Global Order*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hartz, Louis. (1994). *La tradición liberal en Estados Unidos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Hernández Martínez, Jorge. (2016). Estados Unidos ante la contienda electoral de 2016: Crisis cultural, contradicciones ideológicas y dilemas políticos. *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, núm. 11, sept.-oct. Buenos Aires: UBA-Cátedra de Historia de Estados Unidos.
- . (2017). Estados Unidos en transición. El trumpismo entre procesos electorales y ciclos históricos. *Huellas de Estados Unidos*, núm. 12, abril. Buenos Aires: UBA-Cátedra de Historia de Estados Unidos-Facultad de Filosofía y Letras.
- Hofstadter, Richard. (1976). *La tradición política americana*. Barcelona: Seix Barral.

- Huntington, Samuel P. (2004). *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad nacional estadounidense*. México: Paidós.
- Judis, John B. (2012). Is this It? The Ecstasy and Agonies of a Permanent Majority. *The New Republic*, diciembre 6.
- Kagan, Robert. (2008). *El retorno de la historia y el fin de los sueños*. Madrid: Taurus.
- . (2016). Trump is the GOP's Frankenstein monster. *The Washington Post*, febrero 26.
- Lipset, Seymour Martin. (2000). *El excepcionalismo norteamericano. Una espada de dos filos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Márquez Padilla, Paz Consuelo. (2000). Tendencias conservadoras en Estados Unidos. En: Mónica Vereá y Silvia Núñez (coords.), *El conservadurismo en Estados Unidos y Canadá. Tendencias y perspectivas hacia el fin del milenio*. México: UNAM-CISAN.
- Micklethwait, John, y Wooldridge, Adrian. (2007). *Una nación conservadora: El poder de la derecha en Estados Unidos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Moore, Michael. (2016). *El próximo presidente de EEUU será Donald Trump*. <http://www.cubadebate.cu/noticias/2016/07/29/michael-moore-el-proximo-presidente-de-eeuu-sera-donald-trump/#.wcoyd9urpcc>
- Nash, George H. (1969). *The Conservative Intellectual Movement in America*. Nueva York: Basic Books Publishers.
- Nye, Joseph. (2002). *The Paradox of American Power: Why the World's Only Superpower Can't Go it Alone*. Oxford: Oxford University Press.
- Pérez Cruz, Ofelia. (2017). In Trump We Trust. Fundamentalismo religioso y política en EEUU. *Dossier especial sobre elecciones USA*. En el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociologia-alas.org
- Posby, Nelson W., Wildavsky, Aaron, Schier, Stephen E., y Hopkins, David A. (2016). *Presidential Elections: Strategies & Structures of American Politics*, 14ª edición. Rowman & Littlefield.
- Preciado Coronado, Jaime. (2017). Entre el desacuerdo y el fascismo societal invertido. Elecciones e imaginario democrático en Estados Unidos. *Dossier especial sobre elecciones USA*. En el sitio web de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS): sociologia-alas.org
- Rathbun, Bruce C. (2008). Does One Right Make a Realist? Conservatism, Neoconservatism, and Isolationism in the Foreign Policy Ideology of American Elites. *Political Science Quarterly*, 23(2). Nueva York.
- Sánchez-Parodi, Ramón. (2008). *¿E Pluribus Unum?* Reflexiones sobre las elecciones de 2004: Antecedentes e incidencia en el futuro de los Estados Unidos de América. En: Jorge Hernández Martínez (coord.), *Los*

- Estados Unidos a la luz del siglo XXI*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, p. 34.
- . (2015). *El espectáculo electoral más costoso del mundo*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, p. 120.
- Schneider, William. (1984a). Half a Realignment. *The New Republic*, diciembre 3.
- . (1984b). An Uncertain Consensus. *National Journal*, octubre 11.
- Skocpol, Theda, y Williamson, Vanessa. (2012). *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*. Nueva York: Oxford University Press.
- Velasco, Jesús. (2011). Neoconservatives in U. S. Foreign Policy under Ronald Reagan and George W. Bush: Voices behind the Throne. *Political Science Quarterly*, 126(4). Nueva York.
- Verea, Mónica. (2003). El nativismo en la política migratoria estadounidense del siglo XX. *Desde el Sur: Visiones de Estados Unidos y Canadá desde América Latina a principios del siglo XXI*, vol. 2. México: UNAM-CISAN/FLACSO.

DE CLINTON A TRUMP: ORDEN INTERNACIONAL Y LIDERAZGO ESTADOUNIDENSE

Luis Fernando Ayerbe¹

Por desgracia, después de la Guerra Fría la política exterior se desvió de su curso. Fallamos en desarrollar una nueva visión para un nuevo tiempo... Todo empezó con la idea peligrosa de que se puede generar democracias occidentales en países que no tenían experiencia o interés en convertirse en una democracia occidental.

Donald Trump²

La polarización que pautó la transición presidencial estadounidense colocó en relieve del debate político e intelectual la perspectiva de que estaría en curso un cambio estructural cuyos alcances van más allá de las fronteras nacionales. El fenómeno Donald Trump, inicialmente subestimado como expresión del voluntarismo de empresario narcisista y con discurso anti-*establishment* movido menos por convicción que por oportunismo, termina imponiéndose como catalizador de malestar entre amplios sectores del electorado con la degradación de sus condiciones de vida en las últimas décadas. Como respuesta, el candidato victorioso propone la revisión de concepciones

-
1. Profesor de Historia y Relaciones Internacionales de la Universidade Estadual Paulista (UNESP). Correo electrónico: ayerbe@fclar.unesp.br
 2. Extracto del discurso sobre política exterior de Donald Trump en el Center for the National Interest en 27 de abril de 2016 (<https://www.donaldjtrump.com/press-releases/donald-j.-trump-foreign-policy-speech>).

y políticas atribuidas a élites globalizadas cuyos intereses cosmopolitas se sobrepone al bienestar de la población trabajadora nacional.

America First será el eslogan de nuevo credo patriótico que pretende restituir una grandeza que se considera sacrificada en nombre de supuestas responsabilidades globales cuyo costo-beneficio habría sido negativo para el país. Inmigración, proteccionismo, libre-comercio, multilateralismo, seguridad internacional, compromisos con aliados, son temas de destaque de una pauta sobre las relaciones con el exterior impuesta por Trump a élites establecidas que, en su desconcierto, y más allá de simpatías partidarias, terminan aglutinándose en torno de la candidatura Demócrata de Hillary Clinton. Paralelo a la coyuntura electoral, se procesa un debate más profundo: ¿se trata de una transición presidencial que, como ocurre regularmente dado el peso del país en el mundo, transborda las fronteras nacionales, o está en evidencia de forma inédita una revisión (o abandono) por la mayor superpotencia de su “destino manifiesto” como guardián del “orden internacionalista liberal occidental”?

Repercutiendo ese dilema, el informe de la Brookings Institution³ elaborado por intelectuales próximos a los partidos Demócrata y Republicano, pero que comparten perspectiva internacionalista, es ilustrativo en sus conclusiones:

La política exterior de Estados Unidos está en un momento clave. El mundo ha cambiado drásticamente en los últimos cinco años y ahora Estados Unidos también ha cambiado. Preguntas básicas de continuidad con siete décadas de diplomacia o la desviación radical son ahora parte del discurso (Brookings, 2017: 62).

Para abordar ese debate, dimensionando novedades más profundas y permanentes que se expresan en el fenómeno Trump, se hará un

3. Fundada en 1916, la Brookings se autodefine como independiente, aunque es considerada tradicionalmente cercana al Partido Demócrata. Entre los funcionarios de gobiernos vinculados a la institución cabe destacar a William Cohen, secretario de Defensa de Bill Clinton, y Susan Rice, asesora de Seguridad Nacional de Obama. El informe es resultado del proyecto *Order from Chaos*, que cuenta con la participación de analistas próximos a los partidos Republicano y Demócrata, como Robert Kagan, de trayectoria destacada en la corriente neoconservadora, y Derek Chollet, subsecretario de Defensa para Seguridad Internacional en la administración de Barack Obama.

retrospectivo histórico de las administraciones de Bill Clinton, George W. Bush y Barack Obama, referencia crítica más próxima que inspira *America First*. A pesar de que estamos en los meses iniciales de gestión de un presidente que no se caracteriza por la firmeza de convicciones político-ideológicas, fidelidades y compromisos más allá de sus intereses, es posible identificar continuidades y cambios relevantes sobre el tema de fondo de este capítulo: tendencias de la posición de Estados Unidos en el mundo.

CLINTON-BUSH: EL MOMENTO UNIPOLAR

El “breve siglo xx” demarcado por Eric Hobsbawm (1995) entre la Primera Guerra Mundial de 1914-18 y la disolución de la Unión Soviética (URSS) en 1991, fue palco de eventos expresivos del conflicto antagonista entre visiones de mundo. “Era de extremos” sintetizó la designación distintiva del ilustre historiador para embates llevados a las últimas consecuencias entre imperios y naciones, capitalismo y socialismo, democracia y nazi-fascismo, para mencionar apenas los de mayor ambición y proporción.

En 1991 parecía que el mundo finalmente transitaba por el camino de la utopía evolucionista liberal del siglo XIX, conducido por Estados Unidos, que estrenaría en breve el título de “única superpotencia”. Un ideólogo del *establishment*, Francis Fukuyama, acuñó la famosa frase: se trata del “fin de la historia”, en que la derrota de la URSS estaría encerrando las disputas sistémicas hasta entonces enfrentadas por el “capitalismo democrático y liberal”, componiendo un relato de época que se tornó hegemónico.

El momento de auge coincidió con la administración de Bill Clinton (1993-2001), que pasa a proclamar una política exterior de promoción de la democracia liberal y del libre-mercado, anunciando una nueva división del mundo en cuatro categorías de países: el “núcleo democrático”, correspondiente a los Estados del capitalismo avanzado, combinación “virtuosa” de libertad política y económica, punto de llegada de la civilización; los “Estados en transición”, en proceso de adhesión al orden liberal; los “Estados delincuentes”, patrocinadores de la desestabilización y del terrorismo, y los “Estados fallidos”, donde

la ausencia de gobernabilidad los torna santuarios de actores ilícitos (Ayerbe, 2012).

Desde esa perspectiva, la evolución del desarrollo mundial en el siglo xx está asociada a una disputa permanente entre el capitalismo liberal y diversas variantes de estatismos (fascismos, militarismos, populismos, comunismos), que se habría definido a partir de la consolidación de tres tendencias: 1) con la derrota del nazi-fascismo, las potencias capitalistas asumen la democracia representativa como forma de gobierno; 2) con el fin de la Guerra Fría, se cierra la etapa de conflictos sistémicos con Estados no-capitalistas; 3) la globalización de la economía acentúa la expansión del mercado en detrimento del Estado, incluso en los países gobernados por partidos comunistas.

Crítico de la noción de “fin de la historia”, que considera un triunfalismo contraproducente para los intereses estratégicos estadounidenses, Samuel Huntington hace un balance de la inserción internacional del país promovida por la administración Clinton. Refiriéndose al periodo pos-Guerra Fría, identifica tres etapas: 1) un breve momento unipolar, tipificado en la acción unilateral en la Guerra del Golfo por parte de George H. W. Bush; 2) un sistema unimultipolar en funcionamiento, que prepara la transición para una 3) etapa multipolar. Desde esa perspectiva, hace referencia a la caracterización de Zbigniew Brzezinski (1998) de Estados Unidos como primera y última superpotencia global, en un mundo que transita del orden centrado en los Estados-nación para un futuro todavía incierto, en que la influencia de actores globales será cada vez más decisiva.

Para Huntington, la política exterior adoptada por Clinton iría a contramano de lo aconsejable para el momento de transición unimultipolar, pautándose por características típicas de la unipolaridad, con una postura imperialista que provoca la insatisfacción de los aliados tradicionales y estimula la solidaridad entre los adversarios. A pesar de la extensión, vale la pena reproducir el perfil que trazaba en aquella época de esa política:

En los últimos años Estados Unidos ha tratado [...] o al menos da la impresión de estar buscando, más o menos de forma unilateral, hacer lo siguiente: presionar a otros países a adoptar valores y prácticas estadounidenses en lo que se refiere a los derechos humanos y a la democracia; evitar que otros países adquieran capacidad militar que pueda constituir un desafío a la superioridad de su arsenal de armas convencionales; imponer el cumplimiento

de sus propias leyes fuera de su territorio a otras sociedades; atribuir clasificaciones a los países de acuerdo con su grado de aceptación de los patrones estadounidenses en lo que concierne a derechos humanos, drogas, terrorismo, proliferación de armas nucleares y de misiles o, más recientemente, libertad de religión; aplicar sanciones a los países que no atiendan tales patrones; promover los intereses empresariales estadounidenses bajo la bandera del libre-comercio y de la apertura de los mercados; influenciar en las políticas del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional de acuerdo con esos mismos intereses corporativos; intervenir en conflictos locales de poco interés directo para el país; imponer a otros países la adopción de políticas económicas y sociales que beneficiarán los intereses económicos estadounidenses; promover la venta de armas para el exterior buscando al mismo tiempo evitar ventas de naturaleza semejante por parte de otros países (2000: 15).

Si bien la elección de George W. Bush (2001-2009) demarca la transición de una administración Demócrata hacia una Republicana, con la exposición por ambos entornos partidarios de radicales divergencias en la política exterior, la marca distintiva de sus dos mandatos será una radicalización de la unipolaridad criticada por Huntington.

De hecho, el intervencionismo en el exterior pautado por el envío de tropas y la ocupación de países no era parte de la agenda inicial de gobierno, en que sus principales asesores se mostraban críticos, desde la campaña electoral, en relación con las acciones llevadas a cabo por Clinton bajo el argumento de la ayuda humanitaria. No obstante, los atentados de 11/09/2001 y las subsecuentes intervenciones en Afganistán e Irak precipitaron la discusión sobre la estabilización de los países invadidos, etapa de una transición posterior del poder a actores locales aliados del país.

En septiembre de 2002 la Casa Blanca da a conocer el documento *The National Security Strategy of the United States of América*, que delinea la llamada “Doctrina Bush”. En la caracterización de los nuevos enemigos, el documento ofrece una demarcación esclarecedora de los desafíos que orientaron la formulación de las estrategias de la pos-Guerra Fría:

Las visiones militantes de clase, nación y raza, que prometieron la utopía y entregaron la miseria, fueron derrotadas y desacreditadas. América se encuentra actualmente amenazada menos por Estados conquistadores que por Estados fallidos. Nosotros somos amenazados menos por flotas y por ejércitos de que por tecnologías catastróficas en las manos de unos pocos

resentidos. Nosotros debemos derrotar estas amenazas a nuestra nación, aliados y amigos (NSC, 2002: 1).

El desencadenamiento de acciones no tendrá como blancos apenas agresores reales del país o de sus aliados, más bien incluirá ataques preventivos contra enemigos considerados potenciales, bastando apenas sospechas sobre la posesión de armas de destrucción masiva y soporte al terrorismo. En el centro de los debates de ese momento sobre los alcances y límites del poder estadounidense se sitúa la viabilidad estratégica de ese abordaje, cuyo gran test es la intervención en Irak en 2003.

La llamada Doctrina Bush expresa el fortalecimiento dentro del Gobierno de la corriente neoconservadora (Ayerbe, 2010), que reúne en torno del Think Tank *Project for the New American Century* nombres representativos del debate intelectual y de la gestión gubernamental. En su manifiesto de 1997 son establecidas las directivas principales de su concepción de inserción internacional del país:

Los conservadores criticaron las políticas incoherentes de la administración de Clinton. Resistieron también a los impulsos del aislacionismo dentro de sus propias posiciones. Pero los conservadores no avanzaron de forma confiable en una visión estratégica del papel de América en el mundo. No determinaron principios para guiar la política exterior estadounidense. Permitieron que las diferencias sobre tácticas oscurezcan el acuerdo potencial sobre objetivos estratégicos [...] Nosotros pretendemos ofrecer argumentos y sostén al liderazgo global estadounidense.⁴

La opción declarada por el unilateralismo, presentado como costo inevitable del combate a las nuevas formas de terrorismo, recibe críticas de funcionarios de la administración anterior, que se posicionan a favor de una concepción multilateral de las relaciones internacionales. Para Nancy Soderberg, embajadora de Estados Unidos en la ONU durante el segundo mandato de Clinton, el 11/09/2001 habría contri-

4. Extraído de la Declaración de principios del Proyecto, en 1997, en que destacamos algunos nombres representativos de las concepciones que acaban influenciando la administración de George W. Bush: Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Francis Fukuyama, Paul Wolfowitz, Robert Kagan. La página oficial en Internet fue retirada en 2008 como resultado del final del proyecto. (<https://web.archive.org/web/20130112203305/http://www.newamericancentury.org/>).

buido para consolidar en la conducción de la política exterior la victoria del grupo hegemónico sobre el realista. Como resultado, George W. Bush termina asumiendo “el mito de la única superpotencia”, enfrentando el terrorismo “con coaliciones de países de opinión coincidente, en lugar de trabajar con alianzas, cuerpos y normas internacionales [...] La fuerza sería el primer recurso, no el último, la diplomacia sería un tema de conveniencia, no de necesidad” (Soderberg, 2005: 25 y 26).

Ese camino habría conducido a una ruptura con el espíritu de las políticas llevadas a cabo por el gobierno anterior, que buscó redefinir la inserción internacional del país, combatiendo “dos mitos arraigados: el mito del aislacionismo, por un lado, y el de Estados Unidos como policía del mundo, por otro” (*op. cit.*, p. 22).

En el Prólogo al libro de Soderberg, Bill Clinton asume la defensa de sus políticas, estableciendo un contraste con las tendencias posteriores al retorno de los republicanos al Gobierno, colocando en evidencia que el unilateralismo, aunque a veces necesario, exige una visión clara del contexto en que su utilización se justifica, especialmente la conciencia del carácter excepcional y pasajero de la unipolaridad.

Nuestra filosofía era cooperar siempre que pudiéramos y actuar solos cuando fuera necesario. De este modo, realizamos acciones acordadas con aliados, nos asociamos con la OTAN para atacar a las fuerzas serbias en Bosnia y Kosovo y establecimos nuevas redes de comercio y protocolos de seguridad. Por otra parte, actuamos solos cuando atacamos Al Qaeda en Afganistán y en Sudán, proporcionamos ayuda financiera esencial a México y a Rusia, o abrimos los mercados a países africanos. Creímos que Estados Unidos debía actuar de modo tal que sirviera a los intereses propios, no sólo en la actualidad, sino también en un futuro en el cual no fuéramos la única superpotencia económica, política y militar (Soderberg, 2005: 12).

La racionalidad de las acciones del gobierno Bush fue bien sintetizada por Paul Wolfowitz, para quien Estados Unidos ejerce un papel de liderazgo en el resguardo de intereses que envuelven la comunidad internacional, combatiendo los países hostiles que fomentan el terrorismo.

Para nosotros, poder militar es mucho más un medio de defensa. La gran fuerza de Estados Unidos no es su poderío militar, más su poder económico. Y más potente todavía es nuestra fuerza política —aquello que significamos—. En todo el mundo, incluso en países cuyos regímenes nos odian, el pueblo admira nuestro sistema [...] Claro que hay diferencia de intereses entre paí-

ses, pero por causa del modo como definimos nuestros intereses existe una compatibilidad natural de intereses entre Estados Unidos y los otros países (Gardels, 2002).

DOCTRINA OBAMA

En forma diferente de las elecciones presidenciales de 2004, cuando las calificaciones de George W. Bush y John Kerry para liderar la guerra contra el terrorismo estuvieron en el centro del debate, en 2008 Barack Obama se diferenció del candidato Republicano John McCain por sus fuertes críticas al presidente saliente, especialmente la “guerra global contra el terrorismo” y su principal desdoblamiento, la invasión a Irak, a la que imputó entre las consecuencias el desgaste político internacional del país y una costosa concentración de esfuerzos humanos y materiales.

Legitimado como opción renovadora para responder a una agenda de desafíos más variada y compleja, en contexto de grave crisis financiera desatada por el quiebre del banco Lehman Brothers en 2008, Obama tendrá que mostrarse capaz de destinar recursos limitados para una diversidad de temas urgentes.

Entre los aspectos a destacar está la estabilización en Irak, la nuclearización de Irán, el incremento de la actuación de Al Qaeda y el Talibán en Afganistán y Pakistán, el resurgimiento de Rusia como potencia militar con ambiciones expansionistas, y la proyección de China, que asume creciente protagonismo como potencia económica global.

En el enfrentamiento de esos desafíos, Obama buscará diferenciarse de su antecesor, mostrando mayor apertura frente a adversarios históricos del país. Ya en los primeros meses de mandato expresaba reiterados ofrecimientos de disculpas por acciones adoptadas por el país en el pasado: arrogancia en las relaciones con el mundo musulmán (entrevista a la red *Al Arabiya*, 27/01/2009), con aliados europeos (discurso en Francia, 03/04/2009) y latinoamericanos (Cumbre de Trinidad y Tobago en 17/04/2009); propuesta de un nuevo comienzo en las relaciones con Irán (*videotape* felicitando al país por el año nuevo Persa, 20/03/2009), reconociendo y disculpándose por la participación en el golpe contra el primer ministro Mosaddek en 1953 (discurso en

Egipto, 04/06/2009); por sacrificar valores nacionales esenciales en el terreno de los derechos humanos, con prácticas de tortura a prisioneros por parte de la CIA (discurso a los empleados de la agencia, Virginia, 20/04/2009).

En círculos conservadores próximos al Partido Republicano, esas iniciativas serían vistas como claudicación frente a los enemigos del país. A lo largo de los dos mandatos de Obama esa percepción sería complementada por críticas a su actuación en situaciones de crisis internacional, especialmente frente a la guerra civil en Siria, que habría favorecido el activismo ruso, y el avance del yihadismo a partir de la irrupción del Estado Islámico.

En el caso sirio, después de anunciar el uso de la fuerza en reacción al uso de armas químicas contra opositores por parte del presidente Bashar al Assad, cumpliendo demarcación anterior de una línea roja que funcionaría como disparador de represalias, Obama retrocede. Contribuyeron para eso la decisión de someter al Congreso la iniciativa, desencadenando debate en los partidos Republicano y Demócrata cercado por presiones de la opinión pública; la vuelta atrás de Inglaterra de acompañar a Estados Unidos por votación contraria del Parlamento; la falta de apoyo en reunión del G20 de septiembre de 2013 en Rusia, sumada a la propuesta de Vladimir Putin, aliado de Bashar al Assad, de obtener el desarmamiento unilateral de Siria, finalmente acatada.

La anexión de Crimea por la Federación Rusa y las demostraciones de poder militar en la frontera con Ucrania, en apoyo a los sectores separatistas pro-Rusia, refuerzan la perspectiva que atribuye indecisión y debilidad al presidente frente a un Vladimir Putin que sabe lo que quiere y va por ello, colocando a Estados Unidos y Europa frente a hechos consumados difíciles de revertir.

En el caso del yihadismo, en entrevista a la revista *The New Yorker* en enero de 2014, cuestionado sobre la presencia de diversas facciones radicales en Irak y Siria, Obama subestimó su gravedad, haciendo la analogía con un equipo júnior de básquet, en que distingue “la capacidad y alcance de un bin Laden y una red que está activamente planeando grandes ataques terroristas contra la patria, *versus* yihadistas que están involucrados en varias luchas y disputas locales de poder, muchas veces sectarias” (Remnick, 2014). Siete meses después se rinde a los hechos anunciando que Estados Unidos está en guerra contra

el Estado Islámico, promoviendo una coalición de más de 60 países, incluyendo Arabia Saudita, Jordania, Emiratos Árabes y Egipto.

En el periodo final de mandato dos iniciativas terminan delineando, para opositores y aliados, el perfil de la administración Obama en política exterior. En diciembre de 2014, junto con su par Raúl Castro, anuncia la normalización diplomática con Cuba. En 2015, a partir de negociaciones patrocinadas conjuntamente con los demás miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU (Rusia, China, Francia e Inglaterra), a las cuales se suma Alemania, se acuerda la limitación y supervisión por 25 años del programa de enriquecimiento de uranio iraní en contrapartida del levantamiento de sanciones contra el país.

Sus unilaterales disculpas por el accionar de gobiernos pasados, la indecisión e improvisación que fortalece adversarios como Rusia y subestima el terrorismo, la inversión de posiciones frente a enemigos históricos como Cuba e Irán, tornarán a Barack Obama blanco de acusaciones del espectro conservador como promotor, por opción o ineptitud, de la pérdida paulatina del liderazgo conquistado por Estados Unidos después de la victoria en la Guerra Fría.

Contrariamente, Obama cuestiona el activismo del periodo Bush, adoptando una forma de protagonismo que asume la superación de contexto histórico pautado por disputas con enemigos existenciales como la antigua URSS. En esa perspectiva, el terrorismo deja de ser la marca de identidad de la política exterior, integrando una lista de amenazas transnacionales al lado de la diseminación de armas de destrucción masiva, tecnologías destructivas y daños ambientales, paralelamente a una crisis económica que de hecho impone límites a la proyección del poder nacional (Ayerbe, 2012). No hay sorpresas con China, que continúa una ya larga marcha de expansión de su economía sin al mismo tiempo evidenciar ambiciones de alternancia global de poder, y el activismo ruso bajo la presidencia de Putin carece de aliento económico para ir más allá de una esfera regional.

El liderazgo estadounidense proyectado por Obama se presenta como resultado necesario de una adecuación realista entre objetivos y recursos nacionales disponibles, en que eventuales alianzas con países situados históricamente en el campo enemigo responden a una lógica pragmática de costo-beneficio aplicada a gobiernos en los que se vislumbra una disposición al diálogo.

En sintonía con esa perspectiva, el propio presidente asume, en entrevista con Thomas Friedman, lo que sería la “Doctrina Obama” aplicada a Cuba e Irán: “nos comprometemos, pero sin perder ninguna de nuestras capacidades” (Friedman, 2015). Sea en su gobierno o en el futuro, todo puede ser revisto. En el caso de Cuba:

Podemos probar la posibilidad de un acuerdo que tenga resultados positivos para el pueblo cubano y sin demasiado riesgo para nosotros. Es un país diminuto. No es un país que amenace nuestros intereses centrales en materia de seguridad, y por lo tanto no hay razón para no intentarlo. Y si resulta que después no conduce a nada bueno, siempre podremos ajustar nuestra política (Friedman, 2015).

“ESTADOS UNIDOS PRIMERO”

La transición presidencial de 2016 incorpora nuevos ingredientes a las controversias sobre la inserción de Estados Unidos en el mundo. Como fue apuntado al inicio del capítulo, el esfuerzo de Trump por diferenciarse de Obama tiene como componente destacado el cuestionamiento de compromisos con acuerdos comerciales y militares en que sitúa como grandes beneficiarios a los aliados del país. Sin embargo, no se trata apenas de radicalización de posiciones animada por disputa electoral, el eslogan *America First* asume como intención una revisión de trayectoria que abarca el conjunto de administraciones analizadas en las secciones anteriores.

Durante la campaña electoral, Donald Trump expuso diferencias importantes en las políticas doméstica y exterior en relación con la candidata Demócrata Hillary Clinton. Entre los aspectos que generaron más polémica, la cancelación del programa de salud conocido como *Obamacare*; el cuestionamiento de tratados de libre-comercio acompañado de proteccionismo del mercado interno y establecimiento de barreras a la inmigración —con control fronterizo llevado al paroxismo por construcción de muro separando Estados Unidos de México—; revisión de la normalización diplomática con Cuba y abandono del acuerdo con Irán.

Subestimado y satirizado desde el inicio de las primarias partidarias, al tornarse candidato oficial, y a pesar del discurso conserva-

dor, Trump pasa a ser considerado un riesgo para el *establishment*, incluso por sectores tradicionalmente asociados a administraciones republicanas (Robinson, 2016). El favoritismo atribuido a Clinton por parte de encuestas y analistas, fortalecido con apoyo mayoritario de formadores de opinión del ámbito empresarial, sindical, artístico y medios de comunicación, duró hasta la apertura de las urnas, cuando el escrutinio de votos pasó a mostrar ventaja continua de su oponente en la conquista de delegados para el Colegio Electoral que lo sacramentó como presidente.

Ser un *outsider* con una campaña pautada en eslóganes provocativos y de alto impacto mediático se mostró altamente redituable en la etapa de conquista de votos. Para ejercer el poder, los desafíos son más complejos. Como apuntó Francis Fukuyama:

Trump brillantemente consiguió movilizar la parcela descuidada e insuficientemente representada del electorado, la clase trabajadora blanca, y empujó su agenda a la cima de las prioridades del país. Ahora tendrá que entregar, sin embargo, aquí es donde radica el problema. Ha identificado dos problemas muy reales en la política de Estados Unidos: el aumento de la desigualdad, que ha golpeado muy duro a la vieja clase obrera, y la captura del sistema político por grupos de interés bien organizados. Desafortunadamente, él no tiene un plan para resolver ninguno de estos problemas (Fukuyama, 2016).

En forma distinta de Clinton, Bush y Obama, que siempre contaron con programas de gobierno formulados por equipos técnicos de extensa experiencia de asesoría y gestión dentro del entorno de los partidos Demócrata y Republicano, Trump fue fundamentalmente el artífice de sí mismo, con asesores reclutados en su ambiente familiar y empresarial de confianza, y en círculos de la llamada *Alt-right* (derecha alternativa), articulados principalmente en torno del portal Breitbart News.⁵

Algunos ejemplos son reveladores de la estigmatización del empresario candidato por el *establishment* conservador en los meses previos a la elección. En abril, cuando presentó públicamente su pro-

5. Fundado por el analista conservador Andrew Breitbart en 2007, que falleció en 2012. En 2016, durante la campaña a la presidencia de Estados Unidos, su director Steve Bannon presenta al portal como plataforma de la Derecha Alternativa, conjunto heterogéneo de grupos cuyo común denominador es la crítica al conservadurismo tradicional, con agendas que envuelven nacionalismo a partir de la supremacía blanca, antifeminismo, islamofobia, neo-nazismo.

grama para la política exterior en evento organizado por el Center for the National Interest (CNI),⁶ generó extensas polémicas no apenas por causa de las ideas reveladas, más por el hecho de que una institución de tradición en el debate de las relaciones internacionales le abriera espacio (Think Tank Watch, 2016).

Refiriéndose al contenido del programa presentado, Tom Donnelly, del American Enterprise Institute (AEI)⁷ no usó medias palabras: “Trump es un imbécil en política internacional, y aparentemente se enorgullece de serlo” (McIntire, 2016). En la misma dirección, el vicepresidente del AEI, Danielle Pletka, durante participación en la red NBC lo calificó de idiota (*The Economist*, 2016).

Defendiéndose de las críticas, Dimitri K. Simes y Paul J. Saunders, del CNI, dejan explicitados contornos de polarización que van más allá del entorno partidario, envolviendo disputas de espacios de influencia en Washington, en que una eventual victoria de Trump podría “poner fin a la dominación de la actual *nomenklatura* de la política exterior y amenazar directamente sus carreras. Él provoca reacciones similares entre la élite transnacional de Davos insistiendo en que “el Estado-nación sigue siendo el verdadero fundamento de la felicidad y la armonía” (Simes y Saunders, 2016).

Sin entrar públicamente en ese tipo de controversia, siguiendo tradición de no asumir oficialmente apoyos partidarios, la Heritage Foundation (HF)⁸ vislumbró en Trump, candidato exiguo de ideario coherente y cristalizado, la oportunidad para colocar en evidencia una

-
6. Think Tank fundado por Richard Nixon en 1994 con el objetivo de posicionarse como referencia del pensamiento realista en las relaciones internacionales, edita la revista *The National Interest*. Paul J. Saunders, actual director ejecutivo, fue asesor del subsecretario de Estado para Asuntos Globales de la administración de George W. Bush.
 7. Fundado en 1943, el American Enterprise Institute es uno de los principales centros de referencia del pensamiento conservador. Importantes cuadros de la administración de George W. Bush, como el subsecretario de Defensa, Paul Wolfowitz, y el subsecretario de Estado para el Control de Armas y Seguridad Internacional, John Bolton, tienen vínculos con esta institución.
 8. Creada en 1973, la Heritage explicita la adopción de una perspectiva conservadora en el abordaje de los temas hacia los cuales orienta su análisis, cuyo objetivo es la investigación y la proposición de políticas gubernamentales. Elaine L. Chao, secretaria de Trabajo de George W. Bush, nombrada secretaria de Transportes por Trump, proviene de esta institución.

agenda que viene siendo gestada en años de investigación e incidencia en las instituciones del Estado (Bercowitz, 2017), mereciendo lugar de destaque en la atribución de impactos de la HF en su página web:

Donald Trump sacó su lista de posibles candidatos a la Suprema Corte de las recomendaciones de la Heritage. Muchas de sus recomendaciones políticas fueron extraídas de nuestro *Mandate for Leadership series of policy guides*. Después de su elección de noviembre, Heritage siguió proporcionando orientación sobre política y nombres, y varias decenas de personas trabajaron directamente con el equipo de transición (Heritage Foundation, 2017).

Las *Series of policy guides*, en elaboración desde 2016, contienen recomendaciones de la HF consonantes con medidas propuestas y en estudio por la administración Trump desde el inicio de su mandato: a) reforma impositiva proponiendo reducción de impuestos para el sector privado, buscando estimular el crecimiento con mayor inversión de las empresas y aumento del consumo de los sectores de altos ingresos; b) presupuesto federal equilibrado, combinando el impacto de la disminución de impuestos con la reducción de gastos en programas de bienestar social, con destaque para la salud, en que el objetivo principal es sustituir la *Patient Protection and Affordable Care Act* de 2010 (*Obamacare*) por un sistema basado en el sector privado. Esos cortes no afectarían la defensa nacional, que se propone fortalecer aumentando la destinación de recursos; c) reducción de regulaciones estatales sobre el mercado, donde se destacan la eliminación del financiamiento habitacional, del *Obamacare* y de la *Dodd-Frank Wall Street Reform and Consumer Protection Act* de 2010 (Dodd-Frank), creada para disciplinar el mercado financiero como respuesta a la liberalidad de controles que impactó en la crisis deflagrada en 2008 (Heritage Foundation, 2016).

La reforma impositiva es un factor clave como parte de una estrategia estructural de empoderamiento del sector privado, que el Partido Republicano viene debatiendo intensamente desde el periodo Obama, y coyuntural, incorporando temas puestos por el vertiginoso e imprevisto ascenso de Trump, destacadamente la protección del mercado interno con estímulo a las exportaciones y la construcción del muro en la frontera mexicana financiada por los propios mexicanos.

Ya en los primeros días de gobierno se inició la ofensiva en esos temas, con órdenes ejecutivas decretando la salida del Acuerdo Trans-

pacífico de Cooperación Económica (TPP), iniciativa negociada por Obama, revisión de la ley *Dodd-Frank* y autorización para la construcción del muro fronterizo, dejando claro que independientemente de la negativa a financiarlo por parte del presidente mexicano Peña Nieto, existen formas alternativas de hacerlo efectivo.

Con costos estimados, dependiendo de fuentes oficiales y privadas, de entre 8,000 y 40,000 millones de dólares, las formas de transferirlos a México serían a través del corte de remesas de dólares a sus familias por parte de ciudadanos mexicanos radicados en Estados Unidos, que alcanzaron 25,700 millones de dólares en 2016; cancelación de 200 millones del presupuesto del Departamento de Estado para el país, e imposición de tarifa de 20% a las importaciones mexicanas (Bloomberg, 2017).

Más allá de las intensas polémicas sobre la eficiencia del muro para contener la inmigración, del desgaste internacional en la imagen de Estados Unidos por su ofensiva unilateral contra un aliado que no generó ningún comportamiento que lo justificase, y del costo para los consumidores estadounidenses del encarecimiento de importaciones, nos interesa examinar el impacto en la gestión gubernamental del esfuerzo para conciliar la intempestiva agenda trumpiana de *America First* con una estrategia económica republicana que lleva años de gestación.

En ese sentido, uno de los aspectos en discusión dentro de la reforma impositiva es el ajuste de impuestos fronterizos, que generaría tarifas sobre importaciones, incluyendo insumos utilizados en la producción, compensando las empresas con exención integral a las exportaciones. La propuesta, apoyada por sectores exportadores, genera reacciones en empresas vinculadas al comercio en el mercado interno, que cuentan con alto componente importado de productos y serían perjudicadas con la elevación de precios. Por otro lado, existen cuestionamientos en el ámbito del debate económico, donde analistas de posiciones liberales asocian ese ajuste a una forma de política industrial que, de contramano al ideario histórico del Partido Republicano, distorsionaría arbitrariamente el equilibrio del mercado (Gramm, 2017). Aunque reconociendo la polémica generada, Kevin Brady, diputado responsable por la estructuración de la reforma impositiva, defiende la inclusión del ajuste fronterizo como parte de la estrategia presidencial de defender productores y empleos locales, apuntando para una expectativa optimista de recaudación tributaria:

El plan permitiría a las empresas deducir el costo de los bienes que se exportan. Importadores, sin embargo, no recibirían el mismo beneficio —imponiéndose efectivamente un impuesto sobre sus productos—. La propuesta de “ajuste en frontera” estima recaudar cerca de US \$1 billón en ingresos fiscales que ayudarían a pagar por la reducción de la tasa de impuesto corporativo al 20 por ciento (Fox, 2017).

Otra área destacada en las *Series of policy guides* de la HF es el presupuesto equilibrado. El 16 de marzo se da a conocer el proyecto para el año fiscal de 2018 a ser enviado para el Congreso. Bajo el título *América Primero*. Un plan presupuestario para hacer que Estados Unidos sea grande otra vez, anticipa los gastos propuestos para agencias y departamentos, correspondientes a US \$1 billón, anticipando parte del presupuesto federal completo en torno de US \$4 billones, presentado en mayo. Como se muestra en el cuadro 1, la premisa de la búsqueda de equilibrio es que las prioridades con defensa y seguridad interna sean compensadas con recortes en las demás áreas.

Cuadro 1
Propuesta de Presupuesto de Donald Trump
para el año fiscal de 2018

Aumento	Recorte
Defensa - 10%	Departamento de Estado – 28%
Departamento de Seguridad Interna – 7%	Departamento de Educación – 13.5%
Departamento de Asuntos de Veteranos – 6%	Departamento de Agricultura – 20%
	Departamento de Comercio – 16%
	Departamento de Energía – 5.6%
	Departamento de Salud – 17.9%
	Departamento de Vivienda y Desarrollo Humano – 13.2%
	Departamento del Interior – 12%
	Departamento de Justicia – 3.8%
	Departamento del Trabajo – 21%
	Departamento de Transportes – 13%
	Departamento del Tesoro – 4.1%
	Agencia de Protección Ambiental – 31%
	NASA – 0.8%
	Administración de Pequeñas Empresas – 5%

Fuente: America First Budget, 2017.

En el Departamento de Seguridad Interna se comprometen US \$2,600 millones para el muro en la frontera con México. En el Departamento

de Estado se reducen recursos para ayuda al desarrollo, con impacto en la ONU, que también será afectada por la interrupción de programas contra el cambio climático como parte de los recortes en la Agencia de Protección Ambiental. En el ámbito interno, las reducciones en salud, vivienda, educación y trabajo afectan principalmente los sectores más pobres, blanco destacado del discurso electoral trumpiano que prometía el rescate de los olvidados.

Independientemente del trayecto de aprobación en el Congreso, donde el resultado final puede ser bastante diferente de lo propuesto por el Poder Ejecutivo, tanto la reforma fiscal como el presupuesto colocan en evidencia dos dimensiones que se hacen presentes en el inicio de gobierno: a) la agenda del Partido Republicano, previa al ascenso de Trump, que no fue el candidato inicial de preferencia, encuentra un escenario favorable de implementación propiciado por el signo conservador del gabinete, en un cuadro de perplejidad en la oposición Demócrata, con representación minoritaria en las dos casas del Congreso; b) la cuota exclusiva presidencial en términos de estilo personal, auxiliares de confianza, iniciativas y forma de implementación, exponen en el cotidiano de la gestión un perfil de improvisación, desconfianza, polarización, incompetencia y ética maleable, con negativo impacto mediático doméstico e internacional, en que tienden a diseminarse especulaciones sobre interrupción temprana de su mandato.

En el primer aspecto, nombramientos en puestos clave de la justicia, salud, medio ambiente, economía, educación y política exterior sitúan al *establishment* del Partido Republicano en situación confortable para la implementación de reformas que perfilaron la oposición a la administración anterior.

El senador Jeff Sessions, nombrado como secretario de Justicia, de conocidas posiciones radicales contra la inmigración, a lo que se suman acusaciones de simpatía con la organización racista Ku Klux Klan. El diputado Tom Price, como secretario de Salud y Servicios Humanos, uno de los más destacados activistas contra el *Obamacare*. Scott Pruitt para dirigir la Agencia de Protección Ambiental, asociado por movimientos ambientalistas a los intereses de la industria de gas y petróleo, opositor de la política de Obama sobre cambio climático, con cuestionamientos a la comunidad científica que alerta sobre sus efectos.

Así como en el caso de Pruitt, la valorización del vínculo anterior con el sector privado es una característica que marca el gabinete. En la gestión económica y comercial, cuatro nombramientos destacan esa tendencia: Steven Mnuchin como secretario del Tesoro y Gary Cohn en la dirección del Consejo Económico Nacional, ambos vinculados a Goldman Sachs, blanco del candidato Trump como agente destacado del sector financiero responsabilizado por la trayectoria de concentración de ingresos paralela al crecimiento de la desigualdad y empobrecimiento de los trabajadores. Wilbur Ross como secretario de Comercio, ex director del banco de inversiones Rothschild Inc. Robert Lighthizer como representante comercial (USTR), agencia en que se desempeñó como subsecretario en la administración de Ronald Reagan, actuando después en el sector privado como abogado, tornándose socio del estudio Skadden Arps.

Fuera del ámbito económico-comercial, la presencia del sector corporativo en la administración se consolida con el nombramiento de Betsy DeVos como secretaria de Educación y de Rex Tillerson como secretario de Estado. DeVos, directora del Windquest Group, llegó a defender abiertamente el fin de la educación pública. Tillerson se desempeñó como CEO de la empresa petrolera Exxon Mobil, donde adquirió reconocimiento por su habilidad negociadora en defensa de intereses de la empresa más allá de obstáculos asociados a la política exterior estadounidense, como las sanciones de Obama a Rusia, siendo homenajeado en 2013 por el presidente Vladimir Putin con la Orden de la Amistad Rusa.

Contra especulaciones a izquierda y derecha de presuntas vocaciones anti-neoliberalismo de Trump, el perfil del gabinete y de la política económica muestran una ofensiva del mercado contra el Estado de contornos equivalentes a los años Reagan.

Entre las pautas de la llamada Reaganomics, inspirada en la plataforma electoral del Partido Republicano de 1980, se destaca la reducción de gastos mediante el corte de programas sociales, ampliación del presupuesto de defensa —como parte de una postura ofensiva contra la URSS—, aumento del ahorro y de las inversiones reduciendo los impuestos para las personas físicas y creando incentivos fiscales para las empresas, complementada por una “diplomacia del dólar fuerte” mediante la elevación de intereses y valorización de la moneda, que impactó favorablemente en el control de la inflación y contribuyó a

financiar déficits comerciales y presupuestarios por la captación de ahorro internacional (Ayerbe, 2012).

Los efectos coyunturales fueron significativos. Entre 1982 y 1983 el desempleo cayó del 10.7 al 7.3%, y el ingreso medio aumentó 9%, lo que favoreció la reelección de Reagan en 1984. Habiendo asumido la presidencia en momento de desafíos que combinan la crisis del petróleo de 1979, desaceleración del crecimiento interno paralela al dinamismo ascendente de Japón y Alemania Occidental, que se beneficiaron de la ayuda de Estados Unidos en la posguerra, y proyección internacional de la URSS, su política económica es considerada componente estructural en la remontada hegemónica que condujo años más tarde a la victoria en la Guerra Fría (Ayerbe, 2012). En perspectiva similar, la economía es dimensión estratégica de *America First*. Como destaca John Paulson, asesor de campaña de Trump:

Impuestos competitivos para las empresas, mayores facilidades para repatriación de ganancias en el extranjero, ambiente regulatorio menos oneroso, expansión de la producción doméstica de energía, y acuerdos comerciales que dan a las empresas de Estados Unidos una oportunidad justa para competir —junto con la creación de puestos de trabajo, acelerar el crecimiento, y dar lugar a una nueva era de prosperidad estadounidense (Paulson, 2017: 11).

Paralelamente al perfil del Gabinete, la agenda conservadora gana respaldo en el Poder Judicial. Contando con mayoría en el Senado, Trump propone al juez Neil Gorsuch para la Suprema Corte, buscando desempatar el equilibrio de cuatro liberales y cuatro conservadores que se había establecido después de la muerte de Antonin Scalia en febrero de 2016. Gorsuch es visto como una opción coherente con el discurso de campaña contra el aborto, ya que una de sus críticas al Obamacare se alineó con argumentos basados en la fe por parte de grupos religiosos que cuestionaron la inclusión de la contracepción en la cobertura de las empresas de salud.

El escenario presentado, favorable al conservadurismo del Partido Republicano, contrasta con la incertidumbre sobre el futuro generada en el proceso de implementación de propuestas emblemáticas del frontal y antagonista candidato victorioso. Desde el primer día en la Casa Blanca, Trump tomó decisiones y emitió declaraciones con impacto en la formación de ambiente de polarización y reacciones de descrédito en ámbitos domésticos e internacionales.

Bajo el argumento de proteger el país del terrorismo, firmó orden ejecutiva suspendiendo el ingreso de refugiados durante 120 días, indefinidamente en el caso de los que provengan de Siria, y suspensión de nuevas visas a personas procedentes de Irán, Siria, Irak, Somalia, Sudán, Yemen y Libia hasta el establecimiento de formas más rigurosas de control. De implementación inmediata, se generaron situaciones caóticas en aeropuertos por el impedimento a la entrada de personas que por su origen nacional se encuadraban en el decreto, aunque su estatus no era ilegal, con visas de turismo, trabajo, estudio, además de residentes permanentes en Estados Unidos. Al mismo tiempo se desencadenaron movimientos de protesta dentro y fuera del país denunciando flagrante violación de derechos humanos y discriminación contra musulmanes. La suspensión de la medida por una corte de Seattle, confirmada por tribunales que rechazaron las apelaciones encaminadas por el Gobierno, lo expuso a su primera derrota.

A poco tiempo de nombrar al general de la reserva Michael Flynn como asesor de Seguridad Nacional, Trump se vio obligado a exonerarlo por la divulgación de comunicaciones con el embajador de Rusia previas a la toma de posesión del gobierno, en que trataba de las sanciones estadounidenses al país. Sumado a la revelación de órganos de inteligencia sobre espionaje cibernético ruso en el comité de campaña de Hillary Clinton, divulgando informaciones confidenciales que terminaron influenciando en su derrota, se profundizó la desconfianza en relación con vinculaciones poco claras del presidente con su par Vladimir Putin.

La reacción intempestiva de Trump contra los medios y los servicios de inteligencia por las informaciones divulgadas encendió el debate comparativo de un comportamiento público considerado inédito para un primer mandatario. Esa percepción se aplica a la relación con aliados históricos del país, ejemplificadas en las órdenes ejecutivas decretando la salida del TTP y la construcción del muro en la frontera con México; palabras elogiosas al resultado del Brexit que aprobó la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea, complementadas por la proposición de Ted Malloch como representante de Estados Unidos en la organización, que en declaraciones anteriores a la BBC había previsto el fin del euro en un año y medio, generando el rechazo de su nombre por parte de la Eurocámara.

Vehículos liberales reconocidos pasan a especular sobre eventual anticipación del fin de mandato. Para Edward Luce, del *Financial Times*: “No hay término medio en la Washington de Trump. O las fuerzas que están contra el presidente lo van a derrumbar o él va a destruir el sistema” (Luce, 2017). Atribuyéndole comportamiento motivado menos por convicción que por sentido de oportunidad, bajo influencia de Stephen Bannon, exitoso coordinador de la estrategia de campaña premiado con el cargo de principal asesor presidencial, *The Economist* asume la posición de sectores colocados como blanco del discurso nacionalista, antiliberal y antiglobalista de la derecha alternativa, estableciendo pautas sobre ¿qué hacer?:

El primer paso es limitar los daños [...] Los republicanos moderados y los aliados de Estados Unidos precisan decirle al presidente por qué Bannon y los que comulgan con su ideología están equivocados [...] Son las alianzas que garantizan la supremacía de Estados Unidos [...] Si Trump realmente desea colocar a Estados Unidos en primer lugar, su prioridad debía ser fortalecer los lazos diplomáticos del país, no tratar a sus aliados con desprecio [...] ¿Y si el consejo es ignorado? Los aliados de Estados Unidos precisan mantener las instituciones multilaterales de pie para el día en que Trump deje la Casa Blanca. También precisan prepararse para enfrentar un mundo en que Estados Unidos ya no ejerza un papel de liderazgo (*The Economist*, 2017).

Visualizando una disputa de poder de contornos que van más allá de la política doméstica estadounidense, dado el impulso que la victoria de Trump y del Brexit proporcionó a partidos y movimientos de signo ideológico similar en Europa, *The Economist* esboza una reacción frente a la proyección, antes subestimada por el triunfalismo del fin de la historia, de una derecha que reivindica tradiciones etno-nacionalistas y religiosas. La personificación en la figura de Bannon lo transforma en blanco perfecto por la posición ocupada en la administración y su conocida trayectoria activista de explícito radicalismo, llegando a compararse con *Lenin en su afán de destruir el Estado*: “Quiero derrumbar todo, y destruir todo el actual establishment” (Radosh, 2016).

Parte de ese ideario fue presentado en conferencia realizada en 2014 durante evento en el Vaticano, donde Bannon advirtió sobre la existencia de una grave crisis en el Occidente judeo-cristiano, envolviendo el capitalismo, la fe y la religión.

En el ámbito del capitalismo, la crisis se expresaría en la prevalencia de dos modelos que subvierten los “fundamentos espirituales y morales del cristianismo [...] Uno de ellos es el capitalismo patrocinado por el Estado [...] que se ve en China y Rusia [...] La segunda es un capitalismo que parece transformar las personas en *commodities*” (Feder, 2016). Sumado a la secularización, en que ve una pérdida de espacio de la fe frente a la cultura popular, alerta para brechas favorables a la ofensiva del gran enemigo del siglo XXI: el “fascismo islámico yihadista”.

Preguntado sobre cómo veía a Vladimir Putin en ese escenario global de conflicto, pondera su esfuerzo en “defender a las instituciones tradicionales, y que está tratando de hacerlo desde una forma de nacionalismo”, y aunque de hecho considere a Rusia “una cleptocracia, realmente una potencia imperialista que quiere expandirse. Sin embargo [...] la verdadera situación es que se está frente a un potencial nuevo califato muy agresivo”. En esa escala de desafíos prioritarios describe la estrategia de Breitbart dentro y fuera de Estados Unidos:

Fuimos el primer grupo en entrar y empezar a informar sobre cosas como el UKIP, el Frente Nacional y otros de centro derecha [...] Lo central que coloca a todo eso junto es el movimiento de centro-derecha populista de la clase media, los hombres y mujeres que trabajan en el mundo que están simplemente cansados de ser determinados por lo que llamamos el partido de Davos (Feder, 2016).

Bannon sitúa a su organización como parte de los movimientos europeos que adoptan una agenda de renacimiento del Estado-nación, euroescéptica, antiglobalización y antiinmigrante con componentes étnicos. Diferentemente de Europa, donde esas corrientes se estructuran en fuerzas políticas cuya identidad es movilizadora de apoyo electoral,⁹ desafiando el *establishment* conservador y socialdemócrata, la “derecha alternativa” que Breitbart pretende aglutinar adquiere pro-

9. Es el caso del Frente Nacional Francés, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP), la Alternativa para Alemania (AfD), el Partido de la Libertad de Austria (FPÖ), el Partido para la Libertad de Holanda, el Movimiento 5 Estrellas (M5S) de Italia, el Amanecer Dorado en Grecia, los Verdaderos Finlandeses, los Demócratas de Suecia, el Partido Popular Danés (PPD), el Jobbik (“Los mejores”) de Hungría, el Partido Croata de los Derechos Puros (HCSP).

yección repentina de la mano de Donald Trump, que supo capitalizar descontentos traduciéndolos en una campaña de choque. Si bien el eslogan *America First* incorpora elementos de nacionalismo, antiglobalización, antiinmigración y euroescepticismo, está lejos de ser un marco de movilización sedimentado en conciencia ideológica de bases sociales sólidas. Lo que prevaleció en 2016 fue un desplazamiento coyuntural de preferencias de electores tradicionalmente votantes del Partido Demócrata, que se identificaron con el discurso de recuperación de dignidades dañadas, en gran parte asociadas a la pérdida de empleos de calidad.

Tanto la derecha etno-nacionalista como la neoliberal se perciben en un momento de enfrentamiento abierto. En el lado de la derecha alternativa se procede a una vertiginosa ocupación de espacios en decisiones de impacto en Washington. En el lado neoliberal se desencadena una ofensiva en los medios con una hoja de ruta que prevé tres posibilidades: 1) persuasión de Donald Trump, que no sería radical como su estrategia Bannon, y en algún momento podrá ser llevado a cambiar de rumbo frente a costos resultantes del aislamiento político; 2) el presidente mantiene la línea adoptada, beneficiándose del respaldo popular paralelo a expansión de la economía similar al primer mandato de Reagan, obligando a la construcción de alianzas pensando en un futuro pos-Trump; 3) el presidente mantiene la línea adoptada a pesar de la permanencia de la crisis de gestión, aumentando las voces a favor de una salida anticipada.

La segunda posibilidad, en caso de que se configure, depende de mejoras palpables en el bienestar económico cuya perceptibilidad no es inmediata. La primera ya está en plena operación; en forma diferente de presidentes anteriores, Trump no gozó de 100 días de luna de miel. La tercera, aunque presente como especulación en los medios, envuelve la posición que pueda adoptar el Partido Republicano.

El último escenario, a pesar del impacto traumático en las instituciones y en la credibilidad del sistema político de eventual *impeachment* o renuncia del presidente, no afectaría el curso de implementación de la agenda conservadora. Al contrario, podría adquirir mayor legitimidad con el ascenso del vicepresidente Mike Pence, de trayectoria afinada con la estructura partidaria, que viene ejerciendo el papel de moderador del discurso presidencial en la relación con aliados

Europeos, especialmente en los compromisos con la OTAN y la posición de contención frente a Rusia.

¿CRISIS DE LIDERAZGO?

En las recomendaciones para responder a la ofensiva trumpiana, *The Economist* levanta un tema que va más allá de la actual administración: prepararse para el momento en que Estados Unidos deje de ejercer el liderazgo internacional. Como vimos en las secciones sobre Clinton, Bush y Obama, la unipolaridad pos-Guerra Fría, incluso para sus defensores, no se percibe como situación indefinida, se trata de contexto transicional, como sucedió con potencias hegemónicas del pasado. Existen diferencias entre liberal-internacionalistas y neoconservadores sobre el énfasis entre la persuasión y la fuerza para asegurar una transición pautada por la convergencia mundial en torno de principios “occidentales” de democracia y mercado.

Situamos en Huntington una voz divergente de esa perspectiva justamente en el momento más favorable al discurso del fin de la historia, que criticó vocaciones imperiales en nombre del universalismo del modo de vida estadounidense que podrían generar reacciones internacionales perjudiciales para los intereses del país.

Ese estado de alerta retorna de la mano de Donald Trump más de década y media después, generando un polarizado debate que coloca en lados opuestos a una élite en proceso de afirmación, fuertemente dependiente del liderazgo personal de un presidente sin doctrina y de histórico voluble, y un *establishment* que ve perder espacios después de apostar por la victoria de Hillary Clinton.

En el ámbito de los sectores que se situaron a contracorriente de las élites establecidas, colocamos en forma destacada a la “derecha alternativa”, *outsider* con visión ideologizada de contornos civilizacionales e interlocución con equivalentes europeos, y exponentes del realismo, con participación anterior en administraciones republicanas, expresando una disputa intra-*establishment* con el liberal-internacionalismo.

Ninguna de esas dos corrientes de apoyo a Trump objeta la necesidad de fortalecer y proyectar el poder estadounidense, pero difieren en cuestiones fundamentales. En el lado de la derecha alternativa, la guerra entre el “Occidente judeo-cristiano” y el “fascismo islámico”

es de alcance global, vinculando la política exterior al enaltecimiento de un modo de vida, justamente uno de los ejes de la crítica realista al liberal-internacionalismo.

Esa diferencia de enfoques se percibe en la base argumentativa que sostiene la necesidad de reorientar las relaciones con Rusia. Si bien Stephen Bannon se refiere críticamente al capitalismo patrocinado desde el Estado, valoriza el nacionalismo de Putin, en país de raíces cristiano-ortodoxas, enaltecendo una alianza que coloca en primer plano el combate al yihadismo. No es ésa la perspectiva adoptada por Paul Saunders, que toma como referencia el discurso de Trump de abril de 2016 en el CNI, cuando propuso el “alivio de las tensiones y la mejora de las relaciones con Rusia, desde una posición de fuerza”. Más allá de reconocer temas sensibles como Crimea, Ucrania y Siria, destaca el significado estratégico de ese país como “la palanca para mover muchos otros componentes de la política exterior de Estados Unidos [...] hacia China —un desafío estratégico más serio— y la gestión de complejo ambiente de seguridad en el Medio Oriente” (Saunders, 2016).

Para Jacob Heilbrunn, editor de la revista *The National Interest*, no se trata de cuestionar por principio el uso del poder, sino la efectividad de intervenciones en el exterior justificadas como promoción de la libertad y la prosperidad.

Ahora que Trump ha sido elegido [...] los arreglos que se construyeron después de la Segunda Guerra Mundial para ayudar a asegurar el dominio global estadounidense están siendo cuestionados. El hombre de Davos está recuperándose del auge del sentimiento nacionalista, de Gran Bretaña a Alemania, de América a China [...] Mientras tanto, el neoconservadurismo y el internacionalismo liberal se han retirado en una forma de exilio interno en Washington, al menos por el momento (Heilbrunn, 2017).

Saliendo a la luz de ese “exilio”, los autores del informe bipartidista de la Brookings Institution expresan preocupación por el abandono de la política exterior que marcó a las administraciones precedentes, cuando una retirada estadounidense podría significar el avance de potencias revisionistas del orden internacional, favoreciendo un

[...] sistema de esferas de influencia en el cual China domina gran parte de Asia oriental, Rusia domina gran parte de Europa oriental y central y Estados Unidos es preeminente en su propio hemisferio y posiblemente en Europa occidental. Los enfoques de esferas de influencia en el orden internacional

son intrínsecamente inestables, en gran medida porque las líneas de demarcación son cuestionadas. Es una configuración propensa a un gran conflicto de poder (Brookings, 2017: 3).

Sorteando obstáculos intelectuales del debate medios-fines de corrientes analíticas de las relaciones internacionales, el mensaje presidencial del 27 de febrero justificando aumento de gastos con defensa introduce un ingrediente impresionista de la realidad: “Tenemos que empezar a ganar guerras de nuevo” (Trump, 2017), dejando claro que la crítica no es contra escaladas militares, más bien a una supuesta incapacidad de sus antecesores de obtener victorias.

Como fue abordado anteriormente, los formuladores del unilateralismo pos-11/09/2001 vislumbraron en la crisis de aquel momento la oportunidad de deflagrar una ofensiva militar, cuando el uso de la fuerza sostendría un ciclo virtuoso de supremacía estadounidense que incluía como componente la promoción de la democracia. No obstante, la marca distintiva de los cambios de régimen no fue la democratización, sino más bien la profundización de la inestabilidad, aumento de conflictos armados, debilitamiento y falencia de Estados, surgimiento del Estado Islámico. ¿Eso significa concluir que la estrategia fracasó? Dependiendo de cómo se establecen adecuaciones de sentido entre intereses, objetivos y resultados, victorias y derrotas pueden ser relativizadas.

George Friedman, fundador de la empresa de inteligencia Stratfor, pone en duda la pertinencia de concentrar esfuerzos interpretativos en torno de quién habría resultado victorioso en esos eventos, destacando en cambio una característica que considera significativa de la proyección del poder estadounidense pos-11/09/2001:

El objetivo no era la victoria. Ni se sabe exactamente el significado de una victoria. El objetivo era únicamente dividir el mundo islámico y colocar a unos contra los otros, de modo que un imperio islámico no pudiese surgir. Estados Unidos no precisa ganar sus guerras. Sólo precisa dismantelar planes de modo que el otro lado no consiga juntar fuerza suficiente para desafiarlo (Friedman, 2009: 20).

De hecho, si vamos más allá del subjetivismo impresionista de Trump sobre engrandecer nuevamente a Estados Unidos, y focalizamos en los resultados concretos de la llamada guerra contra el terrorismo,

una realidad que emerge es que el peso mayor de las consecuencias negativas impacta fuera del país. En el campo político, los cambios de régimen en Afganistán, Irak y posteriormente en Libia, junto al debilitamiento del Gobierno sirio y los condicionantes al poder militar de Irán por los acuerdos negociados en 2015, tienden a limitar capacidades de acción en el campo adversario. Elevado al primer plano de amenazas internacionales por la actual administración, el yihadismo perpetra sus principales ataques en Medio Oriente (MO).¹⁰ En el campo económico, Estados Unidos redujo la dependencia energética externa por la explotación de fuentes domésticas alternativas asociadas al gas de esquisto (*Energy News*, 2016), disminuyendo el peso del petróleo en las motivaciones intervencionistas.

El desorden instalado en el MO, para el cual contribuyó decisivamente la política exterior estadounidense, debilita el protagonismo internacional de las potencias de la región, empoderando insurgencias contra sus élites gobernantes, y libera a Estados Unidos para limitar envolvimientos militares que demanden la costosa presencia de tropas en el terreno. Una posición relativamente confortable que resulta de la ejecución de finalidad común en los gobiernos de Clinton, Bush y Obama: reducción continua de la fluida lista de “Estados delincuentes”, conforme muestra el cuadro 2:

Cuadro 2

Estados Unidos: lista de “Estados patrocinadores del terrorismo”

Año/administración	Países
1999/Bill Clinton	Irán, Irak, Siria, Libia, Corea del Norte, Cuba, Sudán
2007/George W. Bush	Cuba, Irán, Corea del Norte, Sudán, Siria
2015/Barack Obama	Irán, Sudán, Siria

Fuente: us State Department (2016).

10. Buscando desmitificar el alto grado de amenaza atribuido al terrorismo por la población de Estados Unidos, Joseph Nye (2016) apunta que está lejos de constituirse como tercera guerra mundial: “El terrorismo radical islámico causa la muerte de menos estadounidenses que los empleados o estudiantes descontentos que disparan a sus compañeros de trabajo o estudio”.

La promoción de la democracia a través del cambio de régimen fracasó, ¿pero era ése de hecho un objetivo no negociable de los formuladores de la política exterior? De acuerdo con Richard Haas, director de Planificación Política del Departamento de Estado entre 2001 y 2003, la gravedad de la situación en MO impone posibilidades precarias de pacificación, sin “margen para las falsas ilusiones. El cambio de régimen no es una panacea; puede ser difícil de alcanzar y casi imposible de consolidar” (2014).

Paralelamente a las oscilaciones del impresionismo trumpiano, existe un consenso en el conjunto de posiciones abordadas de que el proceso de transición presidencial coloca en evidencia indicadores de cuestionamiento del *statu quo*. En los sectores identificados con la derrota, el reconocimiento de la nueva realidad impone una revisión de proyecciones sobre la inserción de Estados Unidos en el mundo. El aislacionismo atribuido a Trump representaría la opción por un orden internacional pautado por áreas de influencia, a la medida de los intereses de potencias que en la actualidad enfrentan desafíos a su capacidad de proyección global. Como se muestra en el cuadro 3, China enfrenta retos de ámbito militar; para Rusia, la economía es un límite estructural.

Cuadro 3

Estados Unidos, China, Brasil y Rusia: gastos militares en 2015

País y lugar entre las economías del mundo	Gastos militares en millones de dólares	Gastos militares como % del PBI
Estados Unidos – 1°	596,024	3.3%
China – 2°	214,787	1.9%
Brasil – 9°	24,584	1.4%
Rusia – 12°	66,421	5.4%

Fuente: Stockholm International Peace Research Institute (SIPRI, 2016).

En el enfoque presentado por Brookings, para una superpotencia global establecida como Estados Unidos, circunscribirse a esferas regionales representaría un retroceso. No obstante, el análisis desarrollado hasta aquí deja claro que no es ése el escenario que se vislumbra de las decisiones de la actual administración y de las visiones expuestas por sectores que la apoyan.

El aumento de 10% para defensa propuesto por Trump corresponde a 54,000 millones de dólares, que representa más del 80% del presupuesto militar total ruso, con un peso en el PBI sustancialmente mayor a los demás países incluidos en el cuadro 3, especialmente si tomamos como referencia una potencia media como Brasil. Asumir costos de una carrera armamentista es administrable para Estados Unidos, impensable para Rusia e innecesario para China, al menos en el contexto presente.

Las controversias de posiciones sobre el lugar de Estados Unidos en el mundo no colocan en cuestión el liderazgo del país, más los argumentos que lo justifican. En el campo que asume el realismo, revisar universalismos de libertad y prosperidad no invalida el uso del poder nacional con propósitos de contención y disuasión, como el bombardeo unilateral a una base militar de Siria en abril de 2017 como respuesta contra supuesto uso de armas químicas por parte de Bashar-al Assad, o la amenaza de Corea del Norte de acciones militares en el caso de que su gobierno persista en el expansionismo nuclear, presionando paralelamente a China para que asuma su posición más asertiva en relación con su vecino (Vidal Liy, 2017). En el campo de la derecha alternativa, así como del liberal-internacionalismo, el activismo se traduce en contiendas globales asociadas a valores, sea entre fundamentalismos judeo-cristianos e islámicos, o entre la democracia liberal y el “resto”.

En el ámbito del debate económico, no priman controversias sobre la continuidad de la globalización de los mercados, más entre intereses capitalistas con dependencia mayor o menor del mercado interno estadounidense, expresando pujas distributivas de fracciones financieras, industriales, tecnológicas y comerciales. Como componente de esa politización de la política económica, adquiere peso el impacto en el empleo y el consumo, asimilando advertencias del voto antisistema de sectores asalariados en las elecciones de 2016.

Si bien el nacionalismo de la derecha alternativa no dictamina los rumbos de la economía, introduce un ideario anticosmopolita que vincula la protección de empleos a barreras migratorias, sobreponiendo identidades étnico-religiosas a derechos humanos universales. Por sus vinculaciones internacionales, principalmente en Europa, esa corriente se torna blanco preferencial de la derecha neoliberal, que

anuncia el fantasma de una peligrosa alternancia de élites introducida por *outsiders* empoderados por un advenedizo en la Casa Blanca.

Como vemos, no se trata de disputas que coloquen en duda la primacía de Estados Unidos y del orden que reivindica una tradición capitalista occidental, más bien de controversias al interior del sistema que reconocen la existencia de una crisis, con diagnósticos de diverso grado de radicalidad en la atribución de culpabilidades y prescripciones de tratamiento, cuyo desenlace en los rumbos que tomará la administración Trump aún está abierto.

Concluimos, retornando a Eric Hobsbawm y su “era de extremos”, que las variadas percepciones de *impasse* y respuestas ideológicas abordadas a lo largo del capítulo parecen actualizar en versión novedosa: a cien años de la Revolución Rusa, uno de los marcos inaugurales del “breve siglo xx”, la derecha se posiciona en forma destacada en la línea de largada.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ayerbe, Luis Fernando. (2010). El ideario neoconservador en la política exterior de Estados Unidos. Presencia y permanencia. *Pensamiento Propio*, núm. 31, enero-junio. <http://www.cries.org/wp-content/uploads/2010/08/pp31-web.pdf>
- . (2012). *Los Estados Unidos y la América Latina. La construcción de la hegemonía*. La Habana: Fondo Editorial Casa de las Américas.
- Bercowitz, Bill. (2017). *The Heritage Foundation: A Heritage of Propaganda as News*, 25 de enero. <http://www.truth-out.org/buzzflash/commentary/the-heritage-foundation-a-heritage-of-propaganda-as-news>
- Bloomberg. (2017). Here's What We Know About Trump's Mexico Wall. *Bloomberg*, 2 de marzo. <https://www.bloomberg.com/graphics/2017-trump-mexico-wall/>
- Brookings. (2017). *Building "Situations of Strength". A National Security Strategy for the United States*. Brookings Institution, febrero. https://www.brookings.edu/wp-content/uploads/2017/02/fp_201702_ofc_report_web.pdf
- Brzezinski, Zbigniew. (1998). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Buenos Aires: Paidós.
- Energy News. (2016). Estados Unidos siguió siendo el mayor productor de petróleo y gas natural en 2015. *Energy News*, 25 de mayo. <http://www.>

- energynews.es/estados-unidos-siguio-siendo-el-mayor-productor-de-petroleo-y-gas-natural-en-2015/
- Feder, Lester. (2016). This is how Steve Bannon sees the Entire World. *BuzzFeed News Reporter*, 15 de noviembre. https://www.buzzfeed.com/lesterfeder/this-is-how-steve-bannon-sees-the-entire-world?utm_term=.wbD8dW3mz2#.in6M9jYnJo
- Fox, Michelle. (2017). *Border adjustment tax will be part of tax reform, chief GOP tax writer says*, 15 de febrero. <http://www.cnn.com/2017/02/15/border-adjustment-tax-will-be-part-of-tax-reform-chief-gop-tax-writer-says.html>
- Friedman, George. (2009). *Os Próximos 100 anos. Uma previsão para o século XXI*. Río de Janeiro: Best Seller.
- Friedman, Thomas. (2015). Cuba e Irán: Por qué pactó Obama. *La Nación*, 7 de abril. <http://www.lanacion.com.ar/1782264-cuba-e-iran-por-que-pacto-obama>
- Fukuyama, Francis. (2016). Trump and American Political Decay. After the 2016 Election. *Foreign Affairs*, 9 de noviembre. <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2016-11-09/trump-and-american-political-decay>
- Gardels, Nathan. (2002). EUA 'O poderio americano, uma cerca protetora da liberdade'. *O Estado de São Paulo*, 5 de mayo. São Paulo.
- Gramm, Phil. (2017). How 'border adjustment' poisons tax reform. *American Enterprise Institute*, 23 de febrero. <https://www.aei.org/publication/how-border-adjustment-poisons-tax-reform/>
- Haas, Richard. (2014). La nueva guerra de los treinta años. *The Project Syndicate*, 21/07. <http://www.project-syndicate.org/commentary/richard-n--haass-argues-that-the-middle-east-is-less-a-problem-to-be-solved-than-a-condition-to-be-managed/spanish>
- Heilbrunn, Jacob. (s/f). *Here comes Fortress America? The National Interest*. <http://nationalinterest.org/feature/here-comes-fortress-america-19406?page=show>
- Heritage Foundation. (2016). *Mandate for Leadership: A Comprehensive Policy Agenda for a New Administration*.
- . (2017). *Heritage has won Victories for Conservative Principles*, 15 de febrero. (<http://www.heritage.org/about-heritage/impact>) 26 de agosto. <http://www.heritage.org/budget-and-spending/report/mandate-leadership-comprehensive-policy-agenda-new-administration>
- Hobsbawm, Eric. (1995). *A Era dos Extremos*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Huntington, Samuel. (2000). A superpotência solitária. *Política Externa*, 78(2), marzo-mayo. São Paulo.

- Luce, Edward. (2017). Donald Trump and the siege of Washington. *Financial Times*, 19 de febrero. <http://newsonahand.com/donald-trump-and-the-siege-of-washington/>
- McIntyre, Jamie. (2016). Imbecile or truth-teller? Military experts weigh in on Trump's NATO comments. *Washington Examiner*, 21 de julio. <http://www.washingtonexaminer.com/imbecile-or-truth-teller-military-experts-weigh-in-on-trumps-nato-comments/article/2597288>
- National Security Council (NSC). (2002). *The National Security Strategy of the United States of America*, 17 de septiembre. Washington DC. www.whitehouse.gov/nsc/nss.html
- Nye, Joseph. (2016). El calibre exacto del terrorismo. *Clarín*, 21/02. <http://www.pressreader.com/argentina/clarin/20160221/282132110510386/textview>
- Paulson, John. (2017). Trump and the Economy. *Foreign Affairs*, marzo/abril.
- Radosh, Ronald. (2016). Steve Bannon, Trump's Top Guy, Told Me He Was 'A Leninist' Who Wants to 'Destroy the State'. *The Daily Beast*, 22 de agosto. <http://www.thedailybeast.com/articles/2016/08/22/steve-bannon-trump-s-top-guy-told-me-he-was-a-leninist.html>
- Remnick, David. (2014). On and off the road with Barack Obama. *The New Yorker*, 27 de enero. <http://www.newyorker.com/magazine/2014/01/27/going-the-distance-2?currentPage=all>
- Robinson, Andy. (2016). "Neocon" vota Clinton. *La Vanguardia*, 29 de agosto. Barcelona. <http://www.lavanguardia.com/edicion-impresa/20160829/404247312455/neocon-vota-clinton.html>
- Saunders, Paul. (2016). Staffing Will Be Key for Trump's Russia Policy. *The National Interest*, 12 de diciembre. <http://nationalinterest.org/feature/staffing-will-be-key-trumps-russia-policy-18719?page=show>
- Simes, Dimitri, y Saunders, Paul. (2016). Hosting Trump. *The National Interest*, 2 de mayo. <http://nationalinterest.org/feature/hosting-trump-16023?page=show>
- SIPRI. (2016). *SIPRI Military Expenditure Database*. <https://www.sipri.org/databases/milex>
- Soderberg, Nancy. (2005). El mito de la superpotencia: Uso y abuso del poder. Buenos Aires: El Ateneo.
- The Economist*. (2016). Think-tanks are concerned about a Trump administration. *The Economist*, 17 de noviembre. <http://www.economist.com/blogs/democracyinamerica/2016/11/worried-wonks>
- . (2017). Um agitador na Casa Branca. *The Economist*, reproducido por *O Estado de São Paulo*, 5 de febrero. <http://internacional.estadao.com.br/noticias/geral,um-agitador-na-casa-branca,70001653279>

- Think Tank Watch*. (2016). Nixon's Think Tank to Host Donald Trump. *Think Tank Watch*, 26 de abril. <http://www.thinktankwatch.com/2016/04/nixons-think-tank-to-host-donald-trump.html>
- Trump, Donald. (2017). *Remarks by President Trump in Meeting with the National Governors Association*, 27 de febrero. <https://www.whitehouse.gov/the-press-office/2017/02/27/remarks-president-trump-meeting-national-governors-association>
- U. S. State Department. (2016). *Country Reports on Terrorism*, 2 de junio <https://www.state.gov/documents/organization/258249.pdf>
- Vidal Liy, Margarena. (2017). *Tillerson advierte de que la paciencia con Corea del Norte se ha acabado*. [Ç://internacional.elpais.com/internacional/2017/03/17/actualidad/1489740770_266593.htm](http://internacional.elpais.com/internacional/2017/03/17/actualidad/1489740770_266593.htm)
- White House. (2017). *America First Budget*. Office of Management and Budget, 16 de marzo. https://www.whitehouse.gov/sites/whitehouse.gov/files/omb/budget/fy2018/2018_blueprint.pdf

EFEECTO ANTI-TRUMP: EL TRIUNFO DE LA IDEOLOGÍA HEGEMÓNICA

Silvina María Romano¹

Cuando se supo que Trump sería el nuevo presidente de Estados Unidos, la prensa hegemónica desató toda su artillería en contra del magnate: se pasó de la ridiculización de Trump —que predominó durante la campaña—, a considerarlo como una de las peores amenazas a la democracia estadounidense. Entre las opiniones de expertos más destacadas, en este caso sobre América Latina, se publicaron varias afirmaciones de Michael Shifter (director del *Inter-American Dialogue*, think tank neoliberal) sobre el desastre que implicaría un gobierno de Trump para las relaciones de Estados Unidos y América Latina (*Forbes*, 23 septiembre 2016). Pasado poco más de un mes de gobierno, en medio de las persistentes críticas de la prensa, la sociedad civil y parte de la esfera política formal al nuevo gobierno, Shifter vuelve a hacer declaraciones, pero esta vez para coincidir con Trump y su equipo en la necesidad de llevar a cabo una política que de una vez por todas garantice el “orden institucional” en Venezuela. A esto se suma la carta enviada por una comisión bipartidista de 34 legisladores a Trump para pedir más presión sobre el Gobierno de Venezuela con la imposición inmediata de sanciones a funcionarios y la reunión del presidente y vicepresidente con miembros de la oposi-

1. Investigadora del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Conicet, UBA, Marcelo T. de Alvear 2230, 3er piso of. 314 (C1122AAJ), Ciudad de Buenos Aires, Argentina. Doctora en Ciencia Política, licenciada en Comunicación y licenciada en Historia por la Universidad Nacional de Córdoba, Argentina.

ción venezolana, que solicitaron ayuda para “garantizar” los derechos humanos en el país.

¿Cómo es posible que el director de uno de los *think tanks* neoliberales por excelencia coincida con Trump “el populista”? ¿Por qué se acepta con naturalidad que en el caldeado escenario que dejaron las elecciones, demócratas y republicanos confluyan en una comisión bipartidaria que además busca el apoyo de Trump? ¿Cómo es que la oposición venezolana solicita la garantía de los derechos humanos en Venezuela a uno de los dirigentes más cuestionados en este nuevo siglo por sus posturas xenófobas, machistas, etcétera?

Esta confluencia entre intereses y sectores (aparentemente) contrarios, nos lleva a recuperar el rol de la ideología, presentada en discursos y prácticas que establecen lo correcto y deseable, ocultando las contradicciones y legitimando la reproducción del sistema. Esto se percibe tanto en el plano de la política interna estadounidense como en las reacciones de otros gobiernos frente al nuevo Gobierno republicano.

Respecto a la política interna llaman la atención dos aspectos: el primero es sobre la democracia estadounidense. Por un lado, está la lectura sobre las elecciones, que tendió a cuestionar el triunfo de Trump, pero que poco profundizó sobre las deficiencias del sistema electoral estadounidense y su tendencia elitista. Por otro, se le otorga a Trump, al Poder Ejecutivo, una suerte de superpoder que no es real si se considera la influencia y “tiras-aflojes” entre diferentes sectores de la élite del poder. El segundo punto es la distorsión de la realidad propiciada por el modo en que los medios hegemónicos matizan o no consideran la distancia entre la retórica electoralista de Trump y las decisiones como jefe de gobierno, de manera tal que cualquier acción o política es considerada *a priori* como mala, no deseable, etc. El punto de comparación es la gestión Obama, de modo que a la par que se critica (con buenas razones o no) al nuevo Gobierno republicano, se va reescribiendo la historia sobre el gobierno de Obama, dejando de lado las promesas no cumplidas.

En cuanto a las reacciones ante el “efecto Trump” desde fuera, nos interesa especialmente el caso de algunos gobiernos de América Latina que estaban alineados a Estados Unidos durante el gobierno de Obama, pero que ahora buscan desmarcarse de ese gobierno para defender a ultranza los Tratados de Libre Comercio (TLC) —dando por

sentado que son “el camino correcto”, desestimando los resultados que han tenido en las economías atadas a ellos, como México y Colombia.

Debido al rol fundamental que tienen los medios de comunicación masiva en la reproducción ideológica, sumado a que se trata de un proceso coyuntural, buena parte del análisis se centra en la información, omisión o desinformación brindada por la prensa, poniendo como telón de fondo la perspectiva histórica que permite una mayor comprensión de la política interna estadounidense y su percepción desde el exterior.

BREVES APUNTES SOBRE TRUMP Y LA REPRODUCCIÓN IDEOLÓGICA

Antes de las elecciones, Zizek afirmaba que “Hillary es peor [que Trump], puesto que hace que el no cambiar nada parezca deseable” (*Página 12*, 13 noviembre, 2016). El ejemplo más concreto de esta lucha por mantener el *status* es el rol desempeñado por los medios hegemónicos² y su crítica a Trump, que se apuntala en un discurso de lo políticamente correcto que oculta el hecho fundamental de que no sólo no cuestiona el sistema sino que busca salvarlo tal y como está.

Siguiendo el planteo elemental gramsciano, entendemos que la ideología dominante se realiza y reproduce especialmente en la sociedad civil a través de la hegemonía, permitiendo que la concepción de mundo de la clase dominante devenga sentido común (Portelli, 1988). Desde los medios hegemónicos, desde el propio *establishment* y considerando la campaña del mismo Trump, se instaló la idea de que existe una real disputa entre las concepciones de mundo —el sentido común— de Hillary y Trump. Ésa es la premisa (errónea) de la que derivan el resto de las argumentaciones. Lo real es que tanto Hillary como Trump forman parte de la cúpula de la clase dominante, de una

-
2. Se trata de conglomerados de producción y difusión de información tratada como propaganda, y por eso orientada a preservar el orden de cosas que garantiza la reproducción de un sistema y una estructura de poder liderada por una minoría privilegiada. Los intereses de estas minorías resguardados por los medios hegemónicos son presentados, especialmente en Estados Unidos, como “el interés nacional”, a diferencia de los “intereses especiales” (que son los del resto de la población) (Herman y Chomsky, 2000: 11).

minoría privilegiada (en Estados Unidos y el mundo) (Wright Mills, 1978; Miliband, 1991). Sin dudas existen divergencias en cuanto a lineamientos políticos o incluso económicos entre ambos, pero ninguno pone en duda —al menos— las siguientes premisas: a) que el capitalismo es el sistema deseable y necesario; b) que el Estado debe estar al servicio del sector privado; c) que Estados Unidos es una potencia mundial y debe conservar ese liderazgo.

La función de esta supuesta contradicción entre demócratas y republicanos, del supuesto antagonismo absoluto entre Obama o Hillary y Trump, es circunscribir el debate a los límites dados por el capitalismo y la democracia neoliberal: no se pueden pensar alternativas (Dorfman y Mattelart, 2009: 42; Žizek, 2003), constituyendo un claro indicio del triunfo de la ideología. En este panorama, Trump contribuye a legitimar aún más el *status* mediante su propia deslegitimación, al reforzar la idea de que no hay alternativa moralmente aceptable al neoliberalismo. No hay desvío posible, ni siquiera se permite un “tímido” intervencionismo, como el propuesto por Sanders (el otro candidato demócrata) —contra quien los medios hegemónicos, tributarios de Hillary también, desataron una feroz campaña.

¿Y por qué el consenso a favor de Hillary? Lo que defendían (y defienden) los medios hegemónicos al apoyar el “modelo” Hillary, es el “nuevo espíritu del capitalismo” (Žizek, 2011: 38) asentado en un “cómodo consenso democrático” (Žizek, 2016). Un capitalismo de clase media profesional; filantrópico, creativo, abierto a los jóvenes emprendedores, de los *millennials*, receptor de nuevas ideas, defensor de la libertad (para consumir) y los derechos culturales (escindidos de lo político y la condición de clase); el capitalismo de las Conferencias TED. Este “modo de vida” como modelo de éxito fue especialmente promovido por *joint-ventures* como la conformada entre la Fundación de la Familia Clinton y la Fundación de Bill y Melinda Gates (patrocinio de emprendedores, eventos filantrópicos, programas de asistencia focalizada, etcétera).

Pero el hecho es que, desde ese sentido común (que transpira a diario el *New York Times*), estar en contra de Trump no implica una posición progresista, sino que puede resultar lo contrario: estar a favor del libre comercio, los acuerdos asimétricos, las condiciones denigrantes de la fuerza de trabajo, la justificación de intervenciones en el extranjero y las guerras, la criminalización de propuestas

alternativas al neoliberalismo, etc. El discurso políticamente correcto, los buenos modales y las intenciones de la gestión Obama resultaron efectivos para legitimar decisiones que en los hechos contradecían lo dicho, alcanzando insospechados niveles de cinismo (cinismo comprendido como uno de los escenarios posibles de la ideología hegemónica) (Zizek, 2011: 46).

Sin embargo, la prensa hegemónica y el *establishment* aprecian y reproducen este modelo, porque procura borrar tensiones, eliminar la conflictividad “típica” de la política, se afana por tergiversar la realidad para resaltar el consenso y la armonía que reinó en la era Obama —a costa de miles de desempleados, migrantes sin derechos, jóvenes sin estudios, conflictos raciales y guerras perpetuas—. Es la materialización de teorías liberales tan irreales como el funcionalismo-sistémico en el cual el “conflicto” está por fuera del sistema y sólo existe para “corromperlo”, relato que a su vez encarna en sí mismo el rol primordial de la ideología: legitimar las formas permanentes de dominio (Wright Mills, 1961: 61 y 67).

Todo lo anterior confluye en un escenario que puede ser calificado como “pospolítico”, por distanciarse de los lugares comunes, los íconos y significados que identificaron a “la política” y “lo político” hasta la desarticulación del bloque soviético. Lo político en tanto

[...] espacio donde la contestación y compromiso es paulatinamente colonizado por la política, entendida como un mecanismo tecnocrático y procedimientos de consenso que operan en el marco no cuestionado de la democracia representativa, la economías de libre mercado y el liberalismo cosmopolita (Wilson y Swyngedow, 2015: 6).

Trump, desde la derecha, irrumpe en este panorama, pretendiendo alterar ese consenso sobre el libre mercado y el liberalismo cosmopolita. Así, Trump ha sido erigido simbólicamente como lo opuesto: un nacionalista proteccionista y un conservador retrógrado. Voces como la de Fukuyama (2017: 8) afirman que ganó porque hoy por hoy el problema “de la clase” (de la clase trabajadora) supera en Estados Unidos la cuestión étnica, de género, etc. Así, nada menos que el adalid del fin de la historia, que intentó enterrar por completo las nociones asociadas al mundo de la Guerra Fría (y enterrar cualquier alternativa frente al capitalismo neoliberal), nos confirma que “la cuestión de la clase” no fue resuelta. Y con este retorno de la clase se abre también

un retorno a “lo político” desde el conflicto (la figura de Trump misma despierta conflicto) desafiando la hegemónica y siempre edulcorada preferencia liberal de identificar lo político con “el funcionamiento adecuado del *status*” (Wright Mills, 1961: 104).

Cuando Trump se perfiló como el candidato republicano, el primer concepto difundido por los medios hegemónicos y *think tanks* fue el de “populista” y se procuró asociarlo al “populismo latinoamericano” en un discurso apocalíptico no sólo repleto de prejuicios respecto a los gobiernos progresistas, sino de absoluto desconocimiento sobre lo que sucede “en los hechos” al sur del Río Bravo (*Reuters*, 31 marzo 2016). No obstante, funcionó como marca anti-Trump. Luego de su triunfo en las elecciones presidenciales, el populismo se combinó con la amenaza del proteccionismo, en tanto “antagonista” de los valores democráticos. A esto se suma un discurso centrado en la confrontación: Trump “se da el lujo” de poner en palabras y hacer evidente el racismo y clasismo que atraviesa a la sociedad estadounidense hace siglos o décadas, para horror de aquellos que preferían encubrirlo con discursos políticamente correctos pero que en los hechos impidieron cualquier proceso destinado a modificar esta situación.

El hecho es que, tal como están las cosas, nada de lo que diga/haga Trump y nada de lo que dijo/hizo Obama cuestiona seriamente las bases del capitalismo estadounidense y del sistema electoral y burocrático que lo legitima. Eso es lo que la prensa hegemónica no publicará. Como apuntan Chomsky y Herman (2000: 15): “[...] incluso cuando la controversia de las élites acerca de cuestiones tácticas está en pleno apogeo, quedan excluidas de los medios de comunicación las opiniones que ponen en cuestión las premisas fundamentales”. La exclusión/imposibilidad de cuestionar las premisas del capitalismo y de la democracia es en sí misma profundamente antidemocrática, pues destierra la posibilidad misma de “lo político”.

LA DEMOCRACIA ELITISTA

Desde el momento en que el triunfo de Trump fue oficialmente notificado, los medios hegemónicos intentaron desestimar el hecho de que llegó a la presidencia por vías legales. El ejemplo más contundente fue la publicación de una noticia sobre el supuesto apoyo de Rusia, a

través de hackers, para manipular los votos a favor de Trump (*Clarín*, 10 diciembre 2016) que luego fue desmentida (*Diario de las Américas*, 2 enero 2017), pero fueron menos personas las que se enteraron de la “errata” que quienes se escandalizaron con la falsa noticia. En las calles se sucedieron manifestaciones multitudinarias en contra del nuevo presidente. La prensa publicó material que declaraba que según expertos, Trump responde a las características de un “enfermo mental” (*Daily News*, 29 enero 2017), tema que ya había trascendido durante la campaña electoral (*The New York Times*, 7 agosto 2016).

Lo que quedó claro es que Trump parece “no representar” a muchos estadounidenses. Pero eso no es un “problema de Trump”, sino que se inscribe en el modo en que funciona la democracia estadounidense (y la democracia liberal en general). Algunos medios insinuaron las falencias del sistema electoral estadounidense durante las primarias (*The Guardian*, 8 junio 2017). Pero fue el resultado final de las elecciones (porque ganó el candidato menos deseado por el *establishment*) lo que puso en evidencia la escasa representatividad de un sistema electoral que permite que sea presidente alguien que no gana la mayoría del voto popular, pero que sí obtiene mayoría en el Colegio Electoral, aunque no se abundó en este asunto.

El sistema electoral estadounidense es uno de los menos representativos y de los más elitistas, desde sus orígenes. La reducción de democracia a democracia liberal respondió a la necesidad de garantizar la inclusión política sin inclusión económica hacia finales del siglo XVIII, como base del proceso de conformación del Estado estadounidense. La idea de “democracia liberal” era concebible sólo con las condiciones dadas por las relaciones de propiedad en el marco del capitalismo (Meiksins Wood, 2000: 272).

Los federalistas (como un grupo diferente de los federalistas demócratas, que devinieron demócratas) advertían que en el contexto de evidente división entre aquellos que eran propietarios y los que no lo eran, el sufragio no debía ser extendido a todos, porque la mayoría podía amenazar los derechos de propiedad (Dahl, 2003). El problema fue resuelto por medio de la inclusión de pequeños productores agrícolas y de clase media que se transformaron en el paragon de la participación política de los sectores populares de la sociedad estadounidense. Esto permitió a una élite quedarse en el poder (Wright Mills, 1978) y monopolizar el control por medio de “un mínimo de coerción,

un máximo de fuerza legal, y un barnizado general de patriotismo y unidad” (Zinn, 1999: 79).

El fundador del “pluralismo democrático”, Robert Dahl, destaca que desde su origen la Constitución estadounidense tenía siete deficiencias que limitaban su “naturaleza democrática”: 1. Permitía la esclavitud; 2. No lograba garantizar el derecho a voto; 3. Creó el Colegio Electoral, aislando al presidente de la mayoría popular; 4. Estableció que los senadores fueran elegidos por las legislaturas estatales; 5. Estableció una legislatura bicameral; 6. El Poder Judicial no tiene límites en sus prerrogativas para declarar leyes inconstitucionales; 7. Se le otorgó al Congreso menos poder para regular la economía que en otros Estados (Dahl, 2003: 15-20). De estos puntos, el sobresaliente en las últimas elecciones fue el del Colegio Electoral, que tal como lo define Dahl, es una institución que distorsiona fuertemente la representación igualitaria, pues no sólo permite que el presidente gane el voto popular pero no la elección (que es lo que ocurrió en el caso de Trump), sino que el impacto del voto individual varía sideralmente entre estados. Por ejemplo, un voto en Wyoming vale cuatro veces más que un voto en California (Dahl, 2003: 79-82).

Pero la democracia estadounidense sí representa (aunque no sin disputas) los intereses de una élite. Un indicio de esto es el monto que se maneja en las campañas electorales y las donaciones millonarias (*New York Times*, 10 octubre 2015). En las últimas elecciones presidenciales, entre los 24 candidatos a presidente (que comenzaron campaña y luego se fueron retirando), las campañas y los grupos aliados gastaron al menos 2.17 mil millones de dólares. Por su parte, Hillary Clinton juntó 242 millones de dólares, mientras que Trump optó por el autofinanciamiento, sumando 66 millones de dólares de su propio bolsillo para su campaña (Center for Public Integrity, 2016).

Con excepción de Sanders, que fue financiado en más del 60% por donaciones de 200 dólares o menos, el resto de los candidatos, encabezados por Hillary, recibieron donaciones millonarias (Center for Public Integrity, 2015). Y esto no sólo para elecciones de 2016, sino que en 2008 las grandes firmas financieras fueron cinco de los 10 mayores patrocinadores de Hillary durante su campaña (en las primarias) (Center for Public Integrity, 2015a).

En este escenario, repetimos que el único candidato que llegó a postularse gracias al apoyo de pequeños donantes fue Bernie Sanders,

que además fue el único candidato no millonario (su patrimonio es calculado en 330,507 dólares). Un panorama diferente es el de Hillary: durante el último año como secretaria de Estado, el Center for Responsive Politics calculó su patrimonio en 15.3 millones de dólares. Por su parte, Trump cuenta con un patrimonio calculado en 3,700 millones de dólares (ABC, 28 septiembre 2016).

Conociendo estos “detalles” es difícil afirmar que Trump no es de la élite, simplemente porque él decidió presentarse como *outsider* del *establishment*. Se entiende que Trump haya apelado a esa estrategia como parte de su discurso de campaña electoral. Lo que es curioso, es que la prensa hegemónica o las lecturas liberales tampoco lo consideren parte de la élite (BBC, 8 febrero 2017; *El Confidencial*, 11 octubre 2016; Fukuyama, 2017: 16; Santibañes, 2017: 56). El posicionarlo “por fuera” supone que Trump pertenecería a un grupo diferente al que integran personajes de la política y el mundo empresarial como Hillary Clinton, Bill Gates o la familia Bush, miembros de la élite neoliberal identificados como “el *establishment*”. Si bien Trump no pertenece a la clase dirigente (pues carece de trayectoria en la política institucional), en los hechos es parte de la minoría privilegiada que conforma la cúpula de la clase dominante: Trump se hizo multimillonario en el marco del capitalismo neoliberal; pertenece a una minoría privilegiada de Estados Unidos y del mundo; esta minoría (más allá de las tensiones y diferencias) es la guardiana del capitalismo y no dudará en garantizar las condiciones para permanecer y reproducirse en el poder.

¿ES EL PRESIDENTE QUIEN DECIDE?

Apelando a una mínima revisión histórica, puede decirse que el poder del Ejecutivo en Estados Unidos comenzó a ampliarse sobre todo a partir del Nuevo Trato (New Deal), que otorgó mayores poderes al presidente en un contexto de crisis, favoreciendo el “presidencialismo”. Esto coincide con el hecho de que, en los orígenes de la democracia estadounidense, el temor de los federalistas era el posible exceso de poder en el Legislativo, en tanto temían que una mayoría legislativa se dislocara y amenazara los derechos de las minorías. Para evitar este “exceso” y el de un líder con demasiado poder, se decidió entonces la conformación de un Colegio Electoral integrado por “ciudadanos

prominentes”. Pero el “pluralismo” supuestamente impulsado por esta decisión no logró cuajar y con el surgimiento de especialistas, que sustituyeron a los funcionarios electorales en la toma de decisión, la presidencia se tornó cada vez más independiente de los controles legislativos y judiciales a la vez que se fue liberando de tales restricciones. Así se institucionalizó la “presidencia imperial” (Horowitz, 1980: 55).

Esto se genera en el marco de una democracia elitista que procura resguardar los intereses de una minoría (que no son ni homogéneos ni están exentos de conflictos). Más allá de los funcionarios que ocupan lugares en la esfera política formal, existen una cantidad de grupos y sectores que influyen en la toma de decisión, garantizando la continuidad de —al menos— los siguientes objetivos básicos para la estructura de poder: mantener o aumentar (nunca reducir) el complejo industrial militar; garantizar el Estado de seguridad nacional (inaugurado con la *National Security Act* de 1947, profundizado con el 9/11 y sostenido durante la administración Obama); apuntalar el rol de potencia hegemónica de Estados Unidos (con poder blando o duro) y legitimar el orden de cosas dentro de las fronteras estadounidenses (Wills, 2010).

En virtud de lo anterior, los temores infundidos por la prensa apenas se conoció el triunfo de Trump no se corresponden necesariamente con el “poder real” del Ejecutivo en la toma de decisión y busca desdibujarse el hecho de que ese Ejecutivo está representando otros intereses además de los del presidente de turno. Si bien el presidente puede apelar a los decretos de urgencia (*executive orders*): a) estos decretos no son necesariamente “la voluntad” única del presidente sino que responde a grupos vinculados de cerca a la Casa Blanca; b) el presidente es advertido y asesorado por el Departamento de Defensa-Pentágono, secretario de Comercio, secretario de Estado, la presión de las multinacionales, etc. Entonces, sí se trata de una “presidencia imperial” pero no porque el presidente gobierne “solo” sino porque el aparato de Estado está organizado en torno a la visibilidad que adquiere la figura del presidente, que opera según las negociaciones, tiras y aflojes entre departamentos, el *lobby*, el clima en el Congreso

y el poder indiscutible de la Corte Suprema³ (este último en clara vigencia desde el inicio del gobierno de Trump).

Un ejemplo de los tiras y aflojes en la toma de decisión es una de las promesas de campaña no cumplida de Obama: cerrar Guantánamo. Desde el Ejecutivo se culpó al Congreso por bloquear los intentos de cerrar la prisión, pero Obama tuvo dos años para hacerlo antes de que los republicanos fuesen mayoría. En los hechos, el consenso que había desde el gobierno de George W. Bush de cerrar Guantánamo, que era además parte de la agenda de varios congresistas, cambió rotundamente cuando se planteó la necesidad de trasladar los presos de Guantánamo a cárceles estadounidenses. Por un lado, los defensores de las libertades civiles y derechos humanos entendieron que Obama no iba a dar batalla contra la detención/prisión indefinida. Por otro, la discusión se enardeció en los estados que serían los supuestos anfitriones de “criminales de alta peligrosidad” (*The Guardian*, 24 febrero 2016). A esto hay que sumar una larga batalla con el Pentágono (*The New Yorker*, 1 agosto 2016) y el hecho de que Obama tuvo que atender problemas “más urgentes”, como la reforma de salud y el salvataje a Wall Street (*Independent*, 17 agosto 2016). Puede notarse que hay una distancia real entre un decreto y su cumplimiento, sobre todo cuando hay diversos intereses en juego.

Trump tiene mayoría en el Congreso, pero no implica una alineación automática de los republicanos a todas sus decisiones o propuestas. De hecho, el Partido Republicano mostró importantes quiebres a partir de las primarias, cuando buena parte de su *establishment* se negaba rotundamente a aceptar su candidatura (*The New York Times*, 27 febrero 2016). En el caso de que se dedique únicamente a gobernar “por decreto”, tampoco le será sencillo.

Un ejemplo son los Decretos antiinmigración. El primer Decreto antiinmigrantes musulmanes causó enorme rechazo en amplios sectores y la directiva fue bloqueada por el juez James Robart, de Seattle (un

3. Según Robert Dahl (2003: 153 y 154), la Corte Suprema ha adquirido un enorme poder para gobernar, aunque no responda a un electorado. Este poder proviene de la posibilidad de legislar por medio de la revisión judicial, que le otorga a la Corte Suprema la prerrogativa de “revisar” las acciones del Poder Legislativo y el Ejecutivo. A los fines de lograr un sistema más democrático, este proceso debería ser llevado a cabo únicamente por funcionarios que obtengan su puesto por la vía electoral.

juez federal puede suspender parcial o completamente la aplicación de un decreto). La noticia fue ampliamente cubierta por la prensa, tal como lo ilustran los siguientes titulares: “Primer revés judicial para el nuevo decreto antiinmigración de Trump” (*La Prensa*, 11 marzo 2017); “Secretario General de la ONU pide anular el decreto antiinmigración de Donald Trump” (*El Herald*, 1 febrero 2017); “La justicia mantiene en vilo a Trump y su decreto” (*La Capital*, 8 febrero 2017); “Revés para Trump; un juez federal suspendió el decreto antiinmigración” (*Clarín*, 3 marzo 2017). Como respuesta, Trump sacó un segundo decreto edulcorado, aclarando que no se aplicará a “estudiantes, ingenieros, turistas y familiares que estén viajando a Estados Unidos o que viajen de Estados Unidos hacia el exterior”, que aparentemente también será apelada desde el Poder Judicial.

Dando por sentado que se trata indudablemente de una política racista y clasista, lo interesante es que los medios hegemónicos lo plantean como algo “extraordinario”, cuando el mismo Trump recordó en su discurso frente al Congreso (1 marzo 2017) que tanto Canadá como Australia tienen políticas migratorias altamente selectivas. Por otra parte, las noticias centradas en la “indignación” ocultan el proceso histórico y político que ha conducido a esta situación en Estados Unidos. Esto es posible en el marco de un Estado de seguridad nacional en el que igual se prohíbe la entrada y salida de personas, como se habilita la tortura o la vigilancia permanente de sus ciudadanos. Así, la Ley Antiinmigrantes se enmarca en un proceso de recorte de los derechos civiles y las libertades políticas que tiene su antecedente en la Ley para la Vigilancia de Inteligencia Internacional FISA (Foreign Intelligence Surveillance Act) de 1978, que encontró su corolario en la Ley Patriota (Romano, 2010).

Dicha ley no sólo fue renovada por la administración Obama sino que fue complementada con decretos orientados a aumentar la vigilancia —el Decreto número 13691 (13 febrero 2015) para “promover que el sector privado comparta información sobre ciber-seguridad” y el Decreto número 13694 (1 abril 2015) para “bloquear la propiedad de personas vinculadas a actividades en Internet que sean significativamente maliciosas” (Extensión Ley de Seguridad Interna). De hecho, sus últimas acciones en el gobierno fueron para aumentar el poder de la Agencia de Seguridad Nacional, para que “comparta información de las comunicaciones personales interceptadas a nivel global, con las

otras 16 agencias de inteligencia del gobierno” (*The New York Times*, 12 enero 2017). Las medidas de vigilancia y espionaje sobre la población estadounidense y mundial no generan el mismo nivel de indignación que las políticas antiinmigrantes, pero son parte del mismo esquema de seguridad nacional. Se complementan.

De igual modo, desde la asunción de Trump en la prensa hegemónica cunde la alarma sobre los “superpoderes” del Ejecutivo. Pero, al igual que la crítica sobre el resultado de las elecciones, no se cuestiona la “presidencia imperial” (y la escasa incidencia y representatividad de los ciudadanos en la toma de decisión), sino que el problema es que una persona como Trump “utilice mal” esos poderes. A pesar de que se autoproclamó como el presidente que menos apeló a los decretos, Obama habilitó 195 decretos de urgencia y 198 memorandos presidenciales —que también permiten tomar decisiones y llevarlas a cabo sin el consentimiento del Congreso (*USA Today*, 16 diciembre 2016).

DE LA CAMPAÑA AL GOBIERNO: TRUMP

Ya en el gobierno, el magnate supuestamente “anti-*establishment*” deja paso al verdadero Trump, que es parte de un sistema político y económico en el que el 1% del 1% de los ricos, es decir, los más ricos de los ricos, son quienes menos impuestos pagan y quienes presionan de diversas maneras para mantener su *status* frente a cualquier amenaza de redistribución. Su equipo de gobierno reúne a un grupo de privilegiados que suman una fortuna mayor a los 4,500 millones de dólares (*Público*, 22 diciembre 2016). Si bien la cúpula históricamente vinculada a la toma de decisiones se caracterizó por sus miembros acaudalados, ante un discurso de campaña en el que una de las preocupaciones eran los bajos salarios y la falta de empleo, es difícil pensar que un grupo de millonarios se dedicará con seriedad a cambiar estas condiciones.

Los medios hegemónicos presentaron el tema como “novedoso”: hay millonarios en el equipo de gobierno. Lo cierto es que apenas asumió Obama, varios funcionarios de alto rango eran millonarios y provenían del corazón mismo de Wall Street: Robert Rubin, quien gracias a su trabajo como secretario del Tesoro de Bill Clinton y las políticas a favor de los CEO, se ganó un lugar en Citigroup, recibiendo

128 millones de dólares en sus años de trabajo para dicha empresa. A su vez, Rubin recomendó a uno de sus discípulos, Laurence Summers, que fue nombrado asesor económico senior de la Casa Blanca. En 2008 Summers facturaba 5,2 millones de dólares trabajando una vez a la semana para el fondo *hedge* D. E. Shaw; la Goldman Sachs le pagó 135,000 dólares sólo por un discurso (Stone y Kuznick, 2012: 552). Otro de los consejeros de la Casa Blanca, Gregory Craig ganaba \$1.7 millones por su participación en la compañía de abogados Williams & Connolly; el jefe de gabinete Rahm Emmanuel declaró un patrimonio de entre cuatro y 11 millones de dólares para el año 2008 (véase: *ABC News*, 25 marzo 2009).

Algo similar sucede con los ataques de Trump al libre comercio durante su campaña, cuando criticó la expansión de empresas estadounidenses en el exterior a costa de la desocupación y bajos salarios en Estados Unidos, así como los resultados de los tratados de libre comercio para la economía local. Sin embargo, eligió nada menos que a Rex Tillerson, gerente general de Exxon Mobil como secretario de Estado, el puesto clave de política exterior. Trump coloca en este cargo a un megaempresario, porque “confía” en los conocimientos en materia de diplomacia extranjera que tiene Tillerson debido a su vasta experiencia como negociador de Exxon, lo que le da “un amplio conocimiento en geopolítica” (*Excelsior*, 13 diciembre 2016).

Esto puede ser un indicio (considerando la opacidad y tendencias contradictorias) de que a Trump sí le preocupan “los negocios” en el exterior y que esto no lo concibe como contradictorio con el proteccionismo en casa. En el ya citado discurso frente al Congreso, Trump citó a Hamilton, cuando advertía sobre los peligros de abandonar las políticas proteccionistas. Pero además, Trump aseguró que uno de los problemas son los impuestos con los que se grava a los productos estadounidenses en otros países, situación que debe modificarse urgentemente. Esto podría ser interpretado así: aumentar la producción nacional con un “regreso” de las transnacionales de Estados Unidos a suelo nacional, contratando mano de obra nacional, a la vez que se procurarían mejores condiciones para sus empresas y productos en el exterior, como una alternativa más para paliar el déficit comercial. Esto difiere bastante del panorama caótico alimentado por la prensa hegemónica de que Trump acabaría con el neoliberalismo a nivel mundial.

Por otra parte, teniendo en cuenta los secretarios elegidos, se abren dudas sobre el predominio de políticas absolutamente “duras” en materia de política interna y externa (a diferencia de lo que tiende a mostrarse). Un ejemplo es el del secretario de Seguridad Interna, general John F. Kelly. Si bien es cierto que hace décadas que este cargo no lo ocupaba un militar (y ahora sí lo hará), también es cierto que el perfil de Kelly no es el de un militar convencional. El ex líder del Comando Sur (que abarca operativos militares y de “asistencia humanitaria” en América del Sur, Centroamérica y el Caribe) tiene muy claro el modo en el que el poder blando debe acompañar al poder duro. Hay cosas que no se pueden imponer por la fuerza. En un evento le preguntaron al general cómo eran las relaciones con los países de América Latina. El general afirmó: “[...] Le gustamos a todos los países de la región. Quieren asociarse con nosotros. Les gustan nuestras cosas ya sean de Walmart o productos militares. Les gusta comprar cosas estadounidenses” (Kelly, 2015).

A finales de febrero de 2017 Tillerson y Kelly viajaron a México, en un escenario sumamente tenso con el país vecino debido a los improperios pronunciados por Trump contra los mexicanos, sumado a políticas migratorias claramente orientadas a la criminalización de los migrantes y la mano de obra no especializada. No obstante, ambos funcionarios, contradiciendo la postura intransigente del presidente estadounidense, plantearon la necesidad de negociar con México: “Las reuniones llevadas a cabo el martes generaron un módico acuerdo entre Estados Unidos y México”. Kelly aseguró además que no habrá deportaciones masivas (*The New York Times*, 23 febrero 2017).

SALVAR A HILLARY Y AL LEGADO DEMÓCRATA

Algo que quedará probablemente olvidado, es que para defender a su candidata, la prensa hegemónica culpó al FBI de manufacturar un caso judicial para arruinar la campaña de Hillary (*The New York Times*, 6 noviembre 2016). Sin descartar el *timing* político del caso (11 días antes de las elecciones generales), lo cierto es que se trata de acusaciones que dan cuenta de la intencionalidad de Hillary Clinton de mantener comunicaciones vinculadas a cuestiones de Estado, pero por vías privadas (que le permiten la eliminación de la información, y se com-

probó que de hecho borró aproximadamente 30 mil *mails*) (*El Mundo*, 29 octubre 2016). Este diario español afirma sin embargo “puede que también esto sea una tormenta en una taza de café”, tratando de quitar importancia al asunto. Hillary también fue culpada de utilizar su influencia como secretaria de Estado para favorecer los vínculos de empresas y gobiernos con la Fundación Clinton (*CNN*, 24 agosto 2016). En varios titulares se insinuó que el problema no era el hecho en sí, sino que le daba mayor poder al candidato republicano: “La polémica sobre la Fundación Clinton crece y le da munición a Trump” (*El Nuevo Herald*, 23 agosto 2016).

A esto se suma la premura por reescribir la historia reciente sobre la gestión Obama, a partir de las diferencias entre Obama y Trump. La superficialidad que ha alcanzado la prensa hegemónica en este tipo de análisis es especialmente evidente en las noticias destinadas a comentar las “diferencias entre las primeras Damas”. En varias notas de prensa se reprodujeron las “cinco diferencias” entre Michelle Obama y Melania Trump, dejando claro que “el carisma y liderazgo de Michelle” parece que no podría ser suplantado por la “parca” Melania. La esposa de Obama hizo historia por ser la primera dama afrodescendiente en la Casa Blanca; Melania también hará historia, pero por ser una primera dama que es tercera esposa del presidente de turno (*La Vanguardia*, 17 enero 2017).

Todo lo anterior opera como fachada o “cortina” para desviar la atención de lo que sucedió con Obama, contribuyendo a su vez a reconstruir una determinada memoria sobre su mandato (con base en la oposición con Trump). Para dar un ejemplo de otra visión, diremos que cuando fue elegido en 2008 se abrieron grandes expectativas en Estados Unidos, en el mundo y en América Latina. El primer presidente negro, con promesas de paz y bienestar económico y social para los estadounidenses, promesas para los latinos migrantes en territorio estadounidense. Una “nueva alianza” para América Latina. Pero las expectativas se fueron desvaneciendo a medida que transcurrieron sus dos gestiones. Fue el presidente que dedicó uno de los presupuestos más abundantes a defensa (y guerra), llevó a cabo diversas intervenciones armadas y “humanitarias”, terminó la guerra de Irak pero persistió en la de Afganistán y apoyó el desastre de Libia. Salvó a los magnates de Wall Street en la crisis inmobiliaria —de sistema— y

abandonó a los trabajadores estadounidenses a su suerte; deportó a más migrantes que George W. Bush.

En cuanto a América Latina, en nombre de la democracia y los derechos humanos, el gobierno de Obama colaboró con la desestabilización de gobiernos y apoyó golpes de Estado. El tan mentado “poder blando” se transformó en un duro brazo ordenador para imponer el dogma: sólo hay una democracia, que es la democracia de libre mercado, democracia neoliberal. Si no es esta forma de democracia, la red de poder agudiza sus prácticas corporativas para instalar (por cualquier medio) esta forma de organización económica y política (Flax, Romano y Vollenweider, 2016; Boron, 2014).

REACCIÓN EN AMÉRICA LATINA: ¡SALVEMOS EL LIBRE MERCADO!

Otro de los indicadores sobre este consentimiento anti-Trump que se presenta como progresista —pero que es profundamente conservador en el sentido de que su único objetivo es reproducir el sistema tal y como está (y de ningún modo cuestionarlo)— es la comunión de la prensa y los expertos a favor del libre mercado, incluso a favor de los mega tratados de libre comercio como el Acuerdo Trans Pacífico, que son resistidos desde hace años por diferentes sectores (resistencia que ahora se invisibiliza aún más que antes). Así, con la personificación del mal (el proteccionismo) en Trump, se logra finalmente un consenso —hasta ahora no tan contundente— en torno a estos acuerdos. En América Latina esto tiene particular influencia, pues el libre comercio es el eje de una re-unificación para distanciarse de Estados Unidos, en las antípodas de lo planteado a partir del “no” al Área de Libre Comercio de las Américas —ocultando los resultados negativos que han tenido los TLC en las economías latinoamericanas y relativizando la importancia de las luchas contra los TLC.

Desde el norte, México presiona por profundizar el libre comercio insuflando fuerza a la Alianza del Pacífico, ante la incertidumbre sobre el derrotero del TLCAN. En noviembre, en pleno encuentro de empresarios de la Alianza, el presidente de la filial BBVA de México afirmó: “No hay duda de que el liberalismo y la apertura económica han mostrado que generan mayor crecimiento y bienestar para la población” (*El País*, 5 noviembre 2016).

Por eso, hay que salvar el TLCAN —incluso la izquierda institucional propone renegociar el acuerdo, pero no acabar con él—. Lo interesante es que desde Estados Unidos el argumento para salvar el TLCAN implica que México permanezca en un lugar de subordinación y dependencia. Se rescata como “positivo” el hecho de que México es el comprador “número uno” de bienes estadounidenses: maíz, leche, cerdo y arroz. Se advierte que en 2016 México compró dos mil millones de dólares en maíz, además de una buena cantidad de soya, trigo, algodón y carne vacuna (*The New York Times*, 23 febrero 2017).

En esta línea, a finales de octubre de 2016 se reunió el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC) en Lima, Perú. La asistencia nada más y nada menos que de Obama, Putin y Xi Ping, tuvo un claro propósito que se evidencia en el documento final: reafirmar el compromiso de mantener los mercados abiertos y luchar contra toda forma de proteccionismo (*CNN*, 20 noviembre 2016).

Más al sur, a la cabeza del salvataje del libre comercio, se encuentra el gobierno de Mauricio Macri en Argentina seguido por Chile y Brasil, con el proyecto de fusionar el Mercosur y la Alianza del Pacífico. Vale recordar que el Mercosur, en el contexto de auge de gobiernos posneoliberales había tomado un rumbo latinoamericanista buscando la inclusión de Venezuela y Bolivia; mientras que la Alianza del Pacífico fue conformada por gobiernos alineados a los intereses económicos y de seguridad estadounidenses (durante la era Obama), como “contrapeso” a la “otra integración” que se expandía a nivel regional. El presidente argentino Mauricio Macri convocó a una reunión en abril (2017) para llevar a cabo esta confluencia entre Mercosur y Alianza del Pacífico en defensa del libre mercado (*El País*, 13 febrero 2017). Esta articulación tiene un claro objetivo en términos de proyección internacional: concretar de una vez el acuerdo con la Unión Europea —que quedó en *stand-by* por 15 años debido a que las condiciones para la firma del tratado dan cuenta de una evidente asimetría entre ambas partes, a favor de las economías de la Unión Europea (Romano, 2016).

Dos cuestiones resultan interesantes de este renovado consenso por los TLC. La primera es el ocultamiento de la debacle económica a la que ha llevado a países como Colombia y México. La segunda, es que estos TLC implican a su vez acuerdos de seguridad, en particular en el marco de la guerra contra las drogas, que contribuyeron a la militarización e instalación de un espiral de violencia que ha generado

el escenario contrario al (supuestamente) buscado (Delgado Ramos y Romano, 2011).

De este modo, la función de una figura como Trump en la reproducción de la ideología hegemónica es reforzar los consensos en torno a la bondad del sistema y el libre mercado, haciendo pasar los TLC como “progresistas” ante el público, y condicionar la opinión pública en esta dirección.

Por último, para cerrar el panorama de “ocultamiento” respecto a América Latina, el caso más contundente es la guerra contra Venezuela. Durante su campaña, Trump prometió poner orden y procurar la defensa de los derechos humanos en Venezuela. Cuando es elegido presidente, la mayoría de los gobiernos antes aliados a Estados Unidos y que se habían inclinado a apoyar claramente a Hillary Clinton (como el caso del gobierno argentino) se muestran desorientados y luego molestos por las políticas proteccionistas de Trump. Como hemos visto, se marca una clara diferencia en oposición a su política económica. Sin embargo, las diferencias son sorteadas rápidamente para unirse a favor de la “democracia y los derechos humanos” en Venezuela. De hecho, la “unión” no es sólo entre gobiernos de derecha, la oposición de derecha en Venezuela y Trump, sino que se suman a la batalla los mismos medios hegemónicos, que en este caso no se muestran escandalizados por el accionar del gobierno republicano.

La lucha contra Venezuela los une porque lo que sucede en Venezuela es algo realmente diferente. Se trata de un proceso de cambio que desafía el orden neoliberal en lo económico, lo político, lo social y lo cultural: es una disputa real por crear otro sentido común. La Revolución Bolivariana se centró en la recuperación de “lo político”: hubo una refundación del Estado (la república), se habla de revolución y antiimperialismo, se recupera lo popular, etcétera (Romano y Tirado Sánchez, 2013). Es un movimiento, un proceso que retoma varios puntos de la “política tradicional” para transformarlos a la realidad venezolana. Lo contrario al escenario pospolítico alimentado por los medios hegemónicos y el *establishment* (incluido Trump).

Es interesante recordar que desde que Trump mostró liderazgo para imponerse como candidato republicano, la prensa lo atacó por “populista” y anunciaron (amenazaron) que sería el “próximo Chávez” en Estados Unidos. Ya en el gobierno, *The Washington Post* publicó el artículo más “osado”, comparando a Trump con Perón, Chávez y

Pinochet (*The Washington Post*, 26 enero 2017). Pero lo que abunda es la comparación Trump-Chávez, que para alguien mínimamente informado no resiste críticas serias debido a que Chávez desde sus primeros años en el gobierno impulsó la reforma del Estado venezolano para refundarlo a favor de las clases populares, teniendo como guía (cumplida o no) el socialismo del siglo XXI. En el caso de Trump, las medidas para proteger la economía estadounidense no están en el marco de un proyecto de cambio del sistema (de cuya élite él es parte y ahora guardián). Sin embargo, este tipo de planteos contribuyen especialmente a reproducir una ideología en la que cualquier alternativa al actual estado de cosas es no deseable y siempre termina siendo asociada al “autoritarismo” y al nazismo, descartándolas desde la moral liberal (que en los hechos ha apoyado a ambas tendencias en diferentes procesos históricos).

REFLEXIONES FINALES

La función de los medios masivos en la reproducción de la ideología hegemónica es tema conocido y el mismo Gramsci le dedicó buena parte de sus reflexiones. No obstante, hay coyunturas y escenarios en que este proceso adquiere gran protagonismo, y consideramos que el efecto anti-Trump es uno de esos escenarios. Ante el flujo permanente de (des)información, el abarrotamiento de hipótesis sobre lo que hará Trump, los escenarios apocalípticos, se limita el cuestionamiento, el debate, la crítica, a los límites impuestos por el propio sistema. No se cuestiona la naturaleza imperial estadounidense, que es lo que subyace a la enorme atención y tensión que generan las elecciones en ese país; se parte de premisas erróneas, en las que republicanos y demócratas son opuestos; queda incólume el sistema elitista no-representativo estadounidense, todo tiene que quedar tal como está.

Sin embargo, el nivel de “cinismo” alcanza niveles insospechados. Francis Fukuyama (2017: 8) afirma que

[...] en realidad, la turbulenta campaña [electoral] ha demostrado que la democracia estadounidense está funcionando mejor de lo esperado. Sin importar lo que puedan pensar sobre sus elecciones, los votantes se amontonaron en

las urnas en cada estado y arrancaron el control de la narrativa política de las manos de los grupos de interés organizados y de los oligarcas.

Esta creencia de Fukuyama no se corresponde con unas elecciones donde hubo alto porcentaje de abstencionismo, además de que los candidatos eran parte de la misma minoría privilegiada. Por otra parte, los “grupos de interés” operan a través de la legislatura y diversas estrategias de *lobby* que exceden (y son opuestos) a la representatividad democrática.

La ideología hegemónica se sirve de un magnate-político controversial como Trump para, bajo un manto de progresismo y marcada “indignación”, procurar salvar el sistema. Ésa es la dulce trampa que tienden a cada hora en los medios hegemónicos y sus redes sociales, en un mundo donde todavía se cree que estas corporaciones tienen la voluntad de “hacer justicia”. Otro triunfo de la ideología.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABC. (2016, 28 septiembre). Forbes calcula la fortuna de Donald Trump en 3,700 millones de dólares. ABC [en línea]. Disponible en: http://www.abc.es/economia/abci-forbes-calcula-fortuna-donald-trump-3700-millones-dolares-201609281950_noticia.html [recuperado 2 de marzo 2017].
- ABC News. (2009, 25 marzo). Who's who on Obama's dream team? ABC News [en línea]. Disponible en: <http://abcnews.go.com/Politics/President44/Story?id=6297764&page=4> [recuperado el 26 de febrero de 2017].
- Baran, Paul, y Sweezy, Paul. (1974). *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de los Estados Unidos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BBC. (2017, 8 febrero). Populista, enfrentado a la élite y polémico: ¿Donald Trump? No, Andrew Jackson, el séptimo presidente de Estados Unidos. BBC [en línea]. Disponible en: <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38902876> [recuperado el 10 de marzo 2017].
- Borón, Atilio. (2014). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. México: Universidad Autónoma de México.

- Center for Public Integrity. (2015a). *Things about Bernie Sanders* [en línea]. Disponible en: <http://www.publicintegrity.org/2015/04/30/17261/12-things-know-about-bernie-sanders> [recuperado 15 febrero 2016].
- . (2015b). *Things now about Hillary Clinton* [en línea]. Disponible en: <http://www.publicintegrity.org/2015/04/12/17107/12-things-know-about-hillary-clinton> [recuperado 15 febrero 2016].
- . (2016). *Numbers election 2016* [en línea]. Disponible en: <https://www.publicintegrity.org/2016/12/27/20575/numbers-election-2016> [recuperado 20 enero 2017].
- Clarín. (2016, 10 diciembre). Según la CIA, Rusia ayudó a Trump a ganar las elecciones. *Clarín* [en línea]. Disponible en: http://www.clarin.com/mundo/cia-rusia-ayudo-trump-elecciones_o_bj_fd5fql.html [recuperado el 12 de marzo 2017].
- . (2017, 3 marzo). Revés para Trump: Un juez federal suspendió el decreto antiinmigración. *Clarín* [en línea]. Disponible en: http://www.clarin.com/mundo/reves-trump-juez-federal-suspendio-decreto-anti-inmigracion_o_skmyoom_1.html [recuperado el 10 de marzo 2017].
- CNN. (2016, 24 de agosto). ¿Qué es la Fundación Clinton y por qué está envuelta en controversia? *CNN* [en línea]. Disponible en: <http://cnnespanol.cnn.com/2016/08/24/que-es-la-fundacion-clinton-y-por-que-esta-envuelta-en-la-controversia/> [recuperado el 20 octubre 2016].
- . (2016, 20 noviembre). La cumbre de la APEC termina con la defensa del libre comercio. *CNN* [en línea]. Disponible en: <http://cnnespanol.cnn.com/2016/11/20/con-defensa-del-libre-comercio-termina-cumbre-de-la-apec-en-peru/> [recuperado el 15 febrero 2017].
- Chomsky, Noam, y Herman, Edward. (2000). *Los guardianes de la libertad*. Barcelona: Crítica.
- Dahl, Robert. (2003). *¿Es democrática la Constitución de Estados Unidos?* México: FCE.
- Daily News. (2017, 29 enero). President Trump exhibits classic signs of mental illness, including ‘malignant narcissism,’ shrinks say. *Daily News* [en línea]. Disponible en: <http://www.nydailynews.com/news/politics/shrinks-break-silence-president-trump-exhibits-traits-m-article-1.2957688> [recuperado 4 marzo 2017].
- Delgado Ramos, Gian C., y Romano, Silvina M. (2011). Political-Economic Factors in U. S. Foreign Policy: The Colombia Plan, the Mérida Initiative, and the Obama Administration. *Latin American Perspectives*, 38(4), julio, pp. 93-108.
- Diario de las Américas. (2017, 2 enero). Columnista de Forbes acusa a *The Washington Post* de publicar noticia falsa sobre ‘hackers rusos’. *Diario*

- de las Américas* [en línea]. Disponible en: <http://www.diariolasamericas.com/eeuu/columnista-forbes-acusa-the-washington-post-publicar-noticia-falsa-hackers-rusos-n4111345> [recuperado 4 marzo 2017].
- Dorfman, Ariel, y Mattelart, Armand. (2002). *Para leer al Pato Donald. Comunicación de masas y colonialismo*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- El Confidencial*. (2016, 11 octubre). La élite de EEUU se une en contra de Trump. *El Confidencial* [en línea]. Disponible en: http://www.elconfidencial.com/mundo/2016-10-11/elecciones-eeuu-2016-trump-clinton-amenaza-ciudades-magnate-republicano-democrata_1271985/ [recuperado el 15 de febrero 2017].
- El Herald*. (2017, 1 febrero). Secretario General de la ONU pide anular el decreto antiinmigración de Donald Trump. *El Herald* [en línea]. Disponible en: <http://www.elheraldo.hn/mundo/1040458-466/secretario-general-de-onu-pide-anular-decreto-anti-inmigraci%C3%B3n-de-donald-trump-> [recuperado 4 marzo 2017].
- El Mundo*. (2016, 29 octubre). El FBI encuentra nuevos e-mails de Clinton y reabre la investigación. *El Mundo* [en línea]. Disponible en: <http://www.elmundo.es/internacional/2016/10/28/58138bd4e2704e89328b4589.html> [recuperado 4 marzo 2017].
- El Nuevo Herald*. (2016, 23 agosto). La polémica sobre la Fundación Clinton crece y le da munición a Trump. *El Nuevo Herald* [en línea]. Disponible en: <http://www.elnuevoherald.com/noticias/elecciones/article97426617.html> [recuperado 20 octubre 2016].
- El País*. (2016, 5 noviembre). La Alianza del Pacífico amplía el horizonte en América Latina. *El País* [en línea]. Disponible en: http://economia.elpais.com/economia/2016/11/05/actualidad/1478322992_289481.html [recuperado el 15 febrero 2016].
- . (2017, 13 febrero). Macri y Bachelet acercan Mercosur y la Alianza del Pacífico como respuesta a Trump. *El País* [en línea]. Disponible en: http://internacional.elpais.com/internacional/2017/02/13/argentina/1486992640_633957.html [recuperado 10 febrero 2017].
- Excélsior*. (2016, 13 diciembre). Trump confirma al petrolero Rex Tillerson, amigo de Putin, como secretario de Estado. *Excélsior* [en línea]. Disponible en: <http://www.excelsior.com.mx/global/2016/12/13/1133930> [recuperado 4 enero 2017].
- Flax, Sabrina, Romano, Silvina, y Vollenweider, Camila. (2016). *Golpes siglo XXI: Nuevas estrategias para viejos propósitos. Los casos de Honduras, Paraguay y Brasil*. Centro Estratégico Latinoamericano de Geopolítica [en línea]. Disponible en: <http://www.celag.org/golpes-siglo-xxi-nuevas-estrategias-para-viejos-propositos-los-casos-de-honduras-para->

- guay-brasil-por-sabrina-flax-silvina-romano-y-camila-vollenweider/ [recuperado el 4 de marzo 2017].
- Forbes*. (2016, 23 septiembre). A Trump Victory “Will Be a Disaster” for Mexico, Retired Top U. S. Diplomat Says. *Forbes* [en línea]. Disponible en: <https://www.forbes.com/sites/doliaestevez/2016/09/23/a-trump-victory-will-be-a-disaster-for-mexico-retired-top-u-s-diplomat-says/#13dd720e180e> [recuperado 20 octubre 2016].
- Fukuyama, Francis. (2017). ¿Deterioro o renovación de la política estadounidense? *Archivos del Presente*, núm. 65. Buenos Aires, pp. 7-18.
- Horowitz, Irving. (1980). *Ideología y utopía en Estados Unidos (1956-1976)*. México: FCE.
- Independent*. (2016, 17 agosto). Yes, he can close Guantanamo Bay – but Obama wasted the best chance to do it years ago. *Independent* [en línea]. Disponible en: <http://www.independent.co.uk/voices/guantanamo-bay-barack-obama-can-close-it-wasted-best-chance-a7196186.html> [recuperado 20 octubre 2016].
- Kelly, John. (2015). *Leading at the Nexus of Development and Defense*. Conferencia del comandante del Comando Sur en el Center for Strategic and International Studies, 23 de octubre [en línea]. Disponible en: <http://csis.org/event/leading-nexus-development-and-defense> [recuperado 2 noviembre 2015].
- La Capital*. (2017, 8 febrero). La justicia mantiene en vilo a Trump y su decreto. *La Capital* [en línea]. Disponible en: <http://www.lacapital.com.ar/la-justicia-eeuu-mantiene-vilo-trump-y-su-decreto-antiinmigracion-n1335994.html> [recuperado 15 marzo 2017].
- La Prensa*. (2017, 11 marzo). Primer revés judicial para el nuevo decreto antiinmigración de Trump. *La Prensa* [en línea]. Disponible en: http://www.prensa.com/mundo/Primer-judicial-decreto-antiinmigracion-Trump_o_4708779099.html [recuperado 15 marzo 2017].
- La Vanguardia*. (2017, 17 enero). Melania Trump y Michelle Obama, las siete diferencias. *La Vanguardia* [en línea]. Disponible en: <http://www.lavanguardia.com/gente/20170117/413409408276/michelle-obama-melania-trump-diferencias-estilos.html> [recuperado 15 marzo 2017].
- Los Angeles Times*. (2017, 6 marzo). Trump’s new travel ban will be harder to challenge in court, but critics say it still target Muslims. *Los Angeles Times* [en línea]. Disponible en: <http://www.latimes.com/politics/la-live-updates-9th-circuit-arguments-trump-s-new-travel-ban-will-be-harder-1488848854-htlmstory.html> [recuperado 15 marzo 2017].
- Meiksins Wood, Ellen. (2000). *Democracia contra capitalismo: La renovación del materialismo histórico*. México: Siglo XXI Editores.

- Miliband, Ralph. (1991). Análisis de clases. En: Giddens, Anthony, y Turner, Jonathan (ed.), *La teoría social hoy* (pp. 24-67). Madrid: Alianza.
- Portelli, Hugges. (1998). *Gramsci y el bloque histórico*. México: Siglo XXI Editores.
- Público*. (2016, 22 diciembre). El club de millonarios del gobierno Trump acumula una fortuna de 4,500 millones de dólares. *Público* [en línea]. Disponible en <http://www.publico.es/internacional/club-millonarios-del-gobierno-trump.html> [recuperado 5 enero 2017].
- Reuters*. (2016, 31 marzo). What Hugo Chávez and Donald Trump have in common. *Reuters* [en línea]. Disponible en: <http://blogs.reuters.com/great-debate/2016/03/31/what-hugo-chavez-and-donald-trump-have-in-common/> [recuperado 15 marzo 2017].
- Romano, Silvina M. (2010). Democracia liberal y seguridad en el Gobierno estadounidense: Continuidades y rupturas. En: Gandásegui, Marco, y Castillo Fernández, Dídimo, *Estados Unidos: La crisis sistémica y las nuevas condiciones de legitimación* (pp. 360-384). México: CLACSO/Siglo XXI Editores.
- . (2015). *Cumbre de presidentes del Mercosur. El acuerdo asimétrico con la Unión Europea oculto tras el ataque a Venezuela* [en línea]. Disponible en: <http://www.celag.org/cumbre-de-presidentes-del-mercosur-el-acuerdo-asimetrico-con-la-union-europea-oculto-tras-el-ataque-a-venezuela-por-silvina-romano/> [recuperado 20 marzo 2017].
- Romano, Silvina M., y Tirado Sánchez, Aránzazu. (2013). Logros y retos en Venezuela. Reflexiones más allá del “chavismo sin Chávez”. *Espacio Crítico*, núm. 18. Bogotá, pp. 68-91.
- Santibañes, Francisco. (2017). ¿El inicio de una nueva era? *Archivos del Presente*, núm. 65. Buenos Aires, pp. 54-64.
- Stone, Oliver, y Kuznick, Peter. (2012). *The untold history of the United States*. Nueva York: Gallery Books.
- The Guardian*. (2016, 24 febrero). “No one but himself to blame”: how Obama’s Guantánamo plans fell through. *The Guardian* [en línea]. Disponible en: <https://www.theguardian.com/us-news/2016/feb/24/obama-guantanamo-bay-closure-republicans> [recuperado 4 marzo 2017].
- . (2016, 8 junio). America’s voting system is broken. It’s time to overhaul it. *The Guardian* [en línea]. Disponible en: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/jun/08/america-voting-system-broken-democracy-clinton-sanders-primary> [recuperado 20 octubre 2016].
- The New York Times*. (2015, 10 octubre). Just 158 families have provided nearly half of the early money for efforts to capture the White House.

- The New York Times* [en línea]. Disponible en: <http://www.nytimes.com/interactive/2015/10/11/us/politics/2016-presidential-election-super-pac-donors.html?hp&action=click&pgtype=Homepage&module=a-lede-package-region®ion=top-news&WT.nav=top-news> [recuperado 5 diciembre 2015].
- . (2016, 27 febrero). Inside the Republican Party's Desperate Mission to Stop Donald Trump. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/02/28/us/politics/donald-trump-republican-party.html?action=click&contentCollection=Politics&module=MostPopularFB&version=Full®ion=Marginalia&src=me&pgtype=article> [recuperado 4 marzo 2017].
- . (2016, 7 agosto). The American Psychiatric Association issues a warning: No psychoanalyzing Donald Trump. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/the-fix/wp/2016/08/07/the-american-psychiatric-association-reminds-its-doctors-no-psychoanalyzing-donald-trump/?utm_term=.54e7505f20bb [recuperado 20 febrero 2017].
- . (2016, 6 noviembre). E-mails Warrant No New Action against Hillary Clinton, FBI Director Says. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2016/11/07/us/politics/hilary-clinton-male-voters-donald-trump.html> [recuperado 20 febrero 2017].
- . (2017, 12 enero). NSA Gets More Latitude to Share Intercepted Communications. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: https://www.nytimes.com/2017/01/12/us/politics/nsa-gets-more-latitude-to-share-intercepted-communications.html?_r=0 [recuperado 4 marzo 2017].
- . (2017, 23 febrero). As Kelly and Tillerson Visit Mexico, their Reassurances Differ from Trump's Stance. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2017/02/23/world/americas/john-kelly-rex-tillerson-mexico.html> [recuperado 4 marzo 2017].
- The New Yorker*. (2016, 1 agosto). Why Obama has failed to close Guantánamo. *The New Yorker* [en línea]. Disponible en: <http://www.newyorker.com/magazine/2016/08/01/why-obama-has-failed-to-close-guantanamo> [recuperado 10 marzo 2017].
- The Washington Post*. (2017, 26 enero). Trump is the U. S.'s first Latin American president. *The Washington Post* [en línea]. Disponible en: https://www.washingtonpost.com/news/worldviews/wp/2017/01/26/trump-is-the-u-s-s-first-latin-american-president/?utm_term=.ae2281b1341e [recuperado 15 marzo 2017].
- Univisión*. (2017, 1 marzo). Discurso del presidente Donald Trump frente al Congreso de Estados Unidos. *Univisión* [en línea]. Disponible en:

- <http://www.univision.com/noticias/politica/el-discurso-completo-de-donald-trump-ante-el-congreso-en-espanol> [recuperado el 4 de marzo 2017].
- USA Today. (2016, 16 diciembre). Obama issues 'executive orders by another name'. *USA Today* [en línea]. Disponible en: <http://www.usatoday.com/story/news/politics/2014/12/16/obama-presidential-memoranda-executive-orders/20191805/> [recuperado 4 marzo 2017].
- Wilson, Japhy, y Swyngedouw, Erik. (2015). Seeds of dystopia: Post-politics and the return of the political. En: Wilson, Japhy, y Swyngedouw, Erik, *The post-political and its discontents. Spaces of depoliticisation, specters of radical politics* (pp. 21-24). Escocia: Edinburgh University Press.
- Wills, Gary. (2010). *Bomb power. The modern presidency and the national security state*. Nueva York: Penguin Books.
- Wright Mills, Charles. (1961). *La imaginación sociológica*. La Habana: Instituto del Libro.
- . (1978). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zinn, Howard. (1999). *La otra historia de Estados Unidos* (desde 1492 hasta hoy). México: Siglo XXI Editores.
- Zizek, Slavoj. (2003). *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- . (2011). *Primero como tragedia, después como farsa*. Madrid: Akal.
- . (2016). El consenso en torno a Hillary. *Nexos*, 21 septiembre [en línea]. Disponible en: <http://www.nexos.com.mx/?p=29653> [recuperado 10 enero 2017].
- . (2016, 13 noviembre). *Los peligros de la pseudoactividad* [en línea]. Disponible en: <https://www.pagina12.com.ar/2754-el-peligro-de-la-pseudoactividad> [recuperado 10 enero 2017].

FUNDAMENTALISMOS Y PROSPERIDAD: TRUMP Y SU “*MAKE AMERICA GREAT AGAIN*”

*Ofelia Pérez Cruz*¹

Querer separar la religión de la política
es una locura tan grande o mayor
que la de querer separar la economía de la política.

Miguel de Unamuno (1947)

La disminución o “capa caída” de la religión ante la batuta asumida por la ciencia, prevista para la actualidad, ha quedado refutada desde la práctica concreta. Stark y Bainbridge (1980) al respecto, comentan: la religión permanece siendo lo que ha sido a lo largo de la historia, y con una fuerza insospechada. Lo que pasa es que se expresa de muchas formas y, entre ellas, con un resurgimiento de fundamentalismo y nuevos cultos (Stark y Bainbridge, en Carrión, 1980: 97).

Es el caso que *The Fundamentals: A Testimony to the Truth* (Dixon y Torrey, 1910-1915) obra colectiva constitutiva de 90 ensayos en 12 volúmenes, que establecía los principios protestantes ortodoxos en una variedad importante temática, producida en Estados Unidos por prominentes pastores y académicos de iglesias episcopales, presbi-

1. Investigadora titular y profesora del Instituto Superior Ecuménico en Ciencias de las Religiones (ISECRE), Cuba.

terianas, metodistas, entre otras denominaciones, constituyó el pilar básico de lo que desde entonces se acuñó como “*fundamentalism*”.

El término, utilizado en principio para definir a los dispuestos a entregar todo por “la verdad”, resultó de gran aceptación a la vez que su influencia rápidamente abarcó y etiquetó los más disímiles escenarios: fundamentalismo científico, teológico, pictórico, entre otros (Bueno, 2004).

En *Enciclopedia de la Biblia* (1963) el fundamentalismo aparece teológicamente sustentado en una interpretación escriturística que: “[...] apoyada en la inspiración verbal, admite el texto de la Escritura como expresión inmediata y absolutamente infalible de la revelación divina” (p. 629). En tanto Federico Rodríguez (1979) adjudica a la revelación bíblica una visión del mundo aplicable directamente a la sociedad humana, donde la Biblia no sólo tendría como fin predicar la salvación, sino que indicaría, además, una conducta concreta en cada circunstancia humana. Cual movimiento que prescinde de la ciencia moderna y prefiere sostener los dogmas por encima de todo, lo acuña Jiménez (1962), mientras que Fernández (1978) enfatiza la reducción de la razón y básicamente de la reflexión para comprender la Biblia.

Los fundamentalistas tienen en común defender ciegamente la infalibilidad e inerrancia de la Biblia, según lo cual, entre otros aspectos se rechaza cualquier tipo de crítica bíblica, así como la teoría de la evolución (tanto biológica, prebiótica como del Universo), considerada en contradicción con el relato de la creación del Génesis.²

Sin embargo, argumentos teológicos que originalmente se centraron en la defensa de las tradiciones cuestionadas por la crítica académica europea (con Marx, Darwin, entre otros) así como por la teología liberal, que había ganado terreno en las universidades y seminarios estadounidenses, y que en principio se circunscribieron a discusiones en centros bíblicos y de estudios religiosos, abarcaron paulatinamente la esfera pública.

2. Cuatro ensayos de *Los fundamentos. Testimonio de la verdad* trataban sobre la teoría de la evolución. Otra preocupación central que muchos protestantes y católicos conservadores tenían en relación con el darwinismo era su implicación respecto al desarrollo dirigido de la especie humana mediante la eugenesia (Irwin, 2015: 27).

El fundamentalismo, como reacción protestante conservadora a la no ortodoxia, ha interactuado en su decursar con otras modalidades de lecturas e interpretación del Evangelio, incluyendo no sin contradicciones aquellas prácticas que en sus diversas formas se dirigen principalmente al encuentro del Espíritu Santo y enfatizan la conversión y salvación de las grandes masas. Nos referimos principalmente a los pentecostales,³ con quienes han fortalecido intereses comunes y conformado lo que se conoce como el movimiento conservador en general, resaltable por su rápido crecimiento, diseminación e interconexión con numerosas iglesias en Estados Unidos y el resto del mundo.⁴

A partir de la I Guerra Mundial, fundamentalistas y pentecostales se orientaron al enfrentamiento de las “fuerzas del mal”, representadas además por el avance del comunismo y, cual eje de debate político vertebral de gran parte del conservadurismo político-religioso en Estados Unidos (Cañequé, 2003), se consolidaron después de la II Guerra Mundial en lo que de diferentes formas se ha denominado como “nueva derecha cristiana” (Lebman y Wuthnow, 1979) o “nueva derecha político-religiosa estadounidense” (Hill y Owen, 1980). La ideología religiosa, en la adopción y sustitución del análisis político se expresó, de hecho, en la expansión hacia dicho campo de fórmulas

-
3. La renovación carismática en el Espíritu Santo promueve la práctica explosiva de dones, con preferencia de la sanidad divina. Algunos cultos ponen énfasis en lo diabólico. No se trata de una organización o doctrina, sino de corrientes que se expanden horizontalmente en iglesias y denominaciones. No se centra en reflexiones teológicas porque la atención recae en la experiencia y en las emociones, y se absolutiza la búsqueda espiritual y la salvación frente a lo entendido como profano. En el plano social dicha renovación insiste estrictamente en lo religioso y el alejamiento de la sociedad. El uso de modernos medios tecnológicos y de comunicación como el liderazgo carismático que le caracteriza, facilita su atractivo y rápida diseminación (Berges, 2006).
 4. En la predicación del mensaje de separación del pecado y del mundo, muchos de ellos se hicieron muy hábiles en el uso del lenguaje teatral, mercadeo y de los medios de comunicación que el mundo les ofrecía para propagar su mensaje de salvación. En 1923 Aimee Semple McPherson consagró una de las primeras megaiglesias de Estados Unidos y se le otorgaron licencias para transmisiones radiales. Años más tarde Billi Graham ascendería como el dinámico evangelista cuyas “cruzadas” llenarían estadios y arenas en todo el mundo durante semanas enteras. Utilizó celebridades, políticos y otros individuos prominentes, encargados de atestiguar cómo Dios los había salvado (Irwin, 2015). Sirvan las referencias a modo de ejemplos de lo que en la actualidad constituye una amplia lista de líderes y acciones renombrados.

teocráticas como “*God Bless America*” y se continuó por “*In God we trust*”, que apoyado por la Guerra Fría se hizo presente desde 1956 en todos los billetes y monedas estadounidenses (Bueno, 2010).

En la lucha del bien contra el mal, Dios contra Satán, Cristo/ Anticristo, espíritus/ demonios, las misiones de la nueva derecha cristiana, en manos de personas con “verdades absolutas” para sanar la sociedad, ha matizado y definido el giro en múltiples procesos electorales. Según Garaudy (2006) el discurso político-religioso en Estados Unidos mostró rasgos comunes desde Washington, y Norteamérica, según los oligarcas que la dirigen, no dejó nunca de ser el brazo armado de la Providencia Divina. La invocación de la fe para fines de dominación y uso del poderío político-militar ha sido uno de los principios fundamentales de la corporación militar que gobierna al pueblo de Estados Unidos⁵ (Palacios, 2015).

Un momento crucial en este recorrido tiene que ver, sin embargo, con el año 1979, cuando conservadores protestantes, preocupados sobre el curso que tomaba la sociedad estadounidense e interesados en participar más activamente como cristianos en el proceso político del país, conformaron, bajo el liderazgo del reverendo Jerry Falwell, la organización llamada *The Moral Majority*. Estos miembros fundamentalistas y evangélicos conservadores fueron entonces un significativo bloque de ciudadanos, con el voto generalmente no comprometido, quienes adecuadamente organizados e interconectados a través de sus iglesias y organizaciones parareligiosas, constituyeron un baluarte de suma importancia para la reelección de Ronald Reagan y la coalición de derecha política que necesitaba estructurar (Irwin, 2015).

The Moral Majority y Reagan, como defensor entusiasta de los valores tradicionales estadounidenses (Giroux, 2014), trabajaron en

5. Trascendiendo historias más recientes que se abordarán posteriormente, y a modo de ejemplos precedentes, baste apuntar que George Washington, el llamado padre fundador, afirmó en su discurso inaugural: “ningún pueblo como Estados Unidos debe agradecer la mano invisible que conduce los asuntos de los hombres”; John Adams consideró la fundación de Norteamérica como una obra de la Providencia; Thomas Jefferson recalcó la tesis de que su pueblo es “el pueblo elegido por Dios” para gobernar los destinos del mundo; y en apoyo a Nixon, durante la guerra de Vietnam el cardenal Spellman, arzobispo de Nueva York, fue a Saigón para decirle a los soldados yanquis lo siguiente: “ustedes son los soldados de Cristo” (Palacios, 2015).

conjunto para atender las preocupaciones en diversas áreas de estos votantes y juntos definieron la estrecha asociación entre la derecha cristiana y el Partido Republicano que desde entonces prima.⁶

De manera intensa los evangélicos conservadores y fundamentalistas participaron además en las contiendas de los Bush, padre e hijo, y es conocido que el segundo, denominado miembro ilustre de la Iglesia Metodista Unida, se declaró como un renacido cristiano.⁷ Quien, según comunicó al telepredicador James Robinson, escuchó la llamada de Dios para que se presentara a las elecciones presidenciales y asumió como misión borrar el mal de la faz de la Tierra, fue nombrado indistintamente profeta del mesianismo militarista, apóstol del sur, entre otros epítetos.

Puente del gobierno de su padre con la ultraderecha cristiana y posteriormente conectado con el ya referido Jerry Falwell, de la Mayoría Moral y con Pat Robertson de la Coalición Cristiana, este mandatario, con todo el fundamentalismo que le caracterizó, logró convertirse en líder *de facto* del conservadurismo religioso como movimiento político, con el militarismo, el mesianismo y la masculinidad como la santísima trinidad de su administración y misión. “América triunfará ante la adversidad porque es la voluntad de Dios” (Vidal, 2003) fue una de sus sentencias, aunque no la única:

Los Estados Unidos hemos sido bendecidos gracias a nuestra fe en Jesús, que es nuestra fuerza y nuestra principal herencia. El mundo entero tiene puestos los ojos en nuestro país y espera que nosotros lo guиеmos por el camino moral (George W. Bush, en Cañeque, 2003).

El portal mercado cristiano (http://www.mercadocristiano.com/articulo/4026/noticias_cristianas.html) anunció el apoyo que recibió el

-
6. El hecho de que los republicanos fueron los primeros en acoger a los protestantes conservadores en sus acciones políticas significó que, en la mente de muchos fundamentalistas y conservadores, la republicana era la plataforma de Dios. Ello se mantiene casi automáticamente hasta la fecha.
 7. Un documental en DVD titulado “Fe en la Casa Blanca”, narra la conversión de Bush a la Iglesia metodista que le apartó del alcoholismo y recrea “el nuevo nacimiento” de Bush en una playa al ser bautizado por el televangelista Billy Graham. El Partido Republicano exhibió el documental dos veces diarias durante la convención de su partido en Nueva York y envió 300,000 copias a las iglesias (Rodríguez, F. Y., 2004).

candidato de los fundamentalistas evangélicos, a la par que en otros medios se exhibieron reportajes sobre tales alianzas. Por demás, la corresponsal noruega Kristin Nilsen, durante una visita a Nueva Jersey, refirió su asombro por el “amén” con que sus partidarios evangélicos coronaban sus intervenciones (Rodríguez, F. Y., 2004).

Pero, si la fuerza que imprimieron Reagan y G. W. Bush a sus alianzas con la derecha cristiana resultaron relevantes respecto a periodos anteriores, no es menos cierto que la invocación de la fe para fines de dominación y uso del poderío político-militar, como apuntó Palacios (2015), ha sido uno de los principios fundamentales de la corporación militar que gobierna al pueblo de Estados Unidos de Norteamérica.

Resulta obvio que estar o no aliados directamente a la mencionada derecha cristiana, representativa de múltiples fanáticos religiosos en Estados Unidos y factor de incidencia política respetable, no es un elemento a menospreciar y posiciones diferentes a ellas han sentido el poder de sus efectos.

Aun republicano, con toda la herencia del capital político de Reagan en los diferentes sectores, el poco entusiasmo de Bush padre hacia el conservadurismo religioso parece haber sido una causa importante de su derrota en 1992 a manos de Bill Clinton, quien a su vez sufrió el famoso *Impeachment* impulsado a manos de la “*Nueva Mayoría Moral*” para utilizar el cristianismo como ideología imperial. Y no tuvo mejor suerte Barack Obama quien, consciente de las redes político-sociales a considerar en su administración, y a pesar de sus intentos por mostrar su profunda identidad cristiana,⁸ debió enfrentar el fuerte embate del ultraconservador Tea Party.⁹

8. Declarado cristiano, pero sin adscripción a una confesión concreta, desde que en 2008 se desvinculara de la United Church of Christ (Serrano, 2017), este presidente, catalogado como fundamentalista musulmán, agnóstico pro-socialista e incluso ateo, intentó mostrar su apego a una fe profunda como parte identitaria del estadounidense (Bassaletti, 2012).

9. En contra de las medidas de rescate a la economía estadounidense anunciadas por Obama, se fortaleció este movimiento, nutrido de la reacción tanto religiosa como racista de los sureños blancos, que se gestaba desde hacía años dentro del Partido Republicano. Su nombre es una referencia al Tea Party o revuelta del té de Boston, una protesta desarrollada en 1773 durante el inicio de la guerra de independencia de Estados Unidos. Frank Newport lo señala no como un nuevo grupo político sino como un fortalecimiento de los tradicionales candidatos y políticas republicanos (Tea Party movement en wikipedia).

Indiscutiblemente y retomando a Brouwer, Gifford y Rose (2011), el poder de los fundamentalistas evangélicos alineados con la derecha cristiana se ha hecho cada vez más evidente en los asuntos sociales, políticos y económicos en Estados Unidos y en el mundo. Entonces, ¿qué ocurre ahora con Donald Trump al frente del gobierno?

TRUMP A LA CABEZA DE LA ADMINISTRACIÓN

Sustentar la sociedad sobre pilares religioso-cristianos se ha mantenido como horizonte programático no sólo de los conciudadanos de dicha nación, sino también de sus líderes, en una suerte de identificación y retroalimentación mutua.

Trump es el tercer candidato presidencial republicano que llega a la Casa Blanca de la mano de la derecha religiosa después de Reagan y Bush hijo, y aunque no se le identifica por su profunda religiosidad, parece ser consciente de que la religión puede ayudarle... bastante, a conducir el rumbo de su gobierno.

Desde la incuestionable importancia que consigna ser religioso para ocupar la Casa Blanca, su nuevo inquilino declaró su afiliación como miembro de la Iglesia Presbiteriana, otra denominación típica del estadounidense medio y de gran tradición en Estados Unidos. Comenzó su mandato asistiendo a la Catedral Nacional para el tradicional “servicio de oración inaugural presidencial” y desde una ceremonia ecuménica¹⁰ pretendió mostrar de manera unificadora y edificante su compromiso de ser presidente para todos los estadounidenses.

Mostrar la supuesta diversidad y universalidad del nuevo mandatario, sin embargo, resulta hartamente complicado para el recién electo presidente que desde su campaña y fiel a su herencia republicana priorizó sectores cristianos, blancos y tradicionalistas de la sociedad.

El 90% de cristianos y protestantes que componen tanto la membresía total y republicana del 115 Congreso, como del actual Senado de

10. Se trata de una tradicional celebración ecuménica, esta vez conformada por más de dos docenas de líderes religiosos de diferentes creencias (*Washington Notimex*, 2017).

Estados Unidos (Pew Research Center, 2017)¹¹ reflejan los resultados de la intencionada orientación del actual mandatario, a la vez que la designación de elegidos para conformar el Gabinete presidencial actual con figuras como Mike Pence,¹² Tom Prince,¹³ Betsy DeVos,¹⁴ entre otros, confirma el monolítico bloque nacionalista blanco y ultra-conservador cristiano que ya dirige la vida estadounidense.

La era de los *values voters* aún no ha terminado y la alta presencia cristiana, en el Congreso y Senado estadounidenses, no es apenas cuestión de datos o estadísticas. La derecha religiosa conservadora sigue teniendo una capacidad de actuación considerable en la política estadounidense y millones de votantes cristianos, dirigidos por influentes líderes, especialmente dinámicos y carismáticos, han gravitado en el ánimo electoral y ayudado reiteradamente no sólo a impulsar a los candidatos republicanos a la Casa Blanca, sino también a mantenerlos en sus puestos.

El hecho, sin embargo, trasciende momentos y campañas concretas. La lenta pero constante pérdida de nivel de vida de la mayoría blanca estadounidense y la búsqueda de respuestas rápidas, confianza, certezas, autoridad, normas claras y caminos bien definidos, focalizan en la religión y el partido más representativo de ellas —el Republicano— el abordaje de temas de interés común. ¿Cuáles?

INTENCIONALIDADES TEMÁTICAS SOBRE LA MESA

-
11. En contraste a la unidad, por debajo del 1%, que en el 115° Congreso de Estados Unidos conforma el conjunto de budistas, musulmanes, hindúes y otros, así como del incremento progresivo de católicos (Pew Research Center, 2017).
 12. Mike Pence: el anterior gobernador de Indiana es considerado un militante conservador en las llamadas guerras culturales.
 13. Tom Prince: elegido ministro de Salud y miembro del Tea Party, sometió al Congreso a un proyecto que permitiría a los empleadores despedir a cualquier empleada que utilice anticonceptivos o se realice un aborto, si estas prácticas ofenden las convicciones religiosas del empleador (Paiewonsky, 2016).
 14. Betsy DeVos: la millonaria y enemiga de las escuelas públicas, que es la nueva secretaria de Educación en Estados Unidos. Según el *New York Times* dijo en un encuentro con donantes cristianos en 2001 que la reforma de la educación es una manera de avanzar en el Reino de Dios (BBC, 2017).

Noam Chomsky, refiriéndose al resultado de las primarias, esbozó posibles razones del éxito obtenido por Donald Trump. Apuntó el académico que:

[...] haciendo a un lado elementos racistas, ultranacionalistas y fundamentalistas religiosos (que no son menores), los partidarios de Trump son en su mayoría blancos de clase media-baja, de la clase trabajadora, y con menor educación, gente que ha sido dejada de lado durante los años neoliberales [...] Los salarios reales de la población masculina están a nivel de la década de 1960. El crecimiento económico ha ido a los bolsillos de una pequeña minoría, que vive en un mundo diferente de la gran masa de la población. La inseguridad laboral ha aumentado y esto ha sido el fruto de una decisión consciente [...] (Chomsky, en Schijman, 2016).

El detalle, sin embargo, es que justamente la fórmula de Trump, como dice Chomsky, no ha dejado fuera ninguna variable. La presentación “*anti-establishment*” del empresario de éxito que, con pocos escrúpulos dice lo que piensa y arremete en contra de la fallida cotidianidad político-económica estadounidense, promete la certeza de solución a las insatisfacciones espirituales y materiales precisamente de esa población vulnerable, carente e incluso marginada, que no encuentra opciones y, menos aún soluciones, en los liderazgos actuales. Su propuesta de enaltecimiento y recuperación de una Norteamérica económicamente sólida y próspera, resulta para muchos suficientemente atractiva incluso, al punto de minimizar o legitimar en los votantes efectos de las discriminaciones y enfrentamientos que implica.

Es entonces que la escalada de Trump, apoyada destacadamente en sectores muy populares y la promesa de *America first*, como una de las proclamas principales del magnate, lleva a muchos cristianos conservadores y fundamentalistas a hacer omisión del presidente voluble, que miente, trampea y presume agredir sexualmente a las mujeres, para optar por aquel que aseguró protegerlos de una cultura cambiante. Alguien que lleve a la agenda política la santidad del matrimonio, de la moral, de la vida.

Donald Trump prometió defender los derechos religiosos individuales ante el avance transgénero inaceptable, los matrimonios igualitarios, los abortos y luchar por los valores familiares estadounidenses porque, según manifestó, la familia estadounidense debe estar en el centro de cualquier programa de lucha contra la pobreza.

El gobernante republicano, antes pro-aborto y ahora pro-vida —en entrevista el 26 de octubre a Raymond Arroyo, en el programa World Over del canal católico EWTN— dijo estar feliz con el cambio personal que realizó y declaró su opción de elegir en la Corte Suprema a jueces afines con esta postura que rechacen los llamados abortos tardíos, a realizarse en las últimas etapas del embarazo.

Actuar según la convicción religiosa de quien condena y enfrenta el aborto, la transexualidad o la relación diferente a la que se establece entre un hombre y una mujer, es parte de lo considerado por el actual presidente como libertad religiosa y propone rescatarla más allá de la mera libertad de culto a la que —apunta— quedó reducida con el gobierno anterior.

Acusó a la administración de Obama haber atacado la religión como nunca antes y se posicionó al frente de quienes critican al anterior mandatario por haberse involucrado en acciones ejecutivas para la promoción de una agenda radical transgénero que utilizó a los departamentos de Justicia y Educación a favor de los postulados de su gobierno.

Su enfrentamiento al Obamacare, explícito desde su campaña y ratificado con órdenes y restricciones regulatorias al instaurarse en la Casa Blanca, ha sido mucho más que una oposición a un plan de salud insuficiente y costoso para el Gobierno. Lo culpa por atentar contra la libertad religiosa de las instituciones católicas y obligarles a pagar seguros que cubren fármacos abortivos, anticonceptivos, esterilización, al tiempo que obliga a los médicos a cubrir y realizar terapias de reasignación de sexo. El plan, a decir del actual gobernante, es un desastre y está matando a Estados Unidos.¹⁵

Lo referido al intento de restablecimiento de la libertad religiosa, sin embargo, no queda ahí. Aun cuando la separación Iglesia-Estado, establecida en la primera Enmienda de la Constitución de Estados Unidos, supuestamente persigue evitar la implicación directa de la religión e instituciones religiosas en la vida política de un país, parecería que, como señala William McLoughlin en Navarro-Valls (2016)

15. El Obamacare “está matando a nuestro país. Está matando nuestros trabajos, es un desastre. Lo he estado diciendo durante mucho tiempo. He estado hablando de ello durante mucho tiempo antes de que fuera aprobado”. <http://eju.tv/2016/10/trump-habla-de-fortalecer-la-libertad-religiosa-en-eeuu/>

su principal logro fue hacer a los estadounidenses oficialmente libres para la práctica de la misma y ello es utilizado por Trump con particulares intenciones.

En la proyección por hacer nuevamente grande a Estados Unidos, el tratamiento del tema, considerado primordial para los estadounidenses, se aborda por el nuevo presidente desde múltiples intervenciones y el rescate del papel de las iglesias en la vida política del país realiza algunas de sus interpretaciones.

La llamada “Enmienda Johnson”, por ejemplo, agregada por el Congreso al código de impuestos de 1954¹⁶ y que consideró eximir de pagos a una entidad únicamente si no participara o interviniera en ninguna campaña política en representación de algún candidato a cargo público, parece estar próxima a ser removida.

Comentó Trump sentirse orgulloso del apoyo que en numerosas ocasiones, durante su campaña, recibió de pastores, ministros, sacerdotes, rabinos; sin embargo, se quejó de no poder tomar el soporte abierto de ellos porque de brindárselo perderían su estatus de exención de impuestos. Ante ello respondió:

Nos vamos a deshacer de la Enmienda Johnson porque nuestros pastores y ministros deberían tener el derecho a salir y decir lo que piensan. Éstas son las personas que respetamos. Y, en realidad están impedidos de decir lo que piensan. Si ellos dicen lo que piensan, su entero estatus de exención de impuestos puede ser quitado <http://eju.tv/2016/10/trump-habla-de-fortalecer-la-libertad-religiosa-en-eeuu/>

Voy a librarme y voy a destruir completamente la Enmienda Johnson y voy a permitir que los representantes de la fe hablen de manera libre y sin miedo a represalias. Lo voy a hacer, recuérdenlo [...] (Martínez, 2017).

Para quien las personas de fe no están siendo aceptadas en Estados Unidos, prometió:

16. La Enmienda Johnson debe su nombre al presidente de Estados Unidos Lyndon B. Johnson, quien la propuso y logró su aprobación en 1954. Se trata de una cláusula que estipula que entidades libres de pagar impuestos, como iglesias y organizaciones caritativas, no pueden participar, directa o indirectamente en ninguna campaña política a favor o en contra de un candidato. Impide, por lo tanto, que líderes religiosos usen el púlpito para manifestar su apoyo —u oposición— a un candidato e influenciar a su congregación (Martínez, 2017).

Lo primero que tenemos que hacer es dar voz de nuevo a nuestras iglesias [...] Voy a defender sus libertades religiosas y el derecho de ejercer plena y libremente su religión, como individuos, propietarios de negocios e instituciones académicas (Trump, en Barranco, 2016).

Como añadido y aseveración de que durante su gobierno la herencia cristiana serápreciada, protegida y defendida como no se había visto nunca antes, agregó:

Nuestra república fue creada sobre la base de que la libertad no es un regalo del Gobierno, sino de Dios [...] Y entre esas libertades, está el derecho de venerar de acuerdo con nuestras propias creencias (Martínez, 2017).

De más está comentar el apoyo de estos postulados, específicamente por los evangélicos más recalcitrantes, convencidos de que precisamente por no participar activamente en la política se ha prohibido el rezo en las escuelas públicas y se ha facilitado la enseñanza de la biología evolutiva en las clases de ciencias. En sintonía con ello y ahora con Trump vencedor, esperan obviamente que los republicanos cumplan con sus promesas de impedir las investigaciones con células madre, revertir la ley del aborto, suprimir la enseñanza del darwinismo y prohibir los matrimonios homosexuales como parte de la agenda moral del Gobierno.

El comentario de Trump, supuestamente vinculado a la mayor apertura y consideración religiosa, nos recuerda, sin embargo, los postulados de Mike Pence que en 2016 le llevaron a promulgar una ley en Indiana, tras la cual, con similares propósitos legitimaba el derecho, “desde la convicción religiosa de cada quien” a discriminar, rechazar y enfrentar personas con posiciones y preceptos de vida diferentes.¹⁷

17. Durante su docena de años como legislador federal y después como gobernador fue conocido por sus medidas anti-gay y antiaborto. Encabezó el esfuerzo en el Congreso hace unos cinco años para intentar anular el financiamiento federal a la organización nacional de servicios de salud para mujeres Planned Parenthood. Como gobernador lanzó una ofensiva contra el matrimonio gay, logrando promulgar en ley anticonstitucional una medida que en efecto permitía que negocios negaran servicios a parejas gay bajo una justificación de “libertad religiosa”. Según ello, los proveedores de bienes y servicios tenían el “derecho religioso” de discriminar a las personas LGBTI por ofender sus convicciones religiosas (Brooks, 2016).

El nuevo inquilino de la Casa Blanca, abiertamente heterosexual, antiaborto, machista, racista, xenofóbico, radical, exclusivista, ha acaaparado el apoyo de líderes y practicantes fundamentalistas religiosos cristianos de unos y otros matices, que desde el tele-evangelismo se han encargado no sólo de difundir y sustentar, sino también de santificar su discurso.

En una sociedad no sólo confiada en Dios, sino también supuestamente bendecida y elegida por Él para marcar el rumbo del mundo, una plataforma religiosa de vuelta a los fundamentos y sustentada además en el “rey dinero”, se presenta para argumentar, justificar y legitimar la nueva dirección del país. El “evangelio de la prosperidad”, también conocido como “evangelio de la salud y la riqueza”, o “movimiento de la palabra de” según el cual las iglesias cristianas prometen salud y dinero a cambio de fe, sirve de apoyo a estos propósitos.

Según Irwin (2015) este evangelio, producido a finales de los cuarenta captó la atención pública a nivel nacional a través de la prédica radial Oral Roberts. Su mensaje sostiene que como Dios ama a sus criaturas y desea lo mejor para ellas, desea en consecuencia la bonanza material en su vida. Quienes creen en el mensaje consideran que tras una vida de obediencia y de fe, podrá esperarse la recompensa de Dios en salud y prosperidad, pudiendo justificarse la creencia del sufrimiento debido a algún pecado personal, generacional o a la opresión del demonio.¹⁸

El evangelio de la prosperidad, aparentemente universal y ambiguo resulta, sin embargo, exacto y conciso en la justificación de las desigualdades y la legítima santificación de riquezas y pobreza. “Tener”, en cualquiera de sus significados (salud, riqueza, poder,...) es la muestra de ser grato a Dios y haber recibido su favor. Aprueba el camino recorrido para alcanzarlo, a la vez que su continuidad. “No tener”, es también una confirmación pero de lo contrario, de modo que aún no se ha logrado agradar suficientemente al Creador y el persistente esfuerzo y entrega son el único modo para lograrlo y recibir su bendición.

18. La justificación bíblica para ello proviene en parte de Levítico 26 y Deuteronomio 28. Los versículos que se citan con frecuencia en apoyo a estas enseñanzas incluyen Mal 3,10; Mt 25,14-30; Jn 10,10; Fil 4,19; 3 Jn 2 (Irwin, 2015).

El pensamiento positivo para el logro seguro de los propósitos desde la acción eminentemente personal en la relación directa con Dios, representa eslabones clave de esta ecuación, que a su vez encontramos reforzados desde los postulados trumpistas. Y es que el nuevo presidente, aunque poco fervoroso, ofrece, con lo religioso como método de autoayuda, un mensaje similar al mencionado evangelio.

Cómo ganar amigos e influir en la gente, Piensa y hazte rico, El arte de la negociación, Cómo hacerse rico, Piensa como un multimillonario y otros, son algunos de los materiales que reflejan rasgos del conocido magnate, portavoz del apóstol Norman V. Peale,¹⁹ y desde un cristianismo aplicado enfatiza, más que pecado y redención, la necesidad de autoconfianza para llegar al éxito (Sharlett, 2016).

El presidente, que le habla de sufrimiento a quienes sufren, y que ganó la presidencia sobre todo gracias al descontento de la población blanca de medio y bajo nivel educativo y excluida de la prosperidad, tiene un importante apoyo en este sector de electores, ansiosos por obtener el triunfo que, además de coincidir con los principales postulados de su campaña, desean alcanzar el éxito desde el pensamiento positivo. Otros, no precisamente los más sufridos, pero legitimados por estas posiciones, se hacen eco también de su plataforma. ¿Qué rostros se visualizan entonces a favor del mandatario?

DESDE EL OTRO LADO DE LAS MARCHAS ANTI-TRUMP

Múltiples marchas, a decir de participantes y observadores han superado significativamente la cantidad de personas presentes en la toma de posesión del mandatario.²⁰ Olas de resistencias y combinaciones sin precedente, en una sociedad ampliamente fragmentada han sido

19. Reverendo Norman Vincent Peale (1898-1993), apóstol de la religión como procedimiento práctico y útil, fue uno de los maestros de Trump. Propulsor del mensaje basado en la necesidad de confiar en uno mismo, que rara vez abordaba conceptos como pecado, sufrimiento o redención, fue autor de varios libros, entre ellos el ampliamente vendido *El poder del pensamiento positivo*. Destaca como uno de sus mensajes: “Diez veces al día repite estas palabras dinámicas: ‘Si Dios está a favor nuestro, ¿quién puede estar en contra?’ (Romanos 8, 31)” (Kamm, 2016).

20. Según Jane Schneider, antropóloga, refiriéndose a la marcha de mujeres en Washington: “Éramos al menos tres veces más gente que la que había acudido a

protagonizadas en ciudades como Washington, Chicago, Nueva York, San Francisco y Los Ángeles, por sólo mencionar algunas, a la vez que nuevas se proyectan hacia próximas fechas.²¹ Sin embargo, aunque menos visibles a algún tipo de gran prensa, pero también numerosos, presentes y diseminados, se encuentran esos otros rostros que apoyaron y respaldan al actual presidente y se sienten representados desde la ya apuntada composición de su gabinete personal, del actual Congreso y del Senado, así como desde el ultra conservadurismo activo, de postulados y aplicaciones concretos con que se intenta impactar al mundo.

En un país esencialmente cristiano, el conservadurismo religioso y en concreto el voto de evangélicos y católicos blancos fueron, como sentencia Bernardo Barranco (2016), clave en la victoria del candidato republicano, representados por el 81% del electorado de los primeros y más del 50% de los segundos,²² mayoritariamente del sexo masculino pero con fuerte presencia también de las féminas.²³

La llamada grandeza de Estados Unidos, sin lugar a dudas tiene múltiples perspectivas e interpretaciones y aunque por veces aga-

la toma de posesión de Trump el día anterior. Sobre Independence Avenue éramos tantos que resultaba imposible marchar (Schneider, en Lomnitz, 2017).

21. Entre las diversas organizaciones que han marchado y organizado marchas por realizar en contra de los postulados de Trump, se encuentran los más de miles de empleados técnicos de Facebook, Apple y Google, junto a otras empresas de alta tecnología. Se encuentran también la marcha del pueblo por el clima, la marcha de los inmigrantes, la de los científicos y protestas de figuras reconocidas del deporte, las artes y otros medios. "Nadie recuerda una bienvenida tan furiosa y extendida a un nuevo gobierno" (Brooks, 2017).
22. Trump ganó los mayores porcentajes del voto religioso tanto evangélico como católico jamás logrado por un candidato republicano en elecciones presidenciales (Paiewonsky, 2016). Su relación con los primeros es obvia. Con los segundos resultó importante el vínculo establecido principalmente en torno al tema Provida y como parte de lo cual hubo una convocatoria explícita del candidato declarándoles: "Estaré con ustedes, junto a ustedes y pelearé con ustedes" (Aleteia, org, 2016). El esfuerzo de las organizaciones católicas en temas sociales es especialmente valorado, las cuales cada año invierten cerca de 30,000 millones de dólares en servicios sociales y educativos.
23. Luego de prever que el republicano ganaría las elecciones si sólo votaran los hombres, simpatizantes de Donald Trump, e incluso mujeres, se manifestaron a favor de eliminar el derecho de las féminas a votar. Sin embargo el voto femenino de raza blanca sin estudios universitarios fue, con un 62%, sorprendentemente alto y a decir de Emilio Cárdenas, absolutamente decisivo en inclinar la balanza a favor de dicho Partido (Cárdenas, 2016).

zapados, no puede menospreciarse la fuerza individual y grupal de estos votantes. El *Religion News Service* (2012) subraya que durante el último cuarto de siglo los católicos activos y los evangélicos blancos cada vez votaron más a los republicanos, convirtiendo la oposición al aborto y al matrimonio entre personas del mismo sexo en temas políticos importantes. De hecho, los medios corporativos y los púlpitos fundamentalistas en Estados Unidos han convencido a los votantes de apoyar los programas de la derecha como si fueran los programas de Dios.

No sorprende entonces que grupos profundamente radicales y archiconocidos por sus postulados y acciones, como los Leales Caballeros Blancos del Ku-Klux-Klan, de Carolina del Norte, levantaran su voz para apoyar al nuevo inquilino de la Casa Blanca.

Los Leales Caballeros Blancos, que aseguran no ser un grupo de odio, aceptan odiar algunas cosas que ciertos grupos hacen “[...] a nuestra raza y nuestra nación” (*La Nación*, 2016). Quienes declararon abiertamente que la raza de Trump unió a su gente, convocaron y desfilaron el 3 de diciembre de 2016 en Carolina del Norte para celebrar la victoria del candidato republicano en la presidencia estadounidense.²⁴ Ellos, que proclamaron como objetivo devolver Estados Unidos a la nación cristiana blanca, apuntaron: “Esto no significa que queremos nada malo suceda a las razas más oscuras. Simplemente queremos vivir separados de ellos” (*La Nación*, 2016).

De manera similar, la derecha Troll, como también se conoce al grupo Alt-Right, compuesto por activistas de los derechos de los hombres, cristianos tradicionalistas y neonazis, ha promovido y respaldado desde el uso de las redes sociales y específicamente Internet, al nuevo presidente.²⁵ Este grupo de ideas extremistas —al parecer originado tras la elección de Barack Obama en 2008 y clasificado como ideología racista emergente, tribal y cruel—, que identifica al radicalismo negro, a las feministas radicales y a los activistas de fronteras abiertas como

24. Aproximadamente 30 autos participaron en la Parada de la Victoria del KKK en Roxboro. El grupo local, que dijo contar con 50 miembros activos, es opuesto a los derechos de LGBTI, relaciones interraciales e inmigración (Papenfuss, 2016).

25. Hail Trump! y otros símbolos neonazis han sido utilizados por oradores del grupo para celebrar el triunfo del mandatario.

enemigos, paulatinamente ha ganado prominencia en Estados Unidos (Wendling, 2015).

Pero no sólo estos grupos destacaron por sus posturas. Resalta además el ya apuntado Tea Party, movimiento conocido por sus posiciones conservadoras y asociado no sólo al Partido Republicano, sino a su versión extrema, cuya evolución natural se considera materializada en el triunfo de Trump, apoyó con fuerza la candidatura del actual mandatario y ha sido alabado por él. Considera mayoritariamente que la inmigración está transformando negativamente el país y que los homosexuales están teniendo proporcionalmente demasiado poder político en la sociedad. Representado por figuras clave de la actual presidencia, tales como Mike Pence, Tom Prince, Betsy DeVos, entre otros, quienes son parte de sus miembros o están vinculados a él, se considera que finalmente ha alcanzado su mayor escaño en la Casa Blanca.

No pueden obviarse tampoco los nada subvalorables representantes y portavoces de los grupos Pro-Vida,²⁶ quienes en contraposición a la opción Pro-Choice por la planificación familiar de Hillary Clinton se enfrentan a los derechos reproductivos que ésta pone en manos de las mujeres²⁷ y se manifiesta en múltiples y amplias marchas (Peña, 2017). Impresionante ofensiva legislativa caracterizó el año 2016 tras 60 leyes pro-vida, a la vez que casi medio centenar de leyes contra el aborto se promulgaron en enero de 2017 (Vigo, 2017).

Por último y no por ello menos importante, han de considerarse fieles y líderes renombrados de iglesias que desde sus espacios fundamentalistas ultraconservadores respaldan y promueven al presidente y su promesa de hacer nuevamente “grande” a Estados Unidos.

26. Provida (en inglés *Pro-life*) es la posición ética y política que afirma la defensa del derecho humano a la vida, sean cuales sean las circunstancias, y es sostenida por diversas asociaciones y corrientes de pensamiento. Los movimientos provida surgieron en los años setenta y ochenta del siglo xx como reacción a los cambios sociales y legales que se produjeron en las sociedades occidentales a partir de los años sesenta. <https://es.wikipedia.org/wiki/Provida>

27. Al referirse a lo conocido como Planned Parenthood, Hillary Clinton defiende que las decisiones de la salud personal deben ser realizadas por una mujer, su familia, su fe y su doctor. Considera a Pro-Choice como un valor estadounidense fundamental representativo de libertad. <http://www.refinery29.com/2016/08/120890/clinton-pro-choice-planned-parenthood-support>

Apoyado y celebrado, entre otros, por el pastor Joel Osteen,²⁸ estrella televisiva al frente de la mayor mega-iglesia de Estados Unidos en Houston y autor de manuales de autoayuda espiritual, Trump ha sido señalado en un programa de radio como “[...] un amigo de nuestro ministerio [...] un hombre bueno” (Kamm, 2016).

El nuevo presidente, que entre sus seguidores despierta una fascinación con rasgos religiosos, parece estar en muy buena posición frente a múltiples grupos e individuos que más explícita o encubiertamente se apoyan en él. Estos fans, que incluyen además a uno de cada cinco cristianos que en Estados Unidos se identifican con el antes citado evangelio de la prosperidad.²⁹ En fin, que si quedó evidenciado que fundamentalistas evangélicos propiciaron la reelección de Bush y pastores protestantes apoyaron la toma de posesión de Obama, el soporte a la campaña de Trump, incluyendo además a los católicos, no ha sido menos relevante.

A decir de Kamm:

Como los evangelistas de la prosperidad, la fuerza de Trump es él mismo. No importan los detalles del programa electoral, ni la ideología: Trump es el mensaje. Si los votantes se convencen de que con él Estados Unidos volverá a ser grande, así será (Kamm, 2016).

Su mensaje y su misión, por demás, no se quedan al interior de Estados Unidos.

MÁS ALLÁ DE SUS FRONTERAS...

No es noticia que específicamente sobre América Latina, particular influencia ejerce el fundamentalismo cristiano, donde el crecimiento

28. El también conocido como el pastor sonriente es autor de varios libros, entre ellos: *El poder del yo soy* o *Usted puede, y lo hará* (Kamm, 2016).

29. Según sondeo realizado por Kate Bowler, historiadora del evangelio de la prosperidad, este fenómeno puede entenderse mediante varias etapas. En la primera la fe actúa como activador de la fuerza espiritual. Después, la fe se manifiesta en salud y riqueza. La etapa final es la victoria, una palabra habitual en Peale y Trump (*idem*).

protestante y principalmente pentecostal desde aproximadamente los años ochenta ha sido exuberante.³⁰

Para un contexto caracterizado por un neoliberalismo imperante, una población con elevados índices de pobreza, bajo nivel educacional y necesidad de respuestas inmediatas a los problemas cotidianos, la retomada del fundamentalismo se convierte en eje de conducción de la vida social, desde la defensa a ultranza de postulados que se contraponen a lo supuestamente profano o lo satánico. Contrarrestar ideas de temor y pérdida, y satisfacer la necesidad psíquica de seguridad y de saber moralmente a qué atenerse, con criterios infalibles y “universales” de distinción del bien *versus* el mal, resultan el inagotable y reforzado caldo de cultivo de la “espiritualidad tóxica” (Schipani, 2015) que permite, en estos espacios de pecadores, florecer tanto ideas fundamentalistas de vida como soluciones divinizadas para revertir los problemas y alcanzar la gracia de Dios.³¹

En este escenario, un vertiginoso desarrollo de las mega-iglesias y sus telepredicadores han sido parte del crecimiento religioso, con la reiteración de los mensajes ya presentados en el análisis del marco estadounidense³² y la insistencia de la aplicación a la vida de los incuestionables y supuestamente verdaderos, únicos mandamientos del Señor.

30. Incluye prácticamente a todos los países de América Latina, aunque en algunos como Brasil, Venezuela, Costa Rica, Colombia, Perú, entre otros, la relevancia de su presencia ha sido considerable.

31. Eventos naturales y sociales de diversa índole se presentan con insistencia por diversos telepredicadores como castigo de Dios por los pecados cometidos. Incluye lo mismo huracanes, terremotos, etc., que enfermedades como el VIH, el suceso del 11 de septiembre de 2001, entre otros. Pat Robertson, Jerry Falwell, son algunos de los nombres que ejemplifican estas posiciones.

32. Los ya abordados derechos reproductivos, el aborto, la eutanasia, la educación sexual, el evolucionismo darwiniano en la educación básica, la igualdad de género, las medidas de prevención ecológicas y el concepto de Estado benefactor, entre otros. El tema Pro-vida, reforzado en Estados Unidos en las últimas décadas, cobra fuerza en Latinoamérica y se reciben además los efectos de propuestas que nacen de Norteamérica hacia el exterior. La Ley Mordaza, por ejemplo, aplicada por los gobiernos republicanos desde la época de Reagan, prohíbe al Gobierno federal prestar asistencia económica a cualquier entidad fuera del territorio de Estados Unidos que, en el contexto de los servicios de salud para las mujeres, mencione la palabra aborto, aun en los países donde el procedimiento sea legal (Paiewonsky, 2016).

El fortalecimiento de los lazos intimistas con Dios, que enardecen el “tener”, enaltecen al individuo, el esfuerzo y la solución personal, desplazando nexos más colectivos de la sociedad e incluso de la familia consanguínea. La necesaria integración al interior de nuestro contexto y entre nuestros países desafía la fragmentación y enfrentamiento intencionados que el fenómeno propicia y para el cual términos como ecumenismo se equiparan a herejía.

Nuevamente la red tejida entre los fundamentalismos religiosos y el evangelio de la prosperidad, no sólo surgidos en Estados Unidos, sino también desarrollados y ahora exaltados desde la presidencia de Donald Trump, prometen continuar siendo parte de la agenda moral, salvífica, pero sobre todo política de este escenario carente, llamado a ser “protegido y salvaguardado por la tierra bendecida por Dios”.³³ Proyecto designado a ofrecer una nueva visión de gobierno sobre la Tierra.³⁴

También al Caribe alcanza este objetivo. En Cuba, por ejemplo, aunque distante de los efectos sobre las masas mayormente empobrecidas y excluidas de América Latina, el vínculo de las iglesias protestantes a las iglesias madres en EEUU y la mantenida actividad injerencista estadounidense, han sido factores propicios al desarrollo de tendencias de corte neopentecostal, mesiánicas, fundamentalistas, milenaristas y apocalípticas (Berges, 2003).

La complejidad y pluralidad del campo religioso en la isla, catalizados en los años 90 por un período de profunda crisis económica, se verificó en el modo de expresarse las ideas y sentimientos religiosos del cubano (Ramírez, 2006).

La insistencia en el logro del bienestar económico y acumulación de capital, enarboladas por el ya reiterado evangelio de la prosperidad, a la vez que el énfasis de un modelo cristiano entregado totalmente a Dios, pasivo, conforme, enajenado de los acontecimientos sociales y con la congregación local por encima de otras lealtades, ha calado en los individuos. Se verbaliza el deseo por construir un reino unido, opuesto al interdenominacionalismo, cuando en realidad se profundiza la tendencia a la atomización de las iglesias en el país y enfrentamientos caudillistas entre ellas, relevantemente influenciados por

33. El entrecomillado es de la autora.

34. “De hoy en adelante una nueva visión gobernará nuestra tierra. A partir de este momento Estados Unidos será lo primero” (Trump, en Boff, 2017).

relaciones que se estimulan con el exterior y priorizan el intercambio con Estados Unidos.³⁵

“Convertir a Cuba para Cristo” como objetivo esencial, focaliza preferencialmente a personas etaria o socialmente más vulnerables. Bajo la consigna de cada iglesia de crecer numéricamente, multiplicarse y conquistar espacios seculares, principalmente en el seno de las familias cubanas, los barrios y comunidades, no sólo se desarrollan proyectos y políticas independientes de los gobiernos locales, sino incluso enfrentados a ellos (Pérez *et al.*, 2013). Se aprovechan con efectividad los nuevos escenarios que se vislumbran y dinamizan en la isla.³⁶

Los planes que se proyectaron hacia Cuba, como el concebido durante el gobierno de George Bush, mostraron con Obama estrategias de subversión más sutiles pero igualmente agresivas, con un aumento de desafíos y posibles riesgos asociados al incremento de la relación con las iglesias madres en Estados Unidos, el fortalecimiento de vías de financiamiento a operaciones en la isla y el activo flujo de visitantes turísticos o religiosos, entre los dos países, por sólo citar algunos ejemplos.

Aún no se constatan en la isla manifestaciones de los fundamentalismos que rigen desde Estados Unidos en proporciones similares a los presentes en suelo estadounidense y de algunos países latinoamericanos, a la vez que no logran acceder a la agenda política del país, como seguramente pretenden. No obstante, el crecimiento y diseminación

35. El intercambio incluye no sólo el contacto entre iglesias, sus líderes y feligreses, sino también material bibliográfico, soportes religiosos digitales, medios televisivos y de audio para la transmisión de los mensajes y apoyo financiero para la conformación y manutención de grupos e iglesias.

36. En el marco del cuenta propismo, como forma de desarrollo de la propiedad privada en el país, resalta el grupo surgido en Estados Unidos “Hombres de Negocios del Evangelio Completo”. Sobre él y desde el sitio web del llamado Partido Demócrata Cristiano de Cuba (<http://www.pdc-cuba.org>), que relaciona las organizaciones disidentes, opositoras y derechos humanos que dicen funcionar en Cuba, la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe refiere: “La Asociación Internacional de Hombres de Negocios del Evangelio Completo es una asociación que se coloca en el conjunto del movimiento neo-pentecostal. Quiere promover este movimiento dándole una estructura internacional y quiere reunir a todos los cristianos de cualquier confesión que sean partícipes del movimiento carismático (Pérez *et al.*, 2013: 84).

en redes de grupos fundamentalistas protestantes, con homólogos en otras partes del mundo, pero principalmente Estados Unidos, es un hecho³⁷ que, desde la contravención a la lógica transformadora-social de la Revolución Cubana, merece seguimiento.

Si como relevancia extra se considera el apuntado vínculo del protestantismo cubano con sus iglesias madres en Estados Unidos y las tradicionales y conocidas políticas injerencistas estadounidenses que, a través de ello, facilitan su influencia hacia la isla, la nueva etapa de relaciones Cuba-Estados Unidos, iniciada oficialmente el 17 de diciembre de 2014 y receptora ahora de las particularidades del mandato de Trump, torna imperativo la importancia del tema.

Cuba será nuevamente un intento de escenario y laboratorio para probar nuevas experiencias a diseminar en contextos similares. Múltiples afiliaciones serán parte de este proceso injerencista en suelo cubano, a la vez que otros actores se activarán o incluso emergerán para su enfrentamiento en el ámbito religioso y sociopolítico general. Una y otra tendencia, entre otras, serán parte de las dinámicas e interacciones de la isla en el contexto latinoamericano y caribeño que integra.

Pero la lógica fundamentalista religiosa expansiva y desintegradora de Estados Unidos no se reduce a América Latina y el Caribe. Enfáticamente dirigido a extender su rol paternalista y liberador a comunidades y países “corruptos”, supuestamente necesitados de una cristiandad tradicional que les devolverá la coherencia interna y el bienestar social, se mezcla con la política interior y exterior estadounidense que se disemina hacia otras regiones.

Comenta Charles Saint-Prot (2005) cómo el extremismo religioso, o sea la derecha religiosa en función de objetivos políticos, se convirtió en elemento esencial de la geopolítica del Cercano Oriente. Señala este autor el apoyo de la Casa Blanca, el Congreso y la CIA a la expansión de las iglesias evangélicas al mundo árabe, y resalta no sólo el apoyo

37. Datos interesantes fueron aportados por una investigación nacional realizada en Cuba de 2008 a 2011, la cual abarcó 11 provincias del país, socioeconómica, política y culturalmente heterogéneas, amplios contrastes ínter e intraterritoriales, a la vez que con concentraciones y polarizaciones de diferente orden. Para mayor información puede consultarse Pérez *et al.*, 2013.

moral, sino también financiero que, como se apuntó en América Latina y el Caribe, sustenta planes intervencionistas en dicho espacio.

El financiamiento foráneo nuevamente cobra importancia en la diseminación del protestantismo estadounidense y señala el autor cómo en el enfrentamiento al Islam y “a golpe de dólares” se “convierten” los fieles musulmanes al cristianismo. Apunta numerosos ejemplos de este accionar y su extensión hacia lugares como Irak, Argelia, Marruecos, Egipto, Líbano, Jordania, Arabia Saudita, Kuwait, Qatar, los Emiratos Árabes Unidos, Yemen y Palestina, entre otros, añadiendo, más allá de lo concerniente al mundo árabe, a Japón, África, Europa, India y China (Saint-Prot, 2005).

Crear focos de discordia dentro de estos países con el fin de desestabilizarlos y debilitarlos, para remodelar el gran Medio Oriente y extender sobre ellos la hegemonía estadounidense es, sin embargo, como parte de la política financiada y protegida por el gobierno de Washington, el objetivo principal que a decir del autor se enfatiza tras la supuesta y pretendida evangelización estadounidense, aunque su accionar no se reduce a ello.

El gran imperio, en el cuidado además por la adecuada aplicación de los derechos humanos allende sus fronteras, incluye la observancia de la libertad religiosa de la cual se considera portavoz y paradigma. Análisis y clasificaciones que periódicamente se realizan por la USCIRF³⁸ sobre el comportamiento del tema, tributan a un informe anual que se rinde al respecto y como parte de lo cual se incluyen no sólo tipificaciones, sino también advertencias, recomendaciones e incluso sanciones hacia los países seleccionados.³⁹ Las conclusiones a que se arriba con estos informes se conectan, a su vez, con conceptos de terrorismo

38. La Comisión Estadounidense de Libertad Religiosa Internacional, U. S. Commission on International Religious Freedom (USCIRF) fue creada en 1988 como una entidad separada y distinta del Departamento de Estado Como un cuerpo independiente asesora la libertad religiosa de las minorías y hace recomendaciones políticas al presidente, secretario de Estado y el Congreso. USCIRF basa sus recomendaciones en los estatutos y criterios de la *Declaración universal de los derechos humanos*, así como en otros documentos internacionales (U. S. Commission on International Religious Freedom www.uscirtf.gov)

39. No parece casual que el concentrado de países seleccionados se caracterice por la alta presencia de prácticas religiosas diferentes al cristianismo y que incluyen con fuerza el Islam. Tampoco supone ser por cuenta del azar que Cuba aparezca como el único país que, sin responder a los criterios euro-asiáticos y árabes incluidos,

y sus efectos, harto conocidos, con los que más de una nación han sido frecuentemente catalogadas.

¿A MODO DE CIERRE?

Nada más ajeno nos ocupa que intentar cerrar un tema tan amplio, complicado y que obviamente transita por numerosas modificaciones al interior de Estados Unidos y en sus proyecciones hacia el exterior.

Sin lugar a dudas el fundamentalismo político-religioso cristiano constituye uno de los asuntos más polémicos en la actualidad socio-religiosa, no sólo por el retroceso que significa al pensamiento teológico social en Estados Unidos y sus extensiones, sino también por sus impactos de inamovilidad y desintegración sociopolítica en diversas esferas de la vida cotidiana.

Las circunstancias religiosas, socioeconómicas y políticas que condicionaron su formación y desarrollo se mantienen, lo mismo al interior de la sociedad estadounidense, que fuera de ella, y algunas tienden a agudizarse. Numerosos problemas objetivos y subjetivos continúan siendo caldo de cultivo para la reproducción y diseminación de éstas u otras expresiones, de modo que nada hace pensar que el fenómeno religioso que analizamos pretenda desaparecer ni aminorar su presencia. Este hecho, que desde sus postulados propios y contravención a la modernidad enfrenta la lógica transformadora-social de la vida, merece seguimiento, actualización y profundización.

Si bien resulta loable, para Estados Unidos y el mundo, la defensa de la libertad religiosa, en general considerada como el derecho de todo ciudadano para creer y practicar en lo que se desea, así como de no tener creencias y prácticas religiosas concretas. ¿Qué considerar cuando dicho concepto se reduce a presupuestos que legitiman el accionar, incluso violento, de unos en contra de otros? Parece ser que la defensa de criterios y presupuestos religiosos de un sector de la sociedad estadounidense, en rechazo o enfrentamiento de las concepciones de otro y legitimado además desde las figuras de poder estadou-

sea parte de los “elegidos”. Para mayor información pueden consultarse los informes anuales de la USCIRF.

nidenses, particularmente de su actual presidente, resulta sumamente divisoria, conflictuante y en general peligrosa. Ello, santificado como parte de verdades supremas, resulta mucho más grave.

Son conocidos los efectos de monopolizar desde lo religioso y sectores concretos el comportamiento de una sociedad determinada. Imponer, como parte de ello, criterios para la educación, la ciencia, la ecología, los derechos civiles, la supremacía de unos frente a otros, es, cuando menos, cuestionable.

¿Cómo suponer que se ajustará la letra del informe anual sobre libertad religiosa (United States Commission on International Religious Freedom, 2015), que en dicho año ratificó su opción hacia la tolerancia, equidad de género y la aceptación de los grupos cultural y étnicamente minoritarios, si mensajes ambivalentes y contradictorios emanan por doquier? Tras el fundamentalismo se enaltece la figura masculina sobre la femenina, se condenan y atacan decisiones de elección sexual y reproductivas diferentes a las tradicionales, a la vez que se rechazan o enfrentan grupos que desde sus tradiciones pueden “enturbiar” la grandeza ultranacional blanca de Estados Unidos. ¿De qué opciones pro-vida y defensa del nacimiento se habla cuando, “a favor de la libertad”, se asume el derecho de matar y aniquilar masivamente a otros? ¿Ante qué nueva versión de raza aria estamos en el siglo XXI y a qué debemos atenernos?

Todo parece indicar que desde una posición virulenta, similar a la de sus predecesores republicanos más cercanos (R. Reagan y G. W. Bush), el fundamentalismo religioso en expresiones principalmente protestantes, será, al estilo estadounidense, una estrategia incrementada en la re-modernización y organización de la sociedad estadounidense, así como de su injerencia hacia el resto del mundo. Su incidencia, no sólo en lo institucional-grupal, sino también en lo individual, se orientará al estímulo de lógicas de pensamiento y acción que, trascendiendo lo religioso, obstaculicen y re-enrumben proyectos sociales e integracionistas actuales en direcciones diferentes u opuestas a lo legitimado por el actual Gobierno de Estados Unidos.

En los primeros cien días de mandato del actual presidente, muchas incógnitas se levantan, a la vez que tristes certezas se confirman. La defensa de una América “primera y grande” parece justificar políticas de aislacionismo y nacionalismo que, avaladas y propugnadas desde postulados y élites de poder religioso, son altamente preocupan-

tes. *God bless América*, más que una propuesta o eslogan, se convierte en convicción no sólo del qué *hacer*, sino del *ser*, como modo de vida. Sus implicaciones son serias para Estados Unidos, sin lugar a dudas, pero su aplicación para el resto del mundo... indudablemente peor.

A fin de cuentas, parece mostrarse ante nosotros un liderazgo desde el cual pretende re-legitimarse la plataforma religiosa como argumento y justificativa, no sólo para establecer el orden y la moral de países concretos, sino también para fomentar escisiones, rechazos, enfrentamientos, bloquear y retrotraer leyes en todos los ámbitos, incluso en la esfera internacional.

Notables y cruentas cruzadas religiosas y guerras santas ha enfrentado el mundo. Confiemos entonces no estar a las puertas de otras “hazañas” misóginas, homofóbicas, racistas, exclusivistas... legitimadas y bendecidas por Dios. Esperemos para ver...

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brooks, D. (2017). Crecen olas de resistencia en EU contra la presidencia de Trump. *La Jornada*, miércoles 8 de febrero, p. 25, y viernes 17 de febrero p. 27. <http://www.jornada.unam.mx/ultimas/2017/02/07/olas-de-resistencia-sin-precedente-por-la-llegada-de-trump>
- Aleteia.org. (2016). <https://laicismo.org/2016/trump-corteja-el-voto-catolico-estare-por-ustedes-junto-a-ustedes-y-peleare-con-ustedes/153229>
- Barranco, B. (2016). *El conservadurismo religioso, clave en el triunfo de Trump*. www.jornada.unam.mx/2016/11/16/opinion/019a2pol
- Bassaletti, C. (2012). *Religión y política en el discurso Obama*. Escritos residuos por Carlos Bassaletti. Canadá. <http://www.lapala.cl/religion-y-politica-en-el-discurso-obama/>
- BBC. (2017). <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-38725955>.
- Berges, J. (2003). *Las Iglesias del protestantismo*, febrero. La Habana: IPS.
- Berges, J., et al. (2006). *Los llamados nuevos movimientos religiosos en el Gran Caribe*. La Habana: Ediciones CEA.
- Boff, L. (2017). *Trump: ¿Una nueva etapa de la historia?* <http://www.servicioskoinonia.org/boff/articulo.php?num=815>
- Brooks, D. (2016). *Con Pence, apacigua Trump a los conservadores*. http://www.jornada.unam.mx/ultimas_noticias/2016/07/15/trump-elige-a-mike-pence-como-companero-de-formula-

- Brouwer, S., Gifford, P., y Rose. (2011). *Exportando el evangelio norteamericano: El fundamentalismo cristiano global*. La Habana: Caminos.
- Bueno, G. (2004). *Panfleto contra la democracia realmente existente*, pp. 35 y 36. Madrid: Fundación Gustavo Bueno. <http://www.fgbueno.es/gbm/gb2004pd.htm>
- . (2010). *Fundamentalismo científico y bioética*. <http://www.filosofia.org/ave/002/b025.htm>
- Cañeque, C. (2003). *El fundamentalismo norteamericano*. Hivern: Fundación Rafael Campalans, núm. 7.
- Cárdenas, E. (2016). *Absolutamente decisivo en inclinar la balanza a favor de dicho Partido*. <http://www.lanacion.com.ar/1959059-las-mujeres-y-el-triunfo-de-donald-trump>
- Carrión, I. (1980, 22 de febrero). *Aquí está el futuro*. Madrid: ABC, p. 97.
- Dixon, A. C., y Torrey, R. A. (Eds.). (1910-1915). *The Fundamentals: A Testimony to the Truth, Compliments of two Christian Laymen*. Chicago: Publishing Company.
- Ediciones Garriga. (1963). *Enciclopedia de la Biblia*, tomo 3, pp. 629-632. Barcelona: Ediciones Garriga. http://fundamentalismos.Religiosos_520awed.htm
- EJU.tv. (2016). Trump habla de fortalecer la libertad religiosa en EEUU. <http://eju.tv/2016/10/trump-habla-de-fortalecer-la-libertad-religiosa-en-eeuu/>
- Fernández, P. (1978). *La renovación carismática, documentación pontificia, episcopal y teológica*, pp. 34, 56 y 188. Salamanca: Ed. Secretariado Trinitario.
- Garaudy, R. (2006). *Breve historia de los Estados Unidos*. Bogotá: Fundación para la Investigación y la Cultura.
- Giroux, H. (2014). *La cruzada religiosa de George Bush contra la democracia: Fundamentalismo como política cultural*. <http://firgoa.usc.es/drupal/node/22829>
- Hill, S., y Owen, D. (1980). *The New Religious Political Right in America*. Nashville: Abingdon Press.
- Irwin, B. (2015). Orígenes y desarrollo del fundamentalismo estadounidense y sus implicaciones para la iglesia cubana. *Didajé*, núm. 7, enero-junio, nueva época. Cuba: Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.
- Jiménez, J. R. (1962). *El modernismo. Notas de un curso (1953)*, pp. 223, 251 y 252. México: Aguilar.
- Kamm, N. (2016). AFP. *La Nación*. http://elecciones-estados-unidos2016-Donald-Trump-predica-e-evangelio-de-aprosperidad_Estados-Unidos_elpaís.htm

- La Nación*. (2016). <http://El-Klux-Klan-hará-un-desfile-para-celebrar-la-victoria-de-Donald-Trump-2011.11.2016-la-nacion.htm>
- Lebman, R., y Wuthnow, R. (1979). *The New Christian Right*. Nueva York: Aldine Publishing Company.
- Lomnitz, C. (2017). *La marcha en Washington*. www.jornada.unam.mx/2017/01/25/opinion/019a2pol
- Martínez, P. (2017). *Trump quiere derribar un muro... entre la Iglesia y Estado*. Washington: Agencias AP. <http://sipse.com/mundo/donald-trump-enmienda-johnson-iglesia-estado-241254.html>
- Navarro-Valls, R. (2016). *El factor religioso en las elecciones de Estados Unidos*.
- Paiewonsky, D. (2016a). *La deuda política de Trump con el fundamentalismo religioso*. <http://acento.com.do/2016/opinion/8404133-la-deuda-politica-trump-fundamentalismo-religioso-1-2/>
- . (2016b). *Los creyentes que votaron masivamente por Trump*, 17 de noviembre.
- Palacios, J. (2015). Fundamentalismo político/religioso norteamericano y costarricense. *Opinión*, núm. 4, 21 de febrero.
- Papenfuss, M. (2016). *The president-elect is going to “turn this country around,” spokeswoman says*. pic.twitter.com/ElnU3KTgoI
- Peña, M. (2017). *Pence: El derecho a la vida “está ganando en EEUU”*. <http://laopinion.com/2017/01/27/pence-el-derecho-a-la-vida-esta-ganando-en-eeuu/>
- Pérez, O., et al. (2013). *Los nuevos movimientos religiosos en Cuba*. CIPS. La Habana: Publicaciones Acuario.
- Pew Research Center. (2017). <http://www.pewforum.org/2017/01/03/faith-on-the-hill-115/#fn-27321-1>
- Portal Mercado Cristiano. (s/f). http://www.mercadocristiano.com/articulo/4026/noticias_cristianas.html
- Provida. (s/f). <https://es.wikipedia.org/wiki/Provida>
- Ramírez, J. (2006). *Religión y cambio social. El campo religioso cubano en la década del 90*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Religion News Service. (2012). <http://El-factor-religioso-en-las-elecciones-de-Estados-Unidos-zenit-Espanol.htm>
- Rodríguez, F. (1979). *Introducción a la política social*, pp. 309 y 310. Madrid: Civitas.
- Rodríguez, F. Y. (2004). *Bush reelegido gracias a los evangélicos fundamentalistas*. http://www.um.es/docencia/barzana/reli/otras_religion_01.html
- Saint-Prot, C. (2005). Empujando a los pueblos para un choque de civilizaciones. Las iglesias evangélicas y el juego de Estados Unidos en el

- mundo árabe. *Red Voltaire*, 20 de noviembre. www.voltairenet.org/article131086.html
- Schijman, B. (2016). *El miedo y la desesperanza impulsan a Trump*. /El-miedo-y-la-desesperanza-impulsan-a-Trump-Chomsky-La-Jornada.htm
- Schipani, D. (2015). El fundamentalismo como espiritualidad tóxica. *Didajé*, núm. 7, enero-junio, nueva época. Cuba: Seminario Evangélico de Teología de Matanzas.
- Serrano, J. F. (2017). *La religión de Trump*. Madrid. www.abc.es/sociedad/abci-religion-trump-201701290209_noticia.html
- Sharlett, J. (2016). *The New York Times Magazine*. <http://www.nytimes.com/2016/04/17/magazine/donald-trump-american-preacher.html>
- She Supports Planned Parenthood. (2016). <http://www.refinery29.com/2016/08/120890/clinton-pro-choice-planned-parenthood-support>
- Tea Party movement en Wikipedia. (s/f). http://en.wikipedia.org/wiki/tea_party_movement#cite_note-Gallup_Poll-55
- U. S. Commission on International Religious Freedom. (s/f). www.uscirf.gov
- Unamuno, M. de. (1947). *Obras completas*, núm. IX: “Los antipoliticistas. Soliloquios y conversaciones”. Madrid: Ed. Ricardo Senabre/Fundación José Antonio de Castro.
- Vidal, C. (2003). *El dios de Bush*. <http://www.elmundo.es/cronica/2003/386/1047216992.html>
- Vigo, E. (2017). *Ola provida en EEUU*. <http://www.outono.net/elen-tir/2017/02/01/ola-provida-en-eeuu-casi-medio-centenar-de-leyes-contra-el-aborto-en-enero-de-2017/>
- Washington Notimex*. (2017). Donald Trump comienza su primer día con servicio religioso. <http://yucatan.com.mx/internacional/norteamerica/donald-trump-comienza-su-primer-dia-con-servicio-religioso>
- Wendling, M. (2015). Alt-right. *BBC Radio*, núm. 4. <http://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-3720151>

FRACTURAS DE LA SOCIEDAD MODERNA EN CRISIS GLOBAL: ¿HACIA UN DESARROLLO HUMANO Y ECOLÓGICO SUSTENTABLE?

Jorge Rojas Hernández¹

RESUMEN

Vivimos tiempos difíciles y de alta complejidad, tanto de comprensión como de superación. Tiempos de crisis globales y transformaciones profundas —como la económica, política, ambiental, social y climática—, necesarias de examinar y repensar para reconfigurar el futuro. Los modernos racionalistas prometieron utopías no cumplidas. El ser humano común sigue esperando su progreso y realización personal. El planeta experimenta la explotación de sus ecosistemas en el límite de la saturación y del colapso. Pero las crisis no sólo muestran el incremento de los problemas socioambientales —la nueva pobreza y el deterioro acelerado de la naturaleza—, sino que al mismo tiempo muestran nuevas señales de cambio, movimientos plurales de la sociedad que despierta en conciencia y subjetividades que anuncian nuevos sueños y esperanzas de cambiar el rumbo hacia lo humano con sentido de género, étnico y sello sustentable. Se trata de una transición compleja, tensa y conflictiva, sin una dirección única, pero con amplios espacios para avanzar humanamente.

-
1. Doctor en Sociología y doctor en Filosofía, Universidad de Hannover, Alemania. Profesor titular del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales. Vicerrector de Relaciones Institucionales y Vinculación con el Medio, Universidad de Concepción, Chile, investigador asociado del Centro de Recursos Hídricos para la Agricultura y Minería, CHRIAM, Fondap/Conicyt.

PROMESAS INCUMPLIDAS DE LA MODERNIDAD

La época moderna, los pensadores modernos nos prometieron el progreso, la libertad, la democracia, fraternidad y solidaridad, pilares fundamentales para construir un mundo mejor, más humano y justo, basado en la razón, el conocimiento científico y la tecnología. El conocimiento y los inventos tecnológicos han progresado considerablemente, especialmente durante el siglo xx y lo que lleva del xxi. Pero aún falta mucho para construir un sistema de vida humana que al menos satisfaga las necesidades básicas de miles de millones de habitantes de la Tierra. Qué decir de un sistema de vida económica, cultural, política y social que permita la realización personal y felicidad de la mayoría de las personas.

Estos progresos han ido acompañados de revoluciones políticas, industriales, sociales, culturales y religiosas, como la francesa, la rusa, la china, la Reforma Protestante europea, procesos revolucionarios latinoamericanos, asiáticos, así como muchas reformas sociales y liberales, impulsadas por fuerzas políticas socialdemócratas, socialcristianas, reformistas y el movimiento obrero organizado en sindicatos, movimientos feministas, estudiantes, movimiento de los indignados y el arte en sus diferentes expresiones estéticas.

Para el filósofo Hegel, la Modernidad anunciaba e inauguraba la emergencia espléndida de la subjetividad humana. Por fin la humanidad podría decidir sobre sus propios destinos, tomar en sus manos sus asuntos. La idea de la Modernidad se entendería como el proceso histórico de autocomprensión, autocercioramiento y emancipación. De esta manera emerge la conciencia individual y social en el mundo moderno. La subjetividad implica connotaciones: individualismo, en el sentido de que en el mundo moderno la peculiaridad particular puede hacer valer sus pretensiones; derecho a la crítica, en el sentido de que el mundo moderno exige que aquello que cada cual ha de reconocer se le muestre con la debida justificación; autonomía de la acción, en el sentido de que cada cual quiere y puede ser fiador de lo que se hace; filosofía idealista, en el sentido de que la filosofía aprehenda la idea que se sabe a sí misma (Habermas, 1993: 11-35). Estos principios se realizan históricamente mediante grandes procesos de transformación, como la Reforma Protestante de Martín Lutero y Juan Calvino del siglo xvi; la Revolución Industrial iniciada en el siglo xviii; la Revolución Francesa

(1789), que impactó al mundo y anunció la democracia, la soberanía popular y la libertad, de difícil implantación y estabilización en el tiempo y los territorios; los movimientos de independencia nacional en América Latina, África y Asia; en fin, las revoluciones científico-tecnológicas, culturales y políticas que siguen su curso ininterrumpido desde el movimiento de la Ilustración y transforma las sociedades.

Los niveles de aplicación y profundización de estos principios proclamados por la Ilustración han sido históricamente muy diferenciados y, en muchos casos, se han expresado en avances y retrocesos, según el estado de desarrollo de la sociedad y sus respectivos procesos de transformación.

En la actualidad asistimos a la cuarta y quinta revolución tecnológica (revolución de las cosas, robótica, neurociencia e informática, inteligencia artificial) que, junto con anunciar “progreso”, al mismo tiempo destruirá muchos empleos (generando nuevos problemas sociales) y abre también incertidumbres sobre el futuro y nuevas modalidades y posibilidades de manipulación de la vida corporal, cultural y social. Y esta revolución tecnológica va acompañada de la gran transformación ecológica del planeta, estresado y en crisis del modelo energético de matriz fósil, con sus efectos invernadero y cambio climático global irreversible, que genera sociodesastres de consecuencias incalculables para el planeta y la población más vulnerable.

La crisis ambiental, ecológica, ya no puede esperar. No queda mucho tiempo ni espacios para seguir contaminando ni degradando los ecosistemas, muchos de ellos en el umbral del colapso. Por lo mismo que ya no es posible repensar el desarrollo y el futuro del planeta sin considerar la ecología y la sustentabilidad, en un sentido amplio y de carácter universal. El medio ambiente ha dejado de ser un mero factor abstracto que la economía utiliza para generar bienes de consumo, de comercialización y productividad. El medio ambiente ha adquirido centralidad, de la misma manera como el trabajo en siglos anteriores, durante la era industrial.

La época moderna, influenciada fuertemente por la racionalidad instrumental, debe necesariamente transitar hacia una racionalidad ambiental, socioecológica. Aun cuando el actual Gobierno estadounidense de Donald Trump desconozca la marcha irreversible del cambio climático y retire su apoyo al Acuerdo de París de diciembre de 2015, en el sentido de disminuir las emisiones de CO₂ para impedir que

las temperaturas del planeta superen los dos grados, la conciencia ambiental climática —que busca evitar los sociodesastres— seguirá creciendo en el mundo y ejercerá fuertes presiones contra los gobiernos ultraconservadores, que parecen no querer entender la gravedad de la crisis ambiental-climática que nos afecta a todos y que requiere con urgencia respuestas sustentables.

UTOPIAS SOCIOLIBERALES SIN SUJETOS

Los movimientos transformadores de la época moderna han sido también guiados por utopías de diferente orientación. Una utopía —aplicada a la realidad histórica específica— enfatizó más el paradigma social, como fueron los modelos socialistas ruso y chino realmente existentes. Lo social se identificó con lo colectivo, lo que sólo se podría alcanzar —según esta concepción— mediante un poder fuertemente centralizado en una burocracia partidista vanguardista (el politburó). Este modelo, conocido como “real socialismo”, como se le llama en la discusión europea, consideró los valores liberales —las libertades y derechos individuales— como contrarios a su objetivo histórico. Gran error histórico. Impidió el desarrollo de las fuerzas y capacidades individuales, inherentes y propias de cada ser humano. Este modelo, que apelaba y convocaba a los trabajadores, que hablaba en su nombre e intereses, lamentablemente fracasó, sucumbió a la fuerza de la burocracia centralista del poder, al autoritarismo y a la corrupción, provocada por la falta de controles sociales y participación ciudadana real.

Otra utopía importante, también surgida del movimiento de la Ilustración, se orienta más por la concepción liberal y mercantil de la sociedad y sus instituciones. Esta filosofía apuesta históricamente por la libertad del individuo sobre la base de los intercambios del mercado de bienes y servicios. El modelo propiamente liberal descarta la dimensión social del individuo y de la sociedad. Estados Unidos es un muy buen ejemplo de aplicación histórica de este modelo de desarrollo basado en la libertad individual. El individuo es responsable de sí mismo, de su presente y su futuro. Y los privados suministran trabajo y servicios básicos, como educación, salud, infraestructura. Este modelo funciona en la medida que el sistema proporcione, mediante el mundo laboral, elevados niveles de retribución del trabajo. Por lo

mismo, requiere de una gran estabilidad económica y política. Las crisis económicas, políticas, ambientales o sociales desestabilizan el sistema, amenazan su equilibrio y atentan contra la paz social.

Entre las utopías socialista y liberal de la época moderna surgió también la estrategia de desarrollo socialdemócrata y socialcristiana. Busca, híbridamente, unir capital con trabajo. Asociar a los dueños de los medios de producción con los que producen riqueza y sufren procesos de expropiación de sus capacidades físicas e intelectuales. Intercambiar seguridad del trabajo por estabilidad del capital. Este modelo —conocido como Estado de bienestar social— constituye también una estrategia y modelo de respuesta a los innumerables conflictos sociales, crisis y guerras que los procesos de modernización de la época moderna han sufrido en sus intentos de implementación frustrados en diferentes continentes y países. Este modelo se ha aplicado especialmente en países de Europa central, con muestras limitadas en sus objetivos, en algunos países latinoamericanos, especialmente en el siglo xx, antes de la irrupción del modelo extractivista neoliberal.

En este modelo social-liberal, pero también en el estrictamente liberal, producto de las luchas sociales del siglo xx y lo que va del XXI, se abrieron significativos espacios de libertad y democracia que han permitido el desarrollo de la subjetividad humana, la consagración de los derechos humanos y el incremento de la conciencia y las acciones en defensa de la naturaleza, degradada por los procesos de modernización antinaturalista que ha caracterizado a la era Antropoceno que vivimos.

América Latina ha experimentado interesantes e importantes revoluciones sociales y políticas como la mexicana, la cubana, la boliviana, el intento de la Unidad Popular en Chile entre 1970 y 1973, frustrado por el golpe militar, y otras experiencias transformadoras significativas en Centroamérica. Pero hasta ahora las reformas propiamente liberales siguen pendientes. También las reformas sociales, desmontadas por el neoliberalismo radical y autoritario de las últimas décadas. En este sentido, a la democracia existente en la mayoría de los países le falta profundización y, sobre todo, le falta inclusión social, derechos sociales.

Los avances en información y conocimiento son indiscutibles. Vivimos una verdadera revolución científica y tecnológica. Se sostiene incluso que vivimos en la sociedad del conocimiento. Realidad aún

no presente del todo en América Latina. Pero tampoco plenamente existente en los países desarrollados.

Sin embargo, vivimos al mismo tiempo en sistemas de enormes desigualdades y de injusticia social. De violencia y corrupción. Y, en la medida en que las sociedades avanzan, se amplían y complejizan también los problemas, vulnerabilidades y exposiciones de la población a peligros de desastres, pandemias y eventos extremos provocados por el cambio climático global.

TIEMPOS DE POSVERDAD O DE CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA MENTIRA: CRISIS DE SENTIDO Y DE INCLUSIÓN

Paradojal resulta que mientras la ciencia, la tecnología y los medios de comunicación se desarrollan exponencialmente y la información circula profusamente en redes socioinformáticas, una ola fantasmal de mentiras construidas invada las sociedades modernas e influya en sus decisiones personales, las que a su vez influyen en la orientación política de una localidad, región y país.

La mentira política es probablemente un instrumento moderno o posmoderno de modernización, como por lo demás lo utilizó masiva y eficientemente el fascismo. De la misma manera como se emplea la violencia para acallar la oposición, se utiliza la mentira para denigrar al contrincante y manipular a la población desinformada y desafectada de la política tradicional. La existencia de la mentira política es una prueba de que la época moderna aún no supera sus límites tribales, incluso en los países más desarrollados, en los que se supone y espera que exista una mayor conciencia civil y ciudadana. Una prueba de que su proyecto de aspiración universal de autocomprensión se encuentra bloqueado o simplemente fracasado.

Al parecer, la mentira es un fenómeno profundamente arraigado en la vida social, como lo sostienen investigadores. Así, por ejemplo, *Levine* y otros investigadores, de la Universidad de Oakland, ante la pregunta ¿por qué mentimos?, explicaba de la siguiente manera las razones. Debido a: transgresión personal, esconder un error o una fechoría (22%); beneficio económico, obtener beneficios financieros (16%); beneficio personal, obtener beneficios más allá del dinero (15%);

evasión, escapar o evitar gente (14%); autopersonificación, moldear una imagen positiva de nosotros mismos (8%); desconocido, los motivos no son claros, ni para nosotros mismos (7%); humor, hacer reír a la gente (5%); altruista, ayudar a la gente (5%); malicioso, lastimar a los demás (4%); social o amable, mantener roles sociales o evitar una grosería (2%); patológico, ignorar o despreciar la realidad (2%). Agrupadas las razones para mentir en dimensiones, el autor construye cuatro categorías: 1. Para proporcionarte (44%); 2. Para protegerte (36%); 3. Para influir en otros (11%); 4. Poco claro (9%). En verdad, las tres primeras categorías, que representan prácticamente el 91%, favorecen los intereses personales del autor de las mentiras (Levine y otros, en: Bhattacharjee, 2017: 41).

Por su parte, los psicólogos Nobuhito Abe, de la Universidad de Kioto, y Joshua Greene, de la Universidad de Harvard, luego de escanear cerebros de personas mediante imágenes de resonancia magnética funcional (IRMf), descubrieron que quienes actuaban de manera deshonesta mostraban una mayor actividad en el lóbulo frontal basal, con un papel clave en el proceso de recompensa: “Mientras más se estimula tu sistema de recompensa por la promesa de obtener dinero —incluso en un contexto perfectamente honesto—, más propenso eres a hacer trampas”, explica Greene. En otras palabras, la codicia podría incrementar la predisposición a mentir” (Bhattacharjee, 2017: 49).

No parece haber consenso entre los psiquiatras respecto de la relación entre salud mental y la mentira, si bien la gente con ciertos desórdenes psiquiátricos parece inhibir patrones específicos de mentiras —quienes han sido diagnosticados con trastorno antisocial de la personalidad suelen decir mentiras manipuladoras—, mientras que los narcisistas pueden decir falsedades para reforzar su imagen (Bhattacharjee, 2017: 49).

Estas constataciones científicas, del ámbito de la psicología y la psiquiatría, proporcionan interesantes rasgos de personalidad de personas propensas a mentir, como sería el caso de quienes sufren trastornos antisociales o muestran conductas narcisistas, como se ha podido claramente observar en campañas políticas, como en Estados Unidos, con expresiones fuertemente antisociales y claramente egocéntricas de parte del líder republicano hoy instalado en el Gobierno.

Líderes políticos, de diferente orientación ideológica y política suelen mostrar, en diferentes grados y características, conductas narci-

sistas. En parte puede explicarse por sus ambiciones de poder que van por lo general acompañadas de un alto nivel de autoconvencimiento y fe en sí mismos, así como en el “encantamiento” que producen en sus seguidores. Líderes carismáticos —de llano corte “populista”— pueden producir condiciones apropiadas para la manipulación y propagación de mentiras como estrategia política para alcanzar el poder.

Por otra parte, el fenómeno del Brexit, el plebiscito de Colombia por la Paz y las recientes elecciones en Estados Unidos constituyen ejemplos abismantes del empleo masivo, cínico y perverso de la mentira como arma política. Constituye un arma poderosa que atenta contra la democracia, los derechos y la libertad humana. Atenta contra los principios de transparencia y acceso a la información verídica y fundada.

Estas manifestaciones son síntomas de una época en crisis de valores y de sentido existencial. Algunos autores, como Edgar Morin, la denominan crisis de civilización (2011). Otros la llaman “modernidad líquida”, donde todo fluye y es incierto, como Zigmunt Bauman (2002). Muchos autores se refieren al reino de la incertidumbre o del desencanto. La globalización destruye los lazos comunitarios donde se socializan los niños, niñas, jóvenes, hombres y mujeres de todas las edades y, en general, las personas. El saber devela la realidad oculta, dirá Adorno, pero al mismo tiempo produce nuevas interrogantes e incertidumbres sobre el futuro. Y la globalización borra las fronteras de la modernidad sólida (Bauman), deja a los individuos y sus libertades colgando de un verdadero abismo, huérfano de referente identitario.

El vacío de sentido —presente en diversas sociedades— provoca cansancio, frustración, malestar, agotamiento existencial e indignación en las personas. Provoca en parte importante de la población la falta de creencia o confianza en utopías políticas —de izquierda, centro o derecha— no realizadas o históricamente prometidas, pero concretamente incumplidas.

La globalización del capitalismo tiende a arrasar con las conquistas nacionales y locales. Desmonta derechos adquiridos por las luchas sociales de los trabajadores y movimientos sociales. Incluso ha ocurrido que los avances en liberalización no sólo no han ido acompañados de la mantención de derechos sociales, sino que, por el contrario, han destruido dichos derechos adquiridos al destruir, por ejemplo, fuentes de trabajo y de sustentación de los ciudadanos y ciudadanas.

LA DESIGUALDAD A TRAVÉS DE LOS SIGLOS

Un estudio reciente del Instituto Mundial para la Investigación del Desarrollo Económico de la Universidad de las Naciones Unidas afirma que en el año 2000 el 1% más rico de la población poseía el 40% de los activos globales, y que el 10% más rico de la población poseía el 85% del total de la riqueza mundial. La mitad más pobre de la población adulta mundial poseía por su parte el 1% de la riqueza global (Davies, James y otros, citados por Bauman, 2014: 11).

Resulta, por una parte, prácticamente incomprensible y, por otra, inaceptable, este nivel de desigualdad en la distribución de la riqueza, producida por todos, al que ha llegado y originado el capitalismo en el sistema global que, además, se manifiesta de una manera aún más desigual en los países más pobres y vulnerables del planeta.

La desigualdad constituye uno de los principales problemas que afecta a miles de millones de personas en el planeta. La solución a ella es una de las promesas de los modernos, hasta hoy aún incumplida. El capitalismo produce estructural e intrínsecamente desigualdad social, como lo demuestran diferentes investigaciones. Entre ellas, la de Thomas *Piketty*, quien estudió la historia de 300 años de capitalismo, comprobando una interesante hipótesis que interrelaciona la tasa de rendimiento del capital con la tasa de crecimiento de la producción y de distribución del ingreso:

Cuando la tasa de rendimiento del capital supera de modo constante la tasa de crecimiento de la producción y del ingreso —lo que sucedía hasta el siglo XIX y amenaza con volverse la norma en el siglo XXI—, el capitalismo produce mecánicamente desigualdades insostenibles, arbitrarias, que cuestionan de modo radical los valores meritocráticos en los que se fundamentan nuestras sociedades democráticas (Piketty, 2014: 15).

El autor desagrega estos datos analizando la situación de desigualdad en los países desarrollados, partiendo por los que tienen una mejor distribución de la riqueza, que son los países escandinavos. Así, por ejemplo, sostiene que en las sociedades reconocidas como “más igualitarias” en la distribución de la riqueza —los países escandinavos—, en las décadas de los setenta y ochenta, el 10% de los patrimonios más acaudalados representaba cerca del 50% de la riqueza nacional. Por su parte, a comienzos de la década de 2010, el 10% de los patrimonios superiores, mayoría de los países europeos, alcanzaba ya un 60% de

participación de la riqueza nacional, de manera especial Alemania, Francia, Italia y el Reino Unido. Resulta sorprendente y muy preocupante el hecho de que en esas sociedades el acceso a la riqueza de la mitad más pobre de la población sea mínimo. En efecto, el 50% de los segmentos sociales más pobres posee menos del 10% de la riqueza nacional; en realidad, posee menos del 5%. En el caso específico de Francia —según datos de los años 2010-2011— señalan que la participación del 10% de los segmentos más ricos alcanzaba el 62% del patrimonio total del país, mientras que la participación de la riqueza del 50% más pobre de la población era apenas de un 4%. Por su parte, en Estados Unidos —según datos también del periodo 2010-2011— el decil superior de la población poseía el 72% del patrimonio nacional, mientras que la mitad inferior participaba de apenas de un 2% (Piketty, 2014: 281 y 282).

Estos graves y profundos problemas de desigualdad estructural —incluso incrementados en las últimas décadas— explican la polarización social y política que actualmente experimentan países desarrollados como Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Alemania, que se ha expresado en los procesos electorales con el protagonismo creciente de partidos y líderes de extrema derecha que apelan al “populismo nacionalista” como estrategia electoral para “encantar” y movilizar a los nuevos pobres de la globalización, quienes se sienten “abandonados” o marginados del progreso que promete el capitalismo, pero que no llega a todos. Que incluso expropia o retira progreso, donde antes lo hubo.

Para Piketty, la economía de mercado y de propiedad privada, actualmente imperante en el mundo, contiene fuerzas importantes de convergencia, como la difusión del conocimiento y de calificaciones, pero al mismo tiempo poseen fuerzas de divergencia, amenazadoras para la democracia y la justicia social:

La principal fuerza desestabilizadora se vincula con el hecho de que la tasa de rendimiento privado del capital r puede ser significativa y duraderamente más alta que la tasa de crecimiento del ingreso y la producción g . La desigualdad $r > g$ implica que la recapitalización de los patrimonios procedentes del pasado será más rápida que el ritmo de crecimiento de la producción y los salarios. Esta desigualdad expresa una contradicción lógica fundamental. El empresario tiende inevitablemente a transformarse en rentista y a dominar cada vez más a quienes sólo tienen su trabajo. Una vez constituido, el capital

se reproduce solo, más rápidamente de lo que crece la producción. El pasado devora el porvenir (Piketty, 2014: 643).

Por su parte, *Stiglitz*, Premio Nobel de Economía, profundo conocedor de la economía de su país, Estados Unidos y del mundo, desagrega aún más la realidad de la desigualdad al analizar el patrimonio que posee el 1% del segmento más rico de la sociedad estadounidense:

El 1% más rico de los estadounidenses se queda casi con la cuarta parte de los ingresos del país cada año. Si hablamos de patrimonio, en vez de ingresos, ese 1% controla el 40% [...] Hace 25 años, las cifras eran el 12 y el 33%, respectivamente [...] mientras los ingresos del 1% han subido un 18% en el último decenio, los de la clase media han disminuido [...] Todo el crecimiento de las últimas décadas ha beneficiado a los de arriba. Si hablamos de desigualdad de rentas, Estados Unidos está más atrasado que cualquier país de la vieja Europa [...] Al tiempo que muchos viejos focos de desigualdades en América Latina, como Brasil, daban pasos en los últimos años para mejorar la situación de los pobres y reducir las diferencias de rentas, Estados Unidos ha permitido que las desigualdades aumenten (Stiglitz, 2015: 109).

La desigualdad es un verdadero fantasma que recorre y corroe todas las sociedades. Constituye un factor de desestabilización y amenaza permanente de la democracia, la libertad y las posibilidades de emancipación y realización de las personas. Representa negación de oportunidades de realización y bloquea el camino de avance de las sociedades hacia mejores y mayores niveles de justicia social, inclusión y calidad de vida. Representa, por sí misma, una amenaza para la paz y felicidad social.

La desigualdad pone en cuestión las instituciones, los partidos políticos y las utopías sociopolíticas construidas en los últimos tiempos. A su vez, producto del desencanto, permite que surjan alternativas demagógicas de ultraderecha, tendencias de “populismo-nacionalista” que prometen a los pobres que ellos mismos —sus corporaciones y mega-ricos— produjeron al implementar políticas neoliberales que desregularon al capital, liberándolo de toda responsabilidad social, incluso nacional. Más aún, desigualdad, especialmente cuando de improvisado se incrementa la pobreza causada por una crisis económica —como por ejemplo la de 2008 que tuvo lugar en Estado Unidos y se expandió por el mundo— produce graves problemas de desintegra-

ción y desesperanza social, la que se puede manifestar en suicidios y violencia.

La crisis en cuestión también afecta el papel de la política y de los partidos políticos tradicionales —crisis de representación—, los que se vuelven ineficientes o indiferentes ante la desesperanza y demandas ciudadanas, dejando el lugar libre a personajes desconocidos, a menudo *outsiders* de la política o extraños a la élite dominante, que aparecen como “salvadores” o “amigos” del pueblo en desgracia. Aunque en muchos casos provienen de la misma élite millonaria y terminan siendo funcionales a sus intereses.

DE LA CRISIS ECONÓMICA A LA DE REPRESENTACIÓN POLÍTICA

La crisis de representación política que afecta a la mayoría de los partidos políticos tradicionales, incluyendo a las instituciones estatales, es un fenómeno sociocultural de acumulación de frustraciones de los representados. Los partidos y sus instituciones han sufrido un proceso de transformación: han transitado de un paradigma de representación de corte social-clasista, a otro de vinculación al aparato del Estado, social-clientelar o populista. De representación de utopías y mediación de interés sociales a funciones más vinculadas a la administración del poder institucional y mediático. Hay autores que denominan a este proceso profesionalización de la política. También se le denomina de orientación neoliberal o poscolonial. Morin se refiere a la creación de un orden global “técnico-económico” (Morin, 2011: 31) estandarizado que requiere el proceso de globalización de la economía, el que, afortunadamente, no se logra debido a la resistencia ciudadana.

Profundizando el tema, se puede sostener que en las últimas décadas se ha producido un proceso de sobreeconomización de la vida política y social. La política ya no comanda los procesos institucionales y sociales, como ocurrió en el pasado. Los principios de la economía —oferta, demanda y colusiones— rigen la producción de bienes y las acciones públicas. De allí su desutopización y despolitización de la sociedad. Explica también la falta de interés de las nuevas generaciones por la política tradicional.

Ahora bien, una economía fuertemente en deuda, como ocurre en Estados Unidos, Europa, América Latina y muchos países, genera gra-

ves problemas en otros ámbitos de la vida social y política. Según Alvater, la deuda funciona como círculo vicioso: las tasas de crecimiento se sitúan significativamente por debajo del nivel que se requiere para crecer y liberarse de la deuda. Más aún, la deuda se incrementa, debido a que la economía no crece, mientras los intereses de renegociación de la deuda son cada vez más altos. Como la carga del endeudamiento es proporcional al PBI, la deuda aumenta y, por ende, se incrementan también los servicios de la deuda. Éste es justamente el fenómeno que ocurre con la crisis del endeudamiento que en la actualidad padecen los Estados europeos: “La relación entre la deuda y el PBI está creciendo en todos los países implicados: del 105.4% en 2007 al 142.8% en Grecia, del 68.3% en 2007 al 93.0% en 2010 en Portugal, del 25.0% en 2007 al 96.2% en 2010 en Irlanda” (Alvater, 2011: 113).

Alvater polemiza, con razón, con las medidas económicas y políticas que Europa aplica a los países en crisis, como lo ha sido el caso simbólico de Grecia. Fueron —siguen siendo— medidas de austeridad económica que empobrecen a la población y afectan la soberanía nacional griega, al plantear la expropiación de bienes públicos y recortar parte del presupuesto dedicado a funciones sociales. Las medidas, impuestas por los gobiernos europeos dominantes, se justificaban —argumenta *Alvater*— basados en factores extramercados financieros. La austeridad la impusieron argumentando el mal de la corrupción interna, la “pereza” del pueblo griego y la “inoperancia” de la clase política griega. No cabe duda que existe una cierta cuota de responsabilidad griega en los problemas de endeudamiento endémico, pero otra cosa es privatizar bienes públicos, someter al pueblo griego a fuertes medidas de ahorro y austeridad extrema. En el fondo, estas medidas implican “el cercenamiento de soberanía nacional en pleno territorio griego mediante la apropiación del producto del trabajo de su ciudadanía. Se trata, simplemente, de un asalto a los derechos democráticos de un pueblo soberano” (Alvater, 2011: 115 y 116).

El tema del endeudamiento ha sido y sigue siendo crítico en muchos países. Ya en la década de los setenta se inició en América Latina el proceso de renegociación de los altos niveles estatales de endeudamiento. Los resultados fueron medidas de austeridad, de terribles consecuencias sociales y políticas, que prevalecen hasta hoy y que se expresaron, precisamente, en la implementación forzada de políticas de ahorro y desregulación de carácter neoliberal.

En el desarrollo de las sociedades modernas nos encontramos con momentos más políticos, más religiosos, económicos o sociales, como el que surge en la actualidad en diferentes continentes y sociedades. Estos momentos marcan hegemonías que dominan las sociedades y las transforman y orientan en un determinado sentido. Obviamente, no se trata de procesos immanentes ni mucho menos fatales ni de carácter cíclico, como suele argumentarse, sino de procesos impulsados por las luchas sociales, políticas y culturales. Son momentos que responden más bien a procesos histórico-dialécticos.

Ahora bien, externalizar productos de escaso valor agregado, crecer hacia afuera con estrategias extractivistas, ha sido el tenor de la política de la mayoría de los países latinoamericanos, influenciados por políticas neoliberales, las que se han traducido en concentración de la riqueza con un incremento de las desigualdades y surgimiento de nueva pobreza.

En los países desarrollados la globalización de la economía ha favorecido e incentivado la externalización de parte importante de procesos productivos hacia regiones donde el trabajo es más barato, menos protegido y menos regulado. Ello se ha expresado en la migración de millones de empleos, dejando a un segmento importante de trabajadores sin ocupación y con escasa o nula protección social. Ha surgido la nueva morfología de la cuestión social, como la define Robert Castel (2010: 35-55), y el “precariado” (2010: 125-142), una nueva categoría laboral que agrupa a los millones de empleos precarios sin mayor protección ni derechos, según Klaus Dörre (2009: 79-108).

[...] una relación estable con el trabajo ofrece el basamento para una integración a la sociedad, mientras que las relaciones desdichadas con el trabajo como la desocupación y la instalación en la precariedad vuelven a poner en entredicho o impiden el acceso a las condiciones requeridas para tener un lugar en la sociedad y ser reconocido como un individuo con todas sus ventajas y derechos (Castel, 2010: 41).

La precarización del empleo, el nuevo desempleo, unida a la desprotección social existente en muchos Estados que han practicado políticas neoliberales en las últimas décadas, se ha traducido en procesos acelerados de desintegración social que alimentan la polarización y la emergencia de tendencias populistas nacionalistas de extrema derecha, como han sido los casos evidentes de Estados Unidos y Francia.

La falta de inclusión social alimenta estos procesos en diversos países, amenazando la democracia, los derechos individuales y ciudadanos.

La desregulación económica e institucional —por ejemplo, flexibilización extrema de las relaciones laborales— ha producido una pérdida creciente de legitimidad de la acción política de los partidos tradicionales —de derecha, centro e incluso de izquierda— en muchas sociedades. La globalización desreguladora del capital y su estrategia neoliberal ha producido nueva pobreza, trabajos precarios sin protección social ni calidad. Parte importante de la población, especialmente la afectada por estas políticas, se desencanta y termina por distanciarse de los partidos que antes seguramente apoyó en los procesos electorales.

Los partidos se transforman en defensores del nuevo orden económico mundial. Tienden a desutopizarse y transformarse progresivamente en administradores y facilitadores de la competitividad de las empresas transnacionales, que requieren o exigen facilidades tributarias y legales para acumular, lo que suele traducirse en reducción del gasto social y desregulación del trabajo. De esta manera, los partidos cambian de estrategia, pierden su conexión con la sociedad y se distancian de sus antiguos “clientes” sociales, especialmente de los trabajadores y segmentos de clase media.

La representación política entra en crisis profunda y sin retorno. Cunde la desorientación, confusión política, despolitización de segmentos sociales, el malestar social y la desafección de la política. Los segmentos sociales víctimas de la globalización desreguladora se sienten desprotegidos y “abandonados” por los partidos que antes en alguna medida los representaron y lucharon por sus intereses. Esta crisis avanza rápidamente en muchos países. En algunos casos ciertos partidos tienden simplemente a desaparecer de la escena política. En otros países surgen nuevos referentes y conglomerados políticos, en medio de la crisis y apoyados por nuevos movimientos sociales y ambientales, portadores de embriones de renovación política, cultural y social.

REVOLUCIÓN TECNOLÓGICA: VIOLENCIA Y PATOLOGÍA POLÍTICA DIGITAL

Por otra parte, las transformaciones que actualmente experimentan las sociedades modernas en el mundo global son también fuertemente influidas por las revoluciones tecnológicas, las que incluso intervienen en la vida social, cultural y también en la política, como ocurrió en la reciente elección presidencial en Estados Unidos.

En efecto, el inesperado triunfo de Donald Trump contra la preferida en las encuestas, Hillary Clinton, se ha prestado para muchos y variados análisis e interpretaciones que aun perdurarán hasta poder descifrar las razones de fondo de lo que socio-política-electoralmente ocurrió. Análisis políticos y encuestas entraron en crisis de credibilidad. Los medios de comunicación —diarios, tv y radios— no fueron capaces de entender lo que estaba pasando en la sociedad, especialmente en importantes segmentos de la población, particularmente en los sectores llamados “abandonados” o los perdedores de la modernización y globalización acelerada, aquellos que perdieron el trabajo, la protección social y la dignidad. Los nuevos pobres de la globalización local desterritorializada.

¿Por qué razón ganó quien no tenía que ganar? ¿Qué sucedió? ¿Qué nuevas fuerzas o factores intervinieron la realidad, que se suponía conocida? ¿Cuál es el análisis de largo y corto plazo? Y, lo que es aún más importante, ¿cuáles son sus consecuencias para la democracia y la libertad futura de las sociedades modernas, incluidas las latinoamericanas? Compleja situación global y difíciles respuestas específicas. Un gran desafío para las ciencias sociales y los nuevos movimientos sociales ciudadanos, culturales y ambientales del planeta, que requieren de nuevas teorías y paradigmas para comprender la nueva realidad compleja que enfrentamos como seres humanos y comunidades.

El cerebro “crece en el grupo social”, sostiene el psiquiatra alemán, experto en neurociencia, Manfred Spitzer. En otras palabras, a mayor y mejores relaciones sociales reales, mayor y mejor desarrollo del cerebro social, que favorece las competencias sociales y la convivencia humana. Por el contrario, quien sólo vive socialmente en redes digitales puede reducir su cerebro y disminuir sus competencias sociales, su capacidad de vivir en sociedad. Vive expuesto a la soledad, a la depresión y a manifestar conductas descontroladas y sufrir,

en el largo plazo, síntomas de demencia, la que el autor califica como “demencia digital”.

La utilización intensiva de las redes sociales en línea no sólo reduce el número de amistades reales sino también la competencia social; las áreas cerebrales responsables se atrofian. Las consecuencias son un mayor estrés y una pérdida creciente del autocontrol. Comienza una espiral social hacia abajo que obstaculiza una vida plena en la comunidad (Spitzer, 2013: 126).

Según Spitzer, es evidente que las redes sociales en línea contribuyen a satisfacer la necesidad de contactos con nuestros semejantes, pero no todo resulta positivo. En efecto, Internet favorece también contactos sociales que se malogran y que, por ejemplo, engañan con una personalidad diferente, fomentan o facilitan los plagios, las estafas, incluso hasta llegar a la delincuencia. El autor sostiene: “¡Se engaña, se acosa, se despluma a los incautos, se genera un ambiente agresivo, se agitan los ánimos y se difama a todo tren! ¿A quién puede extrañar que las redes sociales entre los usuarios adolescentes conduzcan sobre todo a la soledad y a la depresión?” (Spitzer, 2013: 127).

Para el especialista en neurociencia, Spitzer, los factores estresantes más relevantes de la sociedad moderna serían: la autorregulación defectuosa, la soledad y la depresión. Estos factores provocarían la muerte de las neuronas y favorecerían, a largo plazo, el desarrollo de una demencia. En el caso de los niños, la sustitución de los verdaderos contactos interpersonales por redes digitales en línea se puede traducir, en el largo plazo, en una reducción de su cerebro social, lo que afectaría su proceso de aprendizaje. Profundizando en el tema, subraya que existiría el peligro, en el largo plazo, de “que Facebook y compañía conduzcan a la atrofia de nuestro cerebro social entero. Visto desde esta perspectiva, resulta inquietante en extremo que entretanto aproximadamente mil millones de personas utilicen Facebook” (Spitzer, 2013: 127). En la actualidad el número de usuarios de este medio electrónico se eleva a cerca de 1,600 millones de personas.

Uno de los grandes pensadores del siglo xx, Umberto Eco, reflexionando sobre la evolución más reciente de las sociedades modernas, intuía claramente el impacto negativo de Internet, como medios sin filtros de difusión de opiniones infundadas, de necedades, estupideces y mentiras. Este fenómeno lo analizó en su obra póstuma *De la estu-*

pidez a la locura (2016), en la que describe críticamente tendencias socioculturales que podrían marcar el desarrollo del futuro del mundo.

Eco sostiene que las sociedades viven en la convicción equivocada de que la sabiduría sería el parámetro normal del comportamiento humano y que la locura sería un comportamiento excepcional. Se replantea esta convicción, interrogándose ¿acaso no habría que pensar al revés?, en el sentido de que la “¿condición normal es la locura y la normalidad un estado transitorio?” ¿No sería más lógico pensar que todo ser humano posee una cierta dosis de locura, que para muchos permanece en estado de latencia toda la vida y, en cambio, para otros, también muchos, estalla de vez en cuando: “estalla en forma no letal y a veces productiva en aquellos que consideramos genios, precursores, utopistas, pero en otros se manifiesta con acciones que nos hacen gritar a la locura criminal?” (Eco, 2016: 489). Ahonda en el tema acudiendo a la condición de “necios”, abundantes en las sociedades modernas. Entre los siete mil millones de habitantes que pueblan el planeta existe una cantidad importante de “necios”, quienes en el pasado —sin Internet— comunicaban sus desvaríos o tonteras a sus cercanos y amigos en forma privada, por ejemplo en el bar, con lo que sus opiniones necias quedaban restringidas a un círculo limitado de personas.

En cambio ahora muchas de estas personas cuentan con la posibilidad de expresar sus opiniones en las redes sociales, alcanzando audiencias altísimas, incluso confundándose con opiniones expresadas por personas razonables. Aclara que la noción de necio no tiene ninguna connotación de carácter racista. Pero un excelente empleado, trabajador o profesional no se encuentra libre de decir estupideces sobre materias en las que no es competente o sobre las que no ha tenido la oportunidad de reflexionar en profundidad. Además, en Internet las reacciones ocurren con rapidez, suelen ser espontáneas, se hacen “en caliente”, lo que favorece cometer errores o emitir opiniones apresuradas, irreflexivas. Por lo mismo que Eco apela a la necesidad de filtrar las opiniones:

Un usuario de la red debería ser capaz de distinguir ideas inconexas de ideas bien articuladas, pero no siempre es así, y aquí surge el problema del filtro, que no concierne sólo a las opiniones expresadas en los diversos blogs o vía Twitter, sino que es una cuestión dramáticamente urgente para todos los sitios Web, donde se pueden encontrar tanto cosas fidedignas y utilísimas

como vaniloquios de todo tipo, denuncias de conspiraciones inexistentes, negacionismos, racismos, o también noticias culturalmente falsas, imprecisas, embarulladas (Eco, 2016: 492 y 493).

Mientras escribía este artículo, analizando los impactos políticos y socioculturales de una encuesta sobre la realidad nacional, se produjo, en el contexto de la elección presidencial de Estados Unidos, la interesante y relevante discusión sobre la emergencia de lo que se ha llamado, en términos posmodernos o mejor dicho psicopatológicos, la posverdad. Considerando la importancia de la irrupción de este nuevo fenómeno psicosocial, decidí ampliar el análisis, incorporando esta nueva dimensión.

Ahora bien, categorizar situaciones o comportamientos político/mediáticos encierra siempre el peligro sociológico de “naturalizar” realidades en el mundo subjetivo de las personas. Significa instalarlas y legitimarlas socialmente, como parte integrante de la vida normal.

El *Diccionario Oxford* define la posverdad, este neologismo, como algo que “denota circunstancias en que los hechos objetivos influyen menos en la formación de opinión pública que los llamamientos a las emociones y a la creencia personal”. También se les conoce como afirmaciones posfácticas carentes de refutación. Tampoco presentan pruebas. Otros autores se refieren a modalidades de mentiras de carácter emotivas. Las técnicas o “régimen” de posverdad suelen ignorar los controles de veracidad.

El uso del término posverdad para referirse a informaciones falsas que circulan en las redes sociales, en determinados medios de comunicación y, probablemente, en el boca a boca cotidiano, es también cuestionado por algunos analistas de este nuevo fenómeno. En todo caso, lo que no puede ser cuestionado es que se trata de estrategias políticas de construcción social de la mentira. Construcción de la mentira como verdad.

Este fenómeno, relativamente nuevo, se diferencia de las formas tradicionales de manipulación de la opinión pública. O de lo que se conoce clásicamente como “demagogia” política, en el sentido de prometer programas o medidas que no se pueden realizar o que simplemente no se quieren cumplir. No es manipulación ni demagogia. Es mucho más que ambas juntas. Es una estrategia que atenta gravemente contra la democracia y la convivencia humana. Es una estrategia que

se mueve en el ámbito del conspiracionismo, en el límite del social-fascismo.

Existen múltiples formas de construir mentiras como verdades. Por ejemplo, difundir masivamente rumores falsos como si fuesen verdades. Adjudicar calificativos infundados a personas. Es una “delincuente”, como se denostaba en forma permanente a Hillary Clinton en la campaña electoral presidencial, por parte del comando de Donald Trump. Incluso él mismo lo repetía en sus discursos. Según estudios divulgados, las noticias falsas que circularon públicamente durante el proceso electoral fueron mayoritarias respecto de las noticias verdaderas. Esta estrategia se ha vinculado también a la operación Brexit de Gran Bretaña (los partidarios de abandonar la UE inventaron y divulgaron por redes sociales noticias falsas sobre las eventuales ventajas económicas que tendría para los ciudadanos británicos dar tal paso). Se utilizó también en el plebiscito por la paz en Colombia, por parte de los contrarios al Acuerdo de Paz: por ejemplo, la aprobación de una presunta ley que reducía las pensiones a los jubilados para financiar la integración de los guerrilleros a la sociedad; la posibilidad de borrar la X en el No de quienes votarían en contra del Acuerdo; los peligros pos-plebiscito del “Castrochavismo”. En general, circularon cinco falsedades durante la campaña plebiscitaria que, probablemente, influyeron en los resultados finales (rechazo del Acuerdo de Paz). Incluso, rememorando el pasado, esta estrategia se empleó también en Chile en la década de los setenta con el llamado “Plan Z”, supuesto “autogolpe” atribuido por los militares al gobierno de Salvador Allende, inventado por la dictadura militar para justificar el golpe de Estado de 1973. Los archivos desclasificados de la CIA (publicados a partir de 1999) demostraron que el Plan Zeta jamás existió. Incluso un colaborador muy cercano del régimen militar, Federico Willoughby MacDonald, lo reconoció posteriormente como una “falsedad”.

Otro ejemplo reciente de expresiones fraudulentas son los rumores falsos que circularon en las redes sociales sobre los terribles megaincendios forestales ocurridos en Chile en 2016: dos mapuches y un colombiano detenidos por causar presuntamente incendios intencionales (hecho desmentido por el fiscal nacional Jorge Abbott); falso video de personas propagando el fuego (escenas de reducción de malezas autorizada, filmadas un año antes de los incendios forestales); agrupaciones mapuches llaman a quemar predios forestales

(antigua información correspondiente a dos años antes de los hechos); corte de luz masivo en la localidad de Parral norte (desmentido por el Ministerio de Energía y la Compañía de Bomberos); ¡el ex presidente Sebastián Piñera era el piloto del avión cisterna Supertanker! (¡sin comentario!). Estos rumores falsos crearon problemas extras al combate de los incendios forestales. Desde luego generaron alarmas y temores en la población y distrajeron la acción pública.

Llama la atención el hecho de que las estrategias de construcción de mentiras como verdades se valen de los sentimientos, emociones y creencias de las personas. Se dirigen a las esferas conscientes e inconscientes que rigen la vida cotidiana, el mundo de la vida habermaniano. El mundo de la socialización temprana, de lo heredado por los lazos familiares y las tradiciones del pasado, muchas veces contrarias a los procesos de modernización y subjetivación. Se apela a lo mejor que tiene el ser humano: a sus sentimientos y creencias. Los sentimientos expresan amor, amistad, ayuda, solidaridad, conmiseración, piedad, sentido, capacidad de perdonar, de colaborar y de reconciliación en tiempos de crisis y conflictos. Por otra parte y simultáneamente, los sentimientos son también lugares recónditos y vivos de frustraciones, odios, revanchismos, resentimientos, prejuicios, envidias, ambiciones y tantas otras expresiones humanas negativas.

Para transformar mentiras en verdades falsas los propagandistas usan en un mal sentido tanto los sentimientos como las creencias de las personas. Y ello puede funcionar perfectamente, especialmente en situaciones de crisis, en las que grupos de personas —en forma individual o colectiva— se sienten abandonadas, fuera de la historia, al margen del progreso que experimentan otros. Se sienten “perdedores” —y, en realidad, son propiamente “perdedores”— de la globalización del capital, debido a que en su territorio, localidad o país los procesos de externalización del capital han trasladado —deslocalizado— parte importante de procesos productivos a lugares donde la mano de obra es mas barata y la protección ambiental no existe o es mínima. En verdad, estos procesos, después de décadas de deslocalización globalizadora, resultan prácticamente irreversibles. Sin embargo, los sentimientos y las creencias siguen allí presentes en las vidas de los perdedores y abandonados. Esperan remotamente una nueva, quizás última oportunidad, pero desconfían profundamente de las clases dirigentes, de las élites, de los medios de comunicación, que han gobernado el

país. Desconfían del llamado *establishment*, recurso empleado reiteradamente en la campaña presidencial de Estados Unidos. Se busca identificar los “responsables” o culpables del mal, el o los “enemigos del pueblo”, como son llamados, por ejemplo, los medios de comunicación, por el oficialismo estadounidense.

Además, un conjunto de acciones similares opera en los procesos electorales europeos que se realizaron durante el año 2017, como son los casos de Francia, donde triunfó ampliamente, en segunda vuelta, el candidato de centro Emmanuel Macrón contra la candidata ultraderechista Marine Le Pen y, en Alemania, donde Angela Merkel finalmente se impuso –como por lo demás se esperaba–, pero disminuyendo su votación, a igual que el otro gran partido popular socialdemócrata (SPD). Sin embargo, el partido de extrema derecha, Alternativa para Alemania (AfD), logró un considerable avance al ingresar por primera vez al Parlamento con un 12,6% de representación (90 escaños parlamentarios). Aquí se confirmó el temor del apoyo a los partidos de ultraderecha, mediante campañas de falsedades, provenientes de los servicios de inteligencia ruso en complicidad con el gobierno norteamericano, empeñados en desestabilizar la Unión Europea.

Esperamos que no sea tan fácil desestabilizar la democracia, pero existe realmente una amenaza que recorre Europa, Estados Unidos, América Latina y el mundo en general. El capital no es democrático. Sólo se democratiza cuando los trabajadores organizados y los movimientos sociales protestan y luchan por sus derechos. Cuando lo hacen con eficiencia e inteligencia, sumando aliados estratégicos, como los partidos políticos y las organizaciones ciudadanas, inspiradas en sus prácticas emancipadoras y críticas del orden existente opresor y excluyente.

¿QUÉ FUTURO NOS ESPERA? ¿TRÁNSITO HACIA UN NUEVO MODELO DE DESARROLLO?

¿Cómo interpretar esta nueva estrategia? ¿Es una estrategia para frenar la globalización? ¿Una estrategia para que una determinada fracción del capitalismo “perdedor” recupere poder perdido frente a nuevas fracciones capitalistas, especialmente frente a nuevas potencias en

desarrollo, como China, Europa, India, Japón? ¿Una estrategia política para destruir los procesos de incremento de la subjetividad ciudadana, cada vez más empoderada y proactiva en diferentes rincones del mundo? ¿Una contrarrevolución ultraconservadora en marcha contra el liberalismo? ¿Una nueva forma de guerra no convencional, como empieza a ser considerada y analizada en círculos europeos de expertos en seguridad mundial?

Interrogantes todas válidas en momentos de incertidumbre, de crisis global y de transformaciones societales —impulsadas por movimientos sociales, ambientales, étnicos, juveniles y de género— que buscan el tránsito de la humanidad hacia mejores condiciones y calidad de vida en democracia y libertad. Estas transformaciones existen en muchos países, también desde luego en Estados Unidos, en Europa, Asia, África y América Latina. La lucha contra la barbarie premoderna está presente en todo el mundo y no depende de un gobierno ni de oscuras manipulaciones que falsean la realidad, por muy poderosas que parezcan. Su avance depende de las fuerzas vivas de la historia, de los pueblos que luchan por emanciparse, por transformarse en sujetos de sus vidas, de su propio bienestar y felicidad. Sin embargo, ello puede cambiar en la medida que se renueve la política, que asuma un nuevo rol activo y articulador de iniciativas ciudadanas. Esto último ya está sucediendo en muchas localidades y países del mundo. En los países desarrollados, europeos, asiáticos, árabes, africanos y latinoamericanos. También en Chile, a partir del movimiento de los pingüinos, del estudiantil de 2011, los territoriales, indígenas, de género y, en general, por los derechos sociales y constitucionales de protección a los recursos naturales, como el agua.

Los cambios sociales, políticos y culturales a favor de las mayorías desposeídas y vulnerabilizadas, suelen ser más lentos que los cambios de adaptación del capital. Sólo que, en la actualidad, la crisis del capital es de carácter más global —económica, ambiental, ecológica, climática, social y política—, y no encuentra con demasiada facilidad, como en el pasado, fórmulas de adaptación que le permitan mantener en el largo plazo su hegemonía sobre la sociedad, en proceso acelerado de toma de conciencia sobre sus derechos.

El surgimiento de una alternativa que supere la actual crisis global no será de fácil desarrollo. Probablemente se deberá necesariamente caminar por una transición que sortee exitosamente la complejidad de

la situación por la que en la actualidad atravesamos. Al respecto, Paul Mason nos invita a reflexionar sobre esta transición. Los principios de transición a considerar los extrae de las experiencias fracasadas del pasado:

- El primer principio es el que nos llama a *entender las limitaciones de la voluntad humana de poder* cuando ésta se enfrenta a un sistema complejo y frágil.
- El segundo principio que hay que tener en cuenta para diseñar la transición es la *sostenibilidad ecológica*.
- El tercer principio que quiero recalcar es que *la transición no es solamente económica*. Tendrá que ser una *transición humana*. Las nuevas clases de personas creadas por las economías interconectadas en red vienen con nuevas inseguridades y prioridades.
- Un cuarto principio debería ser el siguiente: hay que *atacar el problema desde todos los ángulos*. Con el auge de las redes, la capacidad de actuación significativa ha dejado de ser privativa de los Estados, las grandes empresas y los partidos políticos. Los individuos (y las agregaciones temporales de individuos) también pueden ser agentes de cambio igualmente potentes.
- El quinto principio para una transición exitosa es que deberíamos *maximizar el poder de la información...* Constituir una “tecnología social” inmensamente poderosa de por sí (Mason, 2016: 342-345).

Estos principios de regulación de una transición hacia otro modelo de posdesarrollo, ya existen embrionariamente en diversos países y regiones.

COLABORACIÓN CON SENTIDO DE LO COMÚN EN UNA ONTOLOGÍA DE LA INCLUSIÓN DEMOCRÁTICA: ¿NUEVO MODELO DE DESARROLLO?

Para generar cambios, transitar hacia otro modelo de desarrollo con sentido humano y ecológico, resulta indispensable romper con el paradigma neoliberal que ha dominado el escenario económico, político, social y cultural. No es posible cambiar un sistema con el mismo paradigma que los creó y sustentó históricamente. Se requiere de un nuevo paradigma y de una estrategia que oriente hacia su realización. Al respecto, surgen problemas de fondo: ¿cómo superar el paradigma hiperindividualista y privatista que sustenta e impulsa la

filosofía neoliberal? Con la colaboración humana, la resignificación y revalorización de lo común. Colaborar y valorar lo común pertenece a una misma familia epistemológica.

Richard *Sennett*, destacado sociólogo estadounidense, analiza magistralmente las dificultades de la cooperación y el sentido perverso que han adquirido las expresiones de solidaridad en las sociedades modernas. El conservadurismo utiliza la solidaridad, en sus expresiones locales, para suplir la falta de Estado de bienestar social o de políticas públicas que generan condiciones para que la población más pobre, carente de recursos, pueda salir adelante. Por su parte, el progresismo de izquierda utiliza la solidaridad para enfrentar las desregulaciones antisociales de la política neoliberal.

El siglo xx pervirtió la cooperación en nombre de la solidaridad. Los regímenes que hablaron en nombre de la unidad no sólo fueron tiranías; el propio deseo de la solidaridad invita al mando y a la manipulación desde arriba [...] El poder perverso de la solidaridad en su forma nosotros-contraellos permanece vivo en las sociedades civiles de las democracias liberales, como por ejemplo en la actitud europea respecto de los inmigrantes de diferentes procedencias étnicas, a los que considera una amenaza para la solidaridad social, o en las demandas estadounidenses de retorno a los “valores de la familia”. El poder perverso de la solidaridad se hace sentir muy pronto entre los niños, llegando a condicionar la manera de hacer amigos y de construir extraños (Sennett, 2012: 392).

Resulta interesante la argumentación de Sennett, en el sentido de que históricamente hablando la solidaridad ha representado una respuesta tradicional de la izquierda a los males del capitalismo. Mientras que la cooperación no ha constituido una estrategia importante de resistencia al capital. En la actualidad el capitalismo fomenta prioritariamente el trabajo a corto plazo y la fragmentación de la organización de los trabajadores, impidiendo el ejercicio de relaciones sociales de apoyo mutuo o solidarias. En Occidente se ensancha progresivamente la brecha entre las élites y los trabajadores. Por su parte, en los regímenes neoliberales, como los de Estados Unidos y Gran Bretaña, los niveles de desigualdad social se tornan cada vez más profundos, lo que hace que las personas pertenecientes a estas sociedades se vayan quedando sin destinos ni valores comunes que compartir. Según el autor, el nuevo capitalismo en marcha hace posible distanciarse a la élite de la autoridad y excluirse de todo sentido de responsabilidad respecto

de los problemas de la gente común. Ello puede explicar que, especialmente en tiempos de crisis económica, los sectores socialmente excluidos opten: “En estas condiciones, rechazada y retraída sobre sí misma, no es de extrañar que la gente común aspire a algún tipo de solidaridad, aspiración que la solidaridad destructiva del nosotros-contra-ellos parece satisfacer plenamente” (Sennett, 2012: 393).

Las élites dominantes operan en estos casos con esquemas y consignas extremadamente simplificadoras de la modernidad, como la defensa de los “abandonados” por el sistema capitalista o la apelación a un nacionalismo conservador, que busca rescatar la “gran nación América”, fuera de contexto y de la historia real, como fue la campaña altamente manipuladora del equipo de Trump durante las elecciones presidenciales de 2016.

Esta concepción perversa de la solidaridad se observa y practica abiertamente en los regímenes neoliberales, en las políticas de Donald Trump que, por una parte, apela al “pueblo abandonado”, que requiere solidaridad, pero al mismo tiempo rechaza las políticas progresistas de salud implementadas por el gobierno de Obama, o rechaza radicalmente la educación pública y las políticas ambientales de freno al cambio climático. Por cierto, la cruzada neoliberal que ha invadido y gobernado América Latina en las últimas décadas ha abusado, a falta de Estado social, de las políticas de subsidios solidarios que, más que resolver problemas de vulnerabilidad social de fondo, neutralizan o debilitan la voluntad de cambios y de cooperación en función de un interés común.

Sin embargo, contradiciendo en cierta medida la ecuación “nosotros-contra-ellos”, es necesario reafirmar que en las sociedades más atrasadas —así como también en el pasado— la solidaridad constituía un pilar fundamental del sustento de la vida comunitaria. Precisamente la familia ha sido un pilar central del cultivo y ejercicio cotidiano de la solidaridad. Lo mismo ha ocurrido en barrios populares, en la vida de las pequeñas aldeas y en las comunidades indígenas. La solidaridad ha sido también una práctica permanente de los trabajadores y, especialmente, de la mujer organizada en diversas comunidades.

El valor de la solidaridad, como alimento de los tejidos sociales y base de la buena vecindad y buen vivir, ha sido practicado y socializado especialmente por la mujer. El patriarcalismo se orienta más hacia la consolidación del poder masculino en la sociedad y en las comuni-

dades, mientras diferentes estudios, incluido el de Sennett (2012), el de Nussbaum (2014), Laval y Dardot (2014), enfatizan la necesidad de mejorar las relaciones de género.

Para que la cooperación y la reciprocidad en función de lo común tengan posibilidades viables de realización, se requiere repensar los modelos de desarrollo. Reconceptualización del desarrollo en la era global de la información, será el término que acuñaran Castells y Himanen, al introducirse precisamente en el debate internacional de esta compleja materia de análisis. Para estos autores: “un factor decisivo que condiciona los procesos de los desarrollos informacional y humano es la identidad cultural”, mientras que el “asunto decisivo será cómo integrar las tres dimensiones: informacional, humana/colectiva y humana/personal” (Castells y Himanen, 2016: 39).

El desarrollo, desde nuestra perspectiva, es el proceso social auto-definido por el cual los seres humanos potencian su bienestar y afirman su dignidad mientras crean las condiciones estructurales para la sustentabilidad del proceso mismo del desarrollo (Castells y Himanen, 2016: 27).

Un nuevo modelo de desarrollo que supere los problemas que genera el actual, de corte neoliberal, exige pensar en nuevas modalidades de organización del trabajo y de la vida social, especialmente en tiempos de precariedad laboral y social, que amenaza la democracia y la convivencia social.

Mason, uno de los pensadores del poscapitalismo y de la configuración de la sociedad futura, reflexiona críticamente sobre la conveniencia de introducir el concepto de renta básica como una medida antidesigualdad y de inclusión social. Al respecto, sostiene que la idea de renta básica no representa una política radical, como suele argumentarse para rechazarla. Sin embargo, en el marco de un proyecto poscapitalista la instauración de una renta básica sería por cierto radical, considerando que lo que se buscaría con ella sería, por una parte, i) formalizar la separación entre trabajo y salarios, y, por otra, ii) subvencionar la transición hacia una semana, una jornada o una vida laborales más cortas. En el fondo, con ambos objetivos se buscaría socializar los enormes costes de la automatización en marcha, que además destruiría una cantidad considerable de empleos.

La idea es bastante simple. Se viene discutiendo desde hace ya varias décadas en Europa, en el marco del proceso de racionalización de la organización del trabajo, impulsado por la competitividad mundial de la producción. El debate partía de la base del fin de la sociedad del trabajo que, en sus mejores tiempos, funcionó con empleo pleno. La escasez del trabajo obligó a científicos sociales del trabajo y dirigentes sindicales europeos a pensar en alternativas de inclusión social en tiempos de no-trabajo o de escasez estructural, como justamente lo que actualmente existe en muchos países desarrollados y emergentes. Unos pensaron en acortar drásticamente la jornada de trabajo (20 horas a la semana), para distribuir mejor el trabajo existente. Otros pensaron en introducir un sistema de renta básica, para asegurar ingresos a los potencialmente excluidos del Estado de bienestar social en declive.

La propuesta es relativamente sencilla. Se trata de que todas las personas en edad de trabajar reciban del Estado una renta básica incondicional, no contributiva, que viene a reemplazar la prestación entregada por concepto de desempleo. ¿Cuál sería la razón de pagar una renta básica a las personas por el solo hecho de existir? Acelerar el proceso y progreso tecnológico, que producirá mucho desempleo. En efecto, la investigación de la Escuela Martin de Oxford diagnosticó que la automatización dejaría superfluos el 47% de todos los trabajos actuales existentes en las economías avanzadas. Las estrategias neoliberales incrementarán considerablemente el precariado laboral. De allí la necesidad de introducir una renta básica:

Una renta básica sufragada con impuestos recaudados de la economía de mercado daría a las personas la oportunidad de hacerse un lugar en la economía no mercantil y afianzar sus posiciones en ella. Les permitiría comenzar a contribuir como voluntarias, poner en marcha cooperativas [...] (Mason, 2016: 365).

La renta básica es una estrategia que empezó a discutirse en Europa en la década de los noventa. Se planteaba como una respuesta a los procesos de racionalización de los procesos productivos —ya introducidos por el toyotismo japonés— motivados por el proceso acelerado de competitividad de la economía global. Este proceso implicaba necesariamente la destrucción de empleos y, por consiguiente, resultaba imprescindible pensar en nuevos modelos de protección social.

Pensadores del trabajo, como el destacado sociólogo francés André Gorz, sostuvieron en su momento la necesidad de acortar drásticamente la jornada de trabajo para enfrentar este proceso inevitable de racionalización. De hecho, en Francia la jornada de trabajo se redujo a 35 horas y en Alemania a 37.5 horas semanales.

La discusión sobre la renta básica se prolongó, en el marco del avance de nuevas revoluciones tecnológicas, como la industria 4.0 — inteligencia artificial, Internet de las cosas, “industria inteligente”, procesos de automatización— que, sin duda, se traducirá en la eliminación de trabajo, en el sentido del creado en la era industrial. La posibilidad de cambiar de paradigma de desarrollo, de avanzar hacia un modelo postcapitalista basado en las necesidades y capacidades humanas, en el desarrollo de la subjetividad soberana, realización de las personas y la preservación de los ecosistemas, exige sin duda de repensar la realidad con nuevas visiones. Afortunadamente el desarrollo de la ciencia, la tecnología y la información ofrecen oportunidades innegables y únicas en la historia de la humanidad para avanzar con cierta certeza en esa dirección deseada y buscada. Una renta básica podría poner fin a la discriminación de los que no trabajan debido a que no encuentran trabajo. Podría generar condiciones de mayor “igualdad” social, así como permitiría dedicar más tiempo a la infancia, familia, recreación y perfeccionamiento cultural.

Boaventura *de Sousa Santos*, en su extenso e interesante trabajo de coordinación sobre formas alternativas de producción y de vida en las sociedades modernas, sintetiza en nueve tesis los análisis y postulados de los diferentes autores que participaron en el estudio:

- Las alternativas de producción no son solamente económicas, su potencial emancipador y sus perspectivas de éxito dependen, en buena medida, de la integración que logren estos procesos de transformación económica con los procesos culturales, sociales y políticos.
- El éxito de las alternativas de producción depende de su inserción en redes de colaboración y de apoyo mutuo.
- Las luchas por la producción alternativa deben ser impulsadas dentro y fuera del Estado.
- Las alternativas de producción deben ser voraces en términos de escala.
- La radicalización de la democracia participativa y de la democracia económica son dos caras de la misma moneda.
- Existe una estrecha conexión entre las luchas por la producción alternativa y las luchas contra la sociedad patriarcal.

- Las formas alternativas de conocimiento son fuentes alternativas de producción.
- Los criterios para evaluar el éxito o el fracaso de las alternativas económicas deber ser graduales e incluyentes.
- Las alternativas de producción deben entrar en relación de sinergia con alternativas de otras esferas de la economía y de la sociedad.

(De Sousa Santos y Rodríguez, 2011: 49-59).

Boaventura de Sousa Santos ha investigado y aportado mucho respecto de alternativas de desarrollo, poniendo especialmente el énfasis en las prácticas sociales y discusiones teórico-epistemológicas del Sur, que entran en escena en la medida que los paradigmas desarrollistas del Norte muestran dificultades crecientes para dar respuestas certeras a la crisis global (De Sousa Santos, 2009, 2010, 2011, 2016), para entrar en un escenario postcapitalista.

En un nuevo modelo de desarrollo las emociones no deberían quedar fuera de la reflexión y de la concepción. Por lo demás, las emociones siempre han estado presentes en la articulación de la política, pero sin duda también en la vida social y cultural. Nussbaum analiza en profundidad el papel de las emociones en la política. Lo hace muy bien, con inteligencia histórica. Así, por ejemplo, se ocupa de “tres emociones que plantean problemas especiales para la consolidación de una ciudadanía compasiva: el miedo, la envidia y la vergüenza” (Nussbaum, 2014: 38). Según Nussbaum, todas las grandes emociones tienen un carácter “eudemónico”, lo que significa que evalúan el mundo desde mirada de la propia persona y, por lo tanto, bajo la perspectiva de lo que sería una vida que vale la pena vivir. Así por ejemplo, sufrimos por la pérdida de aquellas personas que realmente nos importan y no sufrimos por aquellos que consideramos extraños. Tememos por la suerte o riesgos de nosotros mismos y por los de nuestros cercanos que nos importan. El eudemonismo no constituye egoísmo. Podemos también entender el valor intrínseco que tienen otras personas, aunque no sean cercanas. Sin embargo, las personas que nos suscitan profundas emociones son aquellas con quienes nos encontramos conectados, a través de nuestra imaginación, de lo que entendemos por una vida valiosa, lo que el autor denomina “círculo de interés” o de preocupación.

Así pues, para que tanto las personas que nos son distantes como los principios abstractos lleguen a captar nuestras emociones, hay que conseguir que éstas sitúen a las primeras y a los segundos en ese círculo de interés, y crear así la sensación de que en “nuestra” vida esas personas y esos acontecimientos importan porque son parte de “nosotros” mismos, de nuestro bienestar y nuestra prosperidad. Y los símbolos y la poesía son cruciales para que se produzca ese movimiento de inclusión (Nussbaum, 2014: 25 y 26).

En la discusión poscapitalista y sobre posibles alternativas de desarrollo, en el último tiempo ha emergido con fuerza la teoría de lo común, de aquello que podría ser apropiable, que no tiene pertenencia privada o que no pertenece a nadie en particular y que sí pertenece a todos. Lo común surge de la dialéctica de la historia contradictoria, como tendencia contra el hiperprivatismo que fomenta el neoliberalismo, ideología cuasi-religión que propaga y levanta la economía de mercado como dogma de fe. Lo común puede ser también una respuesta a la crisis paradigmática de lo privado, ahora enarbolado por tendencias postsocialistas del fracasado “socialismo real”. Por lo demás, lo común parece estar instalado o inscrito en el trasfondo de la historia incompleta de la humanidad que busca incesantemente —muchas veces incluso ciegamente, sin dirección cierta— diversos caminos de emancipación y felicidad.

En este comienzo del siglo XXI, el principio político de lo común emerge de las luchas democráticas y de los movimientos sociales. Con él se abre un tiempo nuevo de emancipación. Se está formando un discurso teórico nuevo, vinculado a los movimientos altermundialistas, que se alimenta de fuentes teóricas múltiples (Laval y Dardot, 2015: 65).

En verdad, lo común, el sentido común, siempre ha estado presente en la historia de las sociedades, desde un comienzo hasta el presente, incierto y complejo de salidas posibles a la pos-eco-crisis global que actualmente experimenta el planeta y sus depredadores habitantes.

Para Laval y Dardot, el aire y el agua pertenecerían a una categoría jurídica especial, aquella que se refiera a las “cosas comunes” o *res communes*. Por su parte, Marie-Alice Chardeaux, citada por Laval y Dardot, sostiene que en el derecho romano la categoría de las “cosas comunes” comprendía el aire, el agua corriente, el mar y la orilla del mar. Ahora bien, para comprender el origen de la distinción entre *res communes* y *res nullius*, hay que remontarse al jurisconsulto Mar-

ciano (de la primera mitad del siglo III), quien introdujo en el derecho romano una clase nueva de categoría de cosas: la categoría de las cosas producidas “en primer lugar por la naturaleza y que no han caído todavía en propiedad de nadie”. En esta categoría diferencia a su vez dos tipos de cosas:

Las unas, llamadas *res nullius* (cosas sin amo), están factualmente vacantes: tienen vocación de pertenecer al primer ocupante que se apodera de ellas. Como por ejemplo, los animales salvajes. Las otras, llamadas *res communes omnium*, son cosas que, por su naturaleza, no pertenecen a nadie y cuyo uso es común a todos. Son tales como el aire, el agua corriente, el mar y la orilla del mar, que se extiende hasta donde llegan las olas en las grandes mareas de invierno (Laval y Dardot, 2015: 41).

Esta hermosa cita y referencia al derecho romano —artífice de instituciones y figuras jurídicas que perduran hasta nuestros días en los códigos de muchas sociedades modernas— expresa y define de manera magistral la existencia de *res communes*, de naturaleza inexpropiables. Si sólo nos remitimos el agua, recurso natural, *res communes*, resulta muy interesante ver cómo, ya tan tempranamente, en el derecho romano este recurso, vital para el sustento de la vida natural y humana, era considerado, por su naturaleza, como un recurso de todos, común. Sigue con el aire, hoy utilizado para generar energía renovable eólica y, en cierta forma, privatizado. El mar y las orillas del mar, hoy también valorizadas por la sociedad como bienes públicos.

Los autores de la obra *Común. Ensayo sobre la revolución del siglo XXI* realizan un recorrido histórico por el concepto de lo común que, como cualquier concepto moderno, contiene una historia, como la democracia, la libertad, la producción, la emancipación o la vida humana. Los conceptos evolucionan, forman parte de las luchas sociales, debates y avances epistemológicos. Es poco lo que se inventa. Más bien, los conceptos se resignifican y revaloran de acuerdo a los nuevos contextos histórico-culturales. La reificación de lo común ocurre en diferentes regímenes políticos, culturas, épocas y sociedades. Lo cual quiere decir que en su momento lo común puede estatizarse, privatizarse, corporativizarse, comunizarse, comunulizarse, colectivizarse o simplemente re-naturalizarse en tiempos de cambios, por ejemplo, de posdesarrollo, como el que se avizora y emerge progresivamente

en la actualidad. Un largo y complejo camino hacia la autoinstitución de la sociedad y de las personas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alvater, Elmar. (2011). *Los límites del capitalismo*. Buenos Aires: Mardulce.
- Bauman, Zigmunt. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- . (2014). *¿La riqueza de unos pocos nos beneficia a todos?* Buenos Aires: Paidós.
- Bhattacharjee, Yudhijit. (2017). ¿Por qué mentimos? *National Geographic*, junio, 40(6): 32-53. México, DF.
- Castel, Robert. (2010). *El ascenso de las incertidumbres, protecciones, estatuto del individuo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castells, Manuel, y Himanen, Pekka. (2016). *Reconceptualización del desarrollo en la era global de la información*. Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.
- De Sousa Santos, Boaventura. (2009). *Una epistemología del Sur*. México: CLACSO/Siglo XXI Editores.
- . (2010). *Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del Sur*. México: Siglo XXI Editores.
- . (2016). *La difícil democracia. Una mirada desde la periferia europea*. Madrid: Akal.
- De Sousa Santos, Boaventura, y Rodríguez, César. (2011). Para ampliar el canon de la producción. En: De Sousa Santos, Boaventura (coord.), *Producir para vivir. Los caminos de la producción no capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Dörre, Klaus. (2009). La precariedad: ¿Centro de la cuestión social en el siglo XXI? *Actual Marx Intervenciones*, núm. 8, pp. 79-108, segundo semestre, Santiago, Chile.
- Eco, Umberto. (2016). *De la estupidez a la locura. Crónicas para el futuro que nos espera*. Barcelona/México: Penguin Random House/Grupo Editorial Lumen.
- Habermas, Jürgen. (1993). *El discurso filosófico de la Modernidad*. Barcelona: Taurus Humanidades.
- Laval, Christian, y Dardot, Pierre. (2015). *Común. Ensayo sobre la revolución en el siglo XXI*. Barcelona: Gedisa.
- Mason, Paul. (2016). *Poscapitalismo. Hacia un nuevo futuro*. Barcelona: Paidós.

- Morin, Edgar. (2011). *La vía para el futuro de la humanidad*. Barcelona: Paidós.
- Nussbaum, Martha C. (2014). *Emociones políticas. ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Barcelona: Paidós.
- Piketty, Thomas. (2014). *El capital en el siglo XXI*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Sennett, Richard. (2012). *Juntos. Rituales, placeres y política de cooperación*. Barcelona: Anagrama.
- Spitzer, Manfred. (2013). *Demencia digit@l. El peligro de las nuevas tecnologías*. Barcelona: Ediciones B.
- Stiglitz, Joseph E. (2015). *La gran brecha. Qué hacer con las sociedades desiguales*. Buenos Aires: Taurus.

LAS POLÍTICAS HACIA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE DEL GOBIERNO TEMPORAL DE DONALD TRUMP: UNA APROXIMACIÓN A SUS PRIMEROS 155 DÍAS

Luis Suárez Salazar¹

INTRODUCCIÓN

En este artículo se actualiza y en algunos aspectos se amplían las dos versiones del ensayo que, entre el 21 de enero y el 16 de mayo de 2017, publiqué en diversos medios electrónicos y en algunas revistas académicas latinoamericanas con el título “El gobierno temporal de Donald Trump: una redoblada amenaza para nuestra América” (Suárez, 2017, 2017a).

En ese escrito anticipé que, al menos hasta las elecciones intermedias de noviembre de 2018, esa administración le iba a dar continuidad a la mayor parte de los objetivos estratégicos generales y, en algunos casos, específicos que guiaron las diversas “estrategias inteligentes” que, durante las dos presidencias de Barack Obama (2009-2017), había

-
1. Licenciado en Ciencias Políticas, doctor en Ciencias Sociológicas y doctor en Ciencias. Escritor y ensayista integrante de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC), así como profesor titular del Instituto Superior de Relaciones Internacionales “Raúl Roa García”, al igual que de las cátedras Ernesto Che Guevara, Simón Bolívar y de Estudios sobre el Caribe “Norman Girvan” de la Universidad de La Habana. Actualmente integra los Grupos de Trabajo de Estudios sobre Estados Unidos y sobre el Caribe del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y el Consejo Consultivo de ex presidentes de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS).

desplegado la poderosa maquinaria de la política exterior de defensa y seguridad de Estados Unidos, así como sus aparatos económicos e ideológico-culturales contra las naciones, los pueblos y algunos gobiernos de América Latina y el Caribe.

Sin embargo, agregué que en razón de su carácter acentuadamente plutocrático, xenofóbico, racista, misógino, chovinista y militarista (puesto de manifiesto en la gran cantidad de multibillonarios y ex militares blancos incluidos en su gabinete y en los principales mandos del Consejo Nacional de Seguridad), en sus interrelaciones con los gobiernos de los 33 Estados nacionales o plurinacionales del sur político del continente americano la actual administración republicana le iba a dar un mayor despliegue a las herramientas del llamado *hard power* (incluidas las negociaciones desde posiciones de fuerza) que las que tuvieron durante los ocho años del gobierno temporal precedente.

En esa lógica, históricamente sustentada en las continuidades y los cambios que siempre han caracterizado la proyección externa de Estados Unidos y, en especial, sus políticas hacia América Latina y el Caribe (Suárez, 2003, 2006), en las páginas que siguen trataré de sintetizar las diversas informaciones que he recibido acerca de las principales definiciones y acciones hacia (o contra) algunos gobiernos latinoamericanos y caribeños desplegadas por la cada vez más controvertida, impopular, así como interna e internacionalmente cuestionada administración de Donald Trump desde el 21 de enero de 2017 hasta la fecha de terminación de este escrito.

Para facilitar la comprensión de mi análisis y cuando lo considere necesario, en cada uno de los acápites que siguen presentaré los principales objetivos generales o específicos que, en mi opinión, habían guiado las políticas hemisféricas de las dos administraciones de Barack Obama. Asimismo, me referiré a la manera en que el actual ocupante de la Casa Blanca y su plutocrático y militarizado equipo de política exterior, de defensa y seguridad han abordado el cumplimiento de esos propósitos o emprendido definiciones o acciones que los modifiquen total o parcialmente.

Culminado ese rápido y seguramente incompleto recorrido, en pocos párrafos presentaré mis conclusiones y una advertencia (en mi consideración, aún vigente) que nos dejó el apóstol de la independencia de Cuba y precursor de las luchas por “la segunda independencia” de Nuestra América, José Martí; quien, días antes de caer en combate

el 19 de mayo de 1895, le confesó a su “hermano queridísimo” mexicano Manuel Mercado que cuánto había hecho y en el futuro haría, era luchar para “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América” (Martí, 1974 [1895]: 473).

FORTALECER SU DOMINACIÓN NEOCOLONIAL SOBRE MÉXICO

Como indiqué en varios trabajos publicados entre 2009 y 2016, uno de los principales objetivos que guiaron las políticas hemisféricas desplegadas durante las dos administraciones de Barack Obama fue restaurar o fortalecer, según el caso, su multifacética dominación neocolonial sobre México, sobre todos los Estados-nacionales o plurinacionales ubicados en el istmo centroamericano y sobre la que en Estados Unidos indistintamente denominan “Cuenca del Caribe” o “Caribe Oriental”.

En este escrito no creo necesario relatar las diversas acciones emprendidas durante esos ocho años por la maquinaria burocrático-militar estadounidense con vistas a controlar los espacios geoestratégicos, los recursos naturales y los bienes públicos existentes en el que denomino Gran Caribe; incluidas las orientadas a profundizar sus asimétricas interrelaciones económico-comerciales, así como en los campos de la defensa y la seguridad con los gobiernos mexicanos presididos entre 2006 y 2012 por Felipe Calderón y, a partir de esa fecha hasta la actualidad, por Enrique Peña Nieto, al igual que con las administraciones canadienses encabezadas desde 2003 hasta 2016 por el primer ministro neo-conservador Stephen Harper y, desde ese último año, por el actual premier liberal Justin Trudeau.

Como ha documentado el economista cubano Fidel Vascós (2016), a pesar de las diferencias existentes entre cada uno de ellos, durante sus correspondientes mandatos se profundizó la integración subordinada de Canadá y México a las necesidades geopolíticas y geoeconómicas de los poderes fácticos y de los grupos dominantes en Estados Unidos. Y, como parte de ese proceso, también se profundizaron las diferenciadas y asimétricas alianzas existentes entre las fuerzas militares y de seguridad de esos tres países con vistas a enfrentar conjuntamente las nuevas amenazas “tradicionales” y “no tradiciona-

les” que —en el criterio del Comando Norte de las Fuerzas Armadas estadounidenses (Northcom) y del Departamento de Seguridad de la Patria (DHS por sus siglas en inglés)— afectan la seguridad nacional de Estados Unidos (Gortney, 2016).

Entre ellas, las supuestamente provenientes de la República Popular China, de la República Popular y Democrática de Corea, de la República Islámica de Irán, de la Federación Rusa, al igual que de México y de los diversos Estados centroamericanos y caribeños incluidos en la extensa “área de responsabilidad” del Comando Sur de las Fuerzas Armadas estadounidenses (Southcom). En mi comprensión, para ese comando su tarea principal sigue siendo contener y en lo posible derrotar las amenazas “no tradicionales” a la que llamo “seguridad imperial de Estados Unidos”: las migraciones incontroladas, el “narcotráfico”, el terrorismo y otros delitos transnacionales conexos (incluido el tráfico de armas y de los precursores necesarios para la producción de estupefacientes presuntamente suministrados por “la triada china”), al igual que las acciones que desplieguen las fuerzas sociales y políticas, así como los gobiernos “anti-estadounidenses” instalados en diferentes países de América Latina y el Caribe.

Según la información que hasta ahora he recibido, ninguno de los objetivos mencionados en los párrafos anteriores ha sido abandonado por la actual administración republicana. Entre otros elementos que veremos más adelante, así lo demuestran las estrechas interrelaciones que —a pesar de sus diferencias político-ideológicas, así como en algunos de sus enfoques sobre diversos asuntos bilaterales, hemisféricos o globales— se han venido estableciendo entre Donald Trump y el actual primer ministro liberal canadiense Justin Trudeau, quien reajustó su gabinete con vistas a tratar de garantizar sus “relaciones estratégicas” y sus “increíblemente buenas relaciones” con Estados Unidos, sin convertirse en “un Estado cliente” ni dependiente de su poderoso vecino sureño (Freeland, 2017).

Ésas y otras prioridades de la política exterior y de defensa canadiense —sintetizadas en el discurso que pronunció su actual ministra de Relaciones Exteriores, Chrystia Freeland, ante el Senado de su país el pasado 6 de junio— objetivamente han potenciado las exitosas presiones que, inmediatamente después de su inauguración, ha venido desplegando la actual administración republicana con vistas a obtener nuevas y cada vez más onerosas concesiones en las políticas internas,

económicas y externas, así como de defensa y seguridad del actual Gobierno mexicano.

Además de sus reiteradas amenazas de deportar a los millones de inmigrantes ilegales mexicanos que viven y trabajan en Estados Unidos, así como de continuar construyendo el muro que separa la extensa frontera entre ambos países, esas presiones se han venido expresando en las exigencias de que el Gobierno mexicano asuma mayores compromisos y costos en la defensa de la seguridad imperial estadounidense y acepte renegociar aquellos componentes del ya leonino Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) que, en la perspectiva chovinista y selectivamente “proteccionista” y “librecambista” del actual ocupante de la Casa Blanca y de los sectores empresariales que lo respaldan, son altamente perjudiciales para la socioeconomía y la macroeconomía de su país.

Así lo ratificó su secretario de Estado, el ex director ejecutivo de la poderosa empresa petrolera Exxon, Rex Tillerson, en el discurso que, guiado por el eslogan “Estados Unidos primero”, pronunció el pasado 3 de mayo ante los principales funcionarios del Departamento de Estado (sd, por sus siglas en inglés). En éste, luego de delinear el enfoque “neorrealista” de la política exterior que desplegará la actual administración, así como de enumerar algunas de “las iniciativas” que ya se han emprendido o que en el futuro se emprenderán hacia el hemisferio occidental, indicó:

Obviamente, nuestros vecinos, Canadá y México, son de *una importancia vital para nosotros*. Ambos entienden que tenemos que refrescar algunos de los acuerdos que han gobernado nuestras relaciones, particularmente en el área del comercio, y [los gobiernos de] ambas naciones están listos para dedicarse junto con nosotros a un esfuerzo de buena fe (Tillerson, 2017, traducción y cursivas del autor de este escrito).

En correspondencia con ese anuncio, el 15 de mayo la actual administración estadounidense nombró a Robert Lighthizer como su representante en esas negociaciones, quien, siguiendo los procedimientos establecidos en Estados Unidos, ya le comunicó al Senado los “modestos cambios” que —en la evaluación preliminar del *Wall Street Journal*— el Departamento de Comercio, ahora encabezado por el multimillonario Wilbur Ross, quiere introducir en el TLCAN (Fernández, 2017).

Esa evaluación coincide con lo indicado por la periodista de *The New York Times*, Julie Hirschfeld Davis. Según ella, en una carta que les envió Lighthizer a los legisladores estadounidenses, éste “indicó que el Gobierno buscará mejor paga para los trabajadores estadounidenses y un crecimiento económico a través de mejoras no especificadas al TLCAN”. Sin embargo, a decir de esa periodista, esa carta de dos páginas “no prevé modificaciones a gran escala” y, por tanto,

[...] contrasta con una versión de ocho páginas que fue circulada en el Congreso durante marzo [que] proponía que se pudieran restablecer aranceles a las importaciones hacia Estados Unidos que amenazaban a la industria de ese país, así como hacer cambios en la sección sobre reglas de origen de los productos (Hirschfeld, 2017, traducción del autor de este artículo).

Cualquiera que sea la certeza de esas evaluaciones, inmediatamente después de conocer esos documentos la ministra de Relaciones Exteriores de Canadá, Chrystia Freeland, señaló: “Estamos en un momento crítico que nos ofrece la oportunidad de determinar cómo podemos alinear al TLCAN con las nuevas realidades e incluir maneras progresivas, libres y justas de abordar el comercio y las inversiones”. Por su parte, la Secretaría de Economía mexicana emitió un comunicado en el que reafirmó “su voluntad de actualizar el TLCAN para hacer frente a los retos del siglo XXI” (cit. en Hirschfeld, 2017).

Hay que resaltar que —según había indicado previamente el titular de esa cartera, Idelfonso Guajardo, en una entrevista que le concedió al diario británico *Financial Times*— su gobierno “estaba urgiendo a Donald Trump a reutilizar los acuerdos adoptados dentro del abortado Tratado Transpacífico (TPP) para crear una poderosa base manufacturera y energética entre Estados Unidos, México y Canadá para competir con los bajos costos de las producciones chinas”. También indicó que en sus conversaciones previas su homólogo Wilbur Ross había “reaccionado positivamente” frente a esa sugerencia (*Financial Times*, 2017, traducción del autor de este artículo).

Partiendo de ésas y otras informaciones antes mencionadas, el periodista mexicano Jorge Fernández Menéndez señaló que, en su opinión, la única diferencia importante que existía entre los gobiernos de México y de Estados Unidos era que éste quería “sacar adelante los acuerdos de seguridad [antes] que la renegociación del TLCAN; mientras que el primero había venido defendiendo el criterio de que todo

debe ser parte, con sus lógicas especificidades, de un mismo paquete”. Tales diferencias —agregó Fernández— deberán solucionarse pronto porque “tanto en Washington como en México existe conciencia de que no sería sano que la renegociación [del TLCAN] se empalme con los procesos electorales que se darán en [ese] país, pero también en Estados Unidos para renovar el Congreso” (Fernández, 2017).

Mucho más porque en una audiencia del Comité de Seguridad de la Patria y Asuntos Gubernamentales del Senado estadounidense efectuada en 5 de abril, el senador republicano John McCain y el secretario del DHS y ex jefe del Southcom, almirante John Kelly, habían coincidido en afirmar que si las elecciones presidenciales mexicanas se desarrollaran al otro día, probablemente obtendría la victoria el “populista antiestadounidense” y candidato del Movimiento de Regeneración Nacional (Morena), Andrés Manuel López Obrador, quien durante una visita que recientemente había realizado a Estados Unidos había afirmado que si ganaba las elecciones presidenciales que se realizarán en México en julio de 2018, “nuestras relaciones con Estados Unidos serán de amistad y cooperación; pero no de sumisión” (Reuters, 2017).

Esa preocupación de la actual administración republicana salió a relucir en la reunión que sostuvieron en Washington el 18 de mayo los secretarios de Estado y del DHS, Tillerson y Kelly, con sus correspondientes contrapartes mexicanas, Luis Videgaray y Ángel Osorio Chong, con vista a analizar “los desafíos que los cárteles transnacionales de la droga” le plantean a ambos países; ya que en la conferencia de prensa que los cuatro ofrecieron después de esa reunión, el canciller mexicano, en un arranque de nacionalismo poco frecuente, criticó la injerencia de Kelly en los asuntos internos de su país. Y, refiriéndose al problema del narcotráfico, indicó que “si los gobiernos de México y de Estados Unidos seguían discutiendo quién es el culpable y el responsable, el único que ganará es el crimen organizado que está llevando violencia y muerte a ambos lados de la frontera”. Esa afirmación fue aceptada por Kelly, quien insistió en vincular ese tema con las pérdidas de vidas humanas que por esas causas también se producen en Centroamérica y Colombia (*The Washington Examiner*, 2017, traducción del autor de este escrito).

Merece recordarse que —según indicó Tillerson en su intervención ante los altos funcionarios del Departamento de Estado ya referida— la reunión antes mencionada fue uno de los frutos de la visita

que él y Kelly realizaron a México a mediados de febrero de este año. En ésta se acordó comenzar en Washington “un proceso” entre diferentes agencias oficiales estadounidenses y altos funcionarios del Gobierno mexicano para discutir los asuntos “transmigratorios y del crimen transnacional organizado”. Éste añadió: “no son sólo un desafío para nosotros y para la estabilidad de México [...] También son parte de las redes financieras del terrorismo” (Tillerson, 2017).

Acto seguido indicó que “por diferentes razones, es vital para nosotros realizar algún progreso en *el gran esfuerzo que estamos realizando en México*”. Y añadió:

En realidad actualmente estamos organizando un evento en Miami para atraer a diversos líderes y poder hablar con ellos sobre cómo nos organizamos mejor para enfrentar estas problemáticas y *cómo podemos atraer más capital privado para aprovechar las oportunidades de inversión en América Latina y Central.*

[Asimismo]: cómo podemos trabajar con los gobiernos ubicados al sur de México donde existe un gran número de personas que están tratando de llegar [ilegalmente] a Estados Unidos (Tillerson, 2017, traducción y cursivas del autor de este escrito).

BAJAR LAS FRONTERAS DE SEGURIDAD DE ESTADOS UNIDOS HASTA EL SUR DE MÉXICO

De una u otra manera, esas ideas fueron reiteradas o ampliadas por el subsecretario interino para el Hemisferio Occidental del SD, Francisco Palmieri, en la intervención que realizó el 9 de mayo ante la 47 Conferencia anual del Consejo de las Américas realizada en Washington. En ésta, como es tradicional, participaron representantes de las más importantes empresas transnacionales estadounidenses con intereses en América Latina y el Caribe, al igual que en Canadá.

Por consiguiente, reiterando lo que en las conferencias precedentes habían planteado diversos altos funcionarios de la administración de Barack Obama (entre ellos, su vicepresidente Joe Biden), Palmieri señaló que la actual administración

[...] está comprometida a expandir la seguridad y a fomentar el crecimiento económico del hemisferio occidental. [Y agregó]: Junto con nuestros socios estamos buscando una visión compartida: un hemisferio libre, seguro y demo-

crático; una región donde impere la ley y el orden en nuestras fronteras, donde las redes del crimen transnacional y el tráfico de actividades ilícitas sean derrotadas [y] donde el terrorismo no pueda echar raíces (Palmieri, 2017, traducción del autor de este artículo).

Con tal fin, adelantó que el SD, junto con el DHS y el Gobierno mexicano coauspiciarían en Miami una Conferencia sobre la Prosperidad y la Seguridad de Centroamérica.

Antecedida por una “rueda de negocios” convocada por el Banco Interamericano de Desarrollo y por la Cámara de Comercio de Estados Unidos en la que participaron altos funcionarios públicos y representantes de diversas empresas privadas centroamericanas, estadounidenses y mexicanas (EFE, 2017), la antes mencionada conferencia se realizó el 15 y 16 de junio, primero en las instalaciones de Universidad Internacional de la Florida (FIU, por sus siglas en inglés) y luego en la sede del Southcom instalada en esa ciudad.

En opinión de diversos analistas estadounidenses y mexicanos (compartida por el autor de este escrito), esto último y otros elementos que ya se han visto o que se verán después, evidenciaron el carácter expoliador y militarista de las iniciativas para la prosperidad y la seguridad de Mesoamérica que está impulsando la actual administración estadounidense. Sobre todo porque criminalizan las tradicionales corrientes migratorias hacia ese país al unificarlas con fenómenos que tienen diferentes etiologías como la producción, el tráfico y el consumo de drogas y otros delitos conexos, “el terrorismo”, las “maras” y otras expresiones del “crimen transnacional organizado” históricamente presentes en Estados Unidos.

Cualesquiera que sean los juicios que merezcan esas afirmaciones, en la antes mencionada conferencia de Miami participaron de manera secuencial el reaccionario vicepresidente estadounidense Mike Pence (quien pronunció las palabras inaugurales) y los secretarios de los Departamentos del Tesoro, de Estado y de Seguridad de ese país, Steven Mnuchin, Rex Tillerson y John Kelly, respectivamente. Asimismo los secretarios de Hacienda, del Interior y de Relaciones Exteriores de México, José Antonio Meade, Osorio Chong y Videragay, junto a los presidentes de Guatemala y Honduras, Jimmy Morales y Juan Orlando Hernández, y al vicepresidente salvadoreño Óscar Ortiz. Igualmente, el presidente del BID, Luis Alberto Moreno, y altos funcionarios guber-

namentales (que no he podido identificar) de Belice, Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Nicaragua, Panamá y España, así como representantes del Banco Mundial, del Fondo Monetario Internacional y de la Unión Europea.

Según el comunicado difundido por el DHS (cuyo jefe fue el principal promotor de esa conferencia), en ésta todos los participantes reafirmaron su apoyo a la Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica elaborada a fines de 2014, con la asesoría del BID, por los gobiernos de El Salvador, Guatemala y Honduras. También discutieron políticas para “promover inversiones” de compañías privadas estadounidenses y de otros países en la región y “facilitar su crecimiento sostenible”. Asimismo “vías tangibles para combatir el crimen organizado y promover la cooperación de seguridad regional, mejorar la seguridad ciudadana y realzar el papel de la ley”. Y, en confluencia con los propósitos declarados de la actual administración estadounidense, agregó:

Una Centroamérica segura y estable contribuye a un Estados Unidos seguro y más próspero mediante la ayuda a asegurar sus fronteras, proteger a los ciudadanos estadounidenses e incrementar las oportunidades para los negocios de ese país. El comprometimiento de Estados Unidos en Centroamérica apunta a destruir las organizaciones del crimen transnacional, combatir el tráfico de drogas y detener las migraciones ilegales, así como *a incrementar las inversiones de sector privado* para crear empleos y oportunidades económicas en la región. Estados Unidos también reconoce sus responsabilidades para tratar la demanda ilegal de drogas que crea el mercado para las organizaciones criminales transnacionales (DHS, 2017, traducción y cursivas del autor de este escrito).

A decir del periodista mexicano Raymundo Rivas Palacios:

[...] el plan [de esa conferencia] lo esbozó [el secretario del HSD, John] Kelly al anunciar el ajuste general a la estrategia de seguridad en América Central, en donde México [...] mejore su trabajo y establezca una frontera hermética con Guatemala para frenar la inmigración indocumentada y a los criminales.

[De modo que]: el Plan de Kelly ajusta la Alianza para la Prosperidad [del Triángulo Norte de Centroamérica], impulsada por el presidente Barack Obama [que] en octubre del año pasado inyectó 750 millones de dólares en Centroamérica para impulsar proyectos que impulsen el desarrollo económico y lleven a la construcción de un Estado de derecho que combata el crimen organizado (Rivas, 2017).

Merece resaltar que aproximadamente el 30% de esos fondos estuvieron dirigidos a la lucha contra el narcotráfico, al entrenamiento de militares y a las fuerzas armadas de esos tres países (WOLA, 2016), y que, si el Congreso estadounidense finalmente lo aprueba, en el presupuesto anual (FY, según sus siglas en inglés) de 2017-2018 las asignaciones para la Alianza para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica sufrirán importantes reducciones derivadas de la rebaja del 37% de las partidas asignadas al Departamento de Estado — incluida la Agencia para el Desarrollo Internacional de Estados Unidos (USAID, por sus siglas en inglés)— presentada al Senado y a la Cámara de Representantes por el actual mandatario estadounidense.

Según el periódico *El Nuevo Herald* que se publica en Miami, “de salir adelante ese presupuesto”, el recorte de los fondos dedicados a Centroamérica “será sustancial”, ya que “reduce la ayuda al desarrollo y al fortalecimiento institucional que había potenciado el anterior gobierno de Barack Obama” (*El Nuevo Herald*, 2017). En ese contexto, Guatemala obtendría \$80.7 millones, frente a los \$131.2 millones que recibió en el FY 2016-2017; Honduras se quedaría con \$67.8 millones (frente a los \$98.2 de 2016-2017), y El Salvador con \$46.3 millones (frente a los \$67.9 anteriores). Por su parte, Costa Rica obtendrá \$400,000 dólares (frente a los \$1.8 millones del FY 2016-2017), Panamá recibirá \$1.2 millones (frente a los \$3.3 millones anteriores) y Nicaragua sólo recibirá \$200,000 dólares frente a los \$10 millones que recibió durante el año fiscal precedente. Esto último confirma mi criterio de que, en cuanto el Congreso la apruebe, Donald Trump firmará la denominada *Nicaragua Act*, dirigida a imponer sanciones económicas al gobierno nicaragüense presidido por el líder del “anti-estadounidense” Frente Sandinista para la Liberación Nacional, Daniel Ortega, bajo el pretexto de que en ese país se cometieron fraudes en las elecciones presidenciales de finales de 2016.

Sin embargo, creo necesario aclarar que hasta ahora nada indica que la actual administración republicana eliminará, al menos totalmente, los fondos de ayuda militar y policial dirigidos a la implementación de la Iniciativa para la Seguridad de América Central (CARSI, por sus siglas en inglés) impulsada desde 2010 por el gobierno temporal de Barack Obama (Rosnick *et al.*, 2016). Mucho menos, porque con independencia del monto que finalmente reciba el Plan para la Prosperidad del Triángulo Norte de Centroamérica, considero que la

actual administración le dará continuidad a las acciones que, desde años atrás, venía desplegando la maquinaria burocrático-militar y de seguridad estadounidense (incluidas las diferentes agencias del DHS) con vistas a “bajar” su perímetro de defensa y seguridad hasta la frontera de México con Belice y Guatemala (Isacson *et al.*, 2015).

Con ése y otros propósitos, entre el 23 y el 25 de abril del presente año se efectuó en Cozumel, Quintana Roo, México, la Quinta Conferencia para la Seguridad de Centroamérica (Centsec 2017). Ésta fue coauspiciada por primera vez en su historia por el Northcom, el Southcom, así como por las Secretarías de la Defensa Nacional y de Marina de México. Por consiguiente, participaron en algunas de sus deliberaciones los actuales jefes de esos comandos de las fuerzas armadas estadounidenses, al igual que el secretario de Defensa Nacional y de la Marina de México, la general de la Fuerza Aérea Lori Robinson, el almirante Kurt Tidd, el general Salvador Cisneros Fuentes y el almirante Francisco Soberón Sanz, respectivamente. Asimismo, altas autoridades de seguridad y defensa (que aún no he podido identificar) de Belice, Costa Rica, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá. También observadores de Canadá, Chile, Colombia, Reino Unido, República Dominicana, al igual que de la Conferencia de Ministros de Defensa de las Américas (CMDA), de la Junta Interamericana de Defensa (JID) y de la Conferencia de Fuerzas Armadas Centroamericanas (CFAC).

Todos ellos abordaron a puertas cerradas temas de tanta trascendencia como la “cooperación regional para combatir las amenazas transnacionales”, el papel de las “Fuerzas Armadas y de Seguridad en apoyo al orden público y para casos de asistencia humanitaria”, y diferentes “iniciativas de cooperación para fortalecer la seguridad regional”, así como para “explotar [las] oportunidades [existentes] para mejorar la coordinación y cooperación entre las naciones participantes” (*CancunMio*, 2017).

Cual denunció en un editorial el prestigioso diario *La Jornada* de México, en los marcos de esa conferencia, el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas guatemaltecas, general Juan Manuel Pérez Ramírez, informó que se había acordado que en los próximos meses las fuerzas armadas de México y de Guatemala con el apoyo del Southcom formarán una “fuerza de tarea conjunta para efectuar patrullajes terrestres y aéreos en la frontera común, con el propósito de inter-

cambiar información e inteligencia, a fin de combatir la delincuencia organizada” (*La Jornada*, 2017). Tomando como punto de partida esa información, el antes mencionado diario mexicano indicó:

De ser cierto ese dato, ha de concluirse que el Estado mexicano se encuentra en proceso de una renuncia progresiva de facultades esenciales en materia de preservación de la independencia y la integridad territorial: si en el sexenio pasado se permitió la operación de funcionarios civiles de Washington en tareas de combate al narcotráfico y de persecución de migrantes centroamericanos, en éste se habría autorizado a militares del vecino país del norte a integrarse en la lucha contra la delincuencia organizada.

Cualquiera que sea el juicio que merezcan esas afirmaciones, lo cierto fue que desde el año 2009 la administración de Barack Obama financió la multimillonaria Iniciativa Mérida (inicialmente denominada Iniciativa de Seguridad para México y Centroamérica) y, en sus últimos dos años, el denominado “Plan Frontera Sur” dirigido a contener el tráfico de drogas y de personas en los límites de México con Belice y Guatemala. De modo que el ahora llamado “Plan Kelly” sólo busca ampliar las posibilidades de inversión de empresas transnacionales estadounidenses en Centroamérica, profundizar las acciones previamente desplegadas en el territorio mexicano por diferentes agencias subordinadas al DHS, al igual que por el Northcom, cuyo entonces jefe, el almirante William Gortney, en el informe que en 2016 le presentó al Comité de Servicios Armados del Senado estadounidense afirmó que nunca antes en la historia habían sido tan estrechas las interrelaciones de ese comando “con las Secretarías de Defensa y de la Marina del Gobierno mexicano” (Gortney, 2016).

FORTALECER “LA ALIANZA ESTRATÉGICA” ENTRE COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS

Hay que resaltar que la participación de representantes de Colombia tanto en la Centsec 2017, como en la mencionada Conferencia sobre la Prosperidad y la Seguridad de Centroamérica que se realizó en Miami a mediados de junio, de una u otra manera se vinculan con el *Plan de Acción sobre Cooperación en Seguridad Regional* aprobado en 2012 por los gobiernos de Estados Unidos y de Colombia en las diversas

sesiones del “Diálogo de Seguridad Estratégica de Alto Nivel” que, desde hace varios años, se viene desarrollando entre los ministros de Relaciones Exteriores y de Defensa de ambos países (Isacson *et al.*, 2013). En los marcos de ese plan, más de 25 mil oficiales policiales y militares mexicanos y de otros países de América Latina (en especial de Costa Rica, Guatemala, Honduras, Panamá, Paraguay y Perú) recibieron entrenamientos de diferentes tipos por parte de las represivas fuerzas militares colombianas (Suárez, 2016 [2014]; Suárez, 2016).

Ésas y otras acciones hemisféricas y extra hemisféricas que, por encargo del Pentágono, han venido ejecutando las fuerzas militares colombianas se han mantenido y se mantendrán durante la administración de Donald Trump. Esto se desprende del resultado de la reunión que él sostuvo el 17 de mayo de este año en la Casa Blanca con el presidente colombiano Juan Manuel Santos, quien en un artículo publicado en el *New York Times* indicó que en su “productiva conversación” con Trump, se acordó continuar “trabajando juntos” para fortalecer “nuestra alianza estratégica en beneficio del pueblo estadounidense y del pueblo colombiano” [sic]. Como parte de esa alianza, agregó, seguiremos “trabajando juntos para ayudar a México y a los países del Triángulo Norte de América Central [...] a combatir la violencia de los cárteles de las drogas que está avivando el flujo de refugiados” hacia Estados Unidos (Santos, 2017, traducción al español del autor de este artículo).

Por otra parte, en una velada referencia al apoyo que le ha ofrecido el Gobierno colombiano a las cada vez más agresivas acciones que ha venido desarrollando la actual administración republicana con vistas a derrocar (incluso por medios violentos) al Gobierno constitucional de la República Bolivariana de Venezuela, Santos también señaló: “Estamos unidos con Estados Unidos y con otras naciones democráticas para defender los valores democráticos de nuestro hemisferio” (Santos, 2017).

A ese tema volveremos más adelante, pero antes de hacerlo creo necesario remarcar que, a cambio de conservar los cerca de 450 millones de dólares que la administración de Barack Obama le había ofrecido en febrero de 2016 en los marcos del denominado plan “Paz Colombia”, el antes mencionado mandatario colombiano también quedó comprometido a “trabajar con la administración Trump para detener y revertir el incremento en la producción de hojas de coca”

(la principal, pero no la única, materia prima para la elaboración de la cocaína) que se han registrado en Colombia en los últimos años.

Cabe recordar que ésa fue la principal preocupación que, durante la visita que realizó a ese país a fines de marzo del presente año, le planteó a sus autoridades oficiales el (al parecer ratificado) subsecretario para Asuntos Internacionales de Narcóticos del Departamento de Estado de Estados Unidos, William Brownfield. En la entrevista que le ofreció al diario *El Tiempo* de Bogotá, adelantó que en el FY 2017-2018 la Casa Blanca iba a proponerle al Congreso una reducción hasta de un 37% de los fondos previamente asignados a la ayuda financiera que ofrece Estados Unidos a diversos países del mundo y, a la par, un incremento de 54,000 millones de dólares en los gastos militares. Por otra parte, Brownfield indicó que “bajo la ley de Estados Unidos” las FARC todavía están calificadas como “una de las organizaciones de narcotráfico más grande del mundo y un organismo de terrorismo internacional” (*El Tiempo*, 2017).

Días después se difundió que gracias a las gestiones del reaccionario senador republicano Marcos Rubio, Trump había sostenido una conversación (supuestamente casual) en sus propiedades de Mar-a-Lago (Florida) con los ex presidentes colombianos Álvaro Uribe y Andrés Pastrana: cabezas visibles de los sectores neofascistas colombianos opuestos a los Acuerdos de la Paz firmados a finales de noviembre de 2016 entre el presidente Juan Manuel Santos y el jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), Timoleón Jiménez (alias Timochenko), al igual que a las conversaciones exploratorias que, con iguales fines, se están desarrollando en Ecuador entre los representantes del actual Gobierno colombiano y los de la organización político-militar Ejército de Liberación Nacional (ELN).

Por tanto esa noticia fue uno de los primeros indicios de que la actual administración estadounidense iba a adoptar una posición altamente crítica frente al decidido apoyo que la administración de Barack Obama le había ofrecido a esos acuerdos entre las FARC y el Gobierno colombiano, al igual que a sus conversaciones con el ELN. Así parecen confirmarlo las declaraciones recientemente realizadas en Miami por el secretario del DHS, John Kelly. Según la agencia cablegráfica española EFE, en éstas señaló que el ELN “está acorralado” y que su jefatura sería “estúpida” si no firma un acuerdo de paz con el Gobierno colombiano. Y agregó que, en su consideración: “Las FARC, y en el mismo sentido el

ELN, no vienen a la mesa de negociaciones sobre la paz porque son fuertes, vienen porque tienen a soldados, marineros, almirantes y marines que los han vencido y ahora tratan de sobrevivir”. Acto seguido señaló: “Si alguna vez tuvieron el apoyo del pueblo de Colombia hace 50 ó 60 años, ahora el pueblo colombiano [sic] las ha reconocido por lo que son, criminales”. Asimismo, luego de indicar que el acuerdo para la paz “no es perfecto”, Kelly afirmó:

Las buenas noticias son que, finalmente la insurgencia, la insurgencia asesina, que eran las FARC, parece que se ha acabado. Tomará tiempo para que el acuerdo de paz llegue a ser lo que debe, pero tengo una gran fe, verdaderamente, en el Ejército de Colombia y en el pueblo de Colombia (EFE, 2017a).

Todo lo antes dicho y otros elementos excluidos en beneficio de la síntesis, confirman que introduciendo algunos cambios terminológicos y prácticos, la administración de Donald Trump ha asumido como propios los objetivos generales y específicos que guiaron las diversas “estrategias inteligentes” en relación con Colombia desplegadas por el gobierno temporal de Barack Obama. Estos pudieran sintetizarse de la siguiente manera: lograr una solución político-militar altamente favorable a los intereses geopolíticos y geoeconómicos estadounidenses de la prolongada guerra civil —con contenidos de liberación nacional y social— que, pese a los avances que se han logrado al calor de los antes mencionados Acuerdos de Paz, todavía se está desarrollando en Colombia; disminuir a toda costa la producción de cocaína y otras drogas ilícitas que, según se ha demostrado, tienen su principal demanda en el mercado interno estadounidense; y garantizar que con la debida autorización del Pentágono, las fuerzas militares colombianas continúen “exportando seguridad” a otros países de dentro y fuera del hemisferio occidental.

Mucho más porque en la referida visita que realizó el presidente colombiano Juan Manuel Santos a Estados Unidos ambos gobiernos acordaron mantener el “Diálogo de Seguridad Estratégica de Alto Nivel” iniciado durante la administración precedente y se anunció que el vicepresidente de Estados Unidos, Mike Pence, visitará oficialmente Colombia y otros países latinoamericanos (Argentina, Chile y Panamá) entre el 13 y el 17 de agosto del presente año. Además, en el FY 2017-2018 del Departamento de Estado propuesto por la administra-

ción de Donald Trump están contemplados 251.4 millones de dólares para darle continuidad al Plan “Paz Colombia” anunciado por Barack Obama en ocasión de la visita que en febrero de 2016 realizó a Estados Unidos el antes mencionado presidente colombiano para “celebrar el xv Aniversario de la implementación del bipartidista Plan Colombia” iniciado por la administración de William Clinton.

Aunque, como bien se indicó en el referido análisis de *El Nuevo Herald*, esa cifra reduce de manera significativa los 391 millones de “asistencia humanitaria y para el desarrollo” que se la habían entregado al Gobierno colombiano en el FY 2016-2017

[...] es posible que haya más fondos para Colombia [ya que] a los fondos para cada país deben sumarse las cantidades dedicadas a los programas de seguridad, democracia, lucha contra el narcotráfico o inmigración, que tienen cuentas conjuntas para todo el continente y reparten los fondos según se juzgue necesario (*El Nuevo Herald*, 2017).

Por otra parte, a decir del director de la Oficina de Ayuda Exterior del Departamento de Estado, Hari Sastry, en el FY 2017-2018 “se está dando prioridad a los programas centrados en complicar la actividad de las organizaciones criminales transnacionales, a fortalecer la seguridad fronteriza y combatir la corrupción” (cit. en Stargardt, 2017).

DERROCAR AL GOBIERNO CONSTITUCIONAL VENEZOLANO

A lo dicho hay que agregar que —según *El Nuevo Herald*— en el desglose por países de la propuesta de fondos “para las operaciones en el continente americano y el Caribe” que desplegará en el año 2018 el Departamento de Estado (1,093 millones de dólares: \$614 millones menos que en el FY 2016-2017), no aparecen consignados los 20 millones de dólares destinados en 2016 por la administración de Barack Obama a “promover la democracia en Cuba”. Tampoco los 6,5 millones destinados por esa administración a apoyar a las “organizaciones de la sociedad civil” opuestas a la “dictadura venezolana” y, en particular, a los sectores más reaccionarios y neofascistas de la mal llamada Mesa de Unidad Democrática (MUD).

Posteriormente me referiré a las implicaciones que la real o presunta eliminación de los fondos destinados a Cuba pudieran tener para el futuro inmediato y previsible de la que he denominado “*anormalización* de las relaciones oficiales de Estados Unidos con Cuba” (Suárez, 2015); pero ahora quiero resaltar que el ocultamiento de los fondos destinados a Venezuela en otras partidas (como la dedicada a “la promoción de la democracia en todo el mundo”) o su eventual eliminación en modo alguno significa que la actual administración republicana haya abandonado el propósito del gobierno de Barack Obama de desestabilizar y, si le fuera posible, derrocar al Gobierno constitucional venezolano presidido desde abril de 2013 por Nicolás Maduro.

Por el contrario, en los poco más de cinco meses del gobierno de temporal de Donald Trump, la maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad, así como sus aparatos ideológicos, informativos y culturales, de manera unilateral o en conjunto con sus “socios”, “aliados” o “amigos”, gubernamentales o no gubernamentales de dentro y fuera del hemisferio occidental, ha radicalizado todas las acciones previstas en los planes Venezuela Freedom 1 y Venezuela Freedom 2 elaborados y desplegados por el Southcom desde los primeros meses de 2015.

Fundamentados en las sucesivas directivas presidenciales de Barack Obama de 2015, 2016 y de los primeros días de enero de 2017 en las que calificó a Venezuela como una “amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional de Estados Unidos”, ambos planes han estado expresamente dirigidos a crear las condiciones políticas y militares necesarias para producir “el cerco”, “la asfixia” y “la implosión” de la sociedad y del sistema político venezolano con vistas a justificar y tratar de legitimar una “intervención regional humanitaria” en ese país suramericano (Southcom, 2016).

Entre las muchas evidencias que pudieran enumerarse, creo necesario resaltar las sanciones aprobadas de manera bipartidista por el Congreso y por el actual presidente estadounidense contra el actual vicepresidente venezolano Tareck El Aissami (sindicándolo de “desempeñar un papel significativo en el tráfico internacional de narcóticos”) y, posteriormente, contra ocho magistrados del Tribunal Supremo de Justicia (TSJ). En este caso, utilizando como pretexto su decisión, prevista en la Constitución vigente, de transferir a ese

órgano del Poder Judicial algunas de las atribuciones de la Asamblea Nacional, cuyas sucesivas presidencias —controladas por los sectores más reaccionarios de la MUD— sistemáticamente han desacatado las resoluciones del Consejo Nacional Electoral y del propio TSJ, así como entorpecido las labores del Poder Ejecutivo. Igualmente, impulsado y apoyado diversas acciones violentas (con un alto saldo de pérdida de vidas humanas y con significativos costos económicos) dirigidas a derrocar al Gobierno constitucional venezolano, incluso mediante sus constantes (y hasta ahora desoídos) llamados a un golpe de Estado militar.

A pesar de esto, en un acto poco frecuente en “la diplomacia” estadounidense, el pasado 8 de mayo el actual consejero para la seguridad nacional de Donald Trump, Herbert Raymond (H. R) McMaster (posteriormente mencionaré algunos de sus antecedentes) sostuvo en Washington una reunión con uno de los principales dirigentes de la MUD: el actual presidente de la Asamblea Nacional venezolana, Julio Borges. Según el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Sean Spicer, Borges y McMaster discutieron “la necesidad de respetar la Constitución venezolana, de liberar a los presos políticos, de respetar la Asamblea Nacional y de realizar elecciones libres y democráticas” en ese país (Reuters, 2017a).

A lo dicho se une el decidido apoyo que, en contraste con las ambivalencias de la administración precedente, le ha venido ofreciendo el actual gobierno temporal estadounidense a las diversas (y hasta ahora frustradas) maniobras emprendidas por el actual secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA), Luis Almagro, para tratar de garantizar, a toda costa, que una Reunión de Consulta de los Ministros de Relaciones Exteriores de los 34 Estados integrantes de esa organización le apliquen a Venezuela las sanciones previstas en la Carta Democrática Interamericana aprobada en 2001. Esas maniobras —muchas veces violatorias de los reglamentos funcionales del Consejo Permanente de la OEA—, al igual que las coordinaciones al respecto realizadas con Almagro aparecen expresamente indicadas en los antes mencionados planes del Southcom orientados a producir una “intervención regional humanitaria” en ese país suramericano.

De ahí y de las diversas acciones pro-activas emprendidas por el SD, el decidido apoyo que las maniobras antes mencionadas han encontrado, al menos, entre los actuales gobiernos de Argentina, Bra-

sil, Canadá, Chile, Colombia, Guatemala, Honduras, México, Panamá, Paraguay y Perú, cuyo presidente, Pedro Pablo Kuczynski (estrechamente vinculado con diversas instituciones financieras estadounidenses y que tuvo que renunciar a la ciudadanía estadounidense para poder aspirar a ese cargo), fue el primer mandatario latinoamericano que recibió Donald Trump en la Casa Blanca. Semanas después fue seguido por el acaudalado empresario y actual presidente argentino Mauricio Macri (cuyo padre había tenido algunos negocios inmobiliarios con Donald Trump) y, como ya se indicó, por el presidente colombiano Juan Manuel Santos. Según algunas informaciones recibidas, en la organización de esta última desempeñó un importante papel el actual secretario del HSD, John Kelly.

En cualquier caso, con esos tres mandatarios el actual presidente estadounidense coordinó personalmente las acciones que está desplegando su administración contra el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela. Según diversas informaciones, esas coordinaciones también estuvieron incluidas en la visita que realizó en la tercera semana de junio a Estados Unidos el presidente panameño, Juan Carlos Varela, y previamente en las conversaciones telefónicas que ha sostenido Trump con el corrupto y cada día más desprestigiado presidente brasileño, Michel Temer; con el presidente de México, Enrique Peña Nieto; y con la presidenta de Chile, Michelle Bachelet.

Igualmente, en las reuniones que ha sostenido en Washington el secretario de Estado Rex Tillerson con la ahora sustituida ministro de Relaciones Exteriores de Argentina, Susana Malcorra, y con los cancilleres de Chile y Brasil, Heraldo Muñoz y Aloysio Nunes Ferreira, respectivamente. Asimismo, en los diversos encuentros que, como ya se indicó, Tillerson y Kelly han sostenido desde febrero de este año hasta la actualidad con el ministro de Relaciones Exteriores, Luis Videgaray, y con otros integrantes del gabinete de Peña Nieto. Esto explica el bochornoso papel desempeñado por los representantes del Gobierno mexicano en la Reunión de Consultas de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA que se realizó horas antes del comienzo de la Asamblea General de la OEA que se efectuó en Cancún, México, entre el 19 y el 21 de junio del presente año.

REFORMAR Y REVITALIZAR LA OEA Y EL SISTEMA INTERAMERICANO DE DEFENSA

En éstas y nuevamente contando con el apoyo de los gobiernos de Estados Unidos, de Canadá y de otros Estados miembros, su actual secretario general, Luis Almagro, siguió buscando, tanto de manera pública como encubierta, la aprobación de una resolución contra el Gobierno de Venezuela. Aunque ese intento nuevamente fue derrotado por los votos contrarios o por la abstención de los representantes de 14 Estados integrantes de esa organización, en consuno con su bien remunerada burocracia, Almagro siguió impulsando nuevos y sesgados acuerdos sobre “los derechos humanos” orientados a “reformar” y a “revitalizar” el Sistema Interamericano.

Como he indicado en algunos de mis escritos ya referenciados, a finales de 2013 el Congreso estadounidense aprobó y Barack Obama firmó una ley que estipuló que en su interrelación eficaz con el proceso de las Cumbres de las Américas, con otros miembros del Grupo de Trabajo Conjunto de esas Cumbres y con el BID, la OEA “debe ser la entidad diplomática multilateral primordial” en el hemisferio occidental (Congress of The United States of America, 2013): definición que explícitamente desvalorizó el importante rol en las relaciones hemisféricas y extra hemisféricas que desde el año 2011 había venido desarrollado la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC).

Esa comunidad (cuyos acuerdos deben tomarse mediante el consenso de todos sus Estados miembros) en estos momentos está virtualmente dividida a causa, entre otras, de la agresiva política de la administración de Donald Trump contra Venezuela y del apoyo a ésta que le han venido dando los gobiernos de diversos partidos de “la derecha” instalados en algunos de los Estados latinoamericanos y, en menor medida, caribeños. Aunque no los garantizará, esa situación favorecerá el cumplimiento de los aviesos objetivos que se planteará la actual administración estadounidense tanto en futuros eventos de la OEA y de otros órganos del Sistema Interamericano, como en la próxima Cumbre de las Américas que se realizará en Perú en abril de 2018.

En cualquier caso, es necesario recordar que sobre la base de la ya mencionada ley para revitalizar la OEA, aprobada por la administración

de Barack Obama y partiendo de los propósitos que previamente se habían planteado en *La política de defensa de Estados Unidos para el hemisferio occidental* hasta 2023 elaborada durante esa administración (Panetta, 2012), en 2014, tanto dentro como fuera de la OEA, el Pentágono —apoyado en la JID— impulsó “una reforma” del Sistema Interamericano de Defensa. Ésta tenía como uno de sus principales fines elaborar un instrumento jurídico hemisférico que sustituya al obsoleto y desacreditado Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) de 1947 e institucionalizar una Comisión Interamericana de Defensa en el seno de la OEA (JID, 2014).

Ninguna de esas propuestas prosperó a causa de la correlación de fuerzas desfavorables a esos propósitos que entonces existía entre los gobiernos de los 34 Estados integrantes de esa organización. Como quiera que esa correlación ha cambiado desde fines de 2015 hasta la actualidad, es posible que en diferentes órganos y foros del Sistema Interamericano (incluida la CMDA y las conferencias de jefes de Ejércitos, de la Marina y la Aviación que sistemáticamente se efectúan de espaldas a la opinión pública) se retomen todos o algunos de esos planes de la maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad de Estados Unidos. Mucho más por el importante papel que tienen varios altos militares recientemente retirados, tanto en el gabinete como en los principales mandos del Consejo Nacional de Seguridad (NSC, por sus siglas en inglés) del actual Gobierno republicano.

En las páginas anteriores ya mencioné el importante papel que, en razón de sus conocimientos sobre América Latina y el Caribe, ha venido desempeñando el exjefe del Southcom y ahora secretario del DHS, John Kelly, en la definición de las políticas de la actual administración hacia México y Centroamérica, así como hacia Colombia, Venezuela y otros países latinoamericanos y caribeños. A ello hay que agregar que el recientemente nombrado secretario adjunto del SD, el abogado John Sullivan, previamente había laborado en el Pentágono y sostenido estrechas relaciones con el actual secretario del Departamento de Defensa (DOD, por su acrónimo en inglés) el general retirado de la Infantería de Marina James Mattis (Sullivan, 2015).

Éste —luego de su destacada participación en las sangrientas Guerras del Golfo (1991), de Afganistán (a partir del 2001) y de Irak (a partir del 2003)— fue separado de las Fuerzas Armadas estadounidenses por oponerse a los cambios que había introducido la administración

de Barack Obama en su proyección político-militar hacia el Medio Oriente y el Golfo Árabe-pérsico. Como ya se sabe, esa proyección ha sido radicalmente modificada por la actual administración republicana luego de las visitas realizadas por Donald Trump a Arabia Saudita y al Estado de Israel.

A su vez, luego de la renuncia de su primer consejero de Seguridad Nacional, el “islamfóbico” y pro-sionista teniente general retirado Michael Flynn (ahora sometido a una investigación por el Senado a causa de sus estrechos vínculos con el embajador de Rusia en Estados Unidos), Donald Trump nombró como su asesor y jefe del NSC al ya mencionado teniente general H. R. McMaster, considerado como el “soldado más reconocido” y “el mejor brigadier” durante la criminal guerra desplegada por Estados Unidos en Irak. Asimismo, como un especialista en contrainsurgencia y un “guerrero pensador” de la arquitectura que en el futuro deberá tener el Ejército estadounidense.

Por su parte, McMaster escogió como vicejefe del NSC al general Ricky Wadell y al veterano oficial de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por su siglas en inglés) Juan Cruz (de origen puertorriqueño), como director del Hemisferio Occidental de esa importante dependencia del *staff* ejecutivo de la Casa Blanca. Según los reporteros de Univision David Adams y Enrique Acevedo, antes de su nombramiento en el NSC, Cruz había sido el jefe de América Latina en la CIA, y previamente había cumplido misiones de esa agencia en Brasil, Perú y Colombia. En este último país fue jefe de la Estación de la CIA en los años en que el Gobierno y las fuerzas militares de ese país obtuvieron “grandes éxitos en su enfrentamiento a los cárteles de las drogas” y le propinaron “duros golpes” a la comandancia del Estado Mayor de las FARC. De ahí sus estrechos vínculos con el actual vicepresidente colombiano, el general retirado y ex jefe de la Policía Nacional, Óscar Naranjo (Adams y Acevedo, 2017).

Sobran los comentarios sobre “los méritos” de Cruz, pero esa selección parece indicar que, al igual que ocurrió durante la administración de Barack Obama, el antes mencionado director de Asuntos Hemisféricos del NSC (puesto tradicionalmente ocupado por un diplomático o un académico especializado en la región), desempeñará un importante papel en la definición de la política de la actual administración republicana hacia América Latina y el Caribe. Mucho más porque, en el momento de terminar este artículo, aún no se había nom-

brado al nuevo subsecretario adjunto para el Hemisferio Occidental del Departamento de Estado.

DEBILITAR A LA UNASUR Y A LA CELAC

Como ya se ha visto en las páginas anteriores, esa subsecretaría todavía está ocupada interinamente por Francisco Palmieri, quien a fines de marzo de este año viajó a Paraguay para fortalecer las relaciones políticas y militares entre la nueva administración y las autoridades de ese país suramericano. También para garantizar que su actual presidente, Horacio Cartes, abandonara sus pretensiones de modificar la Constitución y procurar su reelección en los comicios presidenciales de 2018.

El inmediato anuncio de Cartes de que, aun en el caso de que el Congreso apruebe la entonces mencionada reforma a la carta magna, no presentará su candidatura contribuyó a aplacar la violenta crisis política que se había presentado en los días previos. Según algunos analistas, esa decisión del actual mandatario paraguayo y la resistencia de importantes sectores de los partidos tradicionales (el Partido Colorado y el Partido Liberal Radical) a aprobar cambios en la Constitución, cierra la posibilidad de que el ex presidente y ahora presidente del Senado Fernando Lugo (derrocado en 2012 mediante un golpe de Estado institucional, apoyado por la administración de Barack Obama) presente su candidatura a las elecciones antes mencionadas.

Cualquiera que sea la validez de esos análisis, el papel desempeñado por Palmieri en la solución, al menos transitoria, de las agudas contradicciones existentes entre los representantes políticos y militares de las clases dominantes paraguayas demuestra la decisión de la actual administración republicana y en particular de su secretario de Estado, Rex Tillerson, de inmiscuirse directa y abiertamente en los asuntos internos de los Estados latinoamericanos y caribeños. Sobre todo porque en medio de la complicada y, a ratos, convulsa situación política que está viviendo Paraguay, el 25 de mayo llegaron a ese país 23 militares estadounidenses “para entrenar las fuerzas militares locales”. Éstos permanecieron en ese país hasta el pasado 23 de junio como parte de los entrenamientos conjuntos que desarrolla el Comando de

Operaciones Especial (soc, por sus siglas en inglés) del Ejército Sur subordinado al Southcom (Sánchez, 2017).

Ésos y otros intercambios entre militares estadounidenses y suramericanos están afectando el funcionamiento de Unasur: organización que ahora está atravesando una profunda crisis. Así se ha puesto de manifiesto en las grandes dificultades que se han presentado para elegir al sustituto de su actual secretario general, el ex presidente colombiano Ernesto Samper, y en el apoyo que —en contraposición con las posturas de los gobiernos de Bolivia, Ecuador, Surinam y, en menor medida, de Guyana— le han brindado los representantes de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Perú, Paraguay y Uruguay a las referidas maniobras que, con el decidido apoyo de Estados Unidos, ha emprendido el secretario general de la OEA, Luis Almagro, para aprobar sanciones colectivas contra el Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela.

En esa situación han tenido una enorme influencia las estrechas relaciones que, como ya se vio, han mantenido la actual administración estadounidense con los mandatarios de Argentina, Colombia y Perú. Asimismo las vacilaciones del actual Gobierno uruguayo presidido por Tabaré Vázquez (éstas ya se habían expresado en los sucesivos intentos que se realizaron de expulsar a Venezuela del Mercosur) y la multifacética crisis que ha estado y está viviendo Brasil, tanto inmediatamente antes como después del golpe de Estado parlamentario-judicial y mediático que se produjo en 2016 contra su presidente constitucional, Dilma Rousseff.

Ese golpe contó con el apoyo sibilino de la administración de Barack Obama, pero ahora cuenta con el rampante respaldo del actual Gobierno temporal estadounidense. Ya se mencionaron la visita que realizó a Washington el canciller brasileño y las conversaciones telefónicas entre Trump y el corrupto y cada día más desprestigiado y debilitado presidente brasileño Michel Temer, quien en un año le ha hecho tantas concesiones a Estados Unidos que en la ya mencionada intervención que realizó ante el Consejo de las Américas, Francisco Palmieri señaló que su Gobierno estaba disfrutando “una robusta asociación” con Brasil, cuyos “líderes”, al igual que el presidente Trump, están impulsando “una agenda para lograr el crecimiento económico, crear empleos y realizar inversiones en ambos países” (Palmieri, 2017).

A ello añadió que la actual administración republicana estaba impulsando, junto con Brasil y Suiza, una “investigación conjunta sobre el mayor escándalo de corrupción que se haya producido en la región: el creado alrededor de la compañía brasileña Odebrecht”. Y añadió que esa investigación “muestra un compromiso regional compartido con los procesos democráticos y con el buen gobierno; lo que enfatiza el valor de la cooperación de las fuerzas de la ley” (Palmieri, 2017). Tal apología desconoció por igual las demostradas corruptelas de Temer y las deshonestas prácticas empresariales de varios integrantes del gabinete de Donald Trump. También el irresuelto y denunciado “conflicto de intereses” que éste tiene entre sus altas funciones gubernamentales y sus negocios personales (Baker, 2017).

A lo dicho hay que agregar que durante el primer año del gobierno de Temer se profundizaron las relaciones entre las fuerzas armadas de Brasil y de Estados Unidos. En efecto, con el fin de “reaproximar” y “estrechar” sus interrelaciones, a fines de marzo del presente año fue invitado y condecorado en Brasil el jefe del Ejército Sur, mayor general Clarence Chin, quien por primera vez visitó el Comando Amazónico de las Fuerzas Armadas brasileñas. De manera coincidente, los ministerios de defensa de ambos países firmaron un convenio de intercambio de informaciones y de cooperación en tareas de investigación-desarrollo en la esfera militar.

A decir del jefe de la Secretaría de la Defensa del Ministerio de Defensa de Brasil, Flavio Basilio, ese acuerdo no requiere la aprobación del Congreso brasileño, lo que posibilitará “establecer cualquier tipo de cooperación militar con Estados Unidos” (BBC-Brasil, 2017, traducido al español por el autor de este artículo). Sea válida o no esa afirmación, como parte de ese acuerdo (denominado en inglés: Master Information Exchange Agreement), en octubre del presente año se realizará en Washington “un nuevo encuentro sobre la industria militar de ambos países” y, posteriormente, el Ejército brasileño organizará un batallón de infantería que en 2020 se entrenará junto a una brigada del Ejército estadounidense ubicada en Fort Polk, Louisiana (BBC-Brasil, 2017).

Previamente, en noviembre del presente año unidades de las fuerzas armadas estadounidenses participarán, junto a sus pares brasileñas, colombianas y peruanas en la Operación Américas Unidas. Ésta consistirá en el primer ejercicio militar multinacional que a lo largo

de la historia han organizado las fuerzas armadas brasileñas en la triple frontera existente entre esos tres países. En esa inédita “experiencia militar”, de manera temporal se organizará una base logística en Tabatinga compuesta por efectivos de los tres países amazónicos y del Ejército Sur de Estados Unidos.

Según el reportaje de la corresponsalía de la BBC de Londres en Brasil, esas maniobras, que durarán 10 días, son parte del AmazonLog organizado por las fuerzas armadas brasileñas luego de haber enviado observadores a un ejercicio de la Organización del Atlántico Norte (OTAN) realizado en Hungría en 2015. Un año después —ya durante el gobierno espurio presidido por Michel Temer— las marinas de guerra de ambos países realizaron una actividad preparatoria de las Olimpiadas efectuadas en Río de Janeiro. Ésta incluyó entrenamientos para enfrentar “focos de terrorismo”. De ahí el regocijo expresado por la Embajada estadounidense en Brasil. Ésta indicó que en el año más reciente se formalizaron una serie de compromisos claves relacionados con la defensa. Entre ellos, algunos vinculados a la cooperación científica y a la investigación-desarrollo entre las industrias militares de ambos países (BBC-Brasil, 2017).

Esas declaraciones fundamentaron las afirmaciones realizadas por el coordinador del Grupo de Seguridad Internacional, Defensa y Estrategia de la Asociación Brasileña de Relaciones Internacionales, Héctor Luis Saint Pierre, quien indicó que los acuerdos de defensa arriba referidos, junto con las conversaciones telefónicas y/o personales, según el caso, que hasta ese momento había sostenido Trump con los presidentes Michel Temer, Mauricio Macri y Pedro Pablo Kuczynski, demostraban la intención de esa administración de aprovechar el momento político para fracturar la cooperación suramericana.

Igualmente, evidenciaban la “grave preocupación” de la actual administración estadounidense por el incremento del comercio entre la República Popular China y América Latina, especialmente si éste incluye la venta de armas. En la base de esa preocupación, agregó Saint Pierre, no sólo están presentes preocupaciones geopolíticas, sino también las grandes ganancias que obtiene el complejo militar-estadounidense con sus ventas de armas en América Latina (Saint Pierre, cit. por BBC-Brasil, 2017). Merece resaltar que en los primeros siete años de la administración de Barack Obama esas exportaciones ascendieron a cerca de 5,558 millones de dólares (SAM, 2016).

Como he indicado en otros escritos, esa intención de fracturar la cooperación suramericana ya estaba presente entre los objetivos generales de ese último Gobierno temporal. Éste, de manera unilateral o concertada con sus aliados en el Congreso paraguayo, emprendió diversas acciones dirigidas a dificultar la reforma y la ampliación del Mercado Común del Sur (Mercosur), así como, en consuno con otros gobiernos suramericanos, la profundización de los acuerdos en los campos políticos y de defensa adoptados por la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur). También a evitar que las resoluciones y acuerdos de la CELAC menoscabaran su ya mencionado propósito de “revitalizar” y “reformular” la OEA, así como el interés del Pentágono en refundar el Sistema Interamericano de Defensa.

DIVIDIR LA CARICOM Y FRACTURAR SUS INTERRELACIONES CON VENEZUELA

En mi concepto, todos esos objetivos siguen guiando *la praxis* de la maquinaria de la política exterior, de defensa y seguridad de Estados Unidos. A lo dicho en las páginas anteriores hay que agregar las diversas presiones que, en consuno con los representantes en la OEA de Canadá y de varios Estados latinoamericanos, ha venido ejerciendo el SD sobre los gobiernos de todos los Estados políticamente independientes integrantes de la Comunidad de Estados del Caribe (Caricom).

Así lo denunció el 10 de mayo de este año el primer ministro de San Vicente y las Granadinas, Ralph Gonsalves, en una misiva que les envió a todos los jefes de Estado y de Gobierno de los países integrantes de esa organización de concertación política, cooperación e integración económica. En esta señaló que, con vistas a lograr “el cambio de régimen en Venezuela”, en la OEA estaba en marcha “un insidioso desarrollo” mediante el cual “un pequeño grupo de Estados poderosos” estaban buscando imponer su voluntad a los gobiernos caribeños, ya fuera mediante la exclusión o la invitación selectiva de los representantes de los 14 Estados miembros de la Caricom a las reuniones cuasi-secretas que se estaban desarrollando en esa organización panamericana. Sobre todo porque sus votos son necesarios para obtener los 23 imprescindibles (dos tercios de 34) para aplicar

sanciones colectivas contra el actual Gobierno de la República Bolivariana de Venezuela (Gonsalves, cit. en CMC, 2017, traducido al español por el autor de este escrito).

Aunque en razón de sus multifacéticas dependencias de Estados Unidos y de la asimetría de recursos que existen entre los Estados de la Caricom, no se pueda garantizar que los representantes de todos los gobiernos sus Estados miembros mantendrán una posición común en los futuros cónclaves de la OEA (de hecho algunos de ellos emitieron su voto favorable a la nueva resolución contra Venezuela que se presentó en la referida reunión de Consultas de los Ministros de Relaciones Exteriores que se realizó en Cancún), sin dudas su aldabonazo impactó en la XX Reunión del Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores de esa organización (COFCOR, pos sus siglas en inglés) efectuada el 22 de mayo de este año en Bridgetown, Barbados.

En ésta analizaron los cambios que están teniendo lugar en el escenario internacional y hemisférico, así como sus implicaciones para el despliegue de la política exterior concertada entre los gobiernos de sus Estados miembros. Y en su declaración final reiteraron la importancia de defender los principios “de no intervención y no injerencia en los asuntos internos de los Estados” y, en particular, en los de Venezuela (CMC, 2017). Tal consenso se expresó en la frustrada Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la OEA que se intentó realizar en Washington el 31 de mayo.

Como se sabe, ese conclave tuvo que suspenderse “ante la falta de acuerdo de las dos propuestas de declaraciones presentadas”: una liderada por Estados Unidos, México, Perú, Canadá y Panamá que, entre otros temas, “condenaba la convocatoria a la Asamblea Constituyente” realizada por el presidente Nicolás Maduro (cuyos delegados serán electos a fines de julio por la ciudadanía venezolana), exigía la liberación de los “presos políticos” y la realización de elecciones “con observación internacional”. Y la otra, presentada por los países de la Caricom que “no incluía la mayoría de esas demandas” (BBC, 2017).

Por consiguiente es de esperar que en los próximos meses se incrementen las presiones estadounidenses sobre esos gobiernos caribeños y, en especial, sobre los de Barbados, Guyana, Jamaica, Trinidad y Tobago, Bahamas y Haití. En el penúltimo caso aprovechando su enorme dependencia de Estados Unidos y, en el último, con el chantaje (que también se está utilizando contra los gobiernos de El Salvador y

Honduras) de adelantar la deportación de los cerca de 600 mil haitianas y haitianos a quienes el 22 de julio se les vencen los denominados Estatutos de Protección Temporal (TPS, por sus siglas en inglés) que les ofreció y sucesivamente prorrogó la administración de Barack Obama después del destructivo terremoto que afectó a ese país caribeño en el año 2010.

Por consiguiente, ya el DHS comenzó a notificarles que debían comenzar a preparar su regreso a Haití, pero muchos de ellas y ellos (en especial quienes ya tienen hijos nacidos en Estados Unidos) se niegan a hacerlo, dadas las precariedades económicas y sociales, las fragilidades ecológico-ambientales y las frecuentes inestabilidades políticas que históricamente han afectado a su país (Álvarez, 2017). Aunque en Estados Unidos se han levantado diversas voces solicitándole al secretario del DHS, John Kelly, que en uso de sus facultades y atendiendo a los estragos que el año pasado causó en Haití el huracán Mathew, les prorrogue a los haitianos 18 meses más el TPS; él indicó que sólo iba a prorrogarlo durante seis meses antes de adoptar nuevas decisiones al respecto.

Así se lo ratificó al presidente de Haití, Jovenel Moïse, en la visita que realizó a Puerto Príncipe a comienzos de junio de este año. Inmiscuyéndose en los asuntos internos de ese país, Kelly también le insistió en que desistiera del proyecto de refundar las fuerzas armadas haitianas después de que la Minustah se retire de ese país en octubre del presente año. Al respecto declaró públicamente: “Lo que ellos necesitan es una nueva política nacional, probablemente una subunidad dentro de la policía nacional fronteriza. Un ejército cuesta mucho dinero para un país como Haití (Charles, 2017).

Tal decisión es consistente con el viejo propósito del Pentágono y del DHS de que la defensa del territorio, y el control del espacio aéreo y de las costas de ese país caribeño sean ejercidas por las fuerzas del Southcom y por los guardacostas estadounidenses. También con la draconiana política hacia los inmigrantes indocumentados que, prácticamente desde su inauguración, ha desplegado la actual administración republicana, cuyo presidente se comprometió durante su campaña electoral a deportar a tres millones de personas: 500 mil que fueron deportados durante los ocho años de la administración Obama.

A esto hay que agregar el carácter racista, prepotente e insensible frente a los destructivos impactos que está teniendo y que en el

futuro tendrán los cambios climáticos en la socioeconomía, el medio ambiente y el equilibrio ecológico de los Estados insulares del Caribe oriental, en especial en los más pequeños y de los altamente endeudados, cual es el caso de Haití, a cuyo Gobierno la actual administración estadounidense ha propuesto entregarle en el FY 2017-2018 33.3 millones de dólares menos que los que recibió en el FY 2016-2017 (BBC Mundo, 2017).

No obstante y aunque todavía no dispongo de informaciones al respecto, estoy casi seguro de que el actual Gobierno temporal de Donald Trump mantendrá las iniciativas para “la seguridad no tradicional” y para la “seguridad energética” de la cuenca del Caribe desplegadas por su antecesor en la Casa Blanca; ya que esta última está expresamente dirigida a tratar de disminuir “la dependencia energética y financiera” de la mayor parte de los países caribeños (y de algunos centroamericanos) de los suministros petroleros a precios preferenciales y con favorables condiciones de pago que, a pesar de sus grandes dificultades, les ha seguido entregando la República Bolivariana de Venezuela como parte de los acuerdos que en 2005 dieron origen a Petrocaribe y al Fondo ALBA-Caribe.

Y, en el caso de la primera, en razón de la importancia geoestratégica que históricamente ha tenido el control del Mar Caribe (otrotra llamado “el Mediterráneo Americano”), incluido Puerto Rico y las Islas Vírgenes estadounidenses, para la maquinaria de defensa y de seguridad “tradicional” y “no tradicional” de Estados Unidos. Asimismo, para muchas empresas transnacionales de ese país que son propietarias de los principales sectores de la economía de los Estados caribeños. Éstas sobreexplotan a sus trabajadores y, a su vez, quieren preservar para sí los ingentes recursos naturales y los bienes públicos existentes en el subsuelo y las plataformas marítimas de buena parte de los Estados de la que denominan cuenca del Caribe. Ello explica la gran cantidad de bases y otras facilidades militares y policiales que tienen en esa región el Southcom, al igual que diversas agencias del DHS (García, 2016).

Aunque a diferencia de la presidida por Barack Obama, hasta ahora la actual administración republicana no ha impulsado ninguna reunión con los jefes de Estado y de Gobierno, ni con los cancilleres de los Estados integrantes de la Caricom, lo dicho en los dos párrafos anteriores se desprende de los planteamientos de Francisco Palmieri

en la ya mencionada 47 Conferencia del Consejo de las Américas. Con la retórica que acostumbran a emplear los funcionarios del SD, en esa ocasión indicó:

En el Caribe también tenemos estrechos vínculos. Estados Unidos es el primer socio comercial en esa región. Tuvimos un superávit comercial de 4,600 millones de dólares en 2016. Sin embargo, también hay riesgos —crecen el crimen y la corrupción endémica que amenazan la estabilidad de los gobiernos y privan a los ciudadanos de sus derechos básicos a la seguridad y al buen gobierno.

En el Caribe Oriental estamos focalizados en dismantelar las organizaciones criminales transnacionales y en reforzar la profesionalización de su policía. Estamos promoviendo las exportaciones y apoyando las oportunidades de inversión del sector privado. Nos focalizamos, por ejemplo, en el uso de energías renovables y de bajo costo para incentivar su desarrollo económico y crear nuevas oportunidades para las empresas estadounidenses (Palmieri, 2017).

Seis días antes y sin hacer precisiones al respecto, en el referido discurso que el 3 de mayo pronunció ante los funcionarios del SD, Rex Tillerson había anunciado:

Lo que queremos hacer es lograr una nueva perspectiva (*step back*) y desarrollar una estrategia para el Hemisferio Occidental que piense América del Sur como un todo y sus relaciones con América Central, al igual que con Cuba y el Caribe. [Y agregó]: Hay asuntos vinculados al financiamiento del terrorismo. Hay redes terroristas que han comenzado a emerger en partes de América del Sur que requieren nuestra atención. Hay asuntos de gobernabilidad en ciertos países —seguramente ustedes están siguiendo la situación en Venezuela; una real tragedia, pero estamos esperanzados que trabajando con otros [...] estaremos en posibilidades de ganar cierta influencia en Venezuela (Tillerson, 2017).

LAS RELACIONES DE ESTADOS UNIDOS CON CUBA: CONTINUIDADES Y CAMBIOS

Ya se mencionaron los planes crecientemente agresivos que en conjunto con los gobiernos de Canadá y de varios Estados latinoamericanos y caribeños está desarrollando la actual administración republicana contra la República Bolivariana de Venezuela. Por tanto,

ahora quiero resaltar que lo indicado por Tillerson acerca de la estrategia para el Hemisferio Occidental que estaba elaborando el nuevo equipo de la política exterior, de defensa y seguridad estadounidense ya comenzó a evidenciarse en sus reaccionarias y militarizadas políticas hacia Mesoamérica y hacia Colombia, así como en las estrechas interrelaciones que se han desarrollado con los actuales gobiernos derechistas de Argentina, Brasil, Panamá, Paraguay y Perú, así como con el casi saliente gobierno chileno, presidido por Michelle Bachelet.

A lo antes dicho hay que agregar el *Memorándum Presidencial de Seguridad Nacional sobre el fortalecimiento de la política de Estados Unidos hacia Cuba* firmado por Donald Trump el 16 de junio en un teatro de la llamada “Pequeña Habana” de Miami que lleva el nombre del jefe político de la derrotada intervención mercenaria contra Cuba emprendida por Estados Unidos a mediados de abril de 1961 (Trump, 2017).

Antes de firmarlo y utilizando los conceptos y el lenguaje antediluviano y ultraconservador presente en los enunciados sobre “la familia de las Américas” contenidos en la Plataforma del Partido Republicano aprobada en Cleveland a fines de junio de 2016 (PPR, 2016), Trump pronunció un discurso que, como han indicado diversos analistas, reverdeció el lenguaje contra Cuba empleado por diversos gobiernos demócratas y republicanos estadounidenses durante los peores tiempos de la Guerra Fría. Por tanto, elogió a algunos de los cubano-estadounidenses que han cometido criminales actos terroristas contra el pueblo cubano. También ensalzó al reaccionario senador republicano Marco Rubio quien, además de oponerse sistemáticamente a los cambios de la política hacia Cuba impulsados por la administración precedente, mantiene estrechas relaciones con los sectores más reaccionarios de diferentes países de América Latina y el Caribe y, en particular, de Colombia y Venezuela.

Aunque en el antes referido memorándum firmado por Trump no se derogaron ninguno de los 22 instrumentos bilaterales firmados entre los gobiernos de Cuba y de Estados Unidos entre los primeros meses de 2015 y enero de 2017 (Cubaminrex, 2017), no me caben dudas acerca de que las directivas del actual presidente estadounidense constituyen un profundo retroceso conceptual y práctico en relación con las “estrategias inteligentes” hacia el Gobierno y el pueblo cubanos desplegadas en sus últimos dos años por la administración de Barack Obama.

Basta decir que, con vistas a producir en el corto y mediano plazos cambios favorables a los intereses de Estados Unidos en el peyorativamente llamado “régimen cubano”, ese mandatario no perdía oportunidad para recabar “el firme apoyo en el Congreso” para “levantar el embargo y otras restricciones legales para facilitar la ampliación de los viajes y el comercio con Cuba”, así como para “acelerar la normalización” de las relaciones entre ambos países (Obama, 2017). Mientras que el memorándum firmado por Trump se fundamenta en el “apoyo al embargo económico de Cuba” descrito en la llamada Ley para la Libertad y Solidaridad de Cuba” de 1996 (más conocida como la Ley Helms-Burton) hasta que no se cumplan las condiciones y se instale en ese país “el gobierno de transición” favorable al libre mercado y a la democracia liberal burguesa.

Entre otros elementos que sería muy largo explicar (como los relativos a las visitas de ciudadanos estadounidenses a Cuba), con vistas a tratar de acelerar esa “transición” en el antes mencionado memorándum se establece que, salvo algunas excepciones, en los próximos meses deberán terminar las “prácticas económicas” de las empresas u otras instituciones y de los ciudadanos estadounidenses que “desproporcionadamente beneficien al Gobierno cubano o a sus militares, o a agencias y personal de inteligencia y seguridad a expensas del pueblo cubano” (Trump, 2017). Asimismo se indica que el secretario del Tesoro re-definirá las regulaciones que prohíben el envío de remesas desde Estados Unidos a miembros del Consejo de Estado y de Ministros, a miembros y empleados de las Asambleas Provinciales y de la Asamblea Nacional del Poder Popular, a los jefes locales de los Comités de Defensa de la Revolución, a los directores y subdirectores generales y otros altos funcionarios de los ministerios y agencias estatales cubanas, a empleados del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y del Ministerio del Interior, a los principales dirigentes de la Central de Trabajadores de Cuba y de los sindicatos que la integran, a los directores, subdirectores y editores de todos los medios de comunicación estatales y a los miembros y empleados del Tribunal Supremo de la República de Cuba.

Aunque en las próximas semanas diversos departamentos del Gobierno de Estados Unidos tendrán que precisar cómo y cuándo se aplicarán éstas y otras directivas del presidente Donald Trump, tampoco tengo dudas de que éstas tendrán diversas afectaciones negativas

en el proceso de “anormalización de las relaciones oficiales de Estados Unidos con Cuba” iniciado por la administración de Barack Obama. También que se complicará el cumplimiento por parte de Estados Unidos de algunos de los 22 instrumentos signados por esa administración con el Gobierno cubano presidido por Raúl Castro. Igualmente, que se dificultará la aprobación de las leyes para modificar parcialmente “el embargo” contra Cuba que han venido impulsando diversos senadores y representantes de los partidos demócrata y republicano con el respaldo de la opinión pública estadounidense, de los ciudadanos de ese país de origen cubano, así como de los empresarios estadounidenses interesados en comerciar con Cuba o en invertir en diversos sectores de la economía de ese archipiélago.

A lo ya dicho considero necesario agregar el impacto negativo que tendrán en las relaciones oficiales cubano-estadounidenses las agresivas estrategias que está desplegando la actual administración estadounidense contra diversos gobiernos de los Estados latinoamericanos y caribeños integrantes de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio entre los pueblos (ALBA-TCP) y, en particular, contra los de la República Bolivariana de Venezuela. En razón de los estrechos vínculos intersolidarios existentes entre los pueblos y los gobiernos de Cuba y Venezuela la escalada de las agresiones de Estados Unidos y sus principales aliados hemisféricos o extra-hemisféricos contra ese país suramericano creará un escenario altamente adverso y de imprevisibles consecuencias para el desenvolvimiento de las relaciones entre los gobiernos de Cuba y de Estados Unidos.

TRES PÁRRAFOS DE CIERRE Y UNA ADVERTENCIA DE JOSÉ MARTÍ

Todos los elementos antes señalados, junto a las graves implicaciones que tendrán para el continente americano y en especial para los pequeños Estados y territorios no independientes del Caribe insular la decisión de Donald Trump de retirarse del Acuerdo de París sobre el cambio climático, confirman mi temprana afirmación de que esa administración ya es y en el futuro previsible continuará siendo una redoblada amenaza para las naciones, los pueblos y algunos gobiernos de nuestra América.

Mucho más porque, a pesar de sus contradicciones internas, la maquinaria de la política exterior, de seguridad y defensa de Estados Unidos en los primeros 155 días del antes mencionado gobierno ha venido privilegiando y en el futuro previsible privilegiará el empleo de las herramientas de *hard power* y, por tanto, menoscabando las del *soft power* ingeniosamente combinadas por los dos gobiernos temporales de Barack Obama con vistas a “renovar” y “prolongar a lo largo del siglo XXI” el eufemísticamente llamado “liderazgo estadounidense en el hemisferio occidental”.

Lo antes dicho y las diversas maniobras contrarrevolucionarias, contrarreformadoras y contrarreformistas que está desplegando el actual Gobierno de Estados Unidos, de manera unilateral o en conjunto con sus principales “socios”, “amigos” o “aliados” gubernamentales y no gubernamentales de dentro y fuera del continente americano, le confieren un renovado significado a lo indicado por José Martí cuando valoró las implicaciones de la Primera Conferencia Internacional de Estados Americanos efectuada en Washington a fines de 1889 y comienzos de 1890 (Martí, 1974a: 251):

En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable con el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que es, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos [...] de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión [...] o apoderarse de su territorio [...], o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo [...], o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no pueden vender, y confederarse para su dominio.

La Habana, 25 de junio de 2017.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Adams, David, y Acevedo, Enrique. (2017). CIA veteran, Juan Cruz, named to Key National Security Council post for Latin America. *Univision*, mayo 11.

- Álvarez, Lizette. (2017). 58,000 Haitians in U. S. May Lose Post-Earthquake Protections. *New York Times*, mayo 20.
- Baker, Dean. (2017). Donald Trump and His Cabinet of Criminals. *Truthout*, enero 9.
- BBC Mundo*. (2017). Los cientos de millones de dólares que América Latina puede perder con el presupuesto presentado por Donald Trump para 2018. *BBC Mundo*, 24 de mayo.
- BBC*. (2017). La OEA no llega a un acuerdo sobre la crisis en Venezuela y suspende la sesión. *BBC*, 1 junio. Washington.
- BBC-Brasil. (2017). Do jeito que o golpe gosta: Exército dos EUA na Amazônia. Citado en <http://institutojoaogoulart.org.br/noticia.php?id=18641>, consultado el 5 de mayo de 2017.
- CancunMio*. (2017). Cozumel sede de la Conferencia de Seguridad de Centroamérica 2017. *CancunMio -Noticias*, 25 de abril.
- Charles, Jacqueline. (2017). DHS chief tells Haiti's president: Start thinking about bringing Haitians on TPS home. *Miami Herald*, junio 1.
- CMC*. (2017) Caricom foreign ministers call for hands off on Venezuela situation. *CMC*, mayo 22. Bridgetown, Barbados.
- Congress of the United States of America. (2013). *Organization of American States Revitalization and Reform Act of 2013*.
- Cubaminrex*. (2017). Instrumentos bilaterales adoptados entre Cuba y EE.UU. después del 17/12/2014. *Cubaminrex*. <http://www.cubadiplomacia.cu/eeuu/ES/Inicio/tabid/12106/ctl/Details/mid/19842/ItemID/66929/Default.aspx>. Consultado el 23 de junio 2017.
- DHS. (2017). *United States Key Deliverables for the June 15-16, 2017 Conference on Prosperity and Security in Central America*. <https://www.dhs.gov/news/2017/06/16/united-states-key-deliverables-june-15-16-2017-conference-prosperity-and-security>. Consultado el 22 de junio 2017.
- EFE*. (2017a). Centroamérica, EEUU y México se reunirán en Miami para hablar de Plan Alianza. *EFE*, 30 de mayo. Tegucigalpa.
- . (2017b). EEUU cree que la guerrilla del ELN es “estúpida” si no firma la paz Colombia. *EFEUSA*, 15 de junio. Miami.
- El Nuevo Herald*. (2017). <http://www.elnuevoherald.com/noticias/mundo/america-latina/cuba-es/article152250937.html#storylink=cpy>. Consultado el 24 de mayo.
- El Tiempo*. (2017). Bogotá, 10 de abril.
- Fernández Menéndez, Jorge. (2017). En México existe conciencia de que no sería sano que la renegociación se empalme con los procesos electorales. *Excelsior*. <http://www.excelsior.com.mx/opinion/jorgefernandez-menendez/2017/05/18/1164183>. Consultado el 30 de mayo de 2017.

- Financial Times*. (2017). Mexico calls on Trump to reuse TPP deals to reanimate NAFTA. *Financial Times*. <https://www.ft.com/content/ebb7605e-2c1a-11e7-9ec8-168383da43b7>. Consultado el 1 de mayo de 2017.
- Freeland, Chrystia. (2017). Address by Minister Freeland on Canada's foreign policy priorities. *Global Affairs Canada*, junio 6. Ottawa.
- García Lorenzo, Tania. (2016). *El Caribe: ¿Una zona de paz?* Ponencia presentada en el Primer Seminario Internacional "Realidades y desafíos de la Proclama de América Latina y el Caribe como Zona de Paz", convocado por el Movimiento Cubano por la Paz y la Soberanía de los Pueblos y realizado en La Habana entre el 21 y el 23 de septiembre.
- Gortney, William. (2016). *Statement of Admiral William E. Gortney, United States Navy Commander, United States Northern Command and North American Aerospace Defense Command before the Senate Armed Services Committee*. Washington, marzo 10.
- Hirschfeld Davis, Julie. (2017). https://www.nytimes.com/es/2017/05/18/renegociacion-tlcan-carta-inicio/?em_pos=small&emc=edit_bn_20170518&nl=boletin&nl_art=0&nlid=60025459&ref=headline&te=1, consultado el 25 de mayo de 2017.
- Isaacson, Adam, Haugaard, Lisa, Poe, Abigail, Kinoshian, Sarah, y Withers, George. (2013). *Hora de escuchar: Tendencias en asistencia de seguridad de los EE.UU. hacia América Latina y el Caribe*. Latin America Working Group Education Fund (LAWGEF), Center for International Policy (CIP) & Washington Office on Latin American (WOLA), 13 de septiembre.
- Isaacson, Adam, Meyer, Maureen, y Smith, Hannah. (2015). *Increased enforcement at Mexico's southern border; an update on security, migration, and U. S. assistance*, noviembre. Washington: Washington Office on Latin America.
- JID. (2014). *El Sistema Interamericano de Defensa*. Washington: Secretaría Junta Interamericana de Defensa.
- La Jornada*. (2017). Cozumel: Soberanía vulnerada. *La Jornada*, 26 de abril.
- Martí, José. (1974a). Carta a Manuel Mercado. En: José Martí, *Nuestra América*. La Habana: Casa de las Américas.
- . (1974b). Congreso internacional de Washington, Nueva York, 2 de noviembre de 1889. En: José Martí, *Nuestra América*. La Habana: Casa de las Américas.
- Obama, Barack. (2016). *Directiva Presidencial de Políticas —Normalización Estados Unidos-Cuba (Directiva Presidencial de Políticas/p. 43)*, octubre 14. Washington: The White House.
- Palmieri, Francisco. (2017). *Acting Assistant Secretary, Bureau of Western Hemisphere Affairs U. S. Department of State-Remarks for the Council*

- of the Americas Conference: Americas Outlook*. Washington, DC: U. S. Department of State, mayo 9.
- Panetta, León. (2012). *La política de defensa para el Hemisferio Occidental*, octubre. Washington: Department of Defense United States of America.
- PPR. (2016). *Plataforma del Partido Republicano, aprobada en la Convención de Cleveland*, 19 julio.
- Reuters. (2017a). 6 de abril.
- . (2017b). Trump advisor meets with key critic of Venezuela's Maduro. *Reuters*, mayo 8. Washington.
- Rivas Palacio, Raymundo. (2017). *Manotazos a Peña*. Consultado el 4 de mayo de 2017.
- Rosnick, David, Main, Alexander, y Jung, Laura. (2016, septiembre). *An examination of LAPOP's impact assessments of US Violence Prevention Programs in Central America*. Washington: CEPR.
- SAM. (2016) *Security Assistance Monitor*. Washington. Consultado el 17 de septiembre de 2016.
- Sánchez, Alejandro. (2017). Us military instructors head to Paraguay for training. *IHS Jane's Defense Weekly*, mayo 25.
- Santos, Juan Manuel. (2016). The Promises of Peace in Colombia. *New York Times*, mayo 18.
- Southcom. (2016). *Venezuela Freedom-2 Operation* (25 de febrero de 2016). Francia: Red Voltaire, 22 de mayo.
- Stargardter, Gabriel. (2017). Trump proposes Deep U. S. spending cuts in Mexico, Central America. *Reuters*, mayo 24.
- Suárez Salazar, Luis. (2003). *Madre América: Un siglo de violencia y dolor (1898-1998)*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- . (2006). *Un siglo de terror en América Latina*. Melbourne/Nueva York/La Habana: Ocean Sur (un proyecto de Ocean Press).
- . (2015). *La anormalización de las relaciones oficiales de Estados Unidos con Cuba: Una mirada después de la VII Cumbre de las Américas*. *Voces del Fénix*, junio. Argentina: UBA.
- . (2016a [2014]). La política hacia América Latina y el Caribe bajo la presidencia de Barack Obama: Una mirada desde la perspectiva crítica. En: Darío Salinas (coord.), *América Latina: Nuevas relaciones hemisféricas e integración*. México: Universidad Iberoamericana A. C./Universidad Nacional Autónoma de México-Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
- . (2016b). Las políticas de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe: Una mirada después del restablecimiento de sus relaciones

- diplomáticas con Cuba. *Boletín Se dice Cubano*, núm. 7. La Habana, Cuba.
- (2017a). El gobierno temporal de Donald Trump: Una redoblada amenaza para Nuestra América. *Revista Con Nuestra América*. Costa Rica, 21 de enero. Y en *Anuario de Políticas Latinoamericanas*, núm. 3. Colombia: Departamento de Ciencias Políticas de la Facultad de Derecho, Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- (2017b). El gobierno temporal de Donald Trump: Una redoblada amenaza para Nuestra América (segunda versión). *Boletín Se dice Cubano*, núm. 20, 16 de mayo. La Habana.
- Sullivan, John. (2017). *Senate Committee on Foreign Relations hearing on the nomination of John Sullivan to be deputy secretary of state*, mayo 9. Washington.
- The Washington Examiner*. (2017). Rex Tillerson and John Kelly: us responsible for Mexican drug violence. *The Washington Examiner*, mayo 18.
- Tillerson, Rex. (2017). *Secretary of State Rex Tillerson-remarks as released by State Department*, mayo 3. Washington.
- Trump, Donald. (2017). *National Security Presidential Memorandum on Strengthening the Policy of the United States Toward Cuba*, 16 de junio. Washington.
- Vascós, Fidel. (2016). *La Cumbre de América del Norte en Ottawa*. Ponencia presentada en la XIII Conferencia de Estudios Americanos “Realidades y perspectivas de los procesos progresistas y de izquierda en Nuestra América”, convocada por el Centro de Investigaciones de Política Internacional, La Habana, 19 al 21 de octubre.
- WOLA. (2016). A first glance at the 2017 Foreign Aid request for Latin America. *WOLA*, 9 de febrero. Washington.

MACRI, DE OBAMA A TRUMP. ARGENTINA-ESTADOS UNIDOS Y SU IMPACTO EN LAS RELACIONES INTERAMERICANAS

Leandro Morgenfeld¹

RESUMEN

Desde que asumió el 10 de diciembre de 2015, el presidente argentino Mauricio Macri impulsó una nueva política exterior, subordinando su agenda a la de los gobiernos de Estados Unidos y Europa. Argumentó que así atraerían inversiones, facilitarían el crédito externo a tasas más bajas y ampliarían las exportaciones. A lo largo de su primer año, el nuevo Gobierno argentino sobreactuó el alineamiento con Washington —retomando la senda que supo transitar Carlos Menem en los noventa— y se ilusionó con la continuidad que suponía la previsible llegada a la Casa Blanca de Hillary Clinton. Sin embargo, la afluencia de inversiones no se concretó, las tasas para tomar créditos no disminuyen y la balanza comercial empeoró. La llegada de Donald Trump a la Casa Blanca profundizó el contexto externo negativo y muestra el fracaso de la estrategia aperturista ensayada por el Gobierno argentino, situación que reconocen hasta los impulsores

1. Doctor en Historia. Docente de la Universidad de Buenos Aires. Investigador del Conicet. Co-coordinador del GT CLACSO “Estudios sobre Estados Unidos”. Autor de *Vecinos en conflicto. Argentina y Estados Unidos en las conferencias panamericanas* (Morgenfeld, 2011), de *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos* (Morgenfeld, 2012) y del sitio www.vecinosenconflicto.com

de la inserción internacional neoliberal. A pesar de estas evidencias, el gobierno de la Alianza Cambiemos no modificó su política exterior e intenta mantener el alineamiento con el nuevo mandatario estadounidense. De aquí en más, subordinarse al imperio acarreará para Macri costos políticos internos más altos —para muestra, véase lo que está ocurriendo con Peña Nieto en México— y beneficios aún más inciertos.

Palabras clave: Estados Unidos, Argentina, relaciones interamericanas, Trump, Macri.

INTRODUCCIÓN: BREVE HISTORIA DE UNA COMPLEJA RELACIÓN BILATERAL

Argentina y Estados Unidos comparten un pasado común: fueron colonias. La independencia lograda por las posesiones inglesas en Norteamérica en 1776 fue un faro para los revolucionarios del Río de la Plata. Sin embargo, ese origen compartido no se tradujo en una relación estrecha entre Washington y Buenos Aires. Ni en una esperable solidaridad durante las luchas por la emancipación. La Casa Blanca demoró el reconocimiento de las independencias latinoamericanas y tempranamente, en 1823, planteó la doctrina Monroe, fuente de esperanzas, recelos y equívocos al sur del Río Bravo. La creencia en el “destino manifiesto” y un temprano expansionismo anexionista fueron convirtiendo a Estados Unidos en una potencia continental primero y mundial después. El apetito por ampliar su territorio a costa de guerras y conquistas y consolidar lo que consideraban su *patio trasero* produjo un divorcio con las clases dirigentes latinoamericanas, temerosas pero a la vez crecientemente dependientes del gigante del norte.

Argentina, desde sus orígenes, miró más hacia Londres y París que hacia Nueva York o Washington. La clase dominante criolla, europea, fue tejiendo lazos económicos, políticos, sociales y culturales con el viejo continente. Desde finales del siglo XIX, cuando Estados Unidos pretendió erigir una unión aduanera continental, los gobernantes del régimen oligárquico (1880-1916) dificultaron todo lo posible la organización panamericana. No por un afán latinoamericanista (el escepticismo hacia Bolívar y el proyecto de una patria grande estuvo

siempre a la orden del día), sino porque eran temerosos de malquistar a los gobernantes de los países europeos, que proveían capitales, préstamos y mercados para las exportaciones agropecuarias. Hasta la Segunda Guerra Mundial hubo idas y vueltas en el vínculo bilateral, limitado por el carácter no complementario de ambas economías y por las trabas estadounidenses a las compras de lanas, carnes y granos argentinos. Desde 1941, la tenaz neutralidad de la Casa Rosada pasó a ser eje de conflicto, luego potenciado por el ascenso de Juan Domingo Perón. El planteo de la Tercera Posición y sus políticas nacionalistas y reformistas fueron un desafío para los planes hegemónicos del Departamento de Estado, aunque no al nivel de impedir la creación de la Organización de los Estados Americanos (OEA) o la aprobación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), dos objetivos estratégicos para Washington (Morgenfeld, 2011).

En los años cincuenta la *Guerra Fría* se trasladó al continente americano. Primero con el golpe contra Jacobo Arbenz en Guatemala y luego, plenamente, tras el triunfo de la Revolución Cubana. El *peligro rojo* se había instalado en el *patio trasero*. La respuesta de la Casa Blanca fue una nueva combinación de *garrotes* y *zanahorias*, o sea agresiones militares y promesas de concesiones económicas. Las relaciones interamericanas volvieron a crujiar. Era la hora de la Alianza para el Progreso, la Doctrina de Seguridad Nacional y los golpes de Estado en todo el continente, impulsados por militares entrenados en la Escuela de las Américas. Arturo Frondizi, a su manera intentó sacar provecho de la situación, alentando negociaciones con la Casa Blanca, pero su gobierno sucumbió ante los militares.

La sucesión de dictaduras en Argentina no allanó la relación con Washington. Complejas alianzas internacionales —*apertura al Este* mediante—, diferencias económicas —potenciadas por la crisis de los años setenta—, choques vinculados a la violación de los derechos humanos y, finalmente, la Guerra de Malvinas, dificultaron mucho más de lo predecible el vínculo bilateral. La vuelta de la democracia se dio junto a profundas crisis económicas. La elevadísima y fraudulenta deuda externa operó como un elemento disciplinador. En consecuencia, con Raúl Alfonsín hubo un rápido abandono de tenues posiciones heterodoxas iniciales, en función de un *giro realista* en la relación con Washington. La confluencia con Ronald Reagan no tardó en llegar. Años después, la dependencia financiera se profundizó, derrota popu-

lar mediante, y las relaciones pasaron a ser *carnales*, como nunca antes. Tras el *Consenso de Washington* (1989), se teorizaba, era necesario asumir el *realismo periférico* y no confrontar con la principal potencia mundial en un mundo pretendidamente unipolar (Morgenfeld, 2012).

El siglo *xxi* planteó desafíos novedosos para la relación Argentina-Estados Unidos. El estallido de 2001, en el marco de un movimiento popular que se vio replicado en buena parte de América Latina, obligó a repensar, también, el vínculo bilateral. El proyecto estadounidense del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA), que parecía inexorable, fue finalmente derrotado hacia 2005, en Mar del Plata. En el nuevo contexto político y social regional emergió, con límites y contradicciones, un inédito horizonte de integración latinoamericana, por fuera del mandato de Washington. En América Latina, por esos años se sucedieron levantamientos populares y derrotas electorales de los gobiernos neoliberales. La Casa Blanca, en consecuencia, debió soportar resistencias en la región, incluyendo las de la Casa Rosada, con la que tuvo un vínculo ambivalente en la primera década del siglo *xxi*.

El kirchnerismo (2003-2015) tuvo una relación tirante con Estados Unidos, en particular luego de la visita de Bush a Mar del Plata, cuando se coronó la derrota del proyecto del ALCA. La relación entre Obama y Cristina Kirchner, por su parte, mostró en los últimos años marcadas oscilaciones. La mandataria argentina elogió a su par estadounidense cuando asumió en 2009. Sin embargo, a fines de 2010, cuando se filtraron los cables de *Wikileaks* —2,500 de los cuales se referían a Argentina— emergieron cortocircuitos con la Embajada estadounidense en Buenos Aires.

En febrero de 2011 se produjo el incidente por el avión militar requisado en Ezeiza por el propio canciller Héctor Timerman, que profundizó los recelos de la Casa Blanca y pospuso los intentos de acercamiento. La administración Obama, presionada por la *American Task Force Argentina* —el influyente grupo que defiende a los especuladores y hace *lobby* en favor de los fondos buitres—, votó en el BID y el Banco Mundial en contra del otorgamiento de créditos a Argentina. En aquel año electoral el kirchnerismo profundizó su retórica nacionalista y latinoamericanista y las relaciones atravesaron el peor momento. Tras la reelección de Cristina hubo un tenue acercamiento, que se manifestó en la reunión que mantuvo con Obama durante la cumbre del G-20 en Cannes, pero ya a principios de 2012 reaparecieron las ten-

siones, que se mantuvieron hasta diciembre de 2015. El triunfo electoral de Macri fue el inicio de un avance de las derechas regionales, que luego siguió con la derrota del chavismo en las elecciones legislativas en Venezuela, con la imposibilidad de Evo Morales de imponerse en el referéndum para habilitar una nueva reelección y con el golpe parlamentario contra Dilma Rousseff en Brasil.

Obama impulsó a Macri como líder regional y viajó a Argentina en marzo de 2016, tras su histórica visita a Cuba. Esa aproximación bilateral, que el presidente argentino imaginó proyectarse hacia el futuro ante el previsible triunfo de Hillary Clinton, se dio en un contexto que cambió significativamente tras la derrota de la candidata demócrata. La llegada de Trump implica una modificación de las relaciones interamericanas y un desafío para la estrategia de Macri de aproximarse a la Casa Blanca.

En este artículo exploramos las idas y vueltas del vínculo Argentina-Estados Unidos, y las vicisitudes de la relación entre Macri y Obama y Trump, teniendo en cuenta, especialmente, su impacto regional. La hipótesis es que el presidente argentino pretende ser el interlocutor privilegiado de la Casa Blanca en la región, desplazando a sus pares de México, Brasil y Colombia, cuyos gobiernos atraviesan distintas dificultades. Supone, a nuestro juicio erróneamente, que ese aval estadounidense le genera estabilidad a su gobierno y le permitirá atraer inversiones, aumentar exportaciones y abaratar el crédito externo.

EL INTENTO DE ESTADOS UNIDOS DE REPOSICIONARSE EN AMÉRICA DURANTE EL PRIMER MANDATO DE OBAMA Y EL OBSTÁCULO ARGENTINO

Menos de tres meses después de su llegada a la Casa Blanca, Obama se encontró con los mandatarios de la región en la V Cumbre de las Américas, que se realizó en Puerto España, Trinidad y Tobago, entre el 17 y el 19 de abril de 2009.² En su intervención, el flamante mandatario estadounidense realizó un primer intento por afianzar los lazos inte-

2. Véase la página web oficial de la V Cumbre: http://www.summit-americas.org/v_summit_sp.html

americanos después del traspie de Bush en Mar del Plata (IV Cumbre de las Américas, 2005) y ahuyentar los temores derivados de las agresivas políticas militaristas de su antecesor. Recién asumido, señaló que pretendía relacionarse con la región en otros términos, estableciendo una *alianza entre iguales*.

La reunión realizada en Puerto España revistió una gran importancia, siendo la primera luego del rechazo al ALCA y con Obama como presidente. Todos los mandatarios buscaban la foto con el primer presidente estadounidense afro descendiente. Hasta Hugo Chávez tuvo su encuentro cara a cara, que aprovechó para regalarle un ejemplar de *Las venas abiertas de América Latina*, el célebre libro del uruguayo Eduardo Galeano. Aunque se preveían chispazos entre los países de la Alianza Bolivariana de los Pueblos de Nuestra América (ALBA)³ y el nuevo ocupante de la Casa Blanca, la cumbre mostró un inusual escenario distendido con elogios cruzados y un ambiente de cuidada fraternidad. Más allá de estos gestos, no hubo avances concretos y no se logró firmar una declaración final, entre otros motivos por diferencias en relación con la persistencia de la exclusión de Cuba, con las políticas sobre biocombustibles y con las acciones frente a la crisis económica mundial.

La Casa Blanca logró inicialmente relajar las relaciones interamericanas, luego del revés recibido por Bush en Mar del Plata y planteó la importancia de la región para la política exterior de Washington. El encuentro personal de Obama con Chávez significó, para muchos, el reconocimiento del liderazgo de su par latinoamericano y una clara muestra del intento de dar una vuelta de página frente a la prepotencia de su antecesor. También hubo un saludo cordial con Evo Morales y Daniel Ortega, dos críticos del imperialismo estadounidense en la región. Más allá de los gestos, Obama debió enfrentar la posición cada vez más uniforme del resto de los países de la región en cuanto al rechazo a la exclusión de Cuba del sistema interamericano. El gobierno de Raúl Castro obtuvo una gran solidaridad de muchos mandatarios en Trinidad y Tobago.

3. Pocos días antes, el 17 de abril se produjo en Cumaná, Venezuela, una Cumbre del ALBA, en la cual entre otras cuestiones se ratificó la negativa de los países que integran esta asociación a firmar la declaración final de la V Cumbre de las Américas.

En los meses siguientes las expectativas que había generado la asunción de Obama se transformaron rápidamente en decepción. La continuidad de la IV Flota del Comando Sur —reinstalada por Bush en 2008, luego de 50 años, para patrullar las aguas del Atlántico sur—,⁴ la ratificación del bloqueo económico a Cuba, el mantenimiento de la cárcel de Guantánamo —a pesar de que Obama se comprometió a dismantlarla ni bien asumió—, la ausencia de progresos en cuestiones migratorias y la no ratificación —al menos durante varios meses— de tratados de libre comercio bilaterales ya firmados (por ejemplo con Colombia, que entró en vigencia recién hacia 2012), provocaron decepción en muchos gobiernos.

Tres años más tarde Obama debió encontrarse nuevamente con sus pares continentales en la VI Cumbre de las Américas, que se realizó en Cartagena, Colombia, los días 14 y 15 de abril de 2012. Para el Gobierno estadounidense la reunión de Cartagena era estratégica porque necesitaba relanzar las relaciones con América Latina. En los últimos años los países del sur fueron mostrando una creciente reticencia a aceptar los mandatos de Washington. Ya sea por su responsabilidad en la crisis financiera iniciada en 2008, la persistencia de las sanciones contra Cuba, las políticas duras contra los inmigrantes latinos (incluyendo el muro en la frontera con México), las restricciones al ingreso de las exportaciones latinoamericanas (vía subsidios y otros mecanismos paraarancelarios), o el histórico intervencionismo (actualizado tras el golpe de Honduras a mediados de 2009), persistía un generalizado sentimiento *anti-yanqui* que había alcanzado su auge durante la presidencia de George W. Bush, pero que no desaparecía (Morgenfeld, 2014).

En su intervención en la Cumbre de 2009, como describimos más arriba, Obama había realizado un primer intento por afianzar los lazos interamericanos después del traspie de Bush en Mar del Plata y ahuyentar los temores derivados de las agresivas políticas militaristas de su antecesor. El segundo intento se produjo en la gira presidencial de marzo de 2011 por Brasil, Chile y El Salvador. Pero allí sólo hubo anuncios acotados, relativos a intercambios académicos, y ninguna

4. Véase el *dossier* “Estados Unidos vuelve a patrullar”, en *Le Monde diplomatique*, Edición Cono Sur, junio 2008, Buenos Aires.

mención a las concesiones comerciales reclamadas, por ejemplo, por Brasil. El tercer intento del líder demócrata fue precisamente en el cónclave de Cartagena. Esta reunión crucial se dio en el contexto de un constante retroceso del comercio entre Estados Unidos y sus vecinos del sur (del total de las importaciones estadounidenses, las de origen latinoamericano disminuyeron del 51 al 33% entre 2000 y 2011) (Oppenheimer, 2012). La contracara era el avance de China, constituido en un socio comercial fundamental para los principales países de la región, además de un creciente inversor; para 2020 la CEPAL calcula que el 20% de las exportaciones latinoamericanas se dirigirán hacia el gigante asiático. Esto ha producido cambios significativos en la relación de Estados Unidos con lo que históricamente consideró su *patio trasero*.

¿Cuáles eran las necesidades geoestratégicas del Departamento de Estado para la reunión de Cartagena? Alentar la *balcanización* latinoamericana —ninguneando organismos como la CELAC y tratando de reposicionar a la OEA—; morigerar el avance chino, ruso, indio e iraní —el énfasis estaba puesto en los crecientes vínculos del por entonces presidente iraní Mahmud Ahmadinejad con Venezuela, Cuba, Nicaragua y Ecuador—; y debilitar el eje bolivariano —la estrategia de la Casa Blanca incluía una aproximación a Brasil y Argentina para intentar contener la influencia de Chávez en la región—.⁵ Pero también existían necesidades económicas, potenciadas por la crisis estadounidense, que llevó el desempleo al 9%. Como señaló Obama en reiteradas oportunidades, un objetivo de su política exterior es exportarle más a América Latina, para ayudar a equilibrar la cada vez más deficitaria balanza comercial estadounidense (Obama, 2011).

Asimismo, por razones electorales el líder demócrata necesitaba volver a enfocar su atención en el sur: sus aspiraciones reeleccionistas lo obligaban a pelear por el voto latino. Sin embargo, el electorado de ese origen no es uniforme. Obama debió transitar, en consecuencia, un equilibrio poco coherente. Por un lado sobreactuaba las políticas duras hacia Cuba y Venezuela (para generar simpatías, por ejemplo, en el electorado anticastrista de Miami), por otro pretendía mostrarse en sintonía con los demás países de la región, que desplegaron una activa

5. Obama se entrevistó con Cristina Fernández de Kirchner en la Cumbre del G20 de Cannes (noviembre de 2011) y recibió a Dilma Rousseff en Washington el 9 de abril, para discutir el fortalecimiento del sistema interamericano.

campaña en contra del bloqueo a Cuba y de su exclusión de las cumbres interamericanas. Como la población latina crece incesantemente en Estados Unidos, se transforma en un claro objetivo de demócratas y republicanos. Estos últimos criticaban a Obama por haber descuidado la región, mostrarse demasiado blando con los Castro y Chávez, y haber permitido el avance del eje bolivariano. El presidente tenía pocos éxitos para mostrar en su relación con la región, por eso era clave la Cumbre de Cartagena, que se realizó apenas seis meses antes de las elecciones presidenciales.

Más allá de la resolución final, el eje bolivariano se anotó un triunfo de entrada. Al lograr *cubanizar* todos los debates previos a la cumbre, logró justo lo contrario de lo que Estados Unidos necesitaba: el bloqueo, la base en Guantánamo y la exclusión de la Isla del sistema interamericano son temas que necesariamente alejan a Washington de los países latinoamericanos.

Además del bloqueo económico y exclusión de Cuba del sistema interamericano, los préstamos, las restricciones comerciales y el reclamo argentino por Malvinas, la cuestión del narcotráfico se planteó como una problemática central. En las semanas previas a la Cumbre, los gobiernos colombiano y guatemalteco plantearon la necesidad de legalizar y regular el comercio de algunas drogas. El fracaso de la *guerra contra las drogas* impulsada por Estados Unidos desde el gobierno de Nixon llevó a los países de la región a proponer un cambio de paradigma. La Unasur anunció que en la reunión ministerial que realizaría al mes siguiente, en mayo, discutiría alternativas para abordar la problemática. El Departamento de Estado debió resignarse a aceptar la inclusión de este debate en Cartagena, aunque su vocero, Michael Hammer, declaró que la despenalización es un camino al que Washington se opone (Tokatlian, 2012).

¿Cuál fue el saldo de la Cumbre de Cartagena? Fue la tercera consecutiva en la que no hubo consenso para firmar la declaración final. Fue el cónclave al que más jefes de Estado faltaron (Correa, Chávez, Ortega y Martelly). Quedó claro que Washington ya no domina como antes: los tres temas principales de debate fueron planteados por los países latinoamericanos, a pesar de los deseos de la Casa Blanca. En dos temas prioritarios hubo consenso de 32 países: Cuba y Malvinas. Mientras los mandatarios latinoamericanos se pronunciaron por el fin del bloqueo y la exclusión de Cuba y por los reclamos argentinos

de soberanía sobre las Islas, Estados Unidos y Canadá boicotearon la inclusión de estos tópicos en la declaración final. Se debatieron otros temas polémicos: lucha contra el narcotráfico (se planteó el fracaso de la *guerra a las drogas* impulsada hace cuatro décadas por Washington), políticas migratorias (se criticaron las duras políticas estadounidenses para combatir la inmigración latina), proteccionismo (barreras arancelarias y no arancelarias, como las que Estados Unidos utiliza para limitar algunas exportaciones agropecuarias de los países latinoamericanos). El presidente colombiano Santos, el anfitrión, se distanció de su antecesor Uribe y se ofreció como un mediador en el tema Cuba, intentando emular a Frondizi, quien pretendió mediar entre Kennedy y Castro antes de la expulsión de La Habana del sistema interamericano, en enero de 1962.⁶ En forma paralela, y aprovechando la visita de Obama, los gobiernos de Estados Unidos y Colombia anunciaron la implementación de un TLC bilateral (negociado en 2008 por Uribe y Bush), siendo éste uno de los pocos logros concretos que Washington obtuvo en Cartagena, aunque fue al margen de la Cumbre.

En síntesis, los esfuerzos de la administración Obama para revertir la decepción latinoamericana frente a sus políticas hacia la región resultaron infructuosos. Ni siquiera el presidente colombiano, aliado estratégico en América del Sur, respondió a las expectativas de la Casa Blanca: en su discurso de apertura, le señaló a su par estadounidense que eran anacrónicos el bloqueo y exclusión de Cuba de estas reuniones. En Cartagena, en definitiva se puso de manifiesto la relativa pérdida de influencia estadounidense, tanto desde el punto de vista económico como político. Tras la reunión de Trinidad y Tobago en 2009, se profundizó una integración latinoamericana alternativa en torno al ALBA, y una creciente coordinación y concertación política alrededor de la Unasur y la CELAC, una suerte de *OEA sin Estados Unidos*. Allí, los 33 países de América Latina y el Caribe dieron algunos pasos hacia la construcción de la ansiada integración regional.⁷ Y empezaron a desarrollar una agenda propia.

6. Reconstruimos esa política de *regateo* de Frondizi en Morgenfeld (2012b).

7. La CELAC se inauguró en diciembre de 2011 en Caracas. En enero de 2013 tuvo su primera cumbre presidencial en Santiago de Chile; en enero de 2014, su segunda cumbre, en La Habana. El 28 y 29 de enero de 2015 se realizó la tercera en Belén, Costa Rica.

Si en 2005 se dijo que Mar del Plata había sido la tumba del ALCA, parecía que Cartagena iba a ser la tumba de las Cumbres de las Américas. Los países del ALBA ya habían dicho explícitamente en 2012 que si Cuba no era invitada, no volverían a participar en este tipo de encuentros. Argentina y Brasil también se habían expresado en un sentido similar. Sin embargo, el anuncio conjunto entre Obama y Castro, en diciembre de 2014, del inicio de las relaciones bilaterales y la invitación que el Gobierno panameño extendió al de la isla para participar en la Cumbre, cambiaron el escenario del siguiente encuentro continental.

LA APUESTA AL REPOSICIONAMIENTO EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE, DURANTE EL SEGUNDO MANDATO DE OBAMA

El miércoles 17 de diciembre de 2014 el presidente estadounidense anunció, en forma casi simultánea con su par Raúl Castro, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas bilaterales. La explicación de este cambio en la política del Departamento de Estado no es unívoca sino que responde a la convergencia de una serie de factores, siendo el más importante el geopolítico.⁸ Con esta audaz jugada el Gobierno de Washington pretendía recuperar su histórica posición hegemónica en América Latina y el Caribe y eliminar lo que Cuba representaba: el mayor foco de resistencia anti-estadounidense en el continente, inspirador de múltiples movimientos revolucionarios y de liberación nacional. A lo largo del siglo XXI, Nuestra América avanzó como nunca antes en un proceso de integración regional, por fuera de la órbita de Washington. La Unasur y la CELAC, como instancias de coordinación política, por un lado, y el proyecto de integración alternativa del ALBA-TPC, por otro, fueron iniciativas que horadaron el histórico poder de Estados Unidos.

Luego del fracaso que resultó para Washington la Cumbre de las Américas realizada en Cartagena, Obama pretendió recuperar la iniciativa en las relaciones interamericanas, detener el avance de potencias

8. Desarrollamos ampliamente la explicación sobre las distintas causas del *giro*, sobre las primeras negociaciones, con sus idas y vueltas, y sobre los desafíos para Nuestra América, en Morgenfeld (2015a).

extrarregionales (fundamentalmente China) y limitar las aspiraciones de Dilma Rousseff de transformarse en vocera de América del Sur —vía el Mercosur o la Unasur—. Por eso, la Alianza del Pacífico es fundamental para el reposicionamiento de Washington en la región. A través de la misma se pretende atraer a los países disconformes del Mercosur, como Uruguay y Paraguay, y reintroducir políticas neoliberales que tanta resistencia popular generaron en las últimas dos décadas. El anuncio de la distensión con Cuba debe entenderse en ese contexto, ya que podría eliminar una de las principales causas de fricción con los países de la región. La Cumbre de Panamá, realizada el 10 y 11 de abril de 2015, fue un escenario interesante para medir hacia dónde van las relaciones interamericanas y cuál es el margen que mantienen los países bolivarianos para seguir impugnando la política de Estados Unidos en la región, a partir de la distensión entre los gobiernos de Washington y La Habana y de la invitación por parte del Gobierno anfitrión a Raúl Castro para participar de este encuentro.

La foto del cónclave de Panamá fue la del histórico encuentro entre Obama y Castro. Los grandes medios de comunicación y la derecha continental destacaron el supuesto triunfo diplomático de Estados Unidos, quien habría desbaratado los argumentos anti-imperialistas del eje bolivariano y la izquierda latinoamericana. La activa diplomacia del Departamento de Estado en las horas previas al inicio de la Cumbre logró desactivar los dos temas más ríspidos: prometió a Cuba la inminente revisión de su inclusión en la lista de supuestos patrocinadores del terrorismo —el 14 de abril Obama presentó ante el Congreso esa solicitud— y envió a Thomas Shannon a Caracas para iniciar conversaciones con el Gobierno de Nicolás Maduro —tras las tensiones generadas a partir de la orden ejecutiva del 9 de marzo, en la cual declaró a Venezuela como una “amenaza inusual y extraordinaria a la seguridad nacional” estadounidense—. Obama visitó Jamaica antes de arribar a la Cumbre, y allí se reunió con los países de la Comunidad del Caribe (Caricom) para intentar alejarlos de la influencia venezolana a través del ALBA y Petrocaribe.

Lo cierto es que en la Cumbre, una vez más se expresaron las tensiones que atravesaban el sistema interamericano y la relativa pérdida de hegemonía de Estados Unidos en la región. El 3 de abril, apenas una semana antes de la Cumbre, la propia subsecretaria de Estado, Roberta Jacobson, en una conferencia de prensa debió admitir

su “decepción” por el rechazo continental a la acción de su Gobierno contra Venezuela. Fue la primera vez en la que participaron los 33 países de Nuestra América, incluida Cuba, lo cual forzó a Estados Unidos a reconocer el fracaso de sus agresivas políticas contra la isla y a negociar con el Gobierno revolucionario. Este giro no respondió a la voluntad de Obama, sino a la lucha del pueblo cubano y a la solidaridad del resto del continente. La persistente demanda de la Unasur, la CELAC y el ALBA cosechó sus frutos en Panamá. Estados Unidos debió ceder ante La Habana, que no apuró la apertura de las embajadas, y Raúl Castro mantuvo sus banderas en alto, solidarizándose con el Gobierno de Venezuela. Obama no logró imponer una declaración final consensuada y los mandatarios reclamaron la derogación de la orden ejecutiva contra Venezuela. Y el presidente estadounidense no solamente fue criticado, como era previsible, por sus pares del eje bolivariano, sino también por la mandataria argentina.

Cristina Kirchner habló en el plenario del 11 de abril, luego del esperado discurso de Castro, y se quejó cuando Obama abandonó la sala de reuniones para no escuchar sus críticas: “No importa, alguien se lo contará”, ironizó. Declaró que era ridículo considerar que Venezuela pudiera ser una amenaza para Estados Unidos —con las diferencias abismales entre sus presupuestos militares— y lo comparó con el absurdo de Gran Bretaña de justificar la creciente militarización del Atlántico sur por la supuesta “amenaza” argentina. Dedicó algunos minutos a hablar del narcotráfico, señalando que era necesario que se hicieran cargo los países consumidores y los que posibilitaban el financiamiento y el lavado del narco dinero a través de los paraísos fiscales, en una alusión directa a Estados Unidos. Destacó la histórica presencia de Cuba, explicando que era un triunfo de la Revolución Cubana, distanciándose de quienes felicitaron a Obama como si fuera su iniciativa. También criticó directamente al mandatario estadounidense por haber dicho que no quería quedar encerrado en las disputas del pasado, tras lo cual repasó la historia de las intervenciones, invasiones y golpes de Estado en la región, ocasión en la que se refirió a las nuevas modalidades de injerencia imperial.

Los movimientos sociales también tuvieron su protagonismo y participaron activamente de la Cumbre de los Pueblos, que defendió a Cuba y Venezuela, reclamó por la soberanía de las Malvinas, exigió la salida al mar de Bolivia, la independencia de Puerto Rico, el retiro

de las bases militares de Estados Unidos esparcidas por toda la región, la indemnización a Panamá por la invasión de 1989 y criticó las políticas económicas neoliberales que siembran el hambre, la pobreza y el atraso en todo el continente.

Si desde los anuncios de diciembre de la distensión con Cuba se pensaba que esta Cumbre escenificaría la pérdida total de la influencia bolivariana y la aclamación de Obama como el gran pacificador de la región, en marzo la situación cambió. La torpe ofensiva contra Venezuela generó una amplia oposición continental y llevó a Obama a tener que operar para desactivar la bronca regional. El mandatario estadounidense fue a Panamá en busca del reposicionamiento del sistema interamericano —en torno a la OEA y las Cumbres de las Américas— como forma de debilitar la integración de Nuestra América, con organismos como el ALBA, la Unasur y la CELAC, en los que no participa Washington. La posición del Gobierno argentino, entre otras, dificultó los objetivos de Obama.

EL GIRO EN POLÍTICA EXTERIOR CON MACRI Y LA VISITA DE OBAMA

Los últimos meses de Obama en la Casa Blanca fueron favorables a los objetivos de Estados Unidos: se produjeron retrocesos de los llamados gobiernos progresistas, al mismo tiempo que Obama incrementó su presencia regional, lo cual se materializó en una gira muy significativa.

La visita de Obama a Cuba y Argentina, en marzo de 2016, respondió a distintos objetivos, el principal de carácter geoestratégico. Para reposicionarse en la región, Estados Unidos procura debilitar a los países bolivarianos y también limar las iniciativas autónomas que impulsó el eje Brasil-Argentina. Apuesta a un realineamiento del continente y busca debilitar las iniciativas de coordinación y cooperación política, como la Unasur y la CELAC, reposicionando a la OEA, cuya sede está en Washington, a escasos metros de la Casa Blanca.

Como señalamos más arriba, durante su segundo mandato Obama inició negociaciones con Raúl Castro para retomar las relaciones diplomáticas —hito concretado el 20 de julio de 2015—, para disminuir el rechazo que la anterior política agresiva hacia la isla generó en el mundo entero, pero aún resta mucho para normalizar las relaciones bilaterales —persisten el bloqueo, la ocupación de Guantánamo, la

injerencia en los asuntos internos y la demanda de indemnización por las pérdidas multimillonarias que causó el bloqueo—. El ex mandatario estadounidense buscaba pasar a la historia al haber sido el primero en visitar Cuba en 88 años y, a la vez, apostaba a impulsar la restauración capitalista en la isla y un movimiento político que reclame el fin de la revolución. Su promocionada llegada a La Habana tuvo como objetivo mostrar la cara más amigable de su política exterior. Sin embargo, al mismo tiempo ratificaba y extendía por un año más el decreto de marzo de 2015, que señala al Gobierno venezolano como una amenaza extraordinaria a la seguridad nacional de Estados Unidos. Más allá de que la visita a Cuba respondía a los objetivos estratégicos mencionados, esa política de distensión le generó críticas internas de los sectores más anti-castristas —incluyendo las del por entonces precandidato presidencial republicano Marco Rubio—, por lo cual Obama “equilibró” la gira, incluyendo a Argentina.

El triunfo de Mauricio Macri en el *ballotage* de noviembre de 2015, alentó la restauración conversadora en Nuestra América, que continuó con la derrota del chavismo en las elecciones legislativas en Venezuela (diciembre de 2015), el traspie de Evo Morales en su intento de habilitar una nueva reelección en Bolivia (febrero de 2016) y la ofensiva destituyente contra el gobierno de Rousseff en Brasil, concretada luego con su separación del cargo para ungir al ilegítimo Michel Temer. Hasta ahora la derecha sólo logró recapturar mediante elecciones un nuevo gobierno en Argentina, y Obama buscó impulsar a Macri como un líder que termine de inclinar el tablero político regional, atacando a los adversarios de Washington, como lo hizo el líder del PRO en la cumbre del Mercosur de diciembre pasado, cuando acusó a Venezuela de no respetar los derechos humanos.

La gira de Obama tuvo como objetivo, también, impulsar el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (conocido como TPP, por sus siglas en inglés). Si bien Argentina no era uno de los 12 signatarios originales de este acuerdo, firmado en febrero de 2016 —y que aguardaba la ratificación de los congresos de cada país, hasta que Trump prácticamente lo sentenció a muerte en enero de 2017—, la expectativa, tal como declararon Macri y su entonces canciller Susana Malcorra, era que el país se aproximara a la Alianza del Pacífico (México, Colombia, Perú y Chile) y eventualmente se incorpore al TPP. La incorporación de Argentina como observadora en la Alianza del

Pacífico, y la participación del propio Macri como invitado en la cumbre de esa organización que se realizó el 1 de julio fueron un avance más en esa dirección. Esa reedición de una suerte de nuevo ALCA, con el que Estados Unidos procura horadar la expansión económica y comercial china, hubiera implicado una mayor apertura económica y una disminución aún mayor del alicaído mercado interno argentino, en beneficio de las grandes transnacionales estadounidenses y en perjuicio de las pequeñas y medianas empresas locales y de los trabajadores en general. Hubiera provocado, además, un golpe fuerte al Mercosur, que atraviesa un momento de incertidumbre a partir de la crisis económica y política en Brasil, de la suspensión de Venezuela y de las presiones para flexibilizarlo.

Obama también viajó a Argentina a promover las inversiones estadounidenses y los intereses comerciales de sus empresas. Su gobierno criticó fuertemente a los Kirchner por el supuesto proteccionismo que limitaba las importaciones, pero en realidad Estados Unidos goza de un amplio superávit comercial con Argentina y protege a sus productores agropecuarios con medidas paraarancelarias, provocando pérdidas millonarias para nuestro país, que hace tres años debió recurrir a la OMC para frenar esas arbitrariedades. Como es habitual, el presidente estadounidense hizo *lobby* para que las empresas de su país —muchas de las cuales dependen de acuerdos con el Estado, como el caso de la petrolera *Chevron*— obtengan tratos preferenciales por parte del Gobierno argentino. Con este objetivo la Cámara de Comercio de Estados Unidos en Argentina organizó una gran actividad en las imponentes instalaciones de la Sociedad Rural Argentina, a la cual finalmente Obama y Macri no asistieron para evitar la movilización de agrupaciones populares de izquierda que marcharon allí para repudiarlos (Morgenfeld, 2016).

La visita pretendió, además, que dependencias del Gobierno de Estados Unidos, como el Pentágono o la DEA, recuperen posiciones y puedan tener una injerencia mayor en temas internos muy sensibles, como el de la seguridad. Con la excusa del narcotráfico y el terrorismo, en los últimos años Estados Unidos desplegó decenas de bases militares de nuevo tipo por toda Nuestra América. En la mayoría de los países de la región se viene cuestionando este intervencionismo estadounidense, planteando el fracaso de la *guerra contra las drogas* (Tokatlian, 2012) promovida desde el gobierno de Nixon en los años

setenta, cuestionando instituciones heredadas de la *Guerra Fría* como el TIAR e impulsando su reemplazo por otras nuevas, como el Consejo Suramericano de Defensa. A contramano de esa tendencia, desde el macrismo se explora un nuevo alineamiento. La ministra de Seguridad Patricia Bullrich viajó a Washington en febrero del año pasado, donde se reunió con funcionarios de la DEA y el FBI, en función de profundizar la “cooperación”. Parte de los acuerdos bilaterales firmados durante la visita de Obama tienen que ver con avanzar en esa línea. Poco después se conoció la preocupante iniciativa estadounidense de crear una base “científica” en Tierra del Fuego, cerca de la Antártida y el paso bioceánico.

Con la visita de Obama, entonces, la Casa Blanca procuró transformar a Argentina, que tantas veces en la historia dificultó sus proyectos hegemónicos a nivel continental (Morgenfeld, 2011), en el nuevo aliado que legitime el avance de las derechas en la región. El mandatario estadounidense lo repitió varias veces en Buenos Aires: Macri es el líder de la nueva época, el ejemplo a imitar.

EL CAMBIO DE ESCENARIO CON LA LLEGADA DE TRUMP Y LA DIFICULTAD DE MACRI PARA RECALCULAR

Los gobiernos neoliberales que apostaban a la continuidad con Clinton y a la firma y extensión de acuerdos como el NAFTA y el TPP, ahora están obligados a recalculer su inserción internacional. Se les dificultará seguir con la política de promoción del libre comercio, endeudamiento externo masivo y concesiones para atraer inversiones estadounidenses. El contexto mundial va a ser mucho más adverso. Cantan loas a la globalización neoliberal, cuando en Estados Unidos y Europa está siendo impugnada. En Argentina, por ejemplo, representantes del Gobierno ya hablan de la necesidad de diversificar mercados y desplegar una política exterior menos enfocada en Washington y la Unión Europea, justo lo contrario que hicieron en el último año.

La política externa desplegada por Macri profundiza la inserción dependiente. Apenas es beneficiosa para una minoría concentrada: los bancos, los socios menores del gran capital transnacional y los grandes exportadores, beneficiados por la baja de retenciones y por la mega-

devaluación de diciembre de 2015. Sin embargo, hubo un análisis erróneo del contexto internacional. Se promovió una apertura comercial en función de avanzar con tratados de libre comercio, justo cuando las potencias occidentales avanzan en sentido contrario. Se pagó lo que exigían los *fondos buitres*, elevando enormemente el endeudamiento externo. Sigue cayendo la actividad (el PBI retrocedió 2.3% en 2016, según el INDEC), aumentan la pobreza y la desigualdad, la inflación no cede y la deuda externa se dispara.

Ante la radicalidad del *giro* en materia de política exterior que impuso el gobierno de Macri, es necesario recordar que la posibilidad de ampliar la autonomía nacional y regional depende de mantener una relación no subordinada con Estados Unidos, justo lo contrario del embelesamiento que mostró Macri con Obama y que ahora pretende reconstruir con Trump (la elección, en diciembre de 2016, como ministro de Hacienda, de Nicolás Dujovne, cuñado del socio local del magnate neoyorkino, parece ir en esa línea). Potenciar la integración latinoamericana, hoy en crisis, es condición necesaria, aunque no suficiente, para desplegar iniciativas que amplíen el margen de maniobra, como la creación de mecanismos de defensa o financiamiento regional. Si se siguen resquebrajando los mecanismos latinoamericanos de cooperación y coordinación política, como la Unasur y la CELAC —ninguneados por el Gobierno que encabeza Macri—, y de integración alternativa, como el ALBA, en función de recomponer los vínculos subordinados con Estados Unidos y las demás potencias, Argentina seguramente recorrerá el sendero que ya tantas veces en la historia la llevó a crisis económicas, ajustes sociales y tensiones políticas.

La única manera de hacerlo en forma no dependiente es recuperando la coordinación y cooperación política en torno a organismos latinoamericanos y avanzando hacia una integración alternativa. Las guerras de monedas y comerciales que se avizoran, a partir del repliegue neoproteccionista que prometió Trump en la campaña, obligan a pensar estrategias económicas que potencien los mercados internos y regionales, a contramano de las lógicas de libre mercado que impulsa la Alianza del Pacífico. O sea, el “modelo” aperturista de Perú y Chile, que tanto alabaron gobiernos neoliberales como el de Macri, deberá ser abandonado.

El encarecimiento del crédito a partir de la elevación de la tasa de interés por parte de la Reserva Federal, obliga a los países latinoameri-

canos a abandonar las políticas de endeudamiento externo y desplegar estrategias que reviertan la desigualdad y dependencia que se profundizaron a partir de la aplicación acrítica de la globalización neoliberal que impusieron desde los centros del capital transnacional. Como ya no vendrán las inversiones extranjeras que añoran los gobiernos neoliberales, es contraproducente otorgar concesiones para “seducir” a los mercados. Macri no parece tomar nota del cambio de escenario. En su primera conferencia de prensa del año, el 17 de enero, declaró:

No creo que las políticas proteccionistas de Donald Trump nos perjudiquen. Espero que le dé importancia a la relación con Argentina, creo que hay un enorme camino para recorrer juntos. Tenemos mucho por mejorar en esta ruta que trazamos con Barack Obama y que esperamos continuar con Donald Trump.⁹

En la región, es esperable que el racismo de Trump y su menosprecio hacia los hispanos incremente el rechazo al Gobierno de Estados Unidos. Así lo resume Juan Gabriel Tokatlian:

En Argentina, la tentación por sobrereactuar parece pasar por la fantasía de sumarse a la “lucha contra el terrorismo” a la espera de negocios. Pero por esa vía no llegarán más inversiones ni mejorará el comercio. Hay, además, una dimensión interna que es relevante al analizar la relación con Washington. Los datos de las encuestas de Latinobarómetro han mostrado que la opinión desfavorable de Estados Unidos es la más alta de la región. No parece razonable que Macri abrace a Trump a menos que esté dispuesto a pagar un precio en la elección [legislativa] de 2017 (Tokatlian, 2017: 29).

Sin embargo, el Gobierno argentino buscó desesperadamente el contacto con Trump, procuraron durante semanas una llamada telefónica, que se concretó en febrero —aunque sólo duró cinco minutos— y negociaron una visita de Macri a la Casa Blanca, que se concretó el 27 de abril.

A gobiernos derechistas como los de Macri, Temer o Peña Nieto, alinearse con el impopular Trump les hará pagar un costo político interno más alto. Nuestra América debe avanzar con una agenda propia, descartar las estrategias aperturistas y subordinadas a Estados

9. *La Nación* 2017 (Buenos Aires), 17 de enero.

Unidos. El fracaso de las socialdemocracias europeas y del Partido Demócrata en Estados Unidos, que a pesar de su prédica progresista implementaron el ajuste neoliberal, tiene que ser una lección para las fuerzas populares y de izquierda. O se avanza con una crítica radical y se construyen alternativas, o la impugnación a la globalización neoliberal será aprovechada por los líderes neofascistas. Los países del ALBA, en tanto, parecen haber registrado esta situación y salieron en marzo a criticar las iniciativas xenófobas de Trump y proponer diversas medidas para contrarrestarlas.¹⁰

Luego de intensas gestiones, el presidente argentino fue recibido por su par estadounidense en Washington. El pasado 27 de abril, Macri finalmente logró la foto con Trump en la Casa Blanca. ¿Por qué el magnate no le recriminó públicamente su explícito apoyo a Hillary Clinton en las recientes elecciones? Simplemente porque encuentra en el presidente argentino el delegado que necesita para reconstituir el poder de Estados Unidos en América Latina, una región que en los últimos años supo coordinar políticas no siempre subordinadas a Washington. Más allá de la retórica ofensiva que desplegó en la campaña, el republicano precisa consolidar el dominio que históricamente su país ejerció en la región. Ante la debilidad política de los mandatarios de Brasil y México, Macri es el ideal: casi sin pedir nada a cambio, viene tomando acrítica y pasivamente los puntos de la agenda política, económica, militar e ideológica de Estados Unidos.

La frase que resume el encuentro es aquella que pronunció Trump ante los periodistas, antes de reunirse en el Salón Oval: “Él me va a hablar de limones, yo de Corea del Norte”. Humillante, sí, pero certera. Y Macri no contestó nada. Es más, apenas pudo colar una palabra ante los periodistas, ante la verbosidad del magnate. Pocos días después se confirmaron las magras concesiones: los limones argentinos por fin podrían entrar al mercado estadounidense (tema negociado hace años y ya anunciado por Obama en diciembre) y habría cierta facilidad en el trámite migratorio para argentinos que viajen a hacer negocios a Estados Unidos. La contracara es la amenaza a las exportaciones de

10. El domingo 5 de marzo se reunió en Caracas la XIV Cumbre Extraordinaria del ALBA-TCP (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos) y allí se tomaron diversas medidas para enfrentar la hispanofobia de Trump.

biodiesel argentino al país del norte. Los limones sumarían apenas 50 millones de dólares. El biodiesel, unos 1,300 millones.

Pero eso no es lo más grave. Macri promete concesiones a los inversores, que van desde una menor regulación medioambiental, en el caso de la minería, a rebajas impositivas y del “costo laboral” (flexibilización mediante). O sea, peores condiciones para la mayoría de la población, además de una mayor extranjerización de la economía y una profundización del esquema extractivista. Desde el punto de vista político, Macri apuesta a la OEA, en detrimento de la Unasur y la CELAC y ataca a los países no subordinados a Estados Unidos, como Venezuela. Además, se incrementa la compra de armas y la injerencia de las fuerzas armadas estadounidenses.

¿Qué más puede pedir Trump? Todo a cambio de una foto en la Casa Blanca, unas palmadas en la espalda, elogios y algunos limones. El problema es que ya experimentamos, hace un cuarto de siglo, lo negativas que resultaron las “relaciones carnales” con Estados Unidos. Frente a la crisis y la incertidumbre mundial, quizás es más bien el momento de profundizar una integración latinoamericana autónoma, y desde allí repensar el vínculo con el gigante del norte.

REFLEXIONES FINALES

Analizar los cambios en la relación entre Argentina y Estados Unidos, desde la asunción de Macri el 10 de diciembre de 2015, es sumamente importante no sólo para comprender el vínculo bilateral, sino por el impacto interamericano. Obama apostó, en su segundo mandato, por reposicionar a Estados Unidos en la región, aprovechando algunas condiciones más favorables a los intereses de Washington, luego de una década de relativo relajamiento del dominio estadounidense en su *patio trasero* y de la decepción regional que provocó en sus primeros cuatro años. Si el gobierno encabezado por Cristina Kirchner fue un obstáculo en ese intento, la llegada de Macri fue vislumbrada como una oportunidad, en tanto planteaba un acercamiento hacia la Casa Blanca, sin pedir casi nada a cambio.

En abril de 2015, meses antes de las elecciones presidenciales, se hizo público el documento *Reflexiones sobre los desafíos externos de la Argentina: Seremos afuera lo que seamos dentro*, del autodenominado

“Grupo Consenso”, integrado por referentes de la oposición al kirchnerismo, que planteaba cuáles eran los desafíos en materia de política exterior que debía abordar quien sucediera a Cristina Fernández.

Lo más llamativo del texto son algunas omisiones fundamentales para comprender la última década. Por ejemplo, no da cuenta del “No al ALCA” en Mar del Plata (2005), que permitió la aparición posterior de nuevas instancias de integración (ALBA) y de coordinación y cooperación política (Unasur y CELAC) en América Latina y el Caribe. Ninguna de estas herramientas es siquiera mencionada, lo que configura un claro ocultamiento. ¿Se puede escribir un documento con tamañas pretensiones y no mencionar a la unión de 33 países de América Latina y el Caribe, que ha tomado forma bajo la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños? ¿Se puede mencionar a la ONU como foro privilegiado en la escena internacional —como se hace en reiterados pasajes— sin mencionar al G77+China, el principal bloque dentro de esta organización, donde precisamente Argentina participaba con gran peso junto al resto de la región? Justamente Macri, desde que asumió, decidió ningunear estas organizaciones alternativas y privilegiar otras, como el Foro Económico de Davos (al que asistió personalmente en enero de 2016) o la Organización de los Estados Americanos (a la que reivindicó con Obama en la declaración conjunta del 23 de marzo).

El documento del Grupo Consenso pedía “insertar adecuadamente” a Argentina en el mundo, que el país se transformara en un actor global “responsable”, partiendo de nuestra “identidad occidental” y defendiendo las “instituciones republicanas, la división de poderes, la libertad de expresión, los derechos humanos y las garantías individuales”. Llamaba a consolidar los valores de una “sociedad abierta, moderna y respetuosa del ordenamiento internacional”. En síntesis, había que volver a ser un país “normal” y “serio”, como venían proclamando muchos de los firmantes en los últimos años. O sea, asumir nuestra condición periférica y evitar cuestionar el rol de gendarme global que hace décadas ejerce Estados Unidos, con Europa y Japón como socios.

En ese texto se planteaba, además, la necesidad de establecer una “adecuada convergencia entre el Mercosur atlántico y la promisoría Alianza del Pacífico”, pero sin dar cuenta de que precisamente esta última —impulsada por México, Colombia, Perú y Chile, que firmaron tratados de libre comercio con Estados Unidos tras la derrota del

ALCA— era una herramienta para intentar una restauración conservadora y para imponer una agenda neoliberal.

Además, bajo la idea de “fortalecer nuestras tradicionales relaciones con Europa y EEUU”, se pedía al futuro gobierno encarar una política exterior diferente a la kirchnerista, que precisamente se había caracterizado por estrechar acuerdos con los BRICS —Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica—, sin dejar de lado históricas relaciones del país. En definitiva, se demandaba una “apertura” del Mercosur, orientada a la UE y Estados Unidos, una idea sobre la cual las derechas latinoamericanas venían trabajando con fuerza en los últimos años.

El documento resaltaba como positiva la especialización en la producción de alimentos y energía, alentando un esquema reprimarizador y extractivista que genera exclusión y destruye el medio ambiente, permitiendo ganancias extraordinarias para un núcleo reducido de la clase dominante —y los grandes capitales externos con los que se asocia— y un escasa diversificación productiva. Retomando la agenda de Estados Unidos, señalaba que los principales enemigos a escala global eran el terrorismo, el narcotráfico y el crimen organizado. No decía nada de cómo esas “amenazas” se utilizaron para dar sustento a invasiones militares unilaterales ni a campañas de desestabilización de gobiernos adversarios de Estados Unidos.

El “consenso” que promovían, por los dichos y las omisiones mencionadas, parecía más cercano al “Consenso de Washington” de los noventa, cuando la política económica de nuestros países era determinada por los organismos multilaterales de crédito, al calor de una indiscutible hegemonía estadounidense a nivel mundial. Con cierta nostalgia de las “relaciones carnales” que primaron en aquella década, y utilizando un lenguaje *aggiornado*, los firmantes de este documento apuntaban a una restauración conservadora en la política exterior argentina e impulsan la vuelta a una inserción internacional dependiente. La administración Obama advirtió esa oportunidad y logró que el nuevo Gobierno argentino tomara su agenda.

Susana Malcorra, la entonces canciller argentina, señaló en diciembre de 2015 que desplegarían una política exterior “desideologizada”, cuyo objetivo es la atracción de capitales, la toma de préstamos y la apertura de nuevos mercados para los exportadores. Desde que asumió, Macri no ahorró señales hacia el gran capital financiero, pero sobre todo hacia Estados Unidos.

Desde su concepción liberal, la vía para dar seguridad jurídica a los inversores externos es firmar tratados de libre comercio. Viajó a Davos, se reunió con líderes europeos y recibió a Obama. En julio visitó Chile para participar por primera vez de la cumbre presidencial de la Alianza del Pacífico, donde insistió en que el Mercosur estaba congelado y debía sellar un tratado comercial con ese bloque; luego voló a Francia, Bélgica y Alemania para relanzar las negociaciones de un “acuerdo de asociación” con la Unión Europea; y culminó su periplo en Estados Unidos, para reunirse con los CEO de empresas de telecomunicaciones y servicios. “Argentina volvió al mundo”, declaró en Berlín, eufórico ante empresarios teutones.

Macri y la ministra de Seguridad Patricia Bullrich permitieron a Estados Unidos avanzar nuevamente en materia militar y de inteligencia, con la excusa del terrorismo y la lucha contra el narcotráfico. Hay planes de adiestramiento de tropas, venta de armamento y también viene hablándose de una base en Misiones, cerca de la Triple Frontera, y otra en Tierra del Fuego, cerca de la Antártida. Se las enmascara como bases humanitarias o científicas, pero son emplazamientos militares de nuevo tipo: “En la Argentina, la tentación por sobreactuar parece pasar por la fantasía de sumarse a la ‘lucha contra el terrorismo’ a la espera de negocios. Pero por esa vía no llegarán más inversiones ni mejorará el comercio” (Tokatlian, 2017: 29).

El gobierno de la Alianza Cambiemos decidió impulsar las negociaciones comerciales en tres direcciones: intentar sellar un acuerdo Mercosur-Unión Europea, procurar un tratado de libre comercio con Estados Unidos y avanzar en una convergencia con la Alianza del Pacífico, como primer paso para sumarse al TPP. Macri abandonó una política exterior de orientación latinoamericanista y que apuntaba a los BRICS, y está reeditando una suerte de “relaciones carnales” con Estados Unidos. Su explícito apoyo a Hillary Clinton en las elecciones estadounidenses —manifestado por el presidente, la canciller y el embajador argentino en Washington— tenía que ver con mantener ese alineamiento, con la esperanza de que así llegarían las inversiones y créditos a tasas más bajas. La posición pro acuerdos de libre comercio de Clinton era convergente con la política exterior que impulsa el actual Gobierno argentino.

Malcorra, por su parte, cerró el año 2016 acumulando críticas de diversos sectores. A su fallida carrera por la Secretaría General de la

ONU (muchos cuestionaron la incompatibilidad con el cargo de canciller), se le suma el bochornoso Acuerdo con Gran Bretaña y el apoyo a Clinton. Sin embargo, el mayor fracaso de su gestión es que el cambio de contexto internacional a partir del triunfo de Trump echa por la borda con el núcleo de la política exterior de Cambiemos. Abren la economía e impulsan tratados de libre comercio cuando hay un repliegue proteccionista en Estados Unidos y Europa. Apuestan al crédito externo cuando va a tender a encarecerse el acceso al dinero, y dan concesiones para atraer inversiones cuando los capitales se van a refugiar en los países centrales, ante tanta incertidumbre global (Rapoport y Morgenfeld, 2017).

Con la visita de Obama, en marzo, la Casa Blanca procuró transformar a Argentina, que tantas veces dificultó sus proyectos hegemónicos a nivel continental, en el nuevo aliado que legitimara el avance de las derechas en la región. El mandatario estadounidense lo repitió varias veces en Buenos Aires: Macri es el líder de la nueva era, el ejemplo a imitar.

América Latina asiste a una ofensiva restauradora impulsada por Estados Unidos y las derechas vernáculas, que pretende retomar la iniciativa, después del auge del llamado “ciclo progresista”. Como señalamos más arriba, la asunción de Macri, el triunfo electoral de la oposición en las legislativas en Venezuela en diciembre, la derrota de Evo Morales en el referéndum de febrero y el proceso de destitución de Dilma Rousseff son los exponentes más salientes del cambio político a nivel regional.

Ahora Estados Unidos y sus aliados intentan desplazar al gobierno chavista de Nicolás Maduro —en agosto de 2016, Brasil, Paraguay y Argentina bloquearon su asunción a la presidencia *pro tempore* del Mercosur, y unos meses después suspendieron a Venezuela—, para clausurar el desafío que supo enarbolar el eje bolivariano. La crisis económica que asola a los países de la región tras la caída del precio de las materias primas genera condiciones propicias para este reposicionamiento del país del norte.

La virtual parálisis del Mercosur, la Unión de Naciones Sudamericanas (Unasur) y la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) lleva a la Casa Blanca a intentar reposicionar a la Alianza del Pacífico y a la Organización de Estados Americanos (OEA),

que en los últimos años había sido opacada por los mecanismos de coordinación y cooperación política exclusivamente latinoamericanos.

El gobierno de Macri pareció no tomar nota de los cambios en el contexto mundial tras su asunción. Como bien lo sintetiza Tokatlian:

En enero de 2016 el presidente asistió al Foro de Davos y tuvo diversas citas con CEOs de multinacionales, quienes, según el mandatario, estaban ‘muy entusiasmados con el cambio’ en Argentina. Sin embargo, al pasar los meses se hizo evidente que la llamada ‘lluvia de inversiones’ no se produciría. Meses después se llevó a cabo el voto del Brexit y aun así en su visita a Ángela Merkel en Alemania y a las autoridades de la Unión Europea (UE) en Bruselas el presidente Macri destacó la voluntad a favor de un acuerdo de libre comercio UE-Mercosur; tema sobre el que nadie parecía muy interesado en comprometerse en Europa. Algo semejante ocurrió en relación con la elección presidencial en Estados Unidos: los pronunciamientos oficiales más importantes se manifestaron a favor de Hillary Clinton, quizás con la expectativa de que su eventual triunfo confirmaría que la globalización hoy existente es un fenómeno que debe ahondarse. Triunfó Donald Trump. En síntesis, y anticipando la conclusión, este texto apunta a subrayar que es hora de que el Gobierno se avoque más sistemática y seriamente a un buen diagnóstico de los asuntos internacionales. La victoria de Trump debiera ser una nueva llamada de alerta para dejar atrás posturas ingenuas, voluntaristas, autogratificantes, de corto plazo y dogmáticas (Tokatlian, 2017: 22).

Más allá de este cambio de contexto, el Gobierno que encabeza Macri mantiene su discurso. Desde enero de este año buscaron casi con desesperación un contacto con Trump —ambos mandatarios hablaron por teléfono brevemente en febrero— y negociaron una visita a la Casa Blanca, que finalmente se concretó el 27 de abril. Mientras, la nueva administración estadounidense había revertido en enero algunas de las poquísimas concesiones que había otorgado Obama a Argentina: suspendió la entrada de limones argentinos a Estados Unidos —en diciembre de 2016 se había anunciado el fin de la restricción fitosanitaria que bloqueaba esas exportaciones hacía 15 años— y la flexibilización en el otorgamiento de visas a argentinos. Para Trump, la subordinación casi gratuita de Macri es ganancia pura. Para Nuestra América, un problema. En vez de solidarizarse con México e impulsar una coordinación y cooperación política con los países de la región, para enfrentar las amenazas que plantea el nuevo Gobierno de Estados Unidos, Macri pretende ser el interlocutor predilecto de Trump, reemplazando a Peña Nieto, Temer o Santos. Ese alineamiento, ya

transitado en los años noventa con Menem, es funcional a la lógica de fragmentación que Estados Unidos impulsa hace dos siglos en América Latina y que sólo trajo dependencia y falta de autonomía para los países de la región.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almeyra, Guillermo. (2014). Notas a la “Epopéya Cubana” de Claudio Katz. *Rebelión*, 19 de diciembre. En <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=193372>>
- Armony, Ariel. (2014). “*La era de la doctrina Monroe ha terminado*”: *El discurso que ignoramos en 2013*. *El País*, 11 de enero. Madrid.
- Ayerbe, Luis Fernando. (2001). *Los Estados Unidos y América Latina: La constitución de la hegemonía*. La Habana: Casa de las Américas.
- Bassets, Marc. (2014a). Los líderes republicanos y algunos demócratas acusan a Obama de dar aire a los hermanos Castro sin contrapartidas. *El País*, 19 de diciembre. Madrid.
- . (2014b). El presidente estadounidense encuentra amplia cobertura política para el giro hacia la isla. *El País*, 24 de diciembre. Madrid.
- Bernal-Meza, Raúl, y Quintanar, Silvia Victoria. (comps.) (2012). *Regionalismo y orden mundial: Suramérica, Europa, China*. Buenos Aires: Grupo Editorial Latinoamericano.
- Borón, Atilio. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Luxemburg.
- Castillo Fernández, Dídimo, y Gandásegui, Marco A. (hijo) (coords.) (2012). *Estados Unidos más allá de la crisis*. México: Siglo XXI Editores/CLACSO.
- Chomsky, Noam. (2015). La acción histórica de Obama. *La Jornada*, 25 de enero. México.
- Dent, David W. (1999). *The legacy of the Monroe Doctrine. A reference guide to U. S. involvement in Latin America and the Caribbean*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.
- Escudé, Carlos. (2012). *Principios de realismo periférico. Una teoría argentina y su vigencia ante el ascenso de China*. Buenos Aires: Lumiere.
- Garbarino, Luciana. (2013). La apuesta por Latinoamérica. *El Explorador Rusia*. Buenos Aires: Le Monde Diplomatique, septiembre, p. 86.
- Lemoine, Maurice. (2009). América Latina, cordial aunque firme ante Barack Obama. *Le Monde Diplomatique*. (Traducido del francés para

- Rebelión* por Beatriz Morales Bastos). En <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=84397>>
- LeoGrande, William M., y Kornbluh, Peter. (2014). *Back Channel to Cuba: The Hidden History of Negotiations between Washington and Havana*. North Carolina: University of North Carolina Press.
- Luzzani, Telma. (2012). *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires: Debate.
- Marinelli, Alejandro. (2015). China refuerza su presencia en América Latina. *Clarín*, 6 de enero. Buenos Aires.
- Morgenfeld, Leandro. (2011). *Vecinos en conflicto. Argentina frente a Estados Unidos en las conferencias panamericanas (1880-1955)*. Buenos Aires: Peña Lillo/Continente.
- . (2012a). *Relaciones peligrosas. Argentina y Estados Unidos*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- . (2012b). Desarrollismo, Alianza para el Progreso y Revolución Cubana. Frondizi, Kennedy y el Che en Punta del Este (1961-1962). *Ciclos en la Historia, la Economía y la Sociedad*, año XXI, vol. XX, núm. 39-40, pp. 133-163. Buenos Aires.
- . (2013). Alianza del Pacífico: ¿Hacia un nuevo ALCA? *Marcha*, 3 de mayo. Buenos Aires.
- . (2014a). El jardín de atrás. La siempre conflictiva relación con América Latina. *El Explorador Estados Unidos*, marzo, pp. 64-67. Buenos Aires: Le Monde Diplomatique.
- . (2014b). Estados Unidos y América Latina: Los dilemas del siglo XXI. *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, segunda época, núm. 17, octubre, pp. 1-3. Buenos Aires: CLACSO. En <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20141009013132/Cuaderno-N17-SegEpoca.pdf>>
- . (2015a). Estados Unidos-Cuba: Un giro histórico que impacta sobre América Latina y el Caribe. *Crítica y Emancipación*, año 6, núm. 12, primer semestre, pp. 103-146. Buenos Aires: CLACSO.
- . (2015b). Los desafíos para Nuestra América a partir de la aproximación entre Estados Unidos y Cuba. *Huellas de Estados Unidos*, núm. 8, pp. 99-103, marzo. Buenos Aires.
- . (2016). El amigo americano. Obamanía en la Argentina. *Anfibia*, 25 de marzo.
- . (2017). Macri y el fracaso de la subordinación a Estados Unidos: De Obama a Trump. *IADE-Realidad Económica*, 18 de enero.
- Obama, Barack. (2011). *American Jobs through Exports to Latin America*, 19 de marzo. En www.whitehouse.gov
- Oppenheimer, Andrés. (2012). Obama debe mirar más al sur. *La Nación*, 17 de enero. Buenos Aires.

- Panetta, León. (2012). *La política de defensa para el Hemisferio Occidental*. Washington: Department of Defense United States of America.
- Rapoport, Mario, y Morgenfeld, Leandro. (2017). Proteccionista forever. Argentina y Estados Unidos en la era Trump. *Página/12*, Suplemento Cash, 5 de febrero, pp. 1-3. Buenos Aires.
- Suárez Salazar, Luis, y García Lorenzo, Tania. (2008). *Las relaciones interamericanas: Continuidades y cambios*. Buenos Aires: CLACSO.
- Tokatlian, Juan Gabriel. (2012). Drogas: Una guerra que fracasó. *La Nación*, 13 de marzo. Buenos Aires.
- . (2013). Bye bye Monroe, hello Troilo. *El País*, 23 de noviembre. Madrid.
- . (2017). La Argentina y Trump. *Archivos del Presente*, marzo, pp. 21-29. Buenos Aires.

EPÍLOGO
ELECCIONES EN ESTADOS UNIDOS:
EL MALESTAR DE LAS MAYORÍAS
SILENCIOSAS

Martha Nélida Ruiz

El resultado de la elección presidencial en Estados Unidos dejó perplejos no sólo a los ciudadanos que votaron por Hillary Clinton sino a la propia candidata y a su partido.

Más allá de cualquier consideración política, lo que encontramos aquí es un país profundamente dividido, situación que había pasado inadvertida no sólo para los ciudadanos sino para muchos estudiosos de las ciencias sociales y de la historia.

La frase de que el hombre es la medida de todas las cosas, en su simplicidad, alcanza en este caso la profundidad de la sabiduría popular basada en la experiencia.

Los ciudadanos demócratas liberales, educados en las universidades, muchas de ellas de élite —aunque a decir verdad con el neoliberalismo la educación universitaria es en sí misma de élite— vieron lo que pudieron ver desde esa óptica empequeñecida por su entorno social, los círculos de relaciones cada vez más cerrados en las diferentes subculturas, llamadas en el pasado tribus urbanas.

Pero tampoco los partidos políticos pudieron ver —inmersos en su *estadounidocentrismo*— que el mundo había cambiado o modelado a su propio país como producto de la llamada globalización o neocolonialismo absoluto, auspiciados paradójicamente por Estados

Unidos y Reino Unido. Coloquialmente hablando, después del Brexit “no pusieron sus barbas a remojar”.¹

Y ahí estaba, la mitad del país, cansada de su invisibilidad, de ser el personaje de la broma que representa al país bárbaro, cristiano evangélico, racista, armado hasta los dientes, incestuoso e ignorante viviendo en el pasado. Los olvidados, los sin voz. Atrapados en la intolerancia liberal de lo políticamente correcto.

Estados Unidos, el líder del “mundo libre” como les gusta llamarlo a políticos y actores sociales de todas las corrientes político-ideológicas, tiene una de las sociedades más reprimidas que conozco.

El “orden” como premisa constitutiva del progreso ha servido para conformar una sociedad hasta hace poco enfocada en el trabajo, el esfuerzo y el progreso, orientada por metas y objetivos concretos, una sociedad crédula que actúa de buena fe, en cuyos cimientos se encuentran el puritanismo más arraigado con su ética protestante, y esa arrogancia ingenua de “pueblo elegido”.

Para entender este complejo fenómeno electoral se hace necesario acudir a la categoría analítica de la hiperlógica.²

-
1. “Cuando veas las barbas de tu vecino cortar, pon las tuyas a remojar”. Dicho popular.
 2. *Hiperlógica*: la lógica llevada al extremo en que se convierte en su contrario, generando situaciones absurdas y desestabilizadoras. La hiperlógica es el resultado de la habituación del ser humano a habitar la arena pantanosa, a moverse constantemente cruzando la frontera imperceptible que separa el mundo de la razón y el mundo de la locura, habitar la intersección de ambas, es decir la no razón, lugar en el que ya no es la razón la fuente primigenia de sentido sino su reflejo hiperrealizado. La hiperlógica pues, se caracterizaría por la presencia exagerada de espejismos entremezclados con una realidad transfigurada, lo que impide dar respuesta a sus dudas ontológicas, anestesia sus instintos y paraliza sus respuestas creativas ante las crisis y, aunado a la ansiedad que esta naturaleza misma produce, provoca una especie de efecto dominó en que cada respuesta o solución dada, incluso cada pensamiento o idea reparadora no hace más que desencadenar una serie de contrasentidos que lleva al individuo a internarse más rápidamente en la profundidad de lo hiperlógico. Cf. Ruiz, Martha Nélide. (2006). *El espejo intoxicado. Hiperrealismo, hiperconsumo e hiperlógica en sociedades posmodernas*. Tesis doctoral. La Habana: Facultad de Comunicación. Recuperado de: <http://www.bibliociencias.cu/gsd/collect/tesis/index/assoc/hash0123.dir/doc.pdf>

El escenario preelectoral que se iría transformando más evidentemente a partir del inicio de la segunda década del nuevo milenio, estaba conformado por una sociedad orgullosamente defensora de la medianía, apaciguada en lo social, violenta en lo individual y belicosa en lo internacional.

Una sociedad que confiaba en sus representantes, en la misión divina encomendada a su pueblo, de ser guardianes, promotores y garantes de la democracia, la libertad y los derechos humanos, en la que los brotes de inconformidad eran vistos como actos de rebeldía poco patrióticos, como por ejemplo el movimiento de contracultura y el de los hippies con su oposición a la guerra de Vietnam. No hay que olvidar que el Día Internacional del Trabajo, cuyo origen se encuentra en las protestas violentamente reprimidas de los trabajadores también conocidos como “mártires de Chicago” y que se celebra el 1 de mayo, no aparece en el calendario de efemérides de Estados Unidos y apenas se menciona en los libros de texto. La inmensa mayoría de los estadounidenses promedio, con educación universitaria, no conoce la relevancia internacional de dicho movimiento. En su lugar el *Labor Day* se celebra el primer fin de semana de septiembre con ofertas y ventas especiales.

El orden y el respeto a los vecinos —los del vecindario, no los países que limitan sus fronteras—, a las instituciones y a sus representantes, es enseñado y aprendido desde los primeros años. El “buen americano” no habla a los gritos en los lugares públicos, no interpela a sus maestros o a sus padres o a sus jefes o a sus gobernantes, no grita en la calle cuando es joven y sale de fiesta, susurra si es absolutamente necesario y anda de puntillas cuando camina después de las 10 de la noche por los corredores de los hoteles y no azota las puertas, por supuesto.

El “buen americano” no busca que el Gobierno provea o le ayude, lo único que pide es la oportunidad de demostrar que puede valerse por sí mismo, mantener a su propia familia, comprar su propia casa, su propio auto, su propio perro y mandar a sus hijos a la universidad con su propio dinero. El “buen americano”, como el primogénito, sabe que su deber es presentarse ante el mundo entero con la superioridad moral que su Dios le ha conferido. En consecuencia, el buen americano jura ante la Biblia, procura ir a su iglesia los domingos, por supuesto no es ateo, cree, paga con puntualidad sus impuestos, lo que le per-

mite ejercer a plenitud su ciudadanía, ser *libre*. El “buen americano” defiende su derecho a defenderse por sí mismo y a tener un arma o dos o un arsenal completo para hacerlo; es uno de los legados de los padres fundadores que se defendían del mal gobierno. He aquí una diferencia sustancial con el movimiento libertario latinoamericano: el “buen americano” se sabe anglosajón, se sabe inmigrante perseguido de la fe, se sabe conquistador y se defiende de su mal gobierno, no por extranjero sino por abusivo; el latinoamericano se sabe mestizo, conquistado, oprimido y se rebela frente al mal gobierno por extranjero y por abusivo. El buen americano es liberal en lo económico y conservador en lo social.

No hay suficientes puntos de fuga en un país en el que las cosas funcionan como deben funcionar y en el que la administración pública es el reflejo fiel de la administración privada. El aparato represor es como la cabeza de la hidra, con mil rostros: los padres, la iglesia, la escuela, los vecinos, los servidores públicos, los trabajadores sociales, los aparatos de regulación de la información y el espectáculo. ¡El joven estadounidense escucha las canciones de sus ídolos de rap o de rock o hasta de pop, editadas en la radio!: ¡El “buen americano” no maldice!

Lo que para nosotros podría ser el reflejo de una doble moral o para Baudrillard (1993) es el simulacro, para ellos es el buen comportamiento. “Si quieres oír la canción original hay que comprar el CD o descargar la canción en iTunes o Spotify o hasta “piratearla”, pero no puedes escucharla en la radio”. ¡El niño aprende muy pronto a moverse en esos dos mundos paralelos sin perder la razón (?) en el proceso! En la casa o en los lugares públicos no se maldice, no se toma alcohol, no se utilizan drogas, no se fornican. Para eso está el *Spring Break*,³ para

3. El “Spring Break” o viaje de estudios de los estudiantes estadounidenses universitarios y de preparatoria nace en 1933 en Fort Lauderdale con fines eminentemente de intercambio social. En 1959 ya eran 20,000 los estudiantes que llegaban a la zona, que era denominada Fort Liguordale por la cantidad de alcohol que circulaba. En 1986, 350,000 estudiantes ocuparon la ciudad, molestando a los vecinos por su comportamiento: descontrol, alcoholismo, drogas, etc., por lo que los habitantes presionaron y el alcalde impuso nuevas normas: se prohibió el consumo de alcohol en las playas y hubo más de 2,500 arrestos. Fue así como las masas de estudiantes buscaron nuevos destinos de mayor permisividad y tolerancia fuera de Estados Unidos. Numerosos estudios han documentado el comportamiento de los *spring breakers*, el cual se caracteriza por ser desinhibido y excesivo respecto a tres aspectos importantes: consumo de alcohol, uso de

desahogarse más allá de sus fronteras, para ser ellos mismos. Para eso están los escondites, los parajes, los conciertos en los estadios, los viajes.

Estados Unidos consume más drogas que todos los países del mundo juntos.⁴

En *Figuras de alteridad*, Baudrillard (2000) nos habla del “viaje” como el salirse de sí mismo y de la situación de opresión que no puede lidiar con sus propios medios.

Aquellos que señalan a sus vecinos del sur como causantes de “las siete plagas” son los mismos que consumen o han consumido o son padres de los que aún consumen drogas. Por un lado desprecian en profundidad a quienes las producen y las trafican, y por otro les conceden una inteligencia y habilidad superiores como para poder infestar el mercado de su propio país isin que sus autoridades se den cuenta o puedan evitarlo! Estamos frente al mismo mecanismo de escisión moral del yo.

El “buen americano” vomita ante una crisis, no por ser producto de algún condicionamiento de tipo genético —todos lo hacen, sin importar el color o el origen étnico— sino producto de un condicionamiento social que les impide digerir lo inesperado, lo que no obedece a las leyes y a la lógica del orden.

drogas y actividad sexual de alto riesgo. Cf. Monterrubio-Cordero, J. C. *et al.* (2013). Percepciones de la comunidad local sobre los impactos sociales del “spring break” en Acapulco, México. *El Periplo Sustentable*, enero/junio, núm. 24. México: Universidad Autónoma del Estado de México. Recuperado de: http://www.uaemex.mx/plin/psus/periplo24/articulo_02.pdf y Rodríguez, María Victoria. (2012). Spring Break: Sexo, alcohol y descontrol. Un poco de historia. *Diario del viajero*. Recuperado de: <https://www.diariodelviajero.com/america/spring-break-sexo-alcohol-y-descontrol-un-poco-de-historia>

4. Según informe de la ONU, Estados Unidos encabeza la lista de países consumidores de drogas a nivel mundial; los estadounidenses consumen 160 toneladas de cocaína al año. Señala el documento que en 2010 en Estados Unidos se registró 70% de las incautaciones de cannabis a nivel mundial, 70% de las incautaciones totales de éxtasis y 44% de metanfetamina. Además, resalta que en ese año América del Norte siguió teniendo el principal mercado de drogas del mundo, con elevados niveles de producción, fabricación, tráfico y consumo de drogas ilícitas. Cf. *La Tarde*. (2015). Consumen estadounidenses 160 toneladas de cocaína al año. Recuperado de: <http://www.latarde.com.mx/consumenestadounidenses160toneladasdecocainaano-86360.html>

El “buen americano” débil se convierte en “mal americano”, en monstruo y dispara —porque puede— a quien “lo vio feo” o a quien no lo vio. El “buen americano” es muchas veces una olla de presión, una bomba de tiempo. En Estados Unidos ocurren más tiroteos solitarios que en el resto del mundo.⁵

El que no es capaz de pasar este entrenamiento o condicionamiento social conductivo va a parar al rincón de su cuarto, a la dirección de la escuela, a servicios sociales, al hospital, al reformatorio o a la cárcel, como decía Foucault (1991), pero también a las calles, a los túneles y a los puentes. Estados Unidos es el país más encarcelado del mundo.⁶

Como lo he señalado anteriormente: no hay muchos puntos de fuga en una sociedad que paga muy alto el precio de la autosuficiencia, el individualismo, la eficiencia, la eficacia y la certeza.

En este contexto, la imposición a la población de un lenguaje “políticamente correcto”⁷ cada vez más radical por parte de las élites con-

-
5. Estados Unidos tiene cifras excepcionales en cuanto a masacres masivas, pues en este país se han registrado más tiroteos que en cualquier otro del mundo, según un estudio difundido por la cadena de noticias estadounidense CNN, y que contabiliza entre 1966 y 2012 un total de 90 tiroteos masivos donde murieron cuatro o más personas. Cf. Loaiza, Lexander. (2017). Tratan de explicar auge de tiroteos en Estados Unidos. *La Cháchara*. Recuperado de: <http://lachachara.org/2017/01/tratan-de-explicar-auge-de-tiroteos-en-los-estados-unidos/>
Según un estudio realizado por *Mother Jones*, en las últimas tres décadas se han llevado a cabo al menos 61 asesinatos masivos con armas de fuego en 30 estados del país. Según un reporte del *FBI*, entre 2000 y 2007 se llevaron a cabo un promedio de 6.4 masacres al año, mientras que de 2008 a 2014 esta cifra aumentó de manera alarmante a 16.4 eventos por año, registrándose al menos un tiroteo al mes. *Vanity Fair*. (2016). Cinco datos esenciales para entender los tiroteos en Estados Unidos. Recuperado de: <http://www.vanityfair.mx/vanity-news/articulos/entendiendo-los-tiroteos-en-estados-unidos/20962>
 6. A pesar de que Estados Unidos tiene menos del 5% de la población mundial, posee casi la cuarta parte de los presos del mundo; es el país que más personas encarcela en el planeta. Estados Unidos tiene 2'300,000 presos, más que cualquier otra nación, según datos del Centro Internacional de Estudios Carcelarios, del Kings College, de Londres. Cf. Liptak, Adam. (s/f). Uno de cada cuatro presos del mundo está en EE.UU. *The New York Times*. Recuperado de: <http://www.forodeseguridad.com/artic/reflex/8104.htm>
 7. Los jóvenes *millennials*, nacidos aproximadamente entre 1982 y 2002, han configurado una visión políticamente correcta de nuestro mundo y sus objetos, habitantes y fenómenos, despojando al lenguaje de su sentido político en aras de proteger lo políticamente correcto. Cf. Ruiz Uribe, Martha Nélica. (2016). *El*

formadas por los *millennials* universitarios y sus maestros así como por los movimientos y organizaciones sociales de clase media urbana y la prensa tanto tradicional como gran parte de la alternativa, no hace sino polarizar aún más las visiones encontradas de un país fraccionado, y aumentar la sensación de opresión y discriminación de la mayoría de la población de más de 55 años y de las zonas rurales y semirurales de las entidades del medio oeste de Estados Unidos.

No se trata simplemente de un discurso más democrático, sino de un discurso que en su radicalización va perdiendo su sentido, lo despoja de todo tinte político, lo neutraliza de tal modo que ya no sólo no comunica eficientemente sino que se percibe como esnob, afectado, desconectado de la realidad cotidiana y peligrosamente enmascarador. Centrar el debate de la izquierda en los valores liberales de los *millennials* y tomarlos como universales o sinónimos de civilización y superioridad moral es sumamente peligroso y ahuyenta a una gran parte de la población estadounidense educada, pero conservadora, en temas como el aborto, los baños para los estudiantes transgénero, el veganismo y el lenguaje políticamente correcto radicalizado. De algún modo esta radicalización del lenguaje liberal se convierte hiperlógicamente en un elemento represor y conservador. Nuevamente estamos ante un fenómeno de hiperbolización y de hiperlógica. Una vuelta más a la válvula de escape de una olla de presión peligrosamente caliente.

liberalismo radical de los “Millennials Blancos” en la era global. Panel: Ciudades, transculturalidades y retos de la convivencia urbana en América Latina. ISA Forum, Universidad de Viena, julio de 2016.

“La corrección política, que nació para respetar al otro y reivindicar minorías, es señalada hoy como culpable de un clima odioso, donde hasta la más mínima y razonable disidencia es atacada con vehemencia. Se la responsabiliza también de otros males: de haber dividido al mundo progresista, del auge de la derecha estilo Trump, de estimular la autocensura y, especialmente, de haber moldeado a los *millennials*, la generación que menos valora la libertad de expresión [...] La corrección política dialoga con lo que el semiólogo y filósofo Tzvetan Todorov ha denominado un nuevo moralismo: ése que habita en cabezas bienpensantes preocupadas de vigilar minuciosamente los errores ajenos, que excluye a otros en nombre de la lucha contra la exclusión y que por medio de acusaciones, a menudo falsas, construye un modelo de realidad que es poco creíble. Cf. Fredes, Cristóbal. (2016). *Hipersensibles*. Recuperado de: <http://www.latercera.com/noticia/hipersensibles/>

La idea idílica con la que han crecido generaciones y generaciones de estadounidenses y a la que se aferran como a un mástil perdido en el océano del naufragio, es la de que *América* —como también les gusta llamarse, implicando que el resto del continente no vale la pena ni cuenta— es la tierra de las oportunidades, del éxito, de la igualdad democrática de los ciudadanos, pero esconde los colmillos de lobo tras la mirada añeja y respetable de la ilustración.

La primera potencia mundial parece no haber resistido los embates del neoliberalismo voraz, que se justifica moral y macroeconómicamente con cifras, con algoritmos financieros; con el funcionamiento autónomo y autómatas de los mercados financieros —que como Golems se vuelven contra sus creadores—, con *el fin de la historia*; con la consistencia de la tecnología, la globalización y el neoliberalismo, ante lo cual no hay mucho que hacer ya que “es inevitable”.

La empresa tiene que hacer lo que tiene que hacer... producir más a menor costo, y para eso hay que ir a donde la fuerza laboral no esté estrangulada por regulaciones gubernamentales ni organizaciones ociosas o sindicatos. Si las empresas se llevan sus fábricas fuera de la frontera no se les acuse de voracidad, pues sólo están cumpliendo con su función. ¡Acúcese a los gobiernos que no han sido capaces de impedirlo! ¡Como si se pudiera al mismo tiempo ser extremadamente rentable, producir artefactos y bienes a bajo costo y tener buenos salarios para los trabajadores! El mercado estadounidense sigue siendo uno de los más baratos del mundo gracias precisamente a que ha trasladado su producción a otros países, el pueblo estadounidense con trabajo y sin él sigue consumiendo gracias a esos precios. Los restaurantes, talleres mecánicos, hoteles, etc., siguen siendo relativamente accesibles para quien tiene empleo, gracias al trabajo de los inmigrantes que son explotados laboral y salarialmente según los parámetros estadounidenses.

Las grandes corporaciones han vendido el sueño americano de ser propietario de su propia casa y de su propio auto o de la educación de sus hijos, a través de créditos imposibles basados en comportamientos ficticios de la bolsa de valores y los mercados y esto ha llevado a la ruina a muchas familias que lo han perdido todo, incluso la dignidad y el respeto de su comunidad, convirtiéndose en parias sociales. Declararse en bancarrota es uno de los pasos más difíciles que cualquier “buen americano” pueda tomar, en un país de ganadores para los gana-

dores, es admitir fehacientemente que se es un perdedor, con todo el peso y la extensión que esta palabra pudiera tener.

El neoliberalismo y la globalización corrompieron en profundidad a los gobiernos a través de la legitimación del *lobby* y de los patrocinios de campaña: desde el concejal hasta el presidente de la república. La mayoría de los representantes y gobernantes se convirtieron en rehenes o por lo menos en agentes de las grandes corporaciones, impidiendo que las políticas sociales necesarias para mantener la estabilidad interna puedan llevarse a cabo, pues afectarían a dichos patrocinadores de los gobernantes y legisladores en turno.

Por poner un ejemplo, hacer accesible el costo de la educación universitaria —ya no pensemos en la gratuidad ofrecida por Hillary Clinton— afectaría profundamente a las sociedades de crédito y financieras que han construido un emporio gracias al endeudamiento transgeneracional de estudiantes y padres. La educación ha pasado a ser concebida como una inversión en el sentido literal y mercantilista del término: ¿cuánto me cuesta estudiar medicina?, ¿por cuántos años?, ¿cuál es el periodo de recuperación de mi inversión?, etc. Sin embargo se olvidan del factor empleo cada vez más reducido, más acotado, resultando en grandes cantidades de dinero invertidas en un “producto” que no será redituable, que no garantiza la movilidad social ni una mejora en los servicios de la ciudadanía. Al mismo tiempo un mayor acceso a la educación universitaria, incluso a la estatal, afectaría a las propias universidades que han encontrado un negocio muy lucrativo en los estudiantes internacionales a quienes se les cobran tarifas más altas que a los estudiantes nacionales.⁸ Estamos ante uno de los rostros de la empresarización de la educación.

8. En la University of Washington, por ejemplo, el 18% de sus estudiantes son extranjeros, la mayoría chinos, cada uno paga una colegiatura de 28,059 dólares, más o menos tres veces más que los estudiantes del estado de Washington. Según el propio rector de esta universidad, no le molesta en absoluto que haya más estudiantes extranjeros que estudiantes de otros estados de la Unión Americana y ya que China es el principal acreedor de la deuda de Estados Unidos, el registrar en sus universidades a estudiantes chinos pagando tres veces la colegiatura de los estadounidenses es una forma de “hacer que regresen ese dinero”. En Rice University de Huston, famosa por su departamento de ciencias, encontramos patrones similares de financiamiento abrumadoramente asiático, de contado y por adelantado en sus carreras. Ochenta y seis de sus 116 estudiantes extranjeros en el año 2013 eran chinos. En el año 2014, los *estudiantes chinos en las universidades*

De este modo nos encontramos con ciudades en las que se ha instalado un *ejército de estudiantes de reserva* junto a un *ejército de intelectuales de reserva*, así como con poblaciones rurales con un ejército de trabajadores de reserva.

Con metrópolis altamente educadas sin empleo y con mano de obra técnica y obrera altamente calificada igualmente desempleada o subempleada en el mejor de los casos.

Con poblaciones rurales y de tamaño medio en las que la vida comunitaria ha sido trastocada por el cierre de la industria o la mina alrededor de la cual fueron erigidas.

Con una base social de *millennials* sumamente informada y activa en las redes sociales pero que ha centrado el debate en los grandes temas del liberalismo contemporáneo y ha olvidado el voltear a ver, como dice el artículo “How Half of America Lost Its F**king Mind”,⁹ a quienes producen la comida orgánica que consumen y a sus comunidades. Una desconexión profunda entre dos mundos que parecerían vivir en dimensiones paralelas, escisión casi psicótica de los mundos en un solo país, bajo una misma bandera y todas sus estrellas.

En la conformación de estos nuevos tipos de ciudadano y en la polarización de la sociedad estadounidense, así como en el abandono o por lo menos alejamiento e incluso pervisión de los valores tradicionales, fundacionales, que parecían a prueba de crisis, encontramos varios factores muy importantes, entre ellos el neoliberalismo y la globalización y sus implicaciones en la empresarialización del estado social y la cooptación de los poderes Ejecutivo y Legislativo cuando menos.

estadounidenses fueron más de 270,000, con un incremento del 16% respecto al año anterior. Constituyen el principal grupo de estudiantes extranjeros, un 30% del total. Se calcula que entre *matrículas* y *gastos de estancia* pagan más de 8,000 millones de dólares al año. Los estudiantes extranjeros representan un ingreso para Estados Unidos de 21 billones de dólares anuales. Para una mayor profundización cf. Browne, 2010; Ruiz, 2013; Almond, 2013; Pérez de Urigüen, 2016.

9. Wong, David. (2016). How Half of America Lost Its F**king Mind. *Cracked*. Recuperado de: <http://www.cracked.com/blog/6-reasons-trumps-rise-that-no-one-talks-about/>

Otro factor de vital importancia en este análisis es sin duda la masificación y sofisticación de las tecnologías de la comunicación, que han desplazado a la prensa escrita, radiofónica y televisiva como fuente principal de información y de formación de opinión pública, que han favorecido la creación de redes de ciudadanos y han potenciado la comunicación en tiempo real entre sus miembros y otras redes o grupos de redes sociales.

Por otro lado tenemos la banalización de las expresiones culturales y la exaltación de la vida de las *celebridades*, mismas a quienes se les ha atribuido un rol que va más allá del glamour y el misterio que rodeaba a las *estrellas* de cine y que lo han desvelado todo a través de los *reality shows* y de la explosión que ha tenido la prensa sensacionalista desde las publicaciones pretenciosamente *aristocráticas*, como *Hola* o *Caras*, hasta las populacheras *People*, o *TV Novelas* o *The Sun*.¹⁰

Donald Trump es un producto *made in the media*, que ha sabido utilizar su celebridad y la adoración que le tienen los “simples mortales” para demostrar sus habilidades discursivas manipuladoras, propias del buen vendedor que ha aprendido a observar a su cliente y conoce sus necesidades reales, hiperreales y ontológicas, poniendo en la arena política frases cliché pero efectivas: “Al cliente hay que darle lo que pida” o “el cliente siempre tiene la razón”.

Considero que uno de los factores más decisivos en estos cambios es precisamente la especie de crisis existencial del ciudadano medio o, como lo he llamado, el buen americano, como consecuencia del ataque a las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001 y el descubrimiento

10. *People*. Revista estadounidense de escándalos y celebridades, de frecuencia semanal, publicada por Time Inc. Posee sitio web en inglés y español. Por su parte, *TVyNovelas* es una revista mensual de entretenimiento publicada por Editorial Televisa; posee cinco ediciones internacionales en EUA, Puerto Rico, Argentina, Chile, Panamá y Colombia. En México es considerada la publicación líder del espectáculo de telenovelas y en Colombia es la revista más leída de su tipo en el país. *The Sun* es un tabloide publicado en el Reino Unido con contenidos de espectáculos, celebridades, noticias, deporte, entre otros. Constituye el diario más leído en idioma inglés, con una tirada de alrededor de 3'200,000 ejemplares y unos 8'500,000 lectores. Es publicado por News Group Newspapers, subsidiaria de News Corporation. Cf. Portal Wikipedia <https://es.wikipedia.org>; así como los portales de *People*, *The Sun* y *TVyNovelas*: <https://www.thesun.co.uk/>; <http://www.tvynovelas.com/mx/>; <http://people.com/>; <http://peopleenespanol.com/>

de los centros de tortura de Abu Ghraib, con sus terribles imágenes publicadas en todos los medios de comunicación masiva del mundo. Develando de un solo golpe la verdadera naturaleza del conflicto y quitándole al “buen americano” su identidad de ciudadanos moralmente superiores a los del resto del mundo.¹¹

Asimismo las filtraciones de información clasificada que dejaban ver las redes de complicidades entre el Gobierno y las corporaciones, el descubrimiento de que no existieron armas químicas de destrucción masiva en el invadido Irak y que la muerte de miles de soldados estadounidenses tenía como objetivo, no la defensa de los derechos humanos, ni la búsqueda de instaurar los valores democráticos occidentales, ni siquiera la defensa o la revancha del país agredido en el corazón del orgullo estadounidense: las Torres Gemelas de Nueva York, sino que simple y sencillamente se trataba de beneficiar a las industrias petrolera, de armas y de la construcción, tal como el pánico desmedido desatado por la gripe aviar tenía como objetivo oficializar la necesidad de la vacuna para favorecer a la industria farmacéutica que la produce y de la cual el entonces secretario de la Defensa Rumsfeld era accionista.¹²

-
11. El escándalo de abusos cometidos por parte de miembros de las fuerzas militares estadounidenses se destapó en 2004, cuando se conocieron imágenes de soldados humillando a presos de la cárcel de Abu Ghraib, en Irak. Cerca de 200 fotografías relacionadas con casos de abuso por parte de militares de Estados Unidos en Irak fueron dadas a conocer por el Pentágono. Cf. *BBC Mundo*. (2016). Revelan 198 fotos sobre los abusos de EE.UU. a prisioneros en Irak. Recuperado de: http://www.bbc.com/mundo/noticias/2016/02/160206_estados_unidos_internacional_pentagono_abusos_irak_amv
 12. Donald Rumsfeld era presidente y principal accionista de Gilead Sciences Inc., la empresa que vendió a Roche el Tamiflu, el antiviral que fue fabricado a destajo en 2005 cuando el Pentágono hizo sonar la falsa alarma de la gripe aviar. El precio normal del Tamiflu supera los 40 dólares y las ganancias de Roche y Gilead Sciences Inc. se han multiplicado con cada epidemia. En 2005 la revista *Fortune* estimó que el valor de las acciones de Rumsfeld podían alcanzar los 25 millones de dólares y que la demanda internacional de Tamiflu por la gripe aviar había engrosado los bolsillos del secretario de Defensa en un millón de dólares. La revista calculó las ventas de Tamiflu alrededor del mundo en mil millones de dólares ese año, incluido un pedido de 58 millones de dólares por parte del Pentágono, cuyo titular era entonces Rumsfeld. Cf. Goobar, Walter. (s/f). *Rumsfeld y una epidemia con puntualidad suiza*. Recuperado de: <http://www.waltergoobar.com.ar/notices/view/487/rumsfeld-y-una-epidemia-con-puntualidad-suiza.html>

Considero que esa crisis de confianza en los gobiernos no fue superada y sólo se agudizó tras el surgimiento del peor tipo de terrorismo fundamentalista y exponencialmente violento que representa ISIS no sólo para Europa y el Medio Oriente sino para Estados Unidos, y que surge y se fortalece, entre otras causas, como consecuencia del derrocamiento de los gobernantes que tenían controlados los fundamentalismos político y religioso pero que al mismo tiempo manejaban un discurso nacionalista en Egipto, Libia e Irak, así como del apoyo, hasta el día de hoy, a las fuerzas rebeldes que intentan derrocar al presidente de Siria. Aguda crisis política y militar que trajo consigo la llamada “Primavera Árabe” auspiciada por el Gobierno de Barack Obama, el presidente de la esperanza y su secretaria de Estado Hillary Clinton.

Las filtraciones de información de Snowden y su asilo político en Rusia colocaron en situación de gran vulnerabilidad a Estados Unidos y a sus aliados europeos. El escándalo de los famosos *Panama Papers* no hizo otra cosa que exacerbar la crisis de confianza y legitimidad de la clase política.

Los partidos políticos y sus precandidatos debieron haber aprendido a escuchar y a leer a su electorado, a leer las señales del tiempo, a conocer el país que aspiraban a gobernar y no sólo su distrito o su ciudad o su estado, y no sólo a sus amigos, a sus socios y a sus asesores. Debieron observar y estudiar el contexto internacional; después de todo y aunque les sea difícil aceptarlo, los estadounidenses no son muy distintos de los demás habitantes del planeta.

Este alejamiento de parte de los políticos de su base electoral es un signo de la descomposición de la política como consecuencia de la simbiosis Gobierno/corporación, del desplazamiento de lo social y político como centro del debate y del quehacer nacional hacia lo económico/corporativo y del agotamiento del pacto social que como en ningún otro país, en Estados Unidos trascendió su naturaleza de constructo teórico para volverse historia.

La política tradicional necesitaba tiempo para pasar por un proceso de deconstrucción crítica y volver a ser viable, para responder a las necesidades y demandas de una sociedad mucho más informada y participativa. Una sociedad que necesitaba tiempo para sanar las

heridas de su ego maltrecho y perdonarse por las heridas infligidas a los otros en su nombre; una sociedad indignada por la impunidad de los delincuentes de cuello blanco de Wall Street, enfurecida por el desempleo, por la falta de oportunidades, por las guerras innecesarias, por la desigualdad creciente, por una política fiscal inequitativa, por el empobrecimiento de la clase media y el enriquecimiento exponencial del 1% de la población, por el incremento de la población encarcelada selectivamente, por la impunidad con que quedan sin castigo los crímenes de odio; una sociedad que ve cómo se le escapa a la mayoría la posibilidad de alcanzar el mítico ya, sueño americano.

Esta sociedad necesitaba tiempo. Necesitaba creer que podía elegir la clase de gobierno y gobernantes que realmente la representaran, necesitaba y demandaba nuevos actores políticos. Quería poder.

Los partidos políticos no supieron verlo y como ya se ha señalado aquí, ignoraron a su base social. Durante las primarias surgieron dos figuras que representaban a esa población cansada y decepcionada de su clase política, dos figuras diametralmente opuestas pero que le hablaban a los mismos problemas con distinto lenguaje y desde distintas perspectivas. El senador por Vermont Bernie Sanders y la celebridad mediática y empresario Donald Trump.

Un caso interesante es el hecho de que a pesar de abanderar las demandas del anti-*establishment* —cuya base resultó ser mucho más amplia de lo que pudieron ver la mayoría de los analistas políticos, los académicos y sospecho que incluso ellos mismos y sus equipos de asesores— decidieron jugar con las reglas del juego político precisamente del *establishment*. El primero buscando la nominación del Partido Demócrata y el otro la del Partido Republicano. No se lanzaron a la contienda política desde una candidatura independiente, lo que le costó al senador Sanders precisamente la imposibilidad de alcanzar la nominación y contender contra Donald Trump.

Encerrados en la camisa de fuerza de los procedimientos internos de sus respectivos partidos, la contienda adquirió un tinte inesperado en la que la frustración y las contradicciones establecieron una dinámica de golpeteo y un discurso altamente crítico y violento en ambos lados de la “cancha de juego”, fenómeno que debió haber despertado de su inercia a los actores políticos tradicionales al interior de los dos partidos mayoritarios y a sus estructuras inamovibles y clientelares.

Desde el primer debate era más que evidente la ruptura interna. En determinado momento daba la impresión de que en realidad se trataba de un debate entre por lo menos dos partidos de un lado y tres o cuatro partidos del otro.

Nunca en la historia de los debates presidenciales de Estados Unidos se había reducido tanto el nivel de los mismos hasta hacer a los candidatos abandonar el lenguaje mesurado de la diplomacia en el que la agudeza de las declaraciones, la agilidad mental para responder al adversario, el mejor manejo de la información objetiva y las capacidades discursivas de los contrincantes fueran dejadas de lado para llegar al lenguaje soez, a las alusiones y ataques personales, a los manierismos grandilocuentes e incluso al despliegue más brutal de la energía de macho alfa del lado del Partido Republicano que en varias ocasiones parecía ir más allá de la pelea de tipo callejera, a la ejecución de una pelea “vale todo” en su jaula mediática acartonada en la que, como en el circo romano, el público ávido de espectáculo y de ver correr la sangre, decide que gane el que más y más violentamente golpee y más astuto resulte para evadir los golpes o golpear por la espalda. El sentido del honor no tiene cabida en una contienda así, por el contrario, se convierte en un estorbo. Los políticos, para su bien o para su mal, están acostumbrados más al *ring* que al espectáculo.

Por otra parte, los ataques al ejercicio público y de políticas públicas entre los candidatos del lado del Partido Demócrata no parecían propios de un debate por la nominación interna. Era un debate entre ideas y visiones tan diferentes e incluso opuestas, que resultaba imposible creer que vinieran de compañeros de partido y se asemejaban más a los debates parlamentarios o a las comparecencias de los funcionarios públicos ante el Congreso.

Desde mi muy personal punto de vista, considero que los partidos políticos, inmersos en sus propios procesos anquilosados, no pudieron prever el desarrollo que dichos debates internos entre precandidatos habría de tener, no supieron cómo manejar la situación ante un escenario de este tipo, ni tampoco contener y dar forma a las fuerzas de choque que comenzaron a soltarse inmediatamente. Quizá incluso después de este descontrolado curso de los hechos, lo más sensato en el caso de los demócratas hubiera sido, como en las peleas entre hermanos, dejar que se enfrentaran libremente acogidos por el escenario familiar, permitir que “ganara el mejor o el más hábil” y

proveer entonces el espacio para la reconciliación. Pero no fue así. El partido tenía sus propios dueños y uno de los hermanos no compartía el mismo ADN que sus padres. No le permitirían acceder a la herencia y gobernar la casa.

No sólo las elecciones, sino las primarias mismas descubrieron al mundo el rechazo de una sociedad a su clase política y al *establishment*, sino que develaron el Estados Unidos que se había ido configurando aceleradamente en las últimas décadas, producto, como ya se ha señalado, de los estragos que el neoliberalismo había causado a la estructura de valores, composición socioétnica y reordenamiento de la base económica y de la distribución de la riqueza.

Descubrieron los distintos mundos encerrados en la nación más poderosa de la Tierra, la crudeza del discurso en boca de los habitantes del tercer y cuarto mundo que viven en las montañas o en las llanuras solitarias, en las ruinas de lo que fueran fábricas, minas y granjas prósperas, o deambulan por las calles sin esperanza y duermen y mueren debajo de los puentes de las grandes ciudades, invisibilizados a plena luz del día o dejan pasar el tiempo tumbados en su sofá viendo *reality shows*, adormecidos con las voces de otras vidas que podrían ser la suya, o trabajan en un restaurante de comida rápida por un salario que también rápidamente se agota. Descubrieron el cinismo con que enfrentan la vida.

El llamado “fenómeno Bernie Sanders” debió haber alertado a ambos partidos políticos, la fuerza y la rapidez con que creció, la variedad demográfica de sus seguidores, la capacidad impresionante de recaudación de fondos para la campaña que superó a la de Obama en cuanto a cantidad de pequeñísimas donaciones individuales, la muy numerosa afiliación al partido, las expresiones espontáneas y abiertas de apoyo en las escuelas, en las calles, la receptividad de su discurso por parte de los más jóvenes y educados pero también por parte de los obreros desempleados y de quienes como miembros de la clase trabajadora conocieron tiempos mejores, no tenía precedentes y hablaba de manera elocuente de este cambio profundo del electorado que se sentía cada vez más liberado de las ataduras partidistas y comenzaba a tener una actitud más participativa en la vida política nacional. En

pocas palabras, se estaba ante el despertar de las que llamaba Baudrillard (1978) las “mayorías silenciosas”¹³ con su potencial de revancha contra el *establishment* y su voluntad férrea de recuperar los espacios social y político y hacer oír su voz.

A raíz del *hackeo* al parecer ruso, de los correos electrónicos de Hillary Clinton, de su jefe de campaña John Podesta y del Partido Demócrata, dados a conocer por *wikileaks*,¹⁴ los electores estadounidenses descubrieron que la cúpula del partido no sólo favoreció abiertamente a la candidata, sino que trabajó contra el senador Sanders para que la primera pudiera lograr la nominación de su partido, haciendo oídos sordos al clamor popular que rodeaba al senador y a las cada vez más voces críticas en torno a la actuación de Hillary Clinton como secretaria de Estado y su papel crucial en los graves

-
13. Categoría de la que se sirve Baudrillard (1978) para expresar el papel que el ser humano tiene que representar cada día de su vida en este imperio de la representación y el simulacro para poder sobrevivir. Las mayorías silenciosas disimulan tener o ser individuos y se camuflan en masa, esta masa vacía de sentido que como bien señala Baudrillard no son buenas transmisoras ni de sentido ni de lo social y que cual esponjas absorben toda la energía de lo social hasta caer por su propio peso. Agujeros negros del sentido. Así, mientras que las masas son individuales simulando ser individuos, las mayorías silenciosas están compuestas por individuos disimulando serlo como forma de protección, es decir se encuentran en resistencia para preservar su identidad y utilizan el silencio como arma poderosa para desestabilizar el orden que los ha convertido en caricatura de la ciudadanía y que cree que ejerce un poder político sobre ellos, cuando en realidad simula ejercerlo pues no es ni reconocido, ni otorgado por dicha mayoría. Las masas no se expresan, se las sondea mediante encuestas y dispositivos que no responden a una dimensión representativa sino simulativa: “Pero ese silencio es paradójico, no es un silencio que no habla, es un silencio que prohíbe que se hable en su nombre. Y en ese sentido, lejos de ser una forma de alineación, es un arma absoluta [...] De nadie puede decirse que represente a la mayoría silenciosa, y ésta es su revancha” (p. 25). Cf. Baudrillard, Jean. (1978). *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairós.
 14. *WikiLeaks* publicó más de 50 mil correos durante la pasada campaña presidencial en Estados Unidos, muchos de los cuales revelaban acciones de favoritismo de funcionarios del Partido Demócrata por Clinton en detrimento de Bernie Sanders. Esto le costó la renuncia a la presidenta del partido, Debbie Wasserman, junto con colaboradores más cercanos. En una entrevista para la cadena Fox News, Assange reiteró que la fuente de *wikileaks* no era el gobierno de Rusia, además de que es imposible saber si las filtraciones alteraron el desenlace de la elección. Cf. Yong, Gerardo. (2017). Niega *WikiLeaks* que Rusia haya hackeado las elecciones de EU. Revista *Siempre*, 4 de enero. Recuperado de: <http://www.siempre.com.mx/2017/01/niega-wikileaks-que-rusia-haya-hackeado-las-elecciones-de-eu/>

conflictos del Medio Oriente así como en el manejo descuidado de la correspondencia electrónica oficial, pero también respecto a los ingresos recibidos de parte de las corporaciones de Wall Street como pago por sus conferencias, como donativos a la Fundación Clinton y como contribuciones a su campaña por la nominación del partido.

El complejo sistema electoral estadounidense contribuyó a la victoria de Hillary Clinton. Era una contienda a todas luces desigual, la figura elitista de los súper delegados, quienes representan a la estructura del partido y cuya mayoría pertenece precisamente a esa cúpula partidista, hacía prácticamente imposible que el senador Sanders pudiera alcanzar la cantidad de votos necesarios para lograr la nominación, a pesar de tener el voto popular y de haber ganado varias convenciones. No pudo recuperarse del discutido fraude que le realizaron en Nevada.

El partido dio por sentado que el electorado partidista se comportaría de manera disciplinada, aceptando y apoyando a la candidata triunfadora de las primarias y no sólo no fue así, sino que casi al final de la campaña presidencial el senador Sanders tuvo que salir en apoyo de la candidata y hablarle a sus seguidores pidiéndoles un voto de confianza para la misma, apelando a su popularidad, pues había mucha reticencia de parte de esos entusiastas jóvenes liberales a votar por alguien que como ninguno, representaba precisamente aquello contra lo cual luchaban.

La arrogancia de la candidata y su equipo de campaña, así como la imposibilidad estructural para poder ver los nuevos escenarios que se estaban configurando, la hicieron confiarse y creer que se reproduciría la misma tendencia de voto que en la elección del presidente Obama, desdeñando la visita y la campaña activa en estados cruciales y tradicionalmente demócratas como Michigan y Pensilvania. Incluso en la última fase de la misma enviaron a su equipo de trabajo electoral a invitar a la población de dichos estados a acudir a las urnas y no a pedir el voto para su candidata, tal era el grado de confianza en que se mantendrían las tendencias de votación de la elección anterior. Fue hasta entonces que los coordinadores de la campaña y la candidata descubrieron que las cosas habían cambiado radicalmente y se encontraron con la sorpresa de que la campaña de Trump había dado resultado. Por todos lados se exhibían pósters del candidato republicano,

que sí había ido a recorrer estos estados. Del lado de los demócratas ya no quedaba mucho que pudiera hacerse.

Por su lado, Trump, en el contexto de la contienda interna del Partido Republicano representaba al *outsider*, al ajeno a los grupos de poder, al ajeno a la clase política. Los seguidores y promotores de las teorías de conspiración e incluso analistas políticos serios, en un principio veían su participación como una especie de broma para darle color a la contienda o incluso lo percibían como un “agente de los Clinton” —a quienes había hecho contribuciones económicas en el pasado— para debilitar al Partido Republicano y hacer más fácil el camino a la presidencia para Hillary.

Desde un principio Donald Trump supo utilizar el poder de su imagen mediática y su condición de celebridad acuñada desde la década de los ochenta, supo sacar ventaja de su habilidad para mentir mirando a los ojos; hizo de su notable ignorancia de la política interna y externa, su fortaleza; supo trasladar a la política el lenguaje agresivo y amoral de la guerra en el mundo de los negocios. Se dedicó a atacar en el plano personal a sus contendientes y a sus familias, a amenazarlos, a criticar vehementemente sus quehaceres en la política y en la administración pública, a acusarlos precisamente de políticos, porque supo leer el fenómeno Sanders y porque a pesar de vivir en su burbuja dorada de Manhattan, sabía percibir el enojo de los marginados y de los conservadores “agredidos” por los liberales en el poder de los medios de comunicación y de las universidades. Conocía a los incautos que buscaban desesperadamente el acceso al mundo del dinero y el éxito que se inscribían en su Universidad Trump con los ahorros de su vida de trabajo. Conocía a cabalidad el poder de su persona como figura aspiracional en un país con acceso cada vez más restringido a la educación universitaria y en el que ésta dejó de ser garantía de ascenso social. Trump y sus torres doradas Trump, y sus campos de golf Trump y sus casinos y su Universidad Trump representaban lo que quedaba del sueño americano, de la grandeza de los tiempos previos al neoliberalismo que paradójicamente hicieron posible su existencia.

La verdadera dimensión del nivel de hartazgo del electorado respecto a la política y a los políticos, de la crisis social que enfrenta Estados Unidos, puede medirse en la gran cantidad de ciudadanos que acudieron a las urnas a votar por un candidato que no sólo representaba la antítesis de la clase política sino de los valores tradiciona-

les mismos de la sociedad estadounidense que le han dado identidad nacional. Votaron por un hombre rico y ostentoso cuyo color emblemático es el dorado, frente al valor tradicional de la medianía. Por un hombre tres veces casado y dos divorciado, frente al valor tradicional de la familia unida. Por un hombre abiertamente ateo frente al valor tradicional del peregrino creyente y puritano que da origen al país mismo que expresa su confianza en Dios en su moneda y que como ya se señaló, jura ante la Biblia en los juicios y en la toma de posesión de los gobernantes. Por un hombre casado con una modelo inmigrante que apareció desnuda en revistas y periódicos, frente a la imagen tradicional de la primera dama ocupada en la educación de sus hijos y el apoyo estoico a su esposo. Por un hombre que ha expresado su desprecio a la mujer y ha sido acusado de acoso y asalto sexual por múltiples mujeres, frente a los valores tradicionales puritanos. Por un hombre que abiertamente reconoce ser “demasiado vivillo como para pagar sus impuestos”, frente al casi sagrado valor del deber del buen ciudadano. Por un hombre que evadió el ir a la guerra, a diferencia de Kennedy, McCain, Bush, Kerry, etc. y que ha despreciado el valor de la entrega de las vidas de los soldados caídos en el cumplimiento de su deber, frente a los valores tradicionales de exaltación patriótica y heroísmo. Por un hombre admirador del presidente ruso y su gobierno, a quien invitó públicamente a intervenir las cuentas de correo electrónico de Hillary Clinton y su partido, frente a los valores tradicionales de defensa de la soberanía en un país cuya población creció viendo películas en las que los rusos encarnaban al enemigo más despreciable, criminal y peligroso de su país.

El resultado de la elección evidenció más que nunca los profundos problemas estructurales del sistema político electoral de Estados Unidos, en el que un partido y su candidato pueden ganar la elección no sólo sin haber ganado el voto popular sino habiéndolo perdido por un margen tan grande —casi tres millones de votos— que crea un problema muy serio de gobernabilidad y que ante los ojos del mundo plantea también un problema de legitimidad. El debate sobre la posibilidad de reforma de dicho sistema electoral se hace cada vez más urgente.

Por otro lado, esta elección ha visibilizado y empoderado a una sociedad civil dinámica que ha reconocido el poder de la organización ciudadana, su papel primordial en la recuperación de los valores iden-

titarios y de solidaridad, su poder de dar voz y visibilizar las problemáticas sociales como la desigualdad económica, social y de género y su capacidad y poder para acotar al Gobierno y diseñar de algún modo la clase de país que los represente. La “marcha de las mujeres” en casi todas las ciudades de Estados Unidos que se reprodujo en las grandes capitales del mundo, es un ejemplo claro de este empoderamiento ciudadano como fenómeno global e intergeneracional —el desprecio y abuso de Trump, no es sólo a las estadounidenses sino a todas las mujeres del mundo—. Lo mismo son las iniciativas ciudadanas a boicotear a las empresas que lo apoyan o que comparten sus posturas xenófobas y racistas, las movilizaciones en defensa del medio ambiente, de la educación, del seguro costeable de cuidado, de los migrantes, que han sido el principal blanco de sus ataques.

En las pasadas elecciones no sólo perdió el Partido Demócrata y su candidata sino toda la clase política. El hecho de que un candidato que representaba la antítesis de los valores puritanos y *moralmente* conservadores de su partido, un candidato que fue abandonado y fuertemente criticado por prominentes miembros del mismo, haya logrado ganar la elección presidencial, es una de las pruebas más contundentes del fracaso de ambos partidos políticos y del rechazo de los ciudadanos a su clase política y al *establishment*.

De igual modo, no sólo los jóvenes liberales de las grandes ciudades de los estados azules fueron derrotados, lo fueron también los “buenos americanos” de los pequeños pueblos y ciudades de los estados rojos, que votaron por Trump porque supo hablarle a la sensación de marginación, a la desesperanza, a la humillación de hacer fila en las oficinas de desempleo, a la sensación de abandono, al racismo irracional latente y acrecentado con el neoliberalismo al que ha sabido explotar y exponenciar, como dijera Simone de Beauvoir (1968) en *Nature of de Second Sex*:

Uno de los beneficios que la opresión confiere a los opresores es el que aún al más humilde de ellos se le hace sentir superior, por lo que lo que un “blanco pobre” en el sur de Estados Unidos puede consolarse con la idea de que no

es un “sucio *nigger*”¹⁵ y los bancos más prósperos saben explotar inteligentemente ese orgullo (Beauvoir, 1968: 16).

Perdieron todos los estadounidenses que al día siguiente de la elección despertaron sabiendo que su país, como lo conocieron, como lo concibieron los padres fundadores, había desaparecido. Perdió la historia construida con múltiples historias individuales y colectivas, con sangre y muerte, hambre y desolación. Perdió la historia obligada a repetirse: de vuelta a la confederación de colonias, de vuelta a los peligros de la *frontera*.¹⁶ De vuelta a la lucha entre yanquis y confederados, entre abolicionistas y segregacionistas.

Despertaron en un país cuya espina dorsal se desmorona como afectada de osteoporosis, como tierra porosa enferma por el *fracking*.

A unos días de la inminente toma de posesión de la Presidencia de la república por la celebridad, los estadounidenses se quedan atónitos ante el descubrimiento de una realidad demasiado objetiva para intentar ignorarla. Fueron engañados por el autor del *Art of the Deal*. Como lo engaña a uno el ilusionista callejero con sus vasos y pelotitas, su líder los engañó como a los inversionistas de sus torres de departamentos, como a los estudiantes de la Universidad Trump, pese al acuerdo legal por 25 millones de dólares al que llegaron. Su líder los vendió cual líder sindical de república de tercer mundo.

La lucha de clases seguirá su vigencia, los poderosos gobiernan para, por y con los poderosos. El gabinete del presidente número 45

15. Término altamente despectivo hacia los negros.

16. La historia de Estados Unidos, como señala el historiador Frederick Turner (citado por Vega, 2013), no es otra que la de los colonos que llegan del viejo continente, se establecen allí y evolucionan hasta conformar una nueva sociedad y una nueva nación. Pero para ello, antes han tenido que experimentar un proceso de avance de este a oeste, tomando cada vez una mayor cantidad de tierras y moviendo, de esta manera, la frontera que separa su mundo de las nuevas tierras, de una especie de “mundo salvaje y natural” que van tomando en una lucha contra el medio y un proceso de adaptación paulatino. Esta lucha y este avance serán los que forjen el carácter del pueblo estadounidense, que se caracterizaría por una actitud emprendedora, un deseo de ir siempre más allá y una permanente búsqueda de posibilidades. Así, la base de todo este proceso de configuración de Estados Unidos es la expansión, la lucha por hacer avanzar la frontera. Cf. Vega Carrasco, Miguel. (2013). Otra historia de Estados Unidos: Turner y la frontera. *Papel de Periódico*. Recuperado de: <http://papeldeperiodico.com/2013/09/otra-historia-de-los-estados-unidos-turner-y-la-frontera/>

de Estados Unidos, del que le hablaba a los explotados y a los desplazados, a los pobres, del que atacó a la candidata demócrata por haber recibido donativos de Wall Street para la Fundación Clinton, está conformado por su grupo de amigos billonarios, entre ellos los grandes señores de Wall Street. La riqueza acumulada por el gabinete equivale a la riqueza acumulada por las dos terceras partes de la población de Estados Unidos.¹⁷

La falta de conocimiento no sólo de gobierno, sino de la realidad de la sociedad a la que ahora gobierna, sirve perfectamente a las promesas de campaña de Trump en cuanto al desmantelamiento del *establishment*. Tal como lo dijo su estratega jefe y consejero principal Stephen Bannon, el ultraderechista y supremacista blanco fundador del portal de noticias Breitbart en la Convención Anual de Conservadores celebrada el 25 de febrero, se trata de comenzar a “deconstruir” el Estado, léase desmantelar el estado social. La secretaria de Educación Betsy DeVos, es una empresaria famosa por sus críticas a la educación pública que ha propuesto sustituirla por vales canjeables en las escuelas privadas, sin tomar en cuenta que muchos niños y jóvenes de primaria y secundaria tendrán ahora que endeudarse para poder cubrir la colegiatura complementaria a dichos vales; el secretario de Medio Ambiente Scott Pruitt es un ferviente opositor a las políticas ambientalistas del Gobierno y ha negado públicamente la existencia del cambio climático y la intervención del ser humano en el calentamiento global; el secretario de Energía, Rick Perry, hizo público su rechazo a la necesidad de la existencia misma de dicha Secretaría que ahora encabeza!

Como si la pesadilla no fuera lo suficientemente vívida y aterradora, los estadounidenses se despiertan sabiendo que es verdad: el enemigo legendario ha entrado silenciosamente por la puerta prin-

17. El gabinete de Trump, que no estaba todavía completamente constituido en diciembre de 2016, tenía un valor combinado de \$14 mil millones de dólares, el más alto que en la Casa Blanca se haya reunido jamás. Su equipo tendrá 50 veces el valor de la riqueza del primer gabinete de George W. Bush, que los medios de comunicación en su momento calificaron como el “equipo de millonarios”. Cf. Neate, Rupert. (2016). Donald Trump faces Senate backlash over “cabinet of billionaires”. *The Guardian*. Recuperado de: https://www.theguardian.com/us-news/2016/dec/18/donald-trump-senate-backlash-cabinet-of-billionaires?CMP=share_btn_link

cial a su casa. Rusia, Putin y sus aliados manipularon la elección para favorecer a su *camarada* y ganar la partida; las evidencias de los encuentros entre el Gobierno de Rusia y varios miembros del ahora gabinete del presidente son tan evidentes que el secretario de Seguridad Nacional Michael Flynn tuvo que renunciar ante el escándalo desatado en la prensa al filtrarse pruebas de la serie de encuentros que mantuvo con el embajador ruso en el año electoral, mismos que había negado en la audiencia de confirmación ante el Senado, al igual que las mantuvo el secretario de Justicia Jeff Sessions, por lo que ha tenido que recusarse de participar en la investigación sobre la magnitud de la intervención del Gobierno ruso en las elecciones.

Pero ¿se vale hacerse el sorprendido? El lobo feroz jamás pretendió ser otra cosa que lobo feroz, jamás pretendió respetar a las mujeres, ni siquiera a las blancas de clase media que votaron por él, jamás amar a los niños, jamás querer a los latinos y a los negros que también llenaron la boleta electoral con su nombre, jamás negó haber defraudado al fisco, jamás dijo ser religioso o por lo menos creyente.

Vieron lo que querían o necesitaban ver, oyeron lo que querían o necesitaban oír, creyeron lo que querían o necesitaban creer, o siguieron como ratas ¿o como niños? la melodía fantástica del gran negociador y su flautita mágica.

El vendedor más grande del mundo vendió sueños a la gente de puerta en puerta, de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad y se robó esos sueños. Después de la gran venta, cansado y satisfecho, se retiró a su torre de oro a celebrar, se sentó en su mesa de oro con su familia y sus amigos y se sirvió el país que le entregaron esos pobres incautos en bandeja de oro. Se dice por ahí que el vendedor más grande del mundo puede venderle bloques de hielo a los esquimales, y es verdad. ii, 2, 3... clap! De vuelta a la realidad.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Almond, B. J. (2013). *Rice Magazine*, otoño 2013. Houston: Rice University Press.
- Baudrillard, Jean. (1978). *A la sombra de las mayorías silenciosas*. Barcelona: Kairós.
- . (1993). *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós.

- . (2000). *Figuras de alteridad*. México: Taurus.
- Blow, Charles M. (2017). A Lie by Any Other Name. The Opinion Pages. *The New York Times*, enero 26. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/2017/01/26/opinion/a-lie-by-any-other-name.html?smprod=nytcore-iphone&smid=nytcore-iphone-share>
- Borger, Julian. (2016). Trump's response to recent attacks risks adding confusion to dangerous situation. *The Guardian*, 20 de diciembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/us-news/2016/dec/20/trumps-response-to-terror-attacks-risks-adding-confusion-to-dangerous-situation?CMP=share_btn_link
- Browne, John. (2010). *Securing a sustainable future for higher education: An independent review of higher education funding & student finance*. Recuperado de: <http://www.bis.gov.uk/assets/biscore/corporate/docs/s/10-1208-securing-sustainable-higher-education-browne-report.pdf>
- Carrol, Rory. (2016). Donald Trump on tape saying 'every racist thing ever', claims actor Tom Arnold. *The Guardian*, 21 de diciembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/us-news/2016/dec/20/donald-trump-apprentice-outtakes-tape-tom-arnold?CMP=share_btn_link
- De Beauvoir, Simone. (1968). *The nature of second sex*. (1ª reimpresión). Nueva York: The New English Library.
- Douglas, Lawrence. (2017). Donald Trump's disregard for words —and truth— is finally catching up with him. *The Guardian*, 18 de marzo. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/mar/18/donald-trump-disregard-words-truth-finally-catching-up-with-him>
- Feingold, Russ. (2017). If Gorsuch is confirmed, the legitimacy of the us Supreme Court won't recover. *The Guardian*, 20 de marzo. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/mar/20/judge-gorsuch-confirmation-legitimacy-us-supreme-court>
- Foucault, Michel. (1991). *Microfísica del poder*. Madrid: La Piqueta.
- Freedland, Jonathan. (2016). Don't call it post-truth. There's a simpler word: lies. *The Guardian*, 16 de diciembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/dec/16/not-post-truth-simpler-words-lies-aleppo-trump-mainstream?CMP=share_btn_link
- . (2017). Sean Spicer is a Groucho Marxist, asking us not to believe our own eyes. *The Guardian*, 22 de enero. Recuperado de: https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/22/sean-spicer-inauguration-groucho-marxist-asking-us-not-believe-our-own-eyes?cmp=share_btn_link

- Jacobs, Ben. (2016). Julian Assange gives guarded praise of Trump and blasts Clinton in interview. *The Guardian*, 21 de diciembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/media/2016/dec/24/julian-assange-donald-trump-hillary-clinton-interview?cmp=share_btn_link
- Jamieson, Amber, Slawson, Nicola, y Khomami, Nadia. (2017). Women's March events take place in Washington and around the world — as it happened. *The Guardian*, 22 de enero. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/lifeandstyle/live/2017/jan/21/womens-march-on-washington-and-other-anti-trump-protests-around-the-world-live-coverage>
- Krugman, Paul. (2017). Donald the Menace. The Opinion Pages. *The New York Times*, febrero 3. Recuperado de: https://www.nytimes.com/2017/02/03/opinion/donald-the-menace.html?smprod=nytcore-iphone&smid=nytcore-iphone-share&_r=0
- Levin, Sam. (2017). Trump pressured parks chief for photos to prove 'media lied' about inauguration crowd — report. *The Guardian*, enero 27. <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/25/democracy-broken-distrusted-trump-brexit-political-system>. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/world/2017/jan/26/donald-trump-inauguration-crowd-size-national-parks-photos>
- Lindsay, Jane. (2016). I am a Democrat in rural, red-state America. My party abandoned us. *The Guardian*, 15 de noviembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/15/rural-america-working-class-voters-democrats-donald-trump?cmp=share_btn_link
- Monbiot, George. (2016). Celebrity isn't just harmless fun — it's the smiling face of the corporate machine. *The Guardian*, 20 de diciembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/dec/20/celebrity-corporate-machine-fame-big-business-donald-trump-kim-kardashian?cmp=share_btn_link
- . (2017). Our democracy is broken, debased and distrusted — but there are ways to fix it. Politics Opinion. *The Guardian*, enero 25. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/commentisfree/2017/jan/25/democracy-broken-distrusted-trump-brexit-political-system>
- Pérez de Urigüen, Emilio. (2016). Los chinos son los mejores clientes de las universidades americanas. *One magazine*. Recuperado de: <http://www.onemagazine.es/noticia/23287/internacional/los-chinos-son-los-mejores-clientes-de-las-universidades-americanas.html>
- Pilkington, Ed. (2017). Attempts to hold Trump to account only seem to make him stronger and stranger. *The Guardian*, 14 de enero. Recupe-

- rado de: https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/14/donald-trump-press-conference-twitter-media?cmp=share_btn_link
- Rawnsley, Andrew. (2016). The shock lessons for liberals from Brexit and the Trumpquake. *The Guardian*, 20 de noviembre. Recuperado de: https://www.theguardian.com/commentisfree/2016/nov/20/lessons-liberals-brexit-trumpquake-demagogues-rules-electoral-politics?cmp=share_btn_link
- Ruiz Uribe, Martha Nérida. (2006). *El espejo intoxicado. Hiperrealismo, hiperconsumo e hiperlógica en sociedades posmodernas*. Tesis doctoral. La Habana: Facultad de Comunicación. Recuperado de: <http://www.bibliociencias.cu/gsd/collect/tesis/index/assoc/hash0123.dir/doc.pdf>
- . (2013). La empresarialización de la educación superior en la Unión Europea. Neocolonialismo y segregación. *Horizontes Sociológicos (AAS)*, año 1, núm. 2, julio-diciembre, en coedición con revista *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas (ALAS)*, año 5, núm. 8, diciembre de 2013.
- . (2016). *El liberalismo radical de los “Millennials blancos” en la era global*. Panel: Ciudades, transculturalidades y retos de la convivencia urbana en América Latina, julio de 2016. Universidad de Viena-ISA Forum.
- Schmidt, Kiersten, y Almuthtar, Sarah. (2017). Where Women’s Marches are Happening around the World. *The New York Times*, 20 de enero. Recuperado de: <https://www.nytimes.com/interactive/2017/01/17/us/womens-march.html>
- Smith, David. (2017). Donald Trump starts MLK weekend by attacking civil rights hero John Lewis. *The Guardian*, 14 de enero. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/14/donald-trump-john-lewis-mlk-day-civil-rights>
- The Guardian*. (2017). Trump-Mexico relations hit new low after 20% border wall tax mooted. *The Guardian*, 27 de enero. Recuperado de: <https://www.theguardian.com/world/2017/jan/26/trump-calls-for-20-tax-on-mexican-imports-to-pay-for-border-wall>
- Yong, Gerardo. (2017). Niega WikiLeaks que Rusia haya hackeado las elecciones de EU. Revista *Siempre*, 4 de enero. Recuperado de: <http://www.siempre.com.mx/2017/01/niega-wikileaks-que-rusia-haya-hackeado-las-elecciones-de-eu/>
- Yuhás, Alan. (2017). White House refusal to release Trump tax returns alienates WikiLeaks. *The Guardian*, 23 de enero. Recuperado de: https://www.theguardian.com/us-news/2017/jan/22/white-house-refuses-release-trump-tax-returns-wikileaks?cmp=share_btn_link

*Hegemonía y democracia en disputa. Trump
y la geopolítica del neoconservadurismo*
se terminó de imprimir en noviembre de 2017
en los talleres de Ediciones de la Noche
Madero #687, Zona Centro
Guadalajara, Jalisco.

El tiraje fue de 300 ejemplares

www.edicionesdelanoche.com

En los tiempos de incertidumbre que vivimos, editar un libro sobre la trascendencia de las elecciones de Estados Unidos en la geopolítica mundial y de manera particular en América Latina, es tarea urgente y necesaria.

El presente texto plantea por ello la manera en qué las elecciones en Estados Unidos recordaron al mundo la existencia de los olvidados y mostraron la realidad de una sociedad “violenta en lo individual y belicosa en lo social”, en la cual el uso del lenguaje políticamente correcto se convierte hiperbólicamente en elemento represor. También se expone a los poderes fácticos y revisa muchas categorías políticas tales como el racismo, la discriminación machista y patriarcal, el populismo, la soberanía popular, el nacionalismo y plantea interrogantes cruciales para entender la geopolítica actual.



UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
Centro Universitario de
Ciencias Sociales y Humanidades

ISBN 978-84-17290-14-6

